

Elena Barques

*Sí,
S como el viento
SUR*



Tú, como el viento sur
Elena Bargues

Tú, como el viento sur,
arrastraste sofocante mi soledad,
avivaste en mi mente recuerdos cálidos de juventud,
incendiaste de tonos rojos el cielo de mi existencia.

Edición en Formato digital: Marzo 2015

Título Original: Tú, como el viento sur

©Elena BARGUES, 2015

©Editorial Romantic Ediciones, 2015

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada © Javier González e Igor Goncharenko.

Diseño de portada y maquetación: Olalla Pons.

Corrector: Francisca M. Esteva Figuerola

ISBN: 978-84-943152-8-2

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Índice

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[Epilogo](#)

Madrid, septiembre de 2010.

Tonta, rematadamente tonta, se repetía Valvanuz echada sobre la malhadada cama de matrimonio. No se atrevía a moverse por temor a que el dolor regresara. La cara le ardía, pero no le dolía. Afortunadamente no le había roto nada. ¿Afortunadamente? Le resultaba patético haber llegado a semejante situación, pero se había sacrificado por las niñas, para que no sufrieran, para que no les faltase de nada. Sin embargo, ahora dudaba, temblaba ante la posibilidad de no haber hecho lo correcto, la amilanaba la mirada de reproche de Alicia quien, a sus diecinueve años, comprendía lo que estaba sucediendo y callaba, pero juzgaba. Valvanuz, con la intuición de madre, captaba el desagrado de su hija y la avergonzaba profundamente porque era ella la que tenía que ser fuerte, el ejemplo, la seguridad y el refugio pero, últimamente, las cosas se habían torcido de forma inesperada y, si no reaccionaba, perdería la autoestima, o peor aún, el respeto de sus hijas.

¿Cómo había llegado a esto? No lo recordaba con claridad o no tenía conciencia de ello porque había sido de forma sutil y progresiva. Se había casado enamorada y los primeros años transcurrieron en la nube algodonosa de la felicidad y la ceguera propias de una recién casada aunque, ahora, con la perspectiva del tiempo y del conocimiento, recordaba detalles que ya apuntaban pero que quedaron sepultados en el roce diario, en la convivencia, sin más importancia que otros muchos detalles.

Se había casado muy joven, con veinte años y un titulillo de administrativa de la Escuela Politécnica de Santander que le había permitido abandonar el despacho de pan e ingresar en las oficinas de unos grandes almacenes en el centro de la ciudad. Nació y vivió hasta que se casó en el *barriuco* del Sardinero, en la calle de La Braña, una travesía entre la avenida de los Castros y la calle Palencia. El *barriuco* era un conjunto de casas humildes, con trazado irregular y con callejones, que databa de principios del siglo XX. Por aquel entonces, el Sardinero se limitaba a unas construcciones alrededor de la plaza del Pañuelo, hoy plaza de Italia, y el núcleo del *barriuco*. La mayor parte de esas construcciones eran hoteles, pensiones y fondas, donde se alojaban las gentes que llegaban en verano para tomar los saludables baños de ola. Valvanuz había visto fotos de esa época, en blanco y negro, muy pequeñas, donde costaba distinguir a las personas y donde destacaban los enormes asientos de paja y los carrromatos, que los bañeros arrastraban hasta la orilla para que las señoras pudieran tomar las aguas de forma pudorosa y con unos ridículos bañadores de punto que, una vez mojados, resultaban de lo más indecoroso. Cuando abrió los ojos, un diecinueve de febrero de mil novecientos sesenta y cinco, el *barriuco* era el eje de la vida en el Sardinero en el que se ubicaban dos tiendas de ultramarinos, una pescadería y la panadería de sus padres en los bajos de las casas; el Chupi, el bar con mayúsculas, el bar de los bocadillos de rabas y el vino aromatizado con coco y canela, y el Sport, el bar con minúsculas. Fue hija única, como su padre. Su madre tenía una hermana, Asunción, que a su vez dio a luz dos hijos, la parejita, aunque el niño falleció a los ocho años de unas misteriosas fiebres. Asun, su prima, era tres años menor que ella y siempre se habían llevado bien aunque, últimamente, había perdido el contacto. La había evitado para no mentir constantemente, para no explicar el infierno en que se había convertido la vida con Ramón. Había crecido arrullada por las palabras cariñosas de los vecinos, por las olas del mar que rompían unos

metros más allá, sobre las extensas playas que daban nombre a esa parte de la costa, por los sueños de princesa de sus padres.

Apretó los dientes y se incorporó. El dolor se reavivó. Temprano, antes de que sonase el despertador, Ramón la despertó requiriendo sus servicios, porque ella se negaba a llamarlo amor. Desde hacía dos años su marido se ausentaba de casa por la noche con frecuencia, sin dar explicaciones, hacía tiempo que no justificaba sus actos y, sin embargo, ella tenía que detallar los suyos. Ignoraba de dónde había salido el valor para rechazarlo, pero lo rechazó, y la primera bofetada llegó sin previo aviso. Creyó que le había reventado la mejilla. Sintió su peso encima, cómo la agarraba de las muñecas y maltrataba sus pechos con la boca, sin llegar a morderla. Reprimió un grito de dolor para no despertar a las niñas, para que no se asustaran, para que no se enteraran de su vergüenza, de su humillación. La penetró sin consideración y, entre las lágrimas, con los dientes apretados, vio cómo el animal disfrutaba con la violación y cómo el silencio lo enardecía en su violencia.

En verano, las casas y los pisos vacíos se abrían y se llenaban de risas y cuerpos bronceados. Los castellanos, de Burgos, Palencia, Valladolid, Salamanca y Madrid, sobretodo Madrid, atestaban los hoteles y las fondas del Sardinero. Se reunían familias y amigos, año tras año, para disfrutar de las playas, de las terrazas, de los conciertos en la Plaza Porticada. Pero ése era un mundo del que ella estaba excluida. A los dieciséis años comenzó a comprender lo que eran los estratos sociales y a sufrir los efectos: sus sueños de cristal se rompieron y su nube de algodón resultó demasiado inconsistente para mantenerla en el limbo. En la avenida de Los Castros, justo donde desembocaba su breve calle tras el ascenso de unos escalones custodiados por una pérgola de cemento, al otro lado de la calzada, se erguía un caserón de tres alturas flanqueado por dos torres con el tejado de pizarra que, a su vez, estaba sustentado por un alero de madera pintada en ocre. El piso de abajo era la residencia del servicio, donde se hallaban las cocinas y la lavandería, con su propia puerta de acceso; mientras que una escalera de piedra, estilo imperial, conducía al segundo piso, donde residía la familia. Era una casa sin estilo que captaba la atención por la incongruente escalera y las atípicas torres, las ventanas del segundo piso estaban decoradas con unos balconillos de madera, más destinados a la decoración que al uso. Un jardín separaba la casa principal de otra más pequeña de dos alturas situada al fondo, en la que dormían y jugaban los hijos. A Valvanuz le parecía el colmo del lujo. Conocía a los moradores de verlos entrar y salir, y a los hijos porque compraban las golosinas en la panadería: eran los Van Der Voost, los dueños de los mejores hoteles de la ciudad. Valvanuz seguía sus andanzas, aunque los muchachos no se habían fijado en ella, o eso creyó, hasta que una noche, en la que se lanzaron fuegos artificiales en la bahía por las fiestas de Santiago, uno de ellos la rescató del acoso de unos muchachos. Como todos los años, quedó con las amigas para asistir al espectáculo pirotécnico, pero ellas vivían en el centro y Valvanuz, como hacía muy buena noche, emprendió el regreso hacia el Sardinero a pie, por Reina Victoria. Tropezó con unos chicos mayores que venían de los bajos del Casino, borrachos y vociferantes. Intentó eludirlos, bajando la cabeza y acelerando el paso, pero ellos decidieron no dejar escapar la ocasión de divertirse. Fue entonces cuando oyó la bocina de una motocicleta que atrajo la atención de todos los implicados. Un chico rubio, muy alto y desgarbado, la llamó sin bajarse de la moto y, haciéndose pasar por su hermano mayor, le ordenó que se montara para llevarla a casa antes de que su padre se diera cuenta de la tardanza. Los borrachos le franquearon el paso y continuaron su camino como si no hubiera sucedido nada, y en realidad, nada había ocurrido excepto un mal rato y el orgullo lastimado. Subió a la calzada, pues la acera se encontraba más baja, y se aproximó a la familiar Bultaco de su vecino: era el mayor de los hermanos Van Der Voost, Teo. Valvanuz se sonrió al recordar la impaciencia del

muchacho porque ella titubeaba. No había olvidado la emoción que sintió al montarse, el calor del largo y musculoso cuerpo cuando lo rodeó con los brazos para no caerse, la brisa de la noche en el rostro y la melena revuelta, porque entonces no se exigía casco. Era la primera vez que la llevaban en moto, la primera vez que abrazó aquel cuerpo.

Se levantó con gran esfuerzo, le dolía y le escocía la vagina entre otras cosas y, procurando no unir los muslos, se dirigió al baño. Había permanecido refugiada en la cama hasta que oyó a Blanca, que era la última en salir de casa hacia el instituto. Frente al espejo evaluó los daños: la mejilla hinchada y roja en la que tendría que aplicarse hielo; los ojos y la nariz congestionados por el llanto. Apoyó las manos en el lavabo y descargó todo su peso sobre ellas. ¡Dios mío! ¿Quién era esa extraña que le devolvía una mirada extraviada, fatigada y vacía? El pelo suelto y ondulado le caía desordenado sin llegarle a los hombros, lo llevaba teñido de castaño claro para que le cubriera las canas. De su rostro, lo que más le gustaba era la blancura y fineza de la piel que diluía las arrugas y ahuyentaba las sebosidades. Los ojos almendrados y de color castaño, otrora expresivos y sonrientes, estaban enrojecidos y cansados. La nariz respingona destacaba sobre el conjunto que remataban unos labios bien perfilados, ni gruesos ni finos. Los rasgos eran correctos, comunes, y resultaban agradables y con personalidad en conjunto, pero no era una belleza. Valvanuz sabía que, con un poco de dinero para arreglarse y estilo, daría el pego mejor que otras muchas. Se quitó el camisón y descubrió una mancha violácea en uno de los pechos y rojeces por todos los lados, un moretón de un pellizco en el otro, se dio media vuelta y se vio una nalga con otro morado que no recordaba haber recibido en medio de la agresión. Abrió el grifo de la ducha y esperó a que saliera caliente, entró y dejó que el agua resbalara, que la limpiara, que la confortara y la vio, rosácea, marcharse por el desagüe. ¡Maldita fuera su estampa! Le había hecho sangrar.

Cayó rendida a los pies del efebo rubio. Era una ingenua de dieciséis años que creía que podía comerse el mundo. Al día siguiente, fue el centro de atención de sus amigas, el mayor de los Van Der Voost la había salvado de unos borrachos y la había llevado a casa en su motocicleta. Todas suspiraron, preguntaron, bromearon y Valvanuz se sintió la princesa del cuento. El muchacho, durante ese verano, fue el centro de atención de unas locas adolescentes que se hacían las encontradizas, aparecían en los locales que él frecuentaba, admiraban la motocicleta, rememorando la suerte de su amiga, y suspiraban cuando pasaban a su lado. Verónica apuntó que olía a Heno de Pravia, y era cierto, como pudo constatar más adelante la propia Valvanuz. Ocurrió una tarde, de regreso de la playa, cuando sus amigas habían tomado el autobús y ella se encaminó a casa. Atravesó el parque de Mesones para cruzar por el paso de cebra situado frente al Benidorm, la discoteca de moda, y, allí, sentado en una tapia baja, estaba Teo. Valvanuz dedujo que aguardaba a alguien. Apretó el paso a la vez que sentía cómo las mejillas se arrebolaban, porque el camino la obligaba a pasar junto a él. Le sorprendió cuando se dirigió a ella, y así comenzó algo que no debió empezar. La llevó al faro sobre su moto donde, en uno de los prados, al resguardo de miradas reprobatorias, la rodeó con sus largos brazos, la sedujo con sus palabras, la encandiló con su olor a jabón y Valvanuz perdió la voluntad y la honestidad bajo sus apasionados besos, con la brisa encrespándole el pelo y el rugir del mar a los pies. Recordaba perfectamente, nítidamente cómo, paciente y persistente, le lamió el cuello, sin soltar a su presa hasta que algo se desató en ella, se le aflojaron las piernas, gimió al sentir cómo corría la sangre alocadamente cual veneno que le trastornaba los sentidos y estrenó su deseo. Le oyó resollar encima de ella, entre los muslos, y no fue consciente de lo que había sucedido hasta que todo terminó. Satisfecho, como un gato que acabara de zamparse un ratón, la escrutaba sonriente. Le pasó un pañuelo de papel para que se limpiara y Valvanuz necesitó reunir mucho valor para realizar la gran pregunta: ¿ya no soy virgen? Él se rió ante su confusión y le aclaró que no se dedicaba a

desvirgar jovencitas. Ante la tozudez de ella de que le dolía, pacientemente le explicó que el deseo dilataba la vagina y tensaba el himen, pero que seguía siendo virgen.

Salió de la ducha, rebuscó en uno de los cajones del armario del baño la barra de Arnidol y se la aplicó en las zonas doloridas con generosidad, cogió un salvaslip y regresó a la habitación. Lentamente se vistió e hizo la cama, con dolor, con odio, con impotencia. No debía caer en la autocompasión, tenía que ser fuerte, se repetía mientras cogía el cuadrante para colocarlo sobre la colcha y, en una fracción de segundo, se encontró golpeándolo y descargando toda la furia y la frustración sobre el inocente cojín al mismo tiempo que se le saltaban las lágrimas.

—¡Ya son mayores! ¡Tienen que entenderlo! —gritó desesperada, y se dejó caer sollozando sobre la cama recién hecha.

No era consciente del tiempo que transcurría. Debía terminar las tareas de la casa antes de marcharse a trabajar y le daba igual. De pronto, todo había perdido importancia, algo se había roto esa mañana con la agresión y no había sido físico, sino mental. Había recobrado la consciencia, había sacudido el letargo, la costumbre, la resignación de su persona. ¿Por qué se había acordado de Teo? ¿Por qué recordaba la adolescencia, la niñez? Porque buscaba un refugio, porque era cobarde, porque huía. Teo había sido una historia de adolescente, el despertar sexual, la decepción ante la realidad. El muchacho se había portado con consideración aquella tarde en el faro, por consideración no volvió a relacionarse con ella, la saludaba consideradamente como buenos vecinos cuando se cruzaban y, con la misma consideración, desapareció de su vida. No fue la única, hubo muchas chicas. Santander era una comunidad pequeña en la que todo se difundía, aunque soterradamente.

Pero de joven se olvida en días, se vive deprisa, aturulladamente y, lejos de aprender la lección, recayó ante unos ojos rasgados, castaño claro, sonrientes y magnéticos que, cuando la observaban, le decían que ella era la única habitante de la Tierra. Era alto, moreno y con la chulería que caracterizaba a la gente de la capital, que miraba por encima del hombro a las provincias. Se llamaba Ramón. Con dos sonrisas y unas palabras susurradas a la luz de la luna comenzó un noviazgo que mantuvieron en la distancia durante el invierno y, en cuanto entró la estación de promesas cálidas y floridas, se organizó una discreta boda. Tenía veinte años, mucha ilusión y una cabeza llena de aromas de rosa y canela. Acudieron los admiradores de la princesa, amigos del *barriuco* y los escasos familiares. El príncipe, un empleado de la Caja de Ahorros de Madrid, se la llevó a la capital a lomos de su caballo blanco. Se instalaron en un piso que les ofreció su suegra en la misma escalera en la que ella vivía, en el edificio Iberia del Parque de las Naciones, en Guzmán el Bueno, una zona céntrica y de gente acomodada, aunque sin pretensiones. La urbanización, construida en 1968, cobijaba unos cuidados jardines con esculturas de animales, una cancha de baloncesto y se encontraba a un paso de la ciudad universitaria. Para ella un lujo y, sumergida en su felicidad, embelesada ante las novedades, no detectó la primera señal de alarma: su suegra, viuda y con sólo un hijo, comenzó a entremeterse en la cocina, en la organización de la casa, en los gastos. Como en todo cuento que se precie, había una bruja. Su hijo la apoyaba con el pretexto de la experiencia, de la ayuda que supondría para ella en cuanto llegaran los hijos. Ella se dejó llevar por los ojos castaños, por las promesas, por la lógica de doble filo.

Se incorporó en la cama y miró el reloj despertador de la mesita: las nueve menos cinco de la mañana. El tiempo corría, debía apresurarse. Se levantó y, arrastrando los pies, recorrió la silenciosa casa: las camas de las niñas hechas, las habitaciones recogidas para facilitarle pasar el aspirador, algo que, en ese momento, estaba muy lejos de su mente, y en la cocina los restos de los desayunos llenaban el fregadero. Como una autómatas fregó las tazas y los platos mientras

reflexionaba y trazaba un plan; plan que ya había pergeñado en otras ocasiones pero que no había reunido la entereza suficiente para llevarlo a cabo.

El cuatro de enero de mil novecientos noventa y uno nació Alicia. Se produjo la segunda alarma que ella desoyó, primero por comodidad, y después en aras de la tranquilidad familiar. Su suegra se hizo omnipresente y su hijo la obedecía como si de una divinidad se tratara. Valvanuz aprendió a callarse, a morderse la lengua, a apretar los puños, mientras presenciaba como perdía la ascendencia sobre su marido, las riendas de su propia vida bajo la despótica potestad de la vieja. A instancia de ésta, dejó el trabajo en una empresa de tejidos para tapicerías con el que se sentía independiente, realizada y, a partir de entonces, los días, con las continuas órdenes de la vieja, le resultaron largos y tediosos. Intentó rebelarse pero no encontró el apoyo de su marido, quien la acusó de histérica y malcriada. De nuevo, por la paz familiar, calló. El seis de diciembre del año siguiente nació María, ante la abierta decepción de su marido que deseaba un hijo. Su suegra, para su alivio, se rompió la cadera y, tras un implante mal realizado, se quedó postrada en una silla de ruedas. Ante la evidente imposibilidad de cuidarla Valvanuz, Ramón echó cuentas y contrató a una mujer filipina para que viviera con ella. Las tornas cambiaron, ahora era Valvanuz quien organizaba la casa de su suegra. La alegría duró poco: la presión de la vieja había desaparecido pero Ramón, su marido, tomó el relevo. Se volvió irritable, descontento con todo lo que proponía o guisaba, nunca acertaba con lo que le agradaba, nunca decía lo conveniente, y además, encontró a las niñas gritonas, revoltosas y desaseadas con los vómitos y las cacas. Se fue de casa en más de una ocasión, dando un portazo y dejándola sola con todo el trabajo. Tampoco entonces lo vio venir y, neciamente, se autoinculpaba ante la imposibilidad de abarcarlo todo, por no organizarse: si otras mujeres podían, ¿por qué no iba a conseguirlo ella? Un día regresó del trabajo contento y con una botella de cava bajo el brazo: lo habían ascendido a director de sucursal. Valvanuz lo celebró y esa tarde todo fue azul, verde, rosa; incluso salió de paseo con ella y las niñas pero, por la noche, las esperanzas se frustraron cuando no encontró las píldoras y Ramón le anunció, con una sonrisa y suaves maneras, que ahora podían permitirse el niño. El veintiocho de agosto de mil novecientos noventa y cinco nació Blanca y el infierno se desató; pero ya era tarde para ella.

Salió de la cocina y se encaminó al salón, se sentó en una butaca junto al teléfono y cogió el listín, revolvió las páginas de un lado a otro hasta que dio con lo que buscaba, marcó en el inalámbrico y esperó tono. Teresa Roldán era la vecina del último piso, y además abogada. Leía todos los días la placa que había fijado en el portal y había coincidido con ella varias veces en el ascensor, donde habían cruzado las consabidas palabras sobre la climatología que tan bien manejaban los vecinos de cualquier inmueble. Tenía dos chiquillos pequeños: el niño de cuatro y la niña de uno; sin embargo, se la veía relajada, sonriente, con tiempo para cualquier tontería.

—¿Teresa, por favor? —preguntó cuando la atendieron—. De su vecina del tercero, Valvanuz Rucandio.

Santander, septiembre de 2010.

Feo, definitivamente soy feo, decidió Teo frente a la imagen que le devolvía el espejo del armario ropero. La habitación era amplia, impersonal, de paredes blancas y muebles de serie, aunque el punto de color lo ponía el ventanal que se abría al azul de la bahía y al verde de la costa de enfrente, sobre la que se erguían Peña Cabarga y el pico Solares. Una flecha de arena dorada hendía las aguas y protegía la bahía de las agresiones del mar abierto: el Puntal. Como todos los domingos se había levantado tarde, aunque llevaba despierto hacía más de una hora; pero le gustaba leer la prensa en la cama, sin prisas, era el único día libre de su nutrida agenda, apretada y abultada, porque así lo había dispuesto él mismo. De lunes a viernes, la consulta y el quirófano llenaban las solitarias horas, los sábados, la regata y la cena con los amigos lo despejaban y relajaban, y los domingos, servían para perder el tiempo entre las sábanas o frente al televisor, si algún amigo no lo remediaba y lo requería.

Se duchó y regresó a la habitación vestido sólo con el calzoncillo bóxer. Se examinó con ojo crítico de nuevo. El cuerpo, otrora espigado y musculoso, se había convertido en una caricatura: la figura de metro noventa resaltaba la desproporción de las delgadas y largas extremidades frente a la voluminosa barriga que le colgaba por encima de la goma del bóxer, como una cascada gelatinosa. Sólo le faltaba una nariz roja y podría ganarse la vida como payaso sin necesidad de disfrazarse. ¿Cómo había llegado a descuidarse tanto? Se aproximó al espejo de la puerta corredera, que se alzaba desde el suelo hasta el techo, y se centró en el rostro alargado y anguloso que terminaba en un mentón cuadrado muy varonil. Los ojos, de un gris desvaído, se perdían en el conjunto, bajo unas cejas aparentemente inexistentes de lo rubias que eran; la nariz fue indultada por Dios que se la dejó recta y discreta, aunque un poco alejada de una boca, la cual resaltaba sobre una piel blanquísima por el rojo intenso de los gruesos labios. Demasiado rojos para un hombre, concluyó desanimado. Al menos, no era calvo, se consoló y se pasó la mano por un cabello rubio, sedoso, ondulado y moldeable, aunque todavía húmedo: era la envidia de sus hermanos y lo llevaba un poco sobre largo. Siempre había sido feo, pero de joven había presumido de buen cuerpo, dinero y futuro. La edad había echado a perder el cuerpo, a sus casi cincuenta años lo esperaba un futuro de deterioro progresivo, sólo le quedaba mucho dinero; pero no era suficiente para engatusar a mujeres ya independientes y con ganas de volar sin el dictamen de un hombre. La vida se le había escurrido entre los estudios y los planes pasajeros, creyendo que la tendría siempre al alcance de la mano.

Terminó la carrera y preparó el Mir. Escogió la especialización de neurocirugía y se marchó de residente a Madrid, donde se sumergió en un mundo fantástico que lo anegó y ocupó por completo, hasta el punto de que limitó el campo sexual a devaneos libres de responsabilidades. Terminó y se marchó a Estados Unidos con una beca, mientras que los amigos se iban asentando y formando sus familias. Cuando regresó, se presentó a las oposiciones para entrar en la gran familia de los funcionarios de la Seguridad Social. Sacó el número uno y eligió destino: el hospital Marqués de Valdecilla de su Santander natal. Tornó por la puerta grande, con la corona de laurel y treinta y siete años cumplidos, pero el tren del matrimonio había partido sin él. Las muchachas que le habrían interesado ya estaban casadas y las que lo perseguían no entraban en sus cálculos. Esperanzado, aguardó a enamorarse y, en la espera, se fue descuidando, amoldándose a la vida solitaria, entregándose a un trabajo cada vez más apasionante y olvidándose de la asignatura pendiente.

Había decidido poner freno a tanto desmán. La propia Nuria, una enfermera que llevaba trabajando con él desde el primer día, le había llamado la atención tras el descalabro que había sufrido con la nueva enfermera del equipo: Raquel. Se acababa de divorciar y el pelo le olía a Fructis, en medio de tanto desinfectante que atacaba las pituitarias. Teo se insinuó y ella lo rechazó muy educadamente con el manido pretexto de que necesitaba tiempo para sí misma, que no estaba preparada para otra relación; pero Nuria le dijo la verdad, ésa que nadie quiere oír y muy pocos se atreven a pronunciar: «Teo, ¿te has mirado en un espejo? Puede que algunas estén dispuestas a todo por dinero, aunque espero, sinceramente, que ésas no sean de tu agrado pero, a cierta edad, muchas no están en venta, tienen su vida solucionada». Se lo dijo con cariño, con la ternura de una madre, tal y como era Nuria, pero se lo dijo, y él la escuchó con una triste sonrisa de desilusión en los labios.

Todos los sábados, tras la regata, se reunían los amigos con sus señoras para cenar en La Brocheta de la calle Bonifaz. Teo, como representante de la imparidad, presidía la mesa y aprovechó una de esas cenas para pedir consejo sobre cómo solucionar su problema. El resultado no le quedó claro tras el debate que se desató sobre regímenes, ejercicios y dietistas milagrosos. Le sorprendió Pedro, comisario de la policía nacional, atlético y sin grasa, por los conocimientos tan profundos sobre dietas que desplegó ante los demás; por el contrario, Emilio y Mariano se mostraron más superficiales y soportaron estoicos el bombardeo de indirectas de las mujeres. Ahora bien, todos se mostraron unánimes en que debía recuperar el tipo, tanto por salud mental como física. Era una postura muy cómoda decir que era así y que los demás debían aceptarlo. Rosa, muy seria, expuso que ser feo no se podía corregir, pero sí podías mitigar el efecto con otras prendas; sin embargo, la obesidad tenía solución y estaba dispuesta a apoyarlo y ayudarlo si decidía tomárselo en serio. Emilio, Mariano y Pedro se mostraron de acuerdo.

Su amistad databa de los días de colegio. Eran compañeros de clase en los Escolapios y la afición por la vela terminó de sellar la unión. Todos los fines de semana botaban el Snipe al agua, competían y se robaban los proeles. Emilio Bárcena era inteligente, pero le perdía la impaciencia, metódico para superar el despiste que lo caracterizaba; franco, de los que miran a los ojos y ves el alma a través de ellos y, a pesar de la aparente rudeza, todo corazón por lo que era muy apreciado por los amigos. Una calvicie incipiente dejaba la coronilla al aire, de cara ancha y mofletuda, grueso sin llegar a ser gordo. Había estudiado ingeniería industrial en Bilbao y se tropezó, literalmente, con una plaza fija en la empresa Nuclenor, que dirigía la central nuclear de Santa María de Garoña, en el norte de Burgos. Se había casado con Lara Pedrosa, hija de joyeros, una mujer morena, rellena, de piel oscura, bien maquillada, inclinada a los vestidos y tacones antes que a los pantalones, y adornada de bisutería vistosa y de firma. Permaneció trabajando en la tienda junto a sus padres tras la boda. Era la salsa de las reuniones, charlatana, divertida y sin doblez, aunque con ideas claras y mucha personalidad. Los amigos sospechaban que era quien guiaba los pasos del buenazo de Emilio. Tenían dos hijos adolescentes: Vicente, que salía a navegar con ellos, de diecinueve años; y Lidia, la menor, de quince.

Mariano Fombellida, alias el pijo cuando se metían con él, de un metro setenta y seis, pelo abundante y blanco, delgado y de facciones correctas, magistrado en la Audiencia, había estudiado derecho en Valladolid, donde conoció a su mujer tan íntimamente que tuvieron que casarse antes de que se evidenciara su estado. Se licenciaron y Lucía, una mujer espectacular por su tipazo e inteligencia, con la larga melena recogida en una alta cola de caballo, abrió un despacho, con el que mantuvo a la familia con muchas penalidades hasta que Mariano aprobó las oposiciones, lo demás era historia. Actualmente vivían en Castelar y, a Bernardo, un chico de veinticinco años que trabajaba con su madre en el despacho, ligeramente más alto que Mariano y con el mismo porte, le

siguió Marta, la única que había renegado del derecho en favor de la medicina. Mariano y Lucía eran el refugio del grupo, los consejeros en horas bajas, los serios y responsables que habían estudiado y currado toda la vida, porque nada había sido fácil, los que se desvelaban y preocupaban por los amigos, los que escuchaban.

Finalmente, Pedro Valle, el poli, el que nunca estudió ni ganas que tuvo de hacerlo, prefería los deportes, el aire libre e igual te lo cruzabas corriendo por Reina Victoria que lo veías remando en piragua por la bahía. Seguía a Teo en altura con su metro ochenta y cinco, muy apuesto sin ser guapo, y era el organizador de las actividades del grupo. Pedro había desarrollado una extraña capacidad para memorizar datos, caras y relacionar hechos que le habían servido para promocionarse internamente y llegar a comisario. Se había casado con Rosa Treviño, otra loca del deporte a la que encontrabas en cualquier parte en chándal, realizando estiramientos en cualquier banco o barandilla. De un metro sesenta y dos, de musculatura delgada y fibrosa, sorprendía por los principios conservadores y racionales. Trabajaba en Hacienda como administrativa de nivel C y había traído al mundo dos hijas, Lola y Conchi, de las que Pedro estaba muy orgulloso y lo comentaba con quien quisiera escucharlo.

Echó mano a un polo viejo y a unos vaqueros para estar por casa, se vistió y se encaminó hacia la cocina. Como era domingo, no trabajaba Rita, una mujer cuarentona, separada y con hijos que dependían de ella. Trabajaba en las cocinas del mejor hotel de la familia y, en uno de los recortes de personal que realizó su hermano David, se encontró en la calle. Desde entonces, trabajaba para Teo: limpiaba, cocinaba, hacía la compra, planchaba y no lo arrojaba en la cama de puro milagro. El piso de un soltero era un trabajo fácil para alguien acostumbrado a trabajar en la hostelería, y estaba tan agradecida que lo tenía en palmitas y cuidaba todos los detalles para facilitarle la estancia en casa: flores frescas, armarios con lavanda, la prensa en su sitio, incluso se encontró unas zapatillas nuevas cuando las viejas se le rompieron por la suela. Teo le soltaba el dinero sin reparar en las cuentas, para escándalo de su hermana Amelia. La pagaba bien, estaba dada de alta en la seguridad social y no soportaba a nadie en el cogote supervisándola el trabajo. Una mujer contenta ¿qué ganaría engañándolo?, razonaba Teo. Además, la necesitaba, se había hecho indispensable, y él no disponía de tiempo para un sinfín de chorradas de la casa como el fontanero, las bombillas fundidas, las persianas y demás.

Teo era el mayor de cinco hermanos; pero todo su parecido con la familia se limitaba al color de la piel, los ojos y el pelo que anunciaban el origen extranjero, una mezcla de holandeses y belgas en el árbol genealógico. Era el más alto y el único feo de la familia, sin ser los demás unos modelos, y se había desmarcado del negocio familiar aquejado de una dolencia vocacional: la medicina. Lo seguía David de un metro ochenta, ancho y bien proporcionado, quien, con un título de la Escuela de Hostelería de Suiza, lideraba los negocios familiares. Según Teo, David era calculador, despiadado y trataba a los empleados como si fueran mercancía: verdes, sazónados y maduros; y como tal decidía el destino, el contrato o el despido. Casado con Sara, una mujer anodina pero que encajaba perfectamente en la agenda social, había tenido dos hijos: Eduardo, que seguía los pasos de su padre estudiando en Suiza, y Elisa, una adolescente de diecisiete años, tímida e insulsa.

Su hermana Amelia, una mujer de rasgos corrientes, destacaba por su metro setenta y cinco, una buena altura para una mujer, y por la ropa cara que lucía. Sin estudios ni oficio, había sido la mimada de su padre, la intrigante con los hermanos, la egoísta incapaz de salir de su ombligo. Educada como hija y hermana única, hizo siempre lo que le vino en gana y mangoneaba a su antojo. Se casó con Antonio Fuentes, un trepa que de recepcionista pasó a director del hotel Van Der Voost, el buque insignia de la empresa, situado en el centro de la ciudad, junto al muelle del ferry. Teo no

comprendía como una mujer tan ocupada en sí misma había alumbrado tres hijos: Roberto, Tony y Rebeca; manirroto, vago e insolente; cualidades propias de los que han crecido sin control ni educación por parte de los padres.

Francisco, de cuarenta y dos años, medía un metro ochenta y tres y era el más atractivo de la familia, estudió economía, y estaba unido a Teo por la admiración al hermano mayor. Para Teo, era el que más sabía del negocio y, seguramente por eso, David lo había relegado a la dirección del hotel *Ámsterdam*, el más pequeño de la cadena, situado junto al Casino del Sardinero y en línea con otros hotelitos de la época, como el *París* y el *Roma*, éste último recientemente convertido en apartamentos. Se había casado con una compañera de estudios, Pilar, quien trabajaba a su lado como jefa de recepción, y tenían dos hijos todavía muy pequeños para poder evaluar el desastre generacional. Por último, Juan, de treinta y ocho años y soltero. Había rechazado varios puestos que le habían ofrecido los hermanos, porque le restaban libertad, y se había licenciado en dilapidar su parte de los beneficios como si aquello fuera a ser eterno; según él, suficiente para vivir hasta los noventa años. Semejante declaración levantaba ampollas en los ánimos de los hermanos.

Teo daba fin a un yogur, que había cogido de la bien provista nevera de Rita, cuando sonó el timbre del portal. Se levantó del taburete de la cocina, tan funcional e impersonal como el resto de la casa, se acercó al portero automático y reconoció a su sobrino Tony en la pantalla. Apretó el botón y abrió la puerta de servicio. No tardó en aparecer el sujeto, sonriente y despeinado.

—No ofreces muy buen aspecto —lo recibió Teo receloso, sus sobrinos sólo acudían a él para una cosa.

—Todavía no me he acostado, es sábado, voy de empalmada —aclaró orgulloso.

—Ya es domingo y, si vas de empalmada, ¿qué se te ha perdido aquí? —indagó Teo, intentando no parecer demasiado irónico.

—Me he quedado sin blanca y ya sabes cómo es tu hermana y los TGV no los regalan —explicó el muchacho pacientemente.

Sabía cómo era Amelia al igual que sus hijos y le estaba saliendo muy caro.

—No soy un banco que esté abierto las veinticuatro horas, y las cuentas bancarias tienen un límite. ¿Y para qué quieres coger un tren ahora? —No se lo iba a poner fácil.

—No es un tren —explicó el chico divertido—, es un combinado de tequila, ginebra y vodka.

—Lo que yo decía —afirmó triunfalmente Teo—: una forma más rápida de viajar del estado sereno al coma etílico.

—Vamos, tío, me están esperando para continuar la marcha, además, ¿para qué quieres el dinero? Al final, lo vamos a heredar nosotros así que ¿qué más da? —razonó el chico a su manera.

Sin duda estaba bebido y no quería pensar en si se había metido algo más en el cuerpo; no era asunto suyo, no era su niñera. Teo se levantó, echó el recipiente del yogur a la basura, dejó la cucharilla en el fregadero, abrió un cajón y cogió un sobre donde había dinero para las compras de Rita.

—¿Ves este billete verde? —El chico asintió satisfecho—. Pues míralo bien porque son los últimos cien euros que vas a recibir de mí en vida, chaval, todavía no me he muerto y yo no trabajo para ti.

—¡Joder! ¡Qué mal te sientan los domingos! Me he limitado a expresar una realidad. Roberto lo dice frecuentemente y nadie le ha parado los pies —le reprochó al tiempo que se ponía de pie y cogía el billete que le alargaba.

—Otra sanguijuela a la que no quiero volver a ver por aquí —advirtió Teo.

—Lo de mi madre, ¿es contagioso, genético o qué? ¡Vaya malas pulgas que gastáis la familia! —se

quejó dirigiéndose ofendido a la puerta—. Te vas a quedar solo si sigues así, viejo.

—Si lo dices por la compañía que tú me haces, ya estoy solo.

—Si no te importa, prefiero a mis amigos, son menos aburridos —le espetó insolente desde el descansillo.

Teo oyó cómo abría la puerta del ascensor y éste bajaba, se adelantó hasta la puerta y la cerró caviloso. Esas joyas de la familia daban por sentado que él les llenaría los bolsillos a su muerte. Era lógico; pero acababan de tocar la vena rebelde. La música del móvil lo sacó de sus dolidos pensamientos, era Mariano.

—Dime.

—¿Teo, tienes algo programado para esta tarde?

—No, estoy libre.

—¡Gracias a Dios! Bernardo y yo necesitamos asilo.

—¿Y eso?

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—¡Cómo se nota que no estás casado! Echan en televisión *Crepúsculo*. Te juro por mis muertos que no aguanto el estúpido romanticismo de unos vampiros desnaturalizados. Y Bernardo se apunta a lo que sea: cartas o película de guerra.

—Lo que queráis, os espero —aceptó Teo con una sonrisa y colgó.

Seguro que llamarían los demás en cuanto corriera la voz, por lo que planificó un picoteo para acompañar las cervezas y el vino. Dejó el móvil para regresar a la cocina cuando sonó de nuevo: esta vez era su hermano David.

—Dime.

—Espero no molestar, Teo, pero te aviso de la reunión del jueves.

—¿Qué reunión?

—Es urgente, sobre las obras. La he convocado a las ocho y media en las oficinas, como siempre.

—Allí estaré.

Colgó molesto. No le gustaban esas reuniones; comprendía que eran necesarias pero siempre acababan discutiendo. No compartían la misma visión de los negocios. Hasta ese día, admitía que David lo había llevado bien, sin escrúpulos, era cierto, pero había funcionado; sin embargo, los tiempos habían cambiado, la crisis era inminente, anunciada por más que Zapatero se negara a reconocerlo, y había que adaptarse, reformarse, tomar otras medidas a las que David se cerraba. Sonó de nuevo el teléfono, era Pedro. La reunión de hombres expulsados por las televisivas y románticas féminas estaba en marcha.

Madrid, septiembre de 2010.

Teresa dejó cerrada la portilla de la verja que había instalado en la habitación de los niños en cuanto oyó el timbre de la puerta. Su vecina era puntual. Normalmente no recibía en la casa, pero el tono de voz de la mujer y su instinto la empujaron a hacer una excepción. Se encaminó al recibidor, donde acomodó mejor el cochecito de la niña que entorpecía el paso, y abrió la puerta.

—Hola, buenos días —saludó Valvanuz con las manos apretadas sobre el vientre para ocultar el nerviosismo—. Ha sido muy amable de su parte el recibirme aquí, en su casa.

—¡Hola! Adelante, por favor —invitó Teresa con la mejor de las sonrisas para que se sintiera cómoda la vecina—. Pasemos a la sala, la casa está invadida de bártulos para los niños. ¡Es una barbaridad lo que abultan el cochecito, el corral, la bañera! Si seguimos así, tendremos que mudarnos de casa —bromeó con el manido tópico en un esfuerzo por romper el hielo.

—No se preocupe, soy yo la intrusa. De veras que lo lamento pero, si hubiera tenido que desplazarme hasta su despacho, no habría reunido el valor suficiente —se disculpó Valvanuz visiblemente azorada y entró en la sala.

Teresa la conocía de vista y de los buenos días en el portal o en el ascensor, pero nunca se había establecido una cordial relación entre ellas. Al marido, Ramón, sí que lo había tratado suficientemente porque siempre había vivido allí, además, era muy apuesto y atento con los vecinos; por el contrario, la madre destacaba en las reuniones de vecinos por las malas pulgas, tanto era así que, desde que se hallaba postrada en la silla de ruedas, se había recibido con alivio su ausencia.

—Mujer, comprendo que, en un momento dado, los problemas parezcan graves, pero todo tiene solución. ¡Ánimo! —la exhortó al tiempo que le señalaba el sofá para que tomase asiento. Teresa abrió la ventana para que entrara el fresco de la mañana antes de que el calor del mediodía la obligase a cerrarla de nuevo, y escogió una butaca frente a Valvanuz para observar mejor los detalles de la entrevista.

—Si te parece, ya que estamos fuera del despacho y en un aire más distendido, nos tutearemos —ofreció Teresa al comprobar que la ansiedad de la mujer aumentaba en la medida en que se aproximaba el momento de la confidencia.

—Me parece bien, gracias. —Pero permaneció callada, mirándose las manos todavía unidas sobre el regazo.

Teresa aguardó pacientemente, dejó que la clienta reuniese el valor o encontrase las palabras adecuadas, se preguntó qué era lo que tanto afligía a una mujer con tres hijas tan guapas y estudiosas, pues el marido lo gritaba a los cuatro vientos orgulloso. En cuanto a lo de estudiosas había que creerlo a él; lo de guapas y educadas saltaba a la vista pues, aunque sólo vistieran vaqueros y camisetas y fueran con la cara lavada, los vecinos se volvían a mirarlas. Su propio marido se había fijado en ellas y las llamaba «las gallinas del tercero». Y ahora que lo pensaba, las muchachas ya eran mayores y no había gallos que las rondasen.

—Verás, —arrancó Valvanuz, interrumpiendo sus divagaciones—, es muy difícil reconocer ciertas situaciones por lo humillantes que resultan para una. De todas formas, todavía no tengo nada decidido, es una consulta, busco consejo.

—Está bien. ¿Qué tal si te remontas un poco a tu historia en lugar de centrarte en el problema de

inmediato? Así tomaremos perspectiva las dos y las palabras fluirán sin esfuerzo —propuso Teresa.

—Sí, mejor —aceptó Valvanuz aliviada.

Aun así, Teresa tuvo que esperar unos minutos más hasta que oyó de nuevo la voz de Valvanuz que desgranaba en sus oídos la boda, las ilusiones, los primeros años felices, los nacimientos de las niñas y la agobiante ingerencia de la suegra en el matrimonio. La narración cambió de color cuando el marido entró en escena.

—Al principio me pareció normal que él encontrara a su madre perfecta, que quisiera que todo fuera como en su casa. Hay hombres a los que les cuesta madurar, desligarse —justificó Valvanuz—, por eso lo dejé correr, no quise organizar un melodrama por una tontería.

—Yo no encuentro que sea una tontería el que otra mujer te reste autoridad en tu propia casa —matizó suavemente Teresa—, aunque sea tu suegra. Comprendo que es complicado, pero debe quedar establecido desde el principio dónde vive cada uno.

—Yo era muy joven y atolondrada, no lo vi así —se lamentó Valvanuz, respiró hondo y prosiguió, como si no quisiera perder la carrerilla del relato—. Las niñas acapararon todo mi tiempo y la irritación de mi marido iba en aumento, mi suegra se rompió la cadera y no quedó bien tras el implante por lo que su vida quedó relegada a una silla de ruedas y, lejos de suponer un alivio, mi marido la reemplazó en las exigencias sin levantar un dedo para ayudarme, como si no fueran sus hijas también.

—¿Celoso?

—No lo creo, fue él quien lo quiso así, por mí no hubiera nacido Blanca. —Alarmada se corrigió—: No quiero decir que no la quiera, la quiero muchísimo; pero en aquel momento la situación me desbordaba.

—Tranquila, soy mujer, lo entiendo —sonrió Teresa—; pero él deseaba un niño y te culpó a ti. ¡Dios mío! Lo juzgué más inteligente. Sin embargo, bien que alardea de hijas por el vecindario. Continúa.

—Lo que queda es la sórdida degradación de su carácter y mi humillante aceptación de una situación insostenible, la cual ha culminado en una agresiva violación la semana pasada —expuso de corrido antes de que se le saltaran las lágrimas.

—¡Santo Dios! ¿Quién lo diría? —murmuró Teresa. Se levantó para alcanzarle un pañuelo de papel—. Tan apuesto, tan amable y sonriente, y resulta que es una serpiente.

—Pues será cara a la galería, porque no recuerdo cuando oí una palabra cariñosa de su boca por última vez —ironizó Valvanuz, secándose las lágrimas y sonándose la nariz.

—Lo que me asombra es la forma tan inteligente con la que estos desgraciados se mueven en sociedad. Cuanto mayor es el nivel cultural y adquisitivo, más difícil es detectarlos. ¿No te ha dejado alguna evidencia del maltrato para poder denunciarlo?

—No pretendo denunciarlo. Quiero saber en qué condiciones quedaríamos las niñas y yo si me divorciara.

—Me pides consejo y yo te lo daré. Creo que lo estás llevando mal. Si lo denunciaras, sería mejor.

—No. No quiero que las niñas sepan lo que está ocurriendo. Es muy humillante para mí. No lo entiendes.

—Lo que entiendo es que esas niñas son mujeres, y dudo mucho de que no se hayan dado cuenta de lo que está sucediendo si vivís todos bajo el mismo techo, y te advierto de que, por muy bien que vayan las cosas, les afectará el divorcio. A pesar de todo, no te echés atrás, por favor, tú misma reconoces que la situación es humillante y el engreimiento de él corre parejo a tu amilanamiento.

Toma cartas en el asunto y olvida a las chicas, ellas tienen edad para salir a flote.

—No hay nada decidido. Vayamos por partes: cuéntame cómo es el asunto del divorcio —exigió Valvanuz, más aliviada al haber descargado la confesión.

—Para ofrecerte datos precisos, necesitaría la declaración de la renta.

—La he traído —cortó Valvanuz—. Suele estar a mano por las matrículas universitarias y las becas, ya sabes, familia numerosa y todo eso.

—Bien. Déjame echar un vistazo —exigió Teresa, alargando la mano.

Se concentró en los papeles mientras que Valvanuz, ya más relajada, echaba un vistazo por la habitación.

—¿En qué trabajas para percibir este sueldo? —indagó Teresa.

—De mierda, llámalo por su nombre, sueldo de mierda, y con peor horario, y encima tengo que agradecerlo —escupió Valvanuz—. Es una mensajería. Perdí mi puesto en la empresa en que trabajaba para cuidar de las niñas y con mi edad es difícil encontrar algo. Ramón me consiguió éste porque el dueño le debía un favor.

—Te avanzaré algo. El proceso de divorcio llevará unos ocho meses, contando que sea contencioso, por lo que dos hijas no entrarán en la pensión compensatoria pues serán mayores de edad. El padre puede avenirse a concederles algo o, en caso contrario, se la deberán reclamar judicialmente las chicas. Y mi consejo es que así lo hagan, si quieren terminar los estudios universitarios; en el caso de que él se ponga borde, repito. Con tu sueldo de setecientos euros, sería fácil conseguir cuatrocientos más, aunque la cuantía dependerá del tiempo de duración del matrimonio, dedicación a la casa y otros factores.

—¡Es muy poco! Los gastos de la casa me llevarán todo —se lamentó Valvanuz anonadada.

—Es aproximado, no definitivo, igual conseguimos más. El problema es el piso, al que tienes derecho sólo mientras las niñas sigan viviendo en él. Está a nombre de la madre por lo que los bienes gananciales se reducen a los enseres de la casa y a algún ahorrito que hayáis reunido.

—¿Me pueden dejar en la calle?

—En principio, no. No estáis pagando ningún alquiler y él puede vivir en casa con su madre, si no quiere alquilar otro. No creo que el juez consienta. ¿Sabes lo difícil que es echar a alguien de una casa? En todo caso, estaría obligado a facilitaros un alojamiento —planteó sonriendo Teresa, para quitarle gravedad al asunto—. Volviendo a lo que estaba diciendo: consigue del banco un estado de cuentas y de las inversiones que hayáis realizado.

—No sé nada de eso, lo lleva todo él. Desde que trabajo, abrió una cuenta a nombre de los dos, en la que me ingresan el sueldo, y eso es lo que empleo para la compra del mes.

—¿Vivís con setecientos euros cuatro personas?

—Sí, comida, ropa, transporte. Los recibos de estudios y de la casa van a su cuenta.

—De la que estarás, al menos, de disponente.

—No, no tengo acceso a sus cuentas. Si hiciera falta, él me pasaría dinero de la suya.

—Hablas en condicional, ¿ha sucedido así en alguna ocasión?

—No —murmuró Valvanuz, bajando la vista.

Teresa fijó la mirada en su cliente, aunque sin verla. Calculaba lo que podían dar de sí setecientos euros: doscientos cincuenta la compra del mes, otros trescientos el goteo diario del supermercado de barrio, ciento cincuenta para vestir a cuatro mujeres. Veamos, se podía ahorrar en comida, aun así hay otros gastos como bus y metro, cumpleaños, pagas de las chicas, peluquería... Muy justo, pero se podía. Ahora comprendía por qué las muchachas no se maquillaban o iban siempre en vaqueros y camisetas.

—¿Tienes coche?

—No, no tengo carné de conducir.

—Ésa no es una razón. Puedes sacarlo.

—No he tenido tiempo —eludió Valvanuz.

—No lo excuses, admite abiertamente que no te ha dado la oportunidad de hacerlo. Debes mentalizarte en que tu marido tiene mucha culpa de lo que ocurre, en todo momento ha buscado anularte.

—También es culpa mía, yo lo he permitido.

—Bueno, dejemos las cuentas en paz. El juez se encargará de averiguar los recursos de los que disponéis. No hemos hablado de la custodia de la menor: suelen obligar a fines de semana alternos y vacaciones por la mitad, si no plantean alguna alternativa los padres. ¿Cuántos años tiene?

—El mes pasado ha cumplido los dieciséis.

—En agosto. Por la edad se la debería dejar escoger con quién quiere vivir, pero eso ya se verá. Todo dependerá de cómo afronte tu marido el asunto.

—Mal; piensa mal y acertarás.

—¿Otra mujer?

—No creo, aunque pasa muchas noches fuera de casa. Imagino que es por fastidiar, aunque reconozco que para mí es un alivio. —Y, mirando fijamente al frente, deseó—: Me gustaría que no volviera a entrar por la puerta de casa. No puedo más.

Las lágrimas brotaron, involuntarias e indisciplinadas, y bañaron las mejillas de Valvanuz.

—Y así será —prometió Teresa, que alargó otro pañuelo—. Sólo te pido que no te echés atrás, la batalla será dura pero merecerá la pena. Estás en tu derecho a vivir con dignidad, a ser libre, estamos en el dos mil diez, por Dios.

Esto último se lo dijo a sí misma más que a Valvanuz; necesitaba recordar la fecha para asegurarse que no había retrocedido en el tiempo. Si lo analizaba fríamente, la mujer llevaba emancipada solamente un siglo, frente a siglos de historia y, si lo comparaba con el volumen de población mundial, eran muy pocas las que de verdad gozaban de esa emancipación. América del Sur, África y Asia enterraban a la mujer bajo costumbres y religiones involucionistas.

—No hemos hablado de los honorarios —apuntó Valvanuz, sacándola de su ensimismamiento otra vez.

—Por eso no te preocupes, si el asunto va bien, cobro; si no, no cobro, eso es lo de menos. Lo que sí se deberá abonar es el gasto de las gestiones. Eso no depende de mí, pero no te agobies. Hay soluciones para todo. Has dado el primer paso, sigue adelante, por favor, por duro que sea.

Valvanuz sonrió con dulzura y tristeza, para trocar esa sonrisa en un gesto de determinación, de entereza.

—Si comienzo, no habrá marcha atrás. Lo que más sentiría es perder a mis hijas.

—Habla con ellas, pero recuerda que los jóvenes son egoístas y sólo mirarán por ellos. Son casi adultas, mira por ti. Tarde o temprano, reconocerán tu postura, admitirán lo que estaba sucediendo, son mujeres.

—Lo enuncias como si la palabra mujer lo dijera todo —señaló Valvanuz con un poco de amargura.

—Porque así es. Ellas mismas se enfrentarán a cantidad de situaciones injustas relacionadas con su condición de mujer y se acordarán de ti: ¿valiente o cobarde? Eso está en tu mano.

—Está bien. Vamos a ello —decidió inopinadamente Valvanuz—, si le doy más vueltas, no reuniré el valor. Presenta la demanda y que sea lo que Dios quiera —dijo y alargó una mano que

estrechó inmediatamente Teresa.

—No te arrepentirás. En los momentos más duros, más angustiosos, concéntrate en tu nueva vida, en lo que deseas hacer, y recupera tus ilusiones —le aconsejó de corazón.

Santander, septiembre de 2010.

Teo cerró el Mercedes S 320 con el mando a distancia. Era un coche muy lujoso para desplazarse por la ciudad pero, de vez en cuando, lo sacaba para desempolvarlo. Habitualmente se desplazaba con el Clase A al hospital de Valdecilla y a la clínica de Mompía, un Mercedes más utilitario y maniobrable en los aparcamientos. Había ocupado una de las plazas reservadas a los directivos del hotel, en el subterráneo de Alfonso XIII, y se encaminó a la salida con el andar cansino del que quisiera estar en otro sitio. La familia lo deprimía últimamente, no compartía sus criterios ni estilo de vida y, según avanzaban los años, la distancia se acentuaba. ¿Por qué era él diferente? Con los amigos no experimentaba los problemas de comunicación que se generaban con sus hermanos y no encontraba una lógica para ello.

—Buenas tardes, Teófilo —oyó que lo saludaban.

Se encontraba en el hall del hotel Van Der Voost y frente a él se erguía la figura de Anselmo Sedano, el jefe de recepción del hotel Holanda, cerrado por obras. Anselmo había trabajado para la familia desde los dieciséis años y, con ocasión de las reformas, su hermano David había aprovechado para renovar a la vez la plantilla de empleados. Sugirió a Anselmo que se acogiera a la prejubilación y Teo fue uno de los que se opuso, alegó fidelidad, conocimiento de los clientes, el trato cordial de la vieja escuela y no la fría cortesía que gastaban las nuevas generaciones; pero sus razones fueron sepultadas con jóvenes más preparados en idiomas, títulos y demás fruslerías.

—Buenas tardes, Anselmo, ¿cómo lo llevas? —se interesó Teo.

—Bien, he venido a saludar a los amigos —respondió el hombre, con una sonrisa forzada.

—Oye, ahora tengo que reunirme arriba. ¿Por qué no te pasas mañana por La Góndola y charlamos? Me encantaría.

—Ya me han comentado que hay asamblea familiar. Por allí me dejaré caer sin falta. Hasta mañana, pues.

Teo lo vio alejarse hacia la salida tras un último saludo con la mano a los recepcionistas, con la espalda erguida y el paso elástico y joven que desmentían las canas que adornaban el espeso y bien cortado cabello. Anselmo era una institución dentro de la empresa y muy considerado entre los trabajadores. A Teo no le parecía una buena política, cara a la galería, el trato que se le había dispensado a un trabajador que se había dejado la piel en la labor. Particularmente, a él le unía una amistad que databa de los veranos que trabajó bajo sus órdenes, cuando era estudiante. Formaba parte del criterio de su padre el que los hijos participaran y conocieran la hostelería desde dentro; el que estuviera estudiando medicina y su finalidad fuera otra no lo salvó y recibió la formación del cordial y eficiente Anselmo.

El ascensor lo dejó en la planta de las oficinas y se encaminó a la sala de reuniones y, según abrió la puerta, las conversaciones se suspendieron.

—Buenas tardes a todos. ¿Llego tarde? ¿Me he perdido algo?

—Digamos que llegas a tiempo, la puntualidad no es lo tuyo —le informó David desde el asiento presidencial—. Ya estamos todos por lo que será mejor que comencemos. La razón básica de esta reunión es la reforma del hotel. Francisco os alcanzará un resumen de las cuentas hasta ahora y, si alguno quiere más detalles sobre algo, los archivos están a vuestra disposición.

Teo tomó asiento en la ovalada mesa, junto a su hermano Juan. Se hizo un silencio durante el cual sólo se oyó el trasegar de los folios en manos de los informados. Amelia, la puntillosa, examinó con detenimiento las cuentas, lápiz en mano y con las gafas de leer en la punta de la nariz; Juan, repantigado indolentemente sobre la silla, paseaba la vista sobre unas cifras que no le decían nada; Teo pasó al balance final directamente, pues confiaba plenamente en Francisco, que era el gerente y quien realizaba la labor de contabilidad que se le atragantaba a David.

El hotel Holanda era un edificio muy grande situado frente al hotel Ámsterdam y el Casino y que cerraba la plaza de Italia. La reforma había sido total en un esfuerzo por recuperar el esplendor pasado y había supuesto un sacrificio económico importante.

—¿Alguna pregunta? —inquirió David después de un tiempo prudencial—. Lo significativo en este momento es el balance final —apuntó serio—, como toda obra, el precio ha superado lo presupuestado.

—No me parece escandaloso para la envergadura de la rehabilitación —opinó Teo.

—¡Por Dios! Esto significa que el año que viene tampoco cobraremos beneficios —saltó congestionada Amelia—. Deberíais haber sido más cuidadosos en los precios de los materiales o en las modernidades que habéis introducido. Ya os advertí que era demasiado pretencioso.

—Me he paseado por la obra y la verdad es que ha quedado muy bien, a pesar de que yo sigo sin estar de acuerdo con la política de David: no necesitamos más hoteles de lujo, y menos con la crisis que se nos avecina, pero... a lo hecho, pecho —apoyó Teo a su hermano.

—¡Es increíble que te muestres de acuerdo! —exclamó airada Amelia—. La próxima vez estaré encima de las cuentas y vigilaré vuestros pasos; me parece un despilfarro muy propio de hombres.

—Los precios han estado ajustados y no ha habido despilfarro —se defendió Francisco—. A medida que avanzaban las obras, se han realizado cambios o mejoras que se han decidido a posteriori y han abultado el resultado final; pero no me parece escandaloso y, personalmente, ninguno estamos mal de dinero por lo que podemos permitirnos un año más sin beneficios.

—¡Ja! Con la crisis encima —ironizó Amelia.

—Lo estás tratando como un gasto y no como una inversión, Amelia —intervino conciliador David—. La crisis la afrontaremos de otra forma, esa es la segunda razón por la que nos hemos reunido aquí.

—¿Otro recorte de personal? —planteó Teo con sarcasmo.

—Sí, pero esta vez de propietarios.

Si el silencio podía oírse, Teo juraría el resto de sus días que lo oyó esa tarde.

—Ahora somos cinco —continuó David—, pero las nuevas generaciones se van multiplicando y llegará un momento en el que será inviable la empresa familiar. He pensado que los propietarios deben ser aquellos que dedican su esfuerzo a la empresa.

Teo tenía muy claro que la última frase lo afectaba directamente, lo que lo tenía en ascuas era cómo iban a despacharlo.

—Juan, he redactado con Pedro Bedoya, el abogado de la empresa, la liquidación de tu parte, léelo y, si no estuvieras de acuerdo, podemos discutirlo, aunque hemos sido bastante generosos como comprobarás.

—¿Quieres decir que ya no recibiré mi parte en los beneficios? —preguntó el aludido.

—Digamos que los recibirás todos de golpe, es decir, una cifra sustanciosa al principio y el resto a lo largo de diez años, al término de los cuales quedarás desligado de la empresa —explicó David.

—¡Guau! ¿Todo esto me corresponde? —exclamó Juan, con los ojos fijos en la hoja que le había pasado su hermano.

Teo atisbó un movimiento de Francisco que quedó atajado por una patada de David bajo la mesa.

—Puedes consultarlo con un abogado o, si te parece bien, puedes firmar ahora mismo, antes de que nos arrepintamos —sugirió David, con una sonrisa que a Teo se le antojó de cocodrilo.

—Por supuesto que nos vamos a arrepentir —medió Amelia—. No estamos en disposición de desembolsar efectivo, me parece una locura.

—¡Cállate, Amelia! —atajó Juan—. Estoy harto de estas reuniones y de aguantar tus lamentos monetarios. Esto me permitirá abrir mi propio negocio, lejos de Santander, en Mallorca, allí sí que se vive bien. ¿Dónde dices que he de firmar?

—Ahí debajo, firma, fecha y número del carné de identidad. Los demás firmaremos como testigos.

La sonrisa de David se hizo amplia, tanto que Teo recordó la expresión que repetía frecuentemente su madre: «si ves las barbas de tu vecino pelar, pon las tuyas a remojar». Cuando le alcanzaron el documento, Teo paseó la mirada sobre las cifras que le habían ofrecido y firmó. Juan era una rémora, hasta ahí estaba de acuerdo con David, aunque no en la cifra, que le pareció irrisoria, pero Juan no había visto tanto dinero junto en su vida y, si realmente conseguía hacer algo de provecho con él, aquello no era asunto suyo, decidió Teo.

—¿Cuándo podré disponer de la cifra inicial? —indagó Juan ansioso, mientras los demás firmaban.

—En un mes, más o menos, depende de los bancos, notario, en fin, ya sabes —calibró David—. Si yo fuera tú, le pediría consejo a Francisco sobre cómo invertir el dinero. Es mucho para que lo manejes tú solo.

Éste era el mejor consejo que obtendría Juan, y gratis, de su hermano David, pensó Teo.

—Ya veremos —eludió Juan satisfecho—. ¿Puedo irme ya o me necesitáis para algo más?

—Puedes irte, ya no formas parte de esto —concedió David—. Estaremos en contacto durante la tramitación.

—Ha sido un placer.

Y salió del salón como si le hubiera tocado la lotería.

—¿Ves cómo no era para tanto? —reconvino David a Francisco—. Le hemos hecho un favor: hoy es el hombre más feliz de la tierra.

—Imagino que el siguiente soy yo —terció Teo.

—En efecto —admitió David con la estrenada sonrisa de cocodrilo—; pero contigo es diferente. ¿Has hecho testamento?

La pregunta, por lo inesperada, lo descolocó eventualmente.

—¿A qué viene eso? —indagó receloso.

—Verás, tú recibes el sueldo de funcionario, además de los ingresos de las operaciones que realizas para el Igualatorio Médico, que imagino que serán importantes. No generas apenas gastos ni mantienes una familia. Casa, coche y barco están pagados, por lo que tus necesidades están más que cubiertas. Como te conozco, estoy seguro de que tienes tus inversiones y ahorros, ya que te pasas media vida en el quirófano. Si te sucediera algo...

—Si falleciera —interrumpió Teo—, dilo por su nombre.

—Está bien, si fallecieras, Hacienda se llevaría un buen pellizco. Para evitarlo, creemos que sería conveniente realizar la compra de tu parte en vida, cuyo dinero ingresaríamos en una cuenta en la que figuraríamos los cuatro como titulares, de esta forma sólo pagaríamos por una cuarta parte del dinero que hubiera en la cuenta.

—Somos cinco —matizó Teo, conociendo la respuesta de antemano.

—Juan ya no figuraría como comprador, acaba de renunciar a la empresa —rebató David

agresivo.

—Yo no he estado de acuerdo con todo esto —declaró Francisco de corrido.

—Me estás tocando las pelotas con tu maldita conciencia —anunció David con la voz contenida

—. Estamos en el mismo barco, esto es un negocio y no un asilo de la caridad.

—Deja a Francisco en paz —atajó Teo—. Estás negociando conmigo y yo no soy Juan, ni Francisco, ni Amelia.

—Nos estamos soliviantando sin ninguna necesidad —medió Amelia—. Teo, queremos lo mejor para todos, es una medida práctica ya que careces de descendencia, luego tus bienes se repartirán entre la familia. Lo que hayas ahorrado hasta ahora lo repartes como te venga en gana, pero lo que corresponde a la empresa, lo más lógico, es que se quede en ella. David ha encontrado la forma menos onerosa para transmitirlo.

—En abril cumplí cuarenta y nueve años y estamos en septiembre, y tú —acusó, mirando fijamente a David— ya has decidido cómo será mi vida y estoy seguro de que has redactado mi testamento para evitarme las molestias; sin embargo, yo veo las cosas de otra forma: todavía estoy vivo, todavía puedo contraer matrimonio y traer hijos al mundo, y todavía no ha nacido el cabrón que me diga qué tengo que hacer con mi dinero o con mi parte de la empresa familiar. Si quieres comprar mi parte envía una propuesta, seria y formal, a mi abogada, y ya veremos si la acepto. ¿Alguna otra idea brillante, hermanito? ¡Ah, se me olvidaba! Testaré como me salga de los cojones. A los demás les darás órdenes; pero a mí, no.

—No estamos en condiciones de desembolsar más dinero —rechazó David furioso— y tu postura es absurda, lo sabes. ¿Quieres ser el más rico del cementerio?

—Lo tuyo es fijación con mi muerte —sonrió Teo—. ¿No se te ha ocurrido que quiera donar todo mi capital a Médicos Sin Fronteras?

—¡No me jodas, Teo! —exclamó David.

—Creo que por hoy, he escuchado bastantes sandeces —terminó Teo, levantándose bruscamente del asiento—. Que os vaya bien.

Teo abandonó la estancia con un regusto amargo en el alma. Reconocía que el planteamiento de David era lógico, pero le fastidiaba la falta de humanidad del mismo. Había aprendido mucho en un quirófano, que no le habría enseñado la vida, sobre la combinación de ciencia y tecnología con fe, sentimientos y humanidad en general. Tenía cuarenta y nueve años y esperanza de vida por delante. Testaría, por supuesto que lo haría; pero no como ellos esperaban. En cuanto llegase a casa, llamaría a Lucía, la mujer de Mariano, que era su abogada a todos los efectos aunque no le cobrara, para que lo asesorase. Condujo hasta casa sin percatarse del tráfico en la glorieta de Puertochico, ni del paisaje de la bahía y, cuando quiso darse cuenta, ya estaba entrando en el garaje del oscuro edificio de Pérez Galdós.

Una vez en casa, dejó las llaves sobre la mesa de la entrada, donde Rita le había dejado el correo que había subido del buzón, lo ojeó y volvió a dejarlo, no estaba de humor para concentrarse en su lectura. Se encaminó a la habitación y se cambió de ropa, todavía rumiando la conversación mantenida con su hermano. Llamaría a Lucía después de cenar, cuando se hubiese serenado y estuviera más perceptivo. En la cocina encontró una pasta con almejas y langostinos preparada por Rita junto con una nota que le recordaba que había ternera en salsa en el frigorífico. Se miró la tripa que le colgaba, como calibrando qué debía hacer. Portillo, el médico endocrino que los compañeros le habían aconsejado, le había realizado unos análisis esa misma mañana y lo había citado dentro de tres días para decidir la estrategia de su adelgazamiento, así que todavía podía disfrutar de unos días sin cargo de conciencia. Sacó una bandeja y dispuso un servicio en ella pero, antes de que se sirviera

la cena, llamaron abajo. El portero automático iluminó a su hermana Amelia. Teo abrió con un juramento en los labios: Amelia era de la misma cuerda que David, o peor, porque sus razones eran egoístas y se movía en su propio interés; al menos, David abarcaba un bien común.

—Teo, lamento mucho las maneras de David —dijo la mujer a modo de saludo en cuanto atravesó el umbral de la puerta de servicio—. Es una costumbre un tanto peculiar la de recibir en la cocina —comentó sin esperar respuesta de su hermano.

—Por favor, sígame al salón, donde se encontrará más cómoda —ofreció Teo sarcástico.

—Hoy estás imposible, ¿ha sido por Juan? Nunca ha movido un dedo y el dinero que le demos le va a durar lo que un caramelo a la puerta de un colegio. Lo sabes muy bien —dijo. Se sentó frente al ventanal que daba a la terraza con vistas sobre la bahía y el Puntal, aunque no echó un vistazo—. La idea de prorrogar el pago durante diez años ha sido de Francisco y me ha parecido soberbia, todo hay que decirlo.

—Sólo que Francisco cuidó de Juan para que tuviera un remanente y no lo gastara todo; mientras que vosotros sopesasteis vuestra conveniencia —matizó Teo.

—Nuestra conveniencia es la empresa —puntualizó Amelia.

—Bonito escudo; pero el resultado es el mismo. ¿Para qué has venido?

—Te fuiste disgustado. Comprendo que no es agradable enfrentarse con la realidad; pero eres inteligente y comprenderás que David tiene razón y visión de futuro. Me he enterado de lo de Raquel, la enfermera. Tus posibilidades de formar una familia se esfuman, Teo. Con ese físico y ese abandono en el que has caído, lo tienes muy difícil. Y te lo digo con cariño, desde el corazón, nada me alegraría más que verte casado; pero está claro que tu felicidad es tu profesión, a la que te has entregado por completo. Sé que te ofreces a realizar las guardias de otros compañeros. Careces de vida propia.

—¿Ahora me espías en el hospital? Esto es nuevo. Si no encuentras algo grato que decir, déjame en paz, Amelia. Por cierto, he prohibido a tus hijos que vuelvan por aquí para saquearme.

—¿También has arremetido contra los chicos? ¿Pero qué te ha sucedido? ¿Tan duro ha sido el desengaño? Estás desconocido, ¿o es la frontera de los cincuenta? —vomitó Amelia su frustración. Se puso de pie—. No me acompañes, conozco la salida y haz el favor de reconsiderarlo más fríamente.

Amelia se dirigió a la entrada principal, defraudada en el intento de solucionar la situación. En ningún momento calcularon ella y David que Teo se lo tomaría como se lo había tomado. Siempre había sido difícil; pero nunca dio muestras de estupidez y el plan de David era brillante. Les había sorprendido la avaricia del hermano mayor, cuando siempre se había mostrado generoso, no sólo con la familia sino con todo el mundo en general, muy en su lugar como médico con vocación, muy de Teo, por lo que no dudaron de que aceptaría la propuesta. Dejó el bolso sobre la mesa de entrada mientras se ponía la americana, se miró en el espejo para recolocarse el pelo y, al retirar el bolso, vio la correspondencia esparcida. Un sobre con franqueo internacional llamó su atención, cogió la carta, todavía cerrada, y comprobó que era de Estados Unidos, algo normal en alguien que ha vivido allí unos años, a no ser por el logotipo estampado. Se fijó bien para recordarlo más adelante y devolvió la carta a su sitio. Abandonó la casa de su hermano con la sensación de que no había cumplido su cometido. David estaba cabreado por la amenaza de Teo de dejárselo todo a una ONG; pero a ella le temblaban las piernas ante la mera posibilidad de perder una fuente de ingresos con la que ya contaba como propia.

Madrid, octubre de 2010.

Alicia volvió a mirar el reloj en el que parecía que los minutos no corrían. El estado de ansiedad, que la dominaba desde que llegó su padre a casa hecho una furia, la estaba matando. Había quedado con sus hermanas a las ocho en casa de la abuela y, para no captar la atención de la vieja, ella estaría pendiente de abrirles antes de que llamasen. Urgía una reunión secreta entre ellas para formar un frente común. Por un lado, se encontraba exultante: su madre había reunido el coraje suficiente; por otro, estaba preocupada por las consecuencias ya que presencié, medio escondida en el pasillo, el estallido de su padre y creyó que iba a matar allí mismo a su madre; sin embargo, de pronto, como si fuera un enfermo mental, se amansó y, con una sonrisa zaina y en un susurro, le advirtió que, en cuanto aquello terminase, se iba a arrepentir de haber nacido. Alicia lo oyó o intuyó las palabras, no lo recordaba bien. Sintió un escalofrío, percibió la maldad, la perturbó la mirada de su padre a Valvanuz. ¿Por qué tanto daño? No recordaba que su madre hubiera dicho o hecho algo para merecer semejante trato o recibir tanto odio; sino todo lo contrario, por lo que había llegado a la conclusión de que su progenitor o era un perturbado o un cabrón.

A las ocho menos un minuto se acercó sigilosamente a la puerta y echó un vistazo por la mirilla: allí estaban, puntuales. Abrió y, sin palabras, les indicó que entrasen en silencio. Cerró la puerta con cuidado y echó a andar delante de ellas, guiándolas hasta su habitación, en la que se encerraron tras comprobar que la abuela y la cuidadora estaban absortas con la televisión bien alta.

—Sentaos —ordenó Alicia— y hablad bajo. Nadie debe saber que nos hemos reunido.

—Estoy asustada, ¿qué está pasando? —susurró Blanca.

Blanca, la menor, la más sensible, la tímida, la menos guapa pero de cara graciosa, con hoyuelos, pecas y nariz respingona, se pasaba la vida como los avestruces, entre las faldas de su madre y evitando lo desagradable de la vida. El aspecto endeble, larguirucho y delgado, despertaba el instinto protector de Alicia.

—Pareces tonta, van a divorciarse —contestó María malhumorada.

María, la mediana, de apariencia independiente y fuerte, alta como su padre, un metro setenta y tres, delgada y buen tipo, con los ademanes y el estilo de su madre y una larga melena lacia que le cubría más de media espalda, había desarrollado la extraña habilidad de eludir las responsabilidades caseras y familiares. Era su vía de escape de un mundo insatisfactorio y deprimente.

—Tranquilidad —sugirió Alicia, en un intento por atemperar los ánimos—. Todas estamos nerviosas, pero debemos permanecer unidas en los momentos de crisis. Mamá ha pedido el divorcio y a papá no le ha gustado.

—Lógico, y ahora vamos a pagar el pato —intervino María con su genio.

—Tú ¿de qué lado estás? —preguntó Alicia, elevando una ceja—. A mí me parece que mamá ha hecho lo correcto, aunque tarde. La tiene machacada y sospecho que últimamente la pega.

—¡Qué dices! —exclamó Blanca alarmada—. Nos hubiéramos dado cuenta.

—Para estar todo el día con ella, estás un poco ciega —reprochó Alicia—. Hace tiempo que mamá aprieta los dientes y calla.

—¿Por qué ahora? Podía haber aguantado un poco más hasta que acabásemos la carrera. ¿Qué

pasará con nosotras?

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo eres tan egoísta? —replicó Alicia—. Ahora, más que nunca, necesita todo nuestro apoyo.

—O sea, esta reunión es para apoyar a mamá —concluyó María.

—Yo la apoyo —saltó Blanca.

—¡Tú te callas! —dictaminó María—. Aquí se está dirimiendo algo más que un divorcio: nuestro futuro.

—No es tan sencillo, María, son más cosas —puntualizó Alicia—, y éstas son las que me preocupan. La posición de víctima de mamá se estaba volviendo insostenible. ¿Recordáis alguna palabra agradable, amable o de cariño de nuestro padre para ella?

—Yo sólo oigo reproches e insultos de su boca hacia ella y hacia mí —aseveró Blanca.

—La trata como una esclava —continuó Alicia— y a nosotras también. El muy imbécil no se gasta un duro, soy la única de la clase que no tiene móvil ni ordenador, y eso que me hace falta para seguir las clases, por lo que me quedo hasta tarde en la facultad para usar el de la biblioteca.

—Yo estoy igual. No puedo tomarme un café y rechazo todas las invitaciones a fiestas. Me miran como a un bicho raro; pero si apoyamos a mamá creo que va a ser peor —opinó María.

—Conociendo como conozco a mamá, no creo que esté en sus planes incluirnos en esta guerra. Si ha callado hasta ahora, ha sido por nosotras y no va a echarlo a rodar en dos días —dedujo Alicia.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? —volvió a preguntar María impaciente.

—Para evaluar las posibilidades: Blanca, como menor de edad, tendrá que atenerse a lo que dictaminen los mayores; pero nosotras, no.

—Yo tengo diecisiete —objetó María.

—En dos meses cumples los dieciocho, el seis de diciembre —recordó Alicia—. La abogada de mamá es la vecina del séptimo; la consultaremos nuestro papel en todo esto para poder decidir nuestra postura.

—Ella nos dirá lo que le convenga —aseguró María desconfiada—. ¿Y si indagásemos en la facultad de derecho?

—Vale —aceptó Alicia con un suspiro—. ¿Cómo lo haremos? ¿No los vamos a asaltar en la calle?

—En el bar o en la biblioteca. ¿Quedamos mañana allí? —propuso María.

—Tengo prácticas —arguyó contrariada Alicia.

—No importa, lo haré yo sola y te cuento luego —decidió María.

Alicia admiraba la resolución de su hermana mediana que chocaba con la timidez y el apocamiento de Blanca, quien era la más risueña y optimista, ya que vivía en una burbuja que la protegía contra las agresiones exteriores, contra lo desagradable y lo feo del mundo.

—Si las cosas se ponen muy mal, me quedaré con mamá —informó Alicia—. Ignoro cómo saldremos adelante, pero estaré a su lado aunque tenga que dejar eventualmente la carrera.

—Yo también —se adhirió Blanca—. Papá siempre me ha dado miedo.

—Desde que naciste no te ha hecho caso —admitió Alicia—, quería un niño.

—Yo no sé lo que haré. La idea de quedarme sola con papá no me agrada; pero quiero terminar la carrera para poder valerme por mí misma —expuso María.

—Yo también —admitió Alicia—: pero es bastante probable que esto nos estalle en las narices este mismo curso. Pregunta también cuánto tarda en resolverse un divorcio. Este año está asegurado porque ya está abonado; igual hay suerte y conseguimos matricularnos en junio para el dos mil once dos mil doce.

—Habría que aplicarse y asegurarse los aprobados —determinó María esperanzada—. Con eso tendría dos años en el bolsillo, pero con el plan Bolonia son cuatro.

—No podemos adivinar el futuro, decidiremos sobre la marcha —resolvió Alicia—. Lo importante es que estemos alerta y unidas.

—Como los tres mosqueteros —concluyó Blanca divertida.

—¿Cómo puedes encontrar la situación graciosa con lo grave que es? —le reprochó María.

—No seas cascarrabias, María, —la reprendió suavemente Alicia—. Marchaos antes de que se den cuenta de vuestra tardanza.

—¡Qué suerte tienes en dormir aquí! —exclamó María.

—No te creas. La abuela es una impertinente y una explotadora que carece de consideración. Me libro llegando tarde de la facultad; pero parece que disfruta no dejándome dormir.

—Ya sabemos de quién ha heredado los genes papá —apuntó María y se levantó resignada.

En silencio se encaminaron hacia la salida, se despidieron con un gesto y Alicia cerró cuidadosamente la puerta. Repetirían la reunión en dos días, en cuanto reunieran más información. No había dicho nada a sus hermanas sobre la amenaza de la que había sido testigo porque no quería asustarlas innecesariamente, igual era una bravuconada de su padre en un momento de desesperación, de ganas de herir verbalmente, de intimidar; pero nada más.

Había visto los anuncios de la televisión sobre maltratadores, en los que todo parecía evidente. En la realidad no había nada claro: las palabras, los gestos, no eran blancos y negros. ¿Cómo se diferenciaban las palabras sin intención de las palabras con intención de ser ejecutadas? Muchos matrimonios discutían y no por ello eran maltratadores. Ella había discutido con María e incluso no se habían hablado durante días, pero no hubo intención de hacer daño. ¿Qué se consideraba maltrato? ¿A partir de cuándo, de qué palabra, de qué gesto? ¿Dónde estaba el umbral? Hacía dos años que tuvo plena conciencia de lo que sucedía en casa, pero ¿cuándo había empezado? A lo largo de esos dos años había constatado que su padre era un maltratador y que su madre cumplía los requisitos de víctima.

Al principio, se desentendió del asunto; pero se dio cuenta de su equivocación cuando fue consciente de que la tiranía de su padre se extendía a las hijas bajo el concepto de obediencia. Debían obediencia y respeto a los progenitores; pero los progenitores les debían respeto a los hijos, educación y otros valores de los que su padre había prescindido. Su madre se volcaba para que no les faltase nada, se privaba de vestirse para que llegase el dinero para ellas, se afanaba en las tareas domésticas para que dedicasen el tiempo a estudiar, aunque su padre, cuando estaba en casa, procuraba fastidiarlas, interrumpirlas para hacer sentir su autoridad. Nunca quedaban con los amigos porque las enterraba con tareas que no venían a cuento, y así fueron perdiendo las amistades; de hecho, ninguna de las tres tenía amigos ni salía porque no disponían de una paga ni de tiempo. Las había estrangulado económicamente, las había aislado anímicamente y ahora las intimidaba. ¿Qué sería lo siguiente? Eso se preguntaba todas las noches desde que fue consciente de lo que sucedía y observaba a su madre aguardando alguna indicación, alguna reacción, una sublevación por su parte, algo que las sacase del cenagal en el que se estaban hundiendo. Casi había perdido la esperanza, casi había empezado a odiarla por la falta de espíritu, cuando le sorprendió la noticia de la demanda de divorcio. La víctima había reaccionado, se había sublevado y la guerra estaba en ciernes. Alicia había tomado partido, para bien o para mal, pero era plenamente consciente de que no podían seguir así las cosas, no la paralizaba el miedo a perder todo como a María. Además, ¿a perder qué? Para perder, había que poseer.

La puerta de la casa y el vozarrón de su padre la sacaron de las reflexiones. Se acercó a la puerta

del cuarto y entreabrió una rendija para oír con más claridad.

—¡Ya te lo dije! ¡Mira que te avisé! —gritaba la abuela indignada—. Sólo era cuestión de tiempo. Demasiada buena vida le has dado, ¿y cómo te lo agradece? En cuanto yo he desaparecido de la escena se ha aprovechado de ti.

—Pero me las va a pagar, madre, no sabe la muy cretina dónde se ha metido. No va a obtener ni un céntimo, la pensión que le adjudique el juez limpia de polvo y paja y, cuando termine el proceso, una sorpresita que le he preparado. Me las va a pagar.

—¿Y las chicas? —apuntó de nuevo la abuela.

—Si quieren terminar los estudios, tendrán que comer de mi mano. A Blanca se la puede llevar al infierno con ella, ésa sí que no va a recibir nada cuando cumpla los dieciocho.

—Desde luego, ¡qué mujer!, todo niñas. ¡Ni parir sabe siquiera! ¿Vas a quedarte aquí? —indagó la abuela exaltada.

—Sí, sólo por unos meses, mientras dure el divorcio. Tengo planes para después. Llevo un tiempo saliendo con una mujer de bandera, de las de anuncio, con buen sueldo y situada socialmente, un bombón. No entraba en mis planes casarme con ella, pero ya veremos.

—¿Te quedan ganas de otra?

—Necesito que alguien lave, planche y demás. ¿No pretenderás que contrate a una inmigrante sucia y perezosa? Mientras terminan la carrera, me valen Alicia y María. Por cierto, ¿ha llegado ya Alicia?

—Hace un rato. Está encerrada en la habitación, estudiando —informó con retintín la abuela.

Al oír ruido en el salón, Alicia se apresuró a cerrar la puerta sigilosamente y se sentó a la pequeña mesa camilla, donde había esparcido los apuntes, y simuló que estaba enfrascada en ellos. Cuando oyó abrirse la puerta, prestó atención.

—¿Si?

—Nada, hija —dijo su padre con aire teatralmente compungido—. A causa de la demanda de tu madre, voy a vivir aquí a partir de ahora, así que ya no tienes que bajar a comer. A mediodía puedes preparar algo para los dos, no soporto las comidas de la filipina.

—Lo siento de veras, pero no vengo a comer. Sólo dispongo de una hora por lo que me tomo un sándwich allí. Recuerda que tengo prácticas.

—¡Ah, ya! De todas formas recoge tus cosas de casa e instálate aquí de forma permanente —ordenó su padre como algo natural.

Alicia le siguió el juego asintiendo y se refugió en los apuntes de nuevo. Oyó cerrarse la puerta suavemente. Así que contaba con que María y ella le limpiaran el culo, pensó Alicia desfallecida. Y al punto decidió ocultar el nuevo dato, tanto a su madre como a su hermana, para no dar al traste con el divorcio.

Santander, octubre de 2010.

La regata no había estado mal. Habían quedado en segundo lugar y se habían gritado las órdenes a placer, desahogando la rutina de la semana, las frustraciones, el estrés. Otros iban al fútbol, ellos al barco; y luego, después de insultarse, tan amigos, porque lo del barco no tenía nada que ver con la vida privada. Habían cerrado bien todo y Pedro estaba rociándolo con un buen manguerazo de agua dulce, mientras los demás esperaban en el pantalán con el equipaje.

—Voy a quitar todos los letreros de Hoteles Van Der Voost —decidió Teo.

—¿Y eso? Es un montón de pasta —advirtió Mariano—. Podemos prescindir de los quitavientos y banderolas, pero todas las velas: mayor, génova y spi; —y siguió sumando— la ropa de la tripulación y los logotipos de la furgoneta de apoyo, igual supone unos quince mil euros.

—No me importa —insistió Teo.

—¿Ya te han dado la patada? No me ha comentado nada Lucía.

—No. Carecen de liquidez, pero me ha dolido igual. Nuestras relaciones son frías y distantes, excepto con Francisco, pero le he dicho que no se meta en líos, que se mantenga a distancia. Tiene familia y no quiero que David lo bote si lo encuentra en el bando contrario.

—¿Y Juan?

—En Mallorca. ¿Dónde esperabas?

—Jo, ¡qué tío! —exclamó Emilio, que había seguido la conversación en silencio—. Ése es legal, lo dijo y lo hizo.

—Pues, sí, siempre fue un viva la Virgen —concedió Teo.

—Tiene su punto —defendió Emilio—. Yo no podría vivir así.

—Ni tú, ni nadie en sus cabales —confirmó Mariano—. Eso requiere un aire de insensatez acompañado de un ángel de la guarda muy especial, porque esos individuos siempre caen de pie.

—¡Qué! ¿Echáis una mano? ¡Menos palique y más trabajar! —gritó Pedro.

Emilio se apresuró a cerrar el paso del agua, mientras Bernardo se hacía cargo de la manguera y la enrollaba. Teo se quedó observando el *Alios*, un velero de Jeanneau de más de nueve metros de eslora y tres con treinta de manga. El palo alcanzaba los doce metros y sólo el spi contaba con una superficie de ochenta metros cuadrados. Mariano tenía razón, era mucho dinero; pero sí que podía prescindir de las banderolas y cambiar los quitavientos laterales.

—No volveremos a buscar un sponsor, seremos independientes —anunció a la tripulación, mientras se retiraban hacia La Boya de Raos.

—Diseñaré nuestro propio logotipo —se ofreció Vicente, el hijo de Emilio.

—¿Como los de Thor Heyerdalh? —preguntó Bernardo—. Espero que seas un poco más original.

—¡Oye, paso de figuras polinésicas! —se desvinculó Pedro.

—Yo me retiro —avisó Teo—. Nos vemos en La Brocheta.

—¡Chico! Quién te ha visto y quién te ve. Te has tomado en serio la dieta —comentó Emilio.

—No es sólo la dieta, voy a llegar más lejos y voy a ser consecuente con mis decisiones.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Mariano, deteniéndose junto a los coches.

—La dieta y el ejercicio no son suficientes para reducir esto —comunicó mostrando la tripa—. He concertado una cita con el cirujano plástico de Mompía, Tomás Rivero, para hacerme una lipectomía

abdominal —explicó Teo.

—Háblanos en cristiano —exigió Pedro.

—Una abdominoplastia para corregir la flacidez y el exceso de piel al mismo tiempo que la liposucción de las grasas. Ya lo he hablado con Portillo, el endocrino. A mi edad es imposible hacerlo de otra manera.

—Tu eres el médico; pero no he oído cosas buenas al respecto —intervino Mariano—. Lucía ha llevado una demanda por un asunto de éstos.

—Es cierto —ratificó Bernardo, que trabajaba con su madre en el despacho—. ¡Cómo dejaron a la pobre! ¡Con bultos por todas partes!

—Os agradezco vuestra preocupación. Me habláis de clínicas privadas y médicos con titulaciones ambiguas. Yo sé con quien trato.

—Eso es cierto —afirmó Emilio—. De todas formas avísanos cuando vaya a ser, no queremos perdernos el espectáculo —bromeó, para restar importancia al ofrecimiento.

—¿En Mompía? Las habitaciones son buenas y hay cama para dormir. Igual me tomo un par de días para acompañarte en el balneario —sugirió Pedro.

—Sois muy amables, pero creo que te lo hacen en unas horas y no hace falta hospitalización —agradeció Teo conmovido.

—Pues yo me quejaría —dijo Emilio, meneando la cabeza—. Con todo lo que operas allí y que no te ofrezcan un trato de favor; por lo menos una noche gratuita de hotel.

—Va a ser mejor que no —concluyó Teo y echó a andar hacia el coche—. Capaces seríais de organizar una fiesta en la habitación y perdería mi influencia con la dirección. Nos vemos luego —se despidió y los dejó bromeando sobre el hospital.

Había decidido no comentar nada para no molestarlos, pero había leído las complicaciones de una intervención así y se había acobardado. El mayor problema era la hemorragia que podía causar trombosis venosa, embolismo pulmonar o edema pulmonar, sin olvidar el infarto, y localmente, equimosis y seromas. A pesar de todo, estaba resuelto a seguir adelante. Lo suyo no era un mero capricho estético y la iniciativa había partido del mismo Portillo.

Mientras conducía por la recta de Parayas, reflexionó sobre los amigos, éstos no fallaban; pero la familia, paradójicamente, sí. Con eso de la intervención se había agudizado la sensación de soledad. La realidad era que siempre había estado solo, no obstante, había echado en falta algo, un algo que no acertaba a definir. Bien mirado, no era la familia, porque sólo recordar a sus hermanos le entraban escalofríos: «parientes, pocos y lejos», rezaba el refrán. Amigos tenía, y de los mejores; los compañeros del hospital se desvivían con él, de hecho, desde que había tomado la determinación de ponerse en forma, todos lo animaban, opinaban y se ofrecían para realizar sus guardias, sustituirlo en el quirófano o en lo que necesitase. Era cierto que muchos le debían favores pero, aun así, nadie escurría el bulto.

El hospital era su hogar, se sentía arropado y querido, respetado y admirado, porque se había mantenido fuera de las luchas intestinas por los cargos, por las remuneraciones, fuera de las envidias, de los dimes y diretes y de meterse en la vida de los demás. Se había limitado al trabajo de médico, había formado y consolidado su equipo de trabajo, entraba en el quirófano y se olvidaba de todo, del tiempo, de las necesidades del mundo exterior y se centraba en la vida dormida y confiada a sus manos, una vida importante para los que lo aguardaban fuera, nerviosos, orantes, esperanzados en el milagro del neurocirujano. Había oído en los pasillos lo que se decía de él: que era muy bueno, el mejor, concienzudo, muy profesional. Había aprendido a soslayar el peso de la fe, de la esperanza reflejada en rostros entre ansiosos y llorosos; evitaba los elogios desmedidos cuando consideraba

que era su trabajo; los agradecimientos humildes y sinceros que le sonrojaban; y la felicidad desbordante y arrolladora de los que recuperaban al ser querido. No se sentía como un dios, sino todo lo contrario, muy pequeño; porque esas gentes no entendían, no vislumbraban la complejidad del cuerpo humano, cómo funcionaba el milagro de la vida ni cuánto les faltaba por aprender. Esa labor se la dejaba a Martín, el anestesista, o a la propia Nuria, la enfermera más antigua del equipo.

Él se conformaba con el cumplimiento de su obligación, de su juramento, devolviendo la felicidad a otros y procurando evitar la tristeza el día que alguien no lo superaba, con el convencimiento de que había estado fuera de sus posibilidades, de sus limitaciones; no quería dejar de sentirse humano, más cerca del mundo real, de las alegrías y de los miedos. Sus hermanos distaban de esa filosofía, se les escapaba que para él los hoteles fueran meros edificios de un mundo ficticio, sin relevancia en el conjunto de la vida. Unos hoteles que habían pagado su formación y que mantenían su nivel de vida, le había reprochado David al tiempo que lo acusaba de cínico, ¿cómo podía acusarlos de materialistas cuando vivía mejor que nadie? Según Teo, confundían las churras con las merinas: los hoteles eran importantes si tratabas a los trabajadores y a los clientes como personas y no como cifras, porque eso significaban para David y Amelia: números; y, en el colmo de la simplicidad, habían resumido la vida a una ecuación aritmética.

Había pisado el freno y encendido el intermitente para entrar en el garaje de su casa en Pérez Galdós. Mientras esperaba a que la verja se abriera, distinguió a Francisco dentro de un coche aparcado. Sin duda alguna, lo estaba aguardando. Pitó suavemente para llamar su atención y le hizo una seña para que subiera a casa mientras él guardaba el coche. Cuando bajó del ascensor con la bolsa de deporte, ya estaba Francisco apoyado en la pared del descansillo: rubio, de ojos grises y un metro ochenta y cuatro, era el guapo de la familia.

—Es sábado, tengo cena —advirtió Teo.

—Ya, yo también. Sólo quería hablar un momento contigo.

—Ok, pasa —invitó en cuanto abrió la puerta—. Ve escanciando unas cervezas mientras me ducho.

Cuando salió de la habitación, duchado y arreglado, encontró a su hermano de pie en la terraza, con una jarra de cerveza en la mano, disfrutando de la panorámica de la bahía.

—¡Cómo me gusta la vista que disfrutas desde aquí! —exclamó Francisco—. No me canso nunca del verde ni del azul: la bahía posee vida propia con el cambio de colores, con las embarcaciones, surfistas y demás. ¡Cuánta gente vive de ella!

—¿También queréis que os legue mi piso en vida? —preguntó con sorna Teo.

—¡Por Dios, Teo! No me incluyas. Asumo mi parte de culpabilidad hasta el punto de que me estoy planteando el no seguir adelante.

—Nunca te he incluido. Comprendo que tienes familia y que tanto Pilar como tú dependéis de la empresa. Era una broma. Pero ¿qué te estás planteando? No hagas ninguna tontería. Sé lidiar yo solo este toro, es más, ya te pedí que te mantuvieras al margen.

—Es por todo, Teo. Ahora sois tú y Juan ¿y mañana?

—Sinceramente, aunque no esté de acuerdo con David, su estrategia está justificada. A ti te necesita —razonó Teo.

—Por ahora. Están los hijos y pronto regresarán Roberto y Eduardo, quienes reclamarán su derecho a formar parte de esto. ¿Adivinas quien perderá la dirección del *Ámsterdam*? Claro que de forma justificada, seguramente me darán la gestión porque soy economista, estaré ahí mejor. ¿Decido yo? No, obedezco. Pero no soy sólo yo, Teo —alegó Francisco, se sentó en una de las sillas de teca y se frotó la cara con la mano libre—. La empresa se va al garete y éste ha sido el primer paso.

—¿Hay algo que no sepa? He hecho los deberes y no he notado nada fuera de lugar en las cuentas.

—No, no; están correctas. Hemos perdido liquidez con las obras de remodelación del hotel Holanda y con el asunto de Juan, pero nos repondremos pronto. Tres años sin cobrar beneficios no son nada para lo que se ha invertido. David lleva bien los negocios, no lo cuestiono; pero lleva mal la familia: ha comenzado a tirar lastre y no sé cuando se detendrá.

—Desde el día de la reunión, estoy rumiando cómo llevar a cabo la partición —planteó Teo.

—Pilar y yo también lo hemos analizado y es muy complicado. Escucha, Teo, los solares y los edificios por un lado y la empresa por otro son mucho dinero, no hay solvencia para afrontar una partición. Si lo dejamos en manos de un juez, además del pastón que se van a llevar los abogados, los peritos y la madre que los parió, nadie estaría de acuerdo con la resolución porque sería demencial, eso sin contar el tiempo que tardaría el proceso. Lo factible sería llegar a un acuerdo entre nosotros; pero estoy seguro de que David y Amelia sacarían una regla con que medirlo todo y, hasta que no consiguiesen la mejor tajada, no habría resolución tampoco.

—No sé, Francisco, habrá una forma. Lo mejor es dejarlo reposar y la solución surgirá por sí sola —propuso Teo—. Las prisas no son buenas consejeras. De momento tiene atadas las manos financieramente para realizar otro movimiento. En unos meses se abrirá de nuevo el hotel Holanda y comenzará a rentar...

—¡Ésa es otra! ¡La crisis! La remodelación lo ha subido de categoría y de precio. Son demasiadas habitaciones para llenarlo.

—Las estrellas son orientativas, se puede renunciar a alguna —sugirió Teo.

—David no lo hará; y, si se lo planteara, Amelia no lo permitirá.

—La avaricia rompe el saco —sentenció Teo.

—Y me gustaría no compartir el saco cuando eso suceda —declaró Francisco con acritud—. Santander no es una ciudad para hoteles muy grandes y caros. El verano es muy corto y el invierno muy largo, el clima no acompaña y la crisis se dejará sentir. Con el hotel Van Der Voost nos va muy bien, en el centro de la ciudad, con vistas y aparcamiento; pero ahora son dos los hoteles de esa envergadura que vamos a llevar entre manos. Y el hotel Santemar y el Chiqui son del mismo calibre e igual de bien situados que el hotel Holanda, y muy competitivos.

—Sí, tienes razón. ¿Crees que los hoteles más pequeños sobrevivirán mejor?

—Todo se reduce al precio —explicó Francisco—. Las pequeñas fondas del principio de la avenida de Los Castros y el hotel Colón están hasta la bandera. Son edificios antiguos, sin comodidades y muy baratos; pero permiten a la clientela de toda la vida, la meseteña, veranear aquí: familias enteras de Palencia, Burgos o Valladolid, que no pueden costearse un hotel en condiciones, reservan de un verano para otro. Cada vez quedan menos lugares para esa gente que, durante generaciones, han dejado los modestos ahorros en nuestra ciudad.

A Teo le complació la exposición de Francisco, era una visión humana, cálida, valorando algo más que el dinero. La clientela en sus labios cobraba personalidad, tenía un origen, compartía unos problemas monetarios, destilaba sentido familiar.

—Se me hace tarde —cortó Teo y acabó la cerveza de un trago—. No recojas, ya lo haré a la vuelta. Gracias por la visita y por compartir tus preocupaciones conmigo. Te agradecería que me mantuvieses al corriente, si decidieras algo, y te aconsejaría que no hicieses nada, ellos tampoco lo harán. Creo que debo ser yo el que dé el primer paso, pero ya te contaré cuando tome una determinación.

—Vale, nos vemos —se despidió Francisco. Le dio una palmada cómplice en el hombro.

Madrid, octubre de 2010.

Alicia salió de la Escuela de Enfermería apresuradamente y se encaminó a la estación de metro. Si había luz y hacía buen tiempo, regresaba andando a casa; en caso contrario, tomaba el metro. Ese día tenía prisa. María y Blanca la estarían esperando en un banco de la avenida de la Reina Victoria, cerca de la boca del metro. Llegó a tiempo de subirse en el circular y, en dos paradas, llegó a su destino. Los días se acortaban a pasos agigantados y, en cuanto fuera el cambio de horario, el invierno se echaría encima. Las encontró impacientes, arrebujaadas en las cazadoras y sentadas en el respaldo de un banco en medio de la alameda, con las mochilas a los pies y sobre el asiento.

—Lo siento, no he podido salir antes —se disculpó Alicia.

—Comienza a hacer frío a estas horas —se quejó Blanca.

Habían quedado allí para que su padre no las sorprendiera, la casa de la abuela había dejado de ser un refugio.

—Ayer conseguí hablar con mamá y con Teresa, la abogada y vecina del último piso —anunció Alicia.

—¿Te has enterado de algo? Porque yo no he sacado nada en limpio: todo dependía de las circunstancias y no me apetecía contarles mi vida —confesó María.

—De bastante, aunque no creo que os guste el panorama. Tal y como imaginé, mamá no quiere que participemos en el asunto. Lo llevará ella sola. Nosotras, tú y yo, nos limitaremos a hacer lo que nos vayan señalando. Blanca queda excluida por ser menor. Si papá ha dicho que me traslade a casa de la abuela, que lo haga, que hagamos lo que él diga, que no le contradigamos en nada excepto, si por cualquier circunstancia, quisiera que declarásemos ante el juez: nos ampara el derecho a permanecer al margen y no pronunciarnos en favor de ninguno de los dos.

—¿Eso es todo? —preguntó María visiblemente decepcionada.

—Quieren que nos portemos sumisamente con él para obtener el pago de los estudios sin necesidad de exigirselo. Parece ser que, si él se negara, nosotras tendríamos que reclamarle la pensión de alimentos que incluye, además de los estudios, comida y ropa. Pero no quieren que lleguemos a ese extremo.

—Pues igual deberíamos, porque actualmente no cubre nuestras necesidades —objetó María.

—Sinceramente, me gustaría no deberle nada —manifestó molesta Alicia.

—De cualquier manera los estudios están asegurados —resumió María—. Y luego, adiós, hasta nunca.

Alicia no la contradijo porque no quería asustarlas, pero el asunto no iba a resultar tan fácil. Tampoco informó del futuro que les tenía preparado su padre, de sirvientas si se quedaban a su lado, para que no dijera nada inconveniente que perjudicase a su madre. Se movería con pies de plomo ya que María miraba antes por ella que por los demás: la mantendría bien amarrada.

—Y tú, ¿qué averiguaste?

—Ya te he dicho: muchas vaguedades, que todo dependía del dinero que tuvieran nuestros padres y de lo que decidiera el juez, que nosotras no entrábamos en el lote y que la casa es de la mujer si hay menores de edad —recitó María.

—Ésa es otra, la casa —señaló Alicia—, pertenece a la abuela.

—¿Y?

—Lo que diga el juez —musitó Alicia.

—¡Esta sí que es buena! —replicó María—. He equivocado la carrera, en lugar de Empresas debería haber escogido Derecho.

—No podemos hacer nada. Sólo esperar y ser testigos de lo que está sucediendo.

—Seguir estudiando —suspiró Blanca, quien había permanecido en silencio.

—Sí, Blanca, seguir estudiando —aseveró Alicia—, que ya es mucho. No aprecias lo poco que disfrutas hasta que lo pierdes.

Cogieron sus cosas y se encaminaron hacia el cruce con Guzmán el Bueno, cada una sumida en oscuras reflexiones, camino de casa.

—¿Me separarán de vosotras? —farfulló Blanca, como si le diera miedo expresar sus temores en voz alta.

—Temporalmente, puede; pero volveremos a estar juntas, os lo prometo —aseguró Alicia a sus hermanas y miró más allá de los muros que rodeaban el edificio de la Guardia Civil.

Y Blanca sonrió, se creyó a pies juntillas lo que ni la propia Alicia sabía pues, en realidad, había expresado un deseo con la esperanza de que se cumpliera. María la observó de reojo, escéptica, y Alicia le dio un codazo.

—Ten fe, María. Saldremos de ésta.

—¡Amén! —rezó. Sacó la llave del portal al mismo tiempo que saludaba con un gesto de la cabeza al vigilante, que se hallaba dentro de la pecera de cristal.

Alicia se refugió en su habitación. Las prácticas eran un pretexto para no estar en casa, eran un motivo de fuerza mayor pero, si de verdad hubiera realizado todas las que había alegado, habría obtenido un máster en enfermería.

Repasó los acontecimientos del día anterior. Aquella mañana acechó a su padre hasta que salió hacia la oficina y bajó a ver a su madre, justo en el momento en que ella abandonaba la casa para subir al piso de la abogada, con quien se había citado. Subió al séptimo con ella, le presentó a Teresa, una mujer ancha y de formas redondeadas, que a Alicia le cayó en gracia, seguramente por el trato tan considerado que destiló hacia Valvanuz, quien parecía estar bajo una crisis de nervios constante. Alicia manifestó su apoyo a la decisión de su madre y ofreció su ayuda en lo que hiciera falta. Le desconcertó que Valvanuz se sorprendiera de su inclinación. Alicia tardó menos de diez minutos en rebatir ese supuesto rechazo y le explicó que era rabia, impotencia ante la pasividad de ella. Hablaron de detalles técnicos y del dinero que tendría que ir por delante.

Alicia no sólo se negó a mantenerse al margen ante la petición de su madre, sino que se brindó como informadora infiltrada. Les contó cómo Ramón, el día en que se trasladó a casa de la abuela, estaba tan indignado que habló alto y más de la cuenta, así se enteró de que tenía una amante desde hacía tiempo y que era la razón por la que se ausentaba tan a menudo por las noches. Por las explicaciones que su padre le había ofrecido a la abuela, era una mujer de revista que le permitiría introducirse en un mundo nuevo. Teresa decidió encargarse del asunto pues conocía a un detective que le debía algunos favores. Alicia les comentó la posibilidad de que la abuela les arrebatase el piso, pero Teresa salió al paso de esa posibilidad porque el padre tendría que pagarles el alquiler de uno hasta que Blanca fuera mayor de edad o las chicas dejasen de vivir en él, por lo que era poco probable que lo llevasen a cabo en los próximos años. Alicia expresó su preocupación ante un problema aplazado pero no solucionado y Valvanuz le recordó que conservaba la casa de Santander, aunque eso implicaría quedarse sin trabajo. Quedaron de acuerdo en que a Blanca habría que mencionarla lo menos posible, si no se mostraba demasiado interés, Ramón no sentiría la necesidad

de luchar por ella, aunque la posible intención de afianzar la relación con otra mujer podría ser entorpecida por una muchacha adolescente a su cargo.

Antes de terminar la reunión, Alicia exigió que la mantuvieran informada de todos los pormenores del divorcio a lo que Valvanuz accedió y se despidió pues se aproximaba la hora de entrar a trabajar. Alicia se quedó para despejar algunas dudas.

«—El divorcio lo conseguiremos; pero hasta que se pronuncie el juez, no sabremos a qué precio —respondió Teresa—. Yo veo dos puntos oscuros: el piso y que viváis todos en la misma escalera. En un divorcio normal no sería ningún problema, pero aquí hay maltrato, no sé en qué grado, y además, tu madre se opone a denunciarlo. Igual no pasa nada, pero...

—Pasaré. Mi padre tomará venganza —aseguró Alicia descompuesta.

—Tu madre conserva el piso de sus padres en Santander, como ha dicho. Sería una posibilidad, aunque supondría buscar un nuevo trabajo y con su edad... No quiero engañarte, es difícil.

—Tengo los ojos abiertos. ¿Me ve cara de estúpida?

—No entiendas lo que no he dicho —corrigió Teresa conciliadora—. No he querido comentar nada de esto con tu madre todavía, pero lo iré haciendo según como vayan las cosas y dependiendo de su estado de ánimo. Ya has comprobado lo nerviosa que está ante la incertidumbre. Necesita tiempo para asimilar todo; pero supongo que ella misma, en algún momento, caerá en la cuenta. Lo que más la paraliza en sus decisiones sois vosotras.

—¿Nosotras?

—¿Qué opinan María y Blanca de todo esto?

—Blanca es menor de edad y hemos quedado en que debe pasar lo más desapercibida posible.

—Correcto. Pero ella, ¿qué quiere?

—Irse con mamá, teme a mi padre.

—¿La ha pegado? —se alarmó Teresa.

—No, no; pero le grita, la insulta en cuanto se cruza por su camino, así que desaparece en cuanto papá asoma por la puerta de casa. María está del lado de sí misma, desea terminar la carrera con las menos molestias posibles, aunque aprecia a mamá.

—Pero no dudará en traicionarla si le beneficia —concluyó Teresa.

—¡Mujer! Dicho así. No la traicionaría, sencillamente no se movería. No sé, suena horrible lo diga como lo diga.

—No te angusties. Es una postura más frecuente de lo que imaginas. Los hijos siempre son egoístas: desde que comienzan a mamar creen que todo se les debe, que todo es suyo, que son los reyes del mundo, incluso conozco casos en que tiranizan a los padres.

—A nosotras nos tiraniza mi padre —matizó Alicia sarcástica.

—Como en todo, hay un término medio. Me alegro de que estés con tu madre, te necesita más de lo que imaginas; sin embargo, síguele la corriente a tu padre, no le enseñes tus cartas, podrías enfurecerlo y endurecer las negociaciones. Si necesitas comunicarme algo de lo que te enteres, será más seguro que me dejes una nota en el buzón, para que no te pille subiendo aquí».

Alicia, tumbada en la cama, analizaba esta conversación y llegó a la conclusión de que Teresa era una mujer templada, con agallas, y de que sabía cómo manejar a su madre. La demanda llegaría a buen puerto. Había olvidado la casa de Santander, hacía muchos años que no iban por allí. Recordó los días de playa, el sol y el mar. Era un mundo que había atesorado en la memoria como si fuera de cuento, algo irreal. El único y fundamental inconveniente de todo esto era la falta de trabajo, de dinero. Tarde o temprano habría que ponerse las pilas. En el hospital pagaban muy bien a las personas que se quedaban cuidando de los enfermos por la noche, aunque eso le destrozaría a largo

plazo el sueño y el rendimiento en los estudios. Habría que sopesar las posibilidades.

Desde que Ramón no estaba en casa con sus tontas exigencias, Valvanuz disponía de más tiempo, se organizaba mejor. Económicamente, ahorraba de su pequeño sueldo mientras los gastos de la casa siguieran corriendo de cuenta de su marido. Reinaba la paz y las niñas se mantenían calladas y expectantes. Poco a poco, se fueron relajando a la vez que pasaban los días sin que nada alterase el ritmo de la vida, una vida más fácil y sin sobresaltos; sobre todo, quien más lo acusó fue Blanca, cuyo carácter se tornó más alegre y despreocupado. Teresa se lo había advertido, que se lo tomase con calma, que iba para largo, que tomase valeriana para dormir y se preparase un termo de tila para el día, pero tranquilidad. Sin embargo, lo más importante, lo que la había animado y le había hecho feliz en medio del caos, había sido el apoyo y la comprensión de Alicia. Nunca sospechó los sentimientos de su hija tras esa cara malhumorada, esa mirada reprobatoria, ese gesto de censura permanente. Algo de eso había, evidentemente, pero por cariño, por ira ante una situación injusta. A partir de aquel momento, se sintió liberada de un gran peso, recobró el valor, la determinación y la seguridad de que estaba haciendo lo correcto, aunque no acabase la historia de forma perfecta. No se había cruzado con Ramón desde el día de la ruptura, a pesar de que lo había temido durante los primeros días, y ello ayudó mucho. Por Alicia se enteró de que paraba poco en casa de la abuela. Últimamente, no sabía mucho sobre su vida y sus andanzas, pero pronto cayó en el olvido la vida de su marido con la Navidad a la vuelta de la esquina.

No sería una Navidad muy alegre, ¿lo había sido de unos años acá? No habría regalos, por cicateros que fueran, ni grandes comilonas; pero la mesa ya no estaría encabezada por Ramón, fiscalizando, metiéndose con ella, arropado por la bruja de la madre siempre cizañera y con la crítica en los labios. Cada vez que pensaba en su marido y en su suegra se admiraba de lo que había soportado. Sería una Navidad austera, tranquila, vivida con cariño, con calor. Sólo deseaba que pudiera unírseles Alicia. Valvanuz aguardaba confiada, al fin y al cabo, no estaba siendo tan difícil como pareció en un principio: saldrían adelante.

Santander, diciembre de 2010.

Encontró aparcamiento en el subterráneo de Alfonso XIII, casi un milagro a esa hora y en esa fecha, y salió a la calle. La Navidad le entró por la vista, con los árboles iluminados y los colgantes rutilantes que cruzaban la calle de un extremo a otro y que dificultaban la visión de los números de los autobuses; le entró por el oído, pues algunas tiendas habían sacado altavoces a la calle con los consabidos villancicos; y por el tacto, ya que, a pesar de su metro noventa, algunas personas padecían problemas de visión ya que lo empujaban o se tropezaban con él. Era jueves, víspera de Nochebuena. Aunque hacía frío, no llovía por lo que la calle estaba tomada como si fuera una manifestación y entorpecía el avance de Teo por Calvo Sotelo. Era consciente de que llegaba tarde, de hecho, había vislumbrado entre el gentío a Lucía Cossío, su abogada y amiga, que lo esperaba subida al primer peldaño del portal del despacho de los notarios. A sus cuarenta y cuatro años conservaba una buena figura, morena, con mechazas cobrizas en la alta coleta y ojos oscuros, era un lince en la abogacía, donde se había ganado el reconocimiento de los colegas de la profesión. Había contratado a tres pasantes en el despacho que le hacían el trabajo sucio; uno de ellos, su hijo Bernardo, a quien incorporó en cuanto se licenció.

—Llegas tarde, como de costumbre, —constató Lucía con una sonrisa conciliadora más que reprobativa—. Comprendo que tus pacientes en el quirófano no se quejen porque están anestesiados, pero yo estoy despierta.

—Y de buen humor —añadió Teo irónico y la siguió dentro del portal—. De verdad que lo siento. No entiendo qué ocurre últimamente, es como si al reloj le faltaran minutos, los devora.

—¿Por qué no pruebas a llevarlo adelantado cinco minutos? —sugirió Lucía mientras aguardaban el ascensor.

—Porque no se ha quejado nadie en el equipo.

—Porque eres el jefe, además, te adoran; se cortarían la lengua antes de reprocharte nada. He estado estudiando la empresa hotelera. Tu hermano Francisco tiene razón, está difícil de narices. Los negocios valen lo que el comprador esté dispuesto a pagar, es decir, que es relativo. Sería más fácil vender todo y repartir.

—Te digo lo mismo que a Francisco, la solución tiene que ser otra, aunque sí que me interesaría conocer una estimación del valor de cada hotel por separado. El propio Francisco te lo facilitará.

Habían llegado a la planta y salieron a un corredor abierto a un patio central, Lucía tomó la iniciativa y llamó a la puerta. Les abrió la secretaria o la recepcionista, Teo no estaba seguro del papel de la muchacha.

—Hagan el favor de pasar, don Germán los está esperando.

Lucía, que conocía el despacho, abrió la marcha de nuevo.

—Germán, ¿qué tal estás? Gracias por recibirnos a estas horas, pero mi cliente se mueve en unos horarios un poco intempestivos.

—Bien, gracias, ¿y tú? No te preocupes. Teófilo es una persona muy conocida y ocupada y tiene derecho a un poco de consideración; además, nos conocemos de las regatas —respondió casi a la vez que Lucía formulaba las preguntas—. ¿Cuántas operaciones has llevado a cabo hoy?

—Dos en Valdecilla y una, esta tarde, en Mompía, la más dura, nos ha llevado tres horas, entre una

cosa y otra —respondió Teo y se sentó agradecido.

—Como comprenderás, Lucía, no podemos ser muy duros con él, no vaya a ser que mañana sea yo el paciente —alegó Germán, cruzando los dedos supersticioso como buen marino—. He preparado el documento de las últimas voluntades o testamento, original y una copia para el interesado.

Les tendió la copia que cogió Teo, la ojeó y se la pasó a Lucía.

—Tú misma, yo no entiendo nada.

—Lo leeremos todos juntos —propuso Germán—, yo en voz alta y cualquier cosa que no entendáis lo resolvemos sobre la marcha.

Teo escuchó lo que ya sabía: había declarado heredero universal a su hermano Francisco y sendos legados, de una generosidad inusual, a sus tres amigos: Mariano, Emilio y Pedro; sin olvidar a Rita, aunque este último de menor importancia. Era triste ver reflejada su vida de forma tan descarnada. Se firmó y quedó archivado para la posteridad. Tras las sonrisas y observaciones de rigor, no prolongaron una reunión que todos querían dar por terminada cuanto antes a causa de la hora tan tardía.

—Son las nueve y cuarto —constató Lucía consultando el reloj— y llevo desde la comida en ayunas, invítame a un pincho.

—Lo más cerca, el Diluvio —propuso Teo.

Lucía se colgó de su brazo y allá encaminaron los pasos.

—Gracias por el legado, es muy generoso de tu parte, aunque la sorpresa ha sido...

—Creo que no es necesario recordarte que los abogados, como los médicos y los sacerdotes, no podéis divulgar las confidencias de vuestros clientes.

—¿No se lo vas a decir?

—No, y tampoco quiero que sepa nadie que he redactado un testamento —añadió Teo serio.

—¿Y eso?

—No quiero que mis hermanos se enteren. Me estoy volviendo muy sensible a ciertas alusiones. Me critican por no testar; pero si supieran que lo he hecho, después de amenazarlos con dejárselo todo a una ONG, me volverían loco hasta que conociesen los detalles del legado. No, ni en broma. Si no hay testamento, seguirán tranquilos con el convencimiento de que se repartirán el pastel entre todos. Y esta copia quiero que la guardes en tu despacho bajo llave.

—La pondré en mi cajón particular, para que no la encuentre Bernardo.

—No hemos sido los únicos que hemos tenido esta idea —comentó Teo asomándose al abigarrado local.

—¡Mira! Allí se van, están pagando —señaló Lucía más avispada.

Ocuparon el exiguo espacio que les dejaron en la barra, pidieron un par de crianzas de Rioja y escogieron sendos pinchos del mostrador.

—¿Dónde pasarás la Nochebuena? —indagó Lucía.

—Con Francisco y Pilar. Cenaremos pronto, a las nueve, para poder estar todos juntos y por los niños. Pilar tiene turno en el hotel esa noche, a las once, para que los demás también puedan cenar en familia, y Francisco, el día de Navidad. Hablan de los médicos, pero la hostelería es muy jodida también.

—¿Qué edad tienen los niños?

—Jaime, cuatro y Laura, dos. Afortunadamente, ninguno se parece a mí —concluyó Teo sonriendo.

—Puede que te parezca absurdo, pero no me pareces tan feo. No voy a negar que haces bien en corregir tu aspecto físico pero, con o sin tripa, seguirás siendo Teo.

—Gracias. Me ves con los ojos de una larga amistad. Lo mismo me pasa contigo, paseas una

silueta de modelo y unas piernas que ya quisieran muchas; sin embargo, estoy junto a ti y no siento ganas de acostarme contigo.

—¡Ja! ¡Que no te oiga Mariano! —rió con ganas Lucía.

—Ya me ha oído ¿o de qué te crees que hablamos cuando estamos solos?

—De otras puede; de mí, seguro que no.

—¿Por qué sois tan desconfiadas? Te aseguro que sois los tres matrimonios mejor avenidos que conozco. Eso me hace desear lo mismo. El problema es que se me ha escapado la edad, esa edad en la que te enamoras sin remisión, en la que pierdes los papeles...

—...en la que te pones el mundo por montera y crees que todo se puede conseguir, en la que quedas embarazada y te dejas la piel para que todo funcione.

—Y funcionó. Mariano es un gran hombre gracias a ti. Brindemos por tu buen quehacer —propuso Teo, levantó la copa y bebió.

—Tú también eres un gran hombre, el problema es que no has encontrado a la mujer adecuada. Rosa, Lara y yo hemos estado hablando sobre lo de Nochevieja y...

—¡No! Se celebra en mi casa, como todos los años. Ya he encargado el picoteo de la cena en La Brocheta. Me operan el lunes veintisiete a primera hora y me han asegurado que podré hacer vida normal, aunque sin esfuerzos. Quiero comenzar el año bien porque voy a estrenar cuerpo y otra visión de la vida, otra filosofía.

—¿Qué filosofía?

—No sé, tengo que pensarlo; de aquí allá todavía hay tiempo —adujo Teo sonriendo.

El domingo veintiséis, tras pasar las fiestas con Francisco y Pilar, salió a pasear a mediodía por el Sardinero. A pesar de los banquetes navideños, la gente llenaba los bares de La Cañía y no se encontraba una mesa libre en la terraza del Maremondo. Las familias y los amigos agotaban los últimos momentos juntos antes de partir a los lugares de trabajo. El domingo por la tarde, las carreteras de Palencia y de Bilbao se colapsarían por el retorno de los que vivían lejos de su casa o de la casa donde nacieron. Unos tímidos rayos de sol caldearon el ambiente e iluminaron el mar repleto de surfistas: motas negras que se mecían sobre el vaivén de las olas. Teo se apoyó sobre la balaustrada de piedra blanca del mirador de la primera playa. Era un espectáculo observarlos mientras cogían la ola, seguir las evoluciones entre la espuma y verlos desaparecer bajo el agua.

—Felices fiestas, Teo.

Teo se volvió al oír el saludo de Anselmo, el prejubilado recepcionista del hotel Holanda.

—Igualmente, Anselmo. ¿Está solo?

—Sí, me he escapado. La familia es demasiado ruidosa así de continuo, aunque mi mujer está como unas pascuas por tenerlos a todos reunidos. Los niños pequeños son preciosos, pero agotan.

—¿Un *verdejo* en la barra del Maremondo? ¿Cuántos nietos tiene?

Y se dirigieron a la entrada del bar, sorteando mesas y parroquianos.

—Cinco y otro en camino.

—Enhorabuena. ¡Dos *verdejos*! —gritó al camarero una vez en la barra.

—Hay rumores de que su hermano Juan ha dejado la empresa —apuntó Anselmo, como quien no sabe de qué va la cosa.

—No se le escapa nada —refutó Teo—. Sabe que es cierto. Frecuenta mucho los hoteles. ¿Echa de menos aquello?

—Ese trabajo y con sus hermanos como jefes, no. Pero soy demasiado joven para permanecer inactivo.

—¿Cuántos años tiene?

—Sesenta y uno; pero ya me ve, estoy en forma y me aburro soberanamente sin hacer nada. Mi mujer todavía trabaja, así que estoy más solo que la una todo el día.

—¿No tiene alguna habilidad que pueda distraerle?

—Ya lo he estado pensando, no crea, pero para todo hace falta dinero.

—¿Tan rácanos han sido con la indemnización? —se asustó Teo.

—No, no; pero mi mujer no me deja tocarla. Para la vejez y por si los tiempos empeoran, porque vienen mal. No sé si de estas cosas se entera en el quirófano.

—Estoy en el mundo, Anselmo. No vienen mal, vienen peor, y a los que primero sacuden es a los funcionarios.

—Y a los pensionistas. Se creen que por ser viejos no pagamos los gastos de la casa, que nos mantenemos de aire y que nos valen las ropas de siempre, como si el cuerpo no cambiara. Yo sólo entiendo de hostelería, entré con dieciséis años a trabajar con su padre y ésa ha sido mi vida. Una buena vida, no me quejo; pero no sé hacer nada más.

—Podría hablar con Francisco...

—No, no; no quiero trabajar con ellos —negó enérgicamente Anselmo con la cabeza.

—¿Cuál es su sueño? —preguntó Teo intrigado.

—Volver al pasado. ¿Sabe? Esta crisis, que todavía no vemos, me recuerda cuando las cosas eran más sencillas. Me gustaba el anuncio de Coca-Cola que comenzaba con aquello de, ¿señor yo?, y luego se sucedían las imágenes de los años setenta, o la serie de «Cuéntame». Recuerdo a los veraneantes de entonces, familias enteras que se desplazaban de Castilla a la costa. Ahora que hay crisis, que se vuelve a los menús del día, cuando las fondas y las pensiones vuelven a estar en auge, los pequeños hoteles, con buenos precios y comodidades, son los negocios sólidos, sin pretensiones avariciosas. Nadie se hace rico de la noche a la mañana. ¿Cómo empezó su familia? Creo que, paradójicamente, ahora es un buen momento para comenzar con algo así, pero la juventud carece de paciencia, lo quiere todo de golpe: dinero, reconocimiento social, prestigio. Usted y yo sabemos que eso se consigue con el trabajo de cada día, poco a poco.

—No puedo estar más de acuerdo, Anselmo. Es usted mi Pepito Grillo particular al recordarme los valores del pasado. La gente rechaza la experiencia, la historia, como algo inútil pero, si de vez en cuando echasen una miradita atrás, aprenderían muchas cosas.

—No quería ponerme filosófico —se disculpó avergonzado—. Se me hace tarde, con toda la familia en casa comemos antes. Gracias por el vino. Nos vemos.

Teo se despidió del hombre con una palmada en el hombro, cargado de nostalgia y una sonrisa comprensiva, y se aprestó a apurar la copa de vino. La cháchara de Anselmo había conseguido que cayera en la cuenta de uno de los problemas futuros de la empresa familiar: sus sobrinos. Habían nacido sin preocupaciones, sin responsabilidades, sin dar un palo al agua, carecían del instinto de superación y eran especialistas en cómo dilapidar el dinero. Se sonrió al evocar el despido de Juan por inútil, cuando el propio David incorporaría a otras rémoras en un futuro. Esto cambiaba la perspectiva del asunto. Ahora no era que ellos quisieran tirar lastre; ahora, él personalmente, quería abandonar el barco antes de que se llenase de ratas, mientras las cuentas se mantuvieran saneadas.

Madrid, diciembre de 2010.

Valvanuz estaba satisfecha sobre cómo se desarrollaba el proceso. Ante el juez, Ramón había aceptado la situación y no había discutido ninguna de las disposiciones propuestas. Blanca seguiría bajo la custodia de la madre hasta la mayoría de edad, no discutiría la pensión que señalase el tribunal e, igualmente, pagaría la pensión por alimentos de las dos hijas universitarias sin necesidad de que se lo reclamasen. Se había plegado a las condiciones con una sonrisa y todos agradecieron que hubiera facilitado la labor. La resolución tardaría unos meses. Sin embargo, el estado de ansiedad continuaría hasta que todo hubiera concluido, aunque se encontraba mitigado por la sensación de tranquilidad, de ser consciente de que había obrado correctamente y de que no había sido tan traumático como había imaginado. Ramón se estaba comportando, inesperadamente, con cortesía.

Valvanuz sabía que Teresa recelaba porque se lo había confiado abiertamente, pero ella no lo había conocido de joven, cariñoso y amable, antes de que se volviera violento y posesivo. Así lo había vuelto a reconocer Valvanuz en el tribunal, sin embargo, ya no estaba enamorada, todo había terminado. Aunque él se enmendara, nada volvería a ser igual; algo se había roto, demasiado tarde para recapitular. Teresa consideraba un arma de doble filo el que viviera en la misma escalera, aunque fuera muy cómodo para las chicas; pero, a la larga, lo consideraba perjudicial para los padres. De hecho, el abuso de esa circunstancia ya había comenzado, según su abogada y amiga, al decretar Ramón que las cenas y comidas de Navidad tuvieran lugar en casa de la abuela. Había apelado al espíritu bondadoso de Valvanuz a causa de lo poco que les quedaba para disfrutar de la compañía de su única abuela, y Valvanuz, incapaz de negarse ante la educada petición, accedió: comería sola frente al televisor y con una bandeja sobre las piernas. Una triste Navidad, pero no le importaba.

Con lo que no contaba era con la reserva y la desconfianza de Alicia después de la solidaridad que había mostrado. Alicia se había alejado nuevamente, se había encerrado en los estudios y no parecía importarle mucho cómo se desarrollaban los acontecimientos, algo que lamentaba Valvanuz profundamente, pues no podía consolarse con María y con Blanca, quienes se encerraban igualmente en las habitaciones a estudiar. Valvanuz recordaba la alegría con la que vivió la adolescencia, las amigas, las escapadas. Le enorgullecía lo aplicadas que eran sus hijas, que tuvieran unos estudios a los que ella no había podido acceder; pero deploraba el aislamiento en el que vivían, sin dinero, sin móvil, sin ordenador. Sólo disfrutaban de una radio y una televisión, como antiguamente. Sin embargo, hoy día no era suficiente, la juventud chateaba con los amigos, quedaban con los sms, la terminología internauta plagaba las conversaciones de las que sus hijas quedaban excluidas. Sin amigos no había vida propia, sólo apuntes y una mesa contra la pared. El único consuelo que le quedaba era que esos estudios les sirvieran para salir adelante, para alcanzar la normalidad en sus relaciones, rezaba para que conocieran la parte rosa y cálida de la vida, ya habían conocido la fría y gris. La falta de alegría y de risas convertía la casa en un mausoleo. La prima Asun, la alegría de la huerta como la apodaba su madre, le vino a la mente. Tendría que llamarla y ponerla al corriente de la nueva situación.

Teresa extendió una vez más las fotos que le había proporcionado el detective sobre la mesa. En

ellas se veía a Ramón, acicalado y sonriente, junto a una mujer sensiblemente más joven que él. No le servían para el divorcio, sólo a ella, para conocer al enemigo y su entorno, y le sorprendió lo que encontró. La mujer, por la forma de vestir y maquillarse, era dueña de sí misma, con criterio propio. El detective le había rellenado una ficha con los datos personales, domicilio y lugar de trabajo; y eso no le encajaba en el perfil que había trazado para el maltratador. Licenciada en Economía, formaba parte de la plantilla de una empresa de auditores. Por mucho encanto que desplegara Ramón, ¿cómo iba a conseguir que una mujer que ganaba más que él dejase el trabajo?, ¿cómo iba a aislarla? En un principio, le pareció bien como relación imposible con un casado, como una cana al aire; pero él se había comportado como alguien que anhelaba la rápida consecución del divorcio para quedar libre cuanto antes. Cogió una de las fotos y la observó detenidamente. Ésa no era una mujer que permitiera que gobernaran su vida y él no era estúpido: se había liado con alguien independiente a la que no le importaba que él estuviera casado. Se acostaba, se divertía y paseaba a la mujer modelo de la que podía alardear, mientras que en casa disponía de una sirvienta sumisa.

Teresa estaba segura de que algo escondía tras la fachada de colaboración. No había luchado por defender una vida tan cómoda, demasiado fácil para ellas. El divorcio le iba a salir más caro por lo que no podría gastar como hasta ahora; seguramente perdería a la mujer modelo, quien se negaría a realizar las tareas de sumisa esposa y de madre de tres muchachas ya crecidas, y Ramón volvería a vivir con una madre dominante. El futuro no era muy halagüeño y sospechaba que algo se estaba cocinando en esa mente perturbada, porque los locos están efectivamente locos, pero no son tontos.

Alicia se levantó cansada de estudiar y de estar sentada e inactiva durante tanto tiempo. Era una de las mejores de la clase a pesar de las dificultades que entrañaba no disponer de ordenador. Esto le obligaba a pasar más tiempo del debido en la biblioteca y, gracias a lo que sisaba a la abuela, conseguía las fotocopias. Había descubierto dónde le dejaba su hijo el dinero para los gastos de la casa y la compra diaria y, tras un pequeño hurto para comprobar si llevaba las cuentas, descubrió que era bastante manirrota y perezosa para controlar el dinero, lo que a ella le venía de perlas. Es fácil recordar cuando te queda un billete de diez o de cinco, pero no cuando te quedan varios, momento que aprovechaba para sisar uno. Era lamentable llegar a esos extremos, pero no le habían dejado otra alternativa, al menos hasta que se ganara la vida.

Se puso a realizar unos ejercicios de relajación y estiramiento para desperezar y descansar el cuerpo. Su madre andaba contenta por cómo estaba llevando el divorcio Ramón, pero Alicia no olvidaba las palabras de venganza. Así se lo había repetido a Teresa, quien estaba de acuerdo con ella; pero, de momento, le aconsejó que era mejor dejarlo así, que su madre no se desinflara. Su padre faltaba frecuentemente de casa para revolcarse con esa mujer, Mónica, le dijo Teresa que se llamaba. A ella, particularmente, le encantaba que tuviera un lío que lo mantuviera alejado de casa; pero la tal Mónica le había fallado en Navidad y tendría que celebrarla junto a él y a la insoportable abuela, cuando deseaba sentarse al lado de su madre para compartir lo que fuera, no ansiaba grandes banquetes. De pronto interrumpió el estiramiento. ¿Quién cocinaría por Navidad? ¿Ella? Su abuela estaba imposibilitada, su madre fuera de juego, la chica de apoyo se ausentaba unos días para disfrutar de las fiestas con la familia y su padre no iba a moverse. Se sentó consternada sobre la cama ante la evidencia: por eso su padre había solicitado su presencia. No deseaba una reunión familiar, necesitaba una servidumbre a su alrededor, sumisa y barata, como la había tenido hasta ahora y no estaba dispuesto a renunciar a ella. Las hijas sustituirían a la madre. Sutilmente había echado el lazo de la pensión alimenticia con la que atarlas. No daba puntada sin hilo, el muy cabrón. Por esa razón se había mostrado tan colaborador, porque se traía algo entre manos. No quedaba más

remedio que seguir tragando y aguardar el final del divorcio, lo mismo que estaba haciendo él, y después, estaba segura de ello, estallaría el infierno. El problema era que ni ella ni Teresa habían vislumbrado los planes de su padre.

Santander, diciembre de 2010.

Teo dio al ratón y salió el e-mail con un ruido silbante del Mac. Llevaba un rato atendiendo el correo y comenzaba a cansarse de la postura que lo obligaba a mantener la faja especial que le había colocado Rivero, el cirujano plástico. Era la primera vez que había entrado en un quirófano como paciente y la sensación no había sido agradable, y eso que conocía a todos, que se mostraron muy atentos con él. ¿Cómo sería para alguien a quien todo eso le era ajeno? Dejó encendido el ordenador y se levantó para dar una vuelta por la casa, para moverse un poco antes de continuar.

Llegó solo a Mompía y entró solo al quirófano, bueno, acompañado por el equipo, que le daba ánimos, y por el director de la clínica, que bromeó con él. Dos horas y media duró la intervención con anestesia total. Hasta que no despertó del todo y se aseguraron de que no había hemorragia, no lo subieron a la habitación. El doctor Rivero le anunció que, hacia el final de la tarde, podría regresar a casa si evolucionaba favorablemente. Ricardo, el celador de turno, lo condujo a la habitación y por el camino no dejó de preguntarle qué se sentía al estar en el otro lado de la línea. Teo reconoció que impotencia y mucha soledad y Ricardo se rió.

«—Impotencia se lo admito, pero soledad, usted, ni en broma —contestó sacudiendo la cabeza—, y si no explíqueme quien es toda esta gente —dijo a la vez que abría la puerta de la habitación.

—¡Sorpresa! —gritaron sus amigos en medio de globos y flores».

Había sido un bonito regalo encontrarlos allí, también a Francisco, quien le puso de vuelta y media por no haberle dicho nada durante las fiestas navideñas. Pedro se encargó de conducir el coche, y Emilio y Lara se encargaron de dejar a Rosa en casa, mientras que Pedro se quedaba en casa de Teo, para acompañarlo esa noche a pesar de sus protestas.

Habían pasado tres días y se encontraba mucho mejor, cansado, pero entusiasmado. Era cierto que la faja contribuía a una silueta perfecta, pero algo muy parecido a eso sería el resultado final. Justificaba a las mujeres que se sometían a semejantes tratamientos, psicológicamente, afectaban mucho. Quedaba mucho trabajo por delante: dietas, ejercicio y sacrificio; pero el primer paso estaba dado, para él, el más duro como médico. Salió a la amplia terraza que abarcaba los ventanales del salón, de su habitación y del vestidor. Comprendía que todo el que llegara allí quedase deslumbrado. Era un piso magnífico, además del frente, por el lateral izquierdo del pasillo había una habitación auxiliar y la suite de invitados que constaba de saloncito, dormitorio y baño, al fondo del pasillo y de frente, otro baño, y al lado derecho, la cocina con el tendedero y el recibidor. Era una casa muy amplia, con habitaciones grandes, adecuadas a su tamaño, como había evaluado Rita la primera vez que entró en ella. Eso le recordó que la mujer estaría agobiada con los preparativos y se encaminó a la cocina.

—Otra vez pululando como una sombra —lo regañó Rita.

—Me canso de la postura, necesito moverme —se justificó—. ¿La ayudo en algo?

Rita preparaba la cena de la noche. Como todas las Nocheviejas, se reunirían trece: los amigos con sus señoras e hijos.

—De momento está todo controlado. Los langostinos ya están cocidos y en las fuentes, envueltos en trapos húmedos; el caldo se está haciendo y el solomillo me han prohibido tocarlo.

Llamaron al portero automático.

—¿Espera a alguien? —se extrañó Rita.

—No.

Teo se volvió para abrir y distinguió una figura de mujer que escamoteaba la cara al objetivo, pero Teo la reconoció.

—Rita, llegan refuerzos. Mi amiga Rosa está subiendo. Vendrá a supervisar los preparativos.

—Sus amistades son muy amables. No le han dejado solo ni un instante y lo han acompañado a la clínica para los drenajes linfáticos.

—Es cierto, comprendo que para ellos es un trastorno. Tienen familia de la que ocuparse —comentó. Abrió la puerta de la cocina antes de que llamaran.

—¡Hola! ¡Aquí llega la comisión de festejos! —gritaron Marta, Conchi y Lidia que entraron como un huracán, cargadas de bolsas.

—He traído ayuda —anunció Rosa que llegó la última y vestida con el habitual chándal de firma —, mejor aquí que haraganeando en la cama.

—Miedo me dais. ¿Qué tramáis? —inquirió Teo, simulando temblores.

—Nada grave: poner la mesa y adornar un poco la casa. ¿O pensabas que Rita iba a mover la mesa ella sola? Espero —añadió volviéndose a Rita— que no le habrá dejado hacer nada indebido.

—Por supuesto que no —negó categóricamente la aludida—. Me alegro de que hayan venido, así le explico.

Teo dejó a las dos mujeres en la cocina y se dirigió al salón, donde las muchachas ya habían puesto manos a la obra.

—¿Cuál es el *look* de este año?

—Vampiros, están de moda —informó Lidia, la más joven y espigada, hija de Lara y Emilio.

—Un poco tétrico para una Nochevieja, es más propio de Halloween —opinó Teo.

—Son vampiros buenos, guapísimos y enamorados. Además, nosotros no celebramos fiestas importadas —explicó Conchi de diecisiete años e hija de Rosa y Pedro. Había heredado el cuerpo de la madre y la cara alargada con mentón firme del padre.

—Algo de eso he oído a las enfermeras del quirófano, *Crepúsculo* —apuntó Teo.

—¡Oh, no! Los libros están bien, pero los actores son muy feos —señaló Marta de dieciocho años y la mayor de las tres. Era hija de Lucía y de Mariano, una belleza morena de aire pijo, heredado de su padre—. Prefiero a los de *Crónicas Vampíricas* o *Sobrenatural*, hacen perder el sentido con sus abdomenes de tableta de chocolate y sus rostros tan varoniles —y dejó los ojos en blanco.

—Para mi gusto estáis un poco locas. ¿Qué dicen los chicos?

—¿Qué chicos? —inquirió Conchi, abriendo una de las bolsas de donde extrajo varias capas negras y rojas—. ¿Esos a los que sólo les preocupa el botellón y cómo metérsela a la que pillen despistada?

—¡Mujer! Dicho así —se escandalizó Teo, que se encogió de hombros.

—¿Es que hay otra forma de decirlo? —insistió Marta, con una sonrisa pícaro que le recordó a su madre, Lucía.

—Te dejo sólo un segundo y ya te has metido en líos —lo amonestó Rosa a su espalda— Chicas, no abuséis de Teo que está convaleciente.

—Yo también quiero hacerme una liposucción —anunció Lidia, poniendo en fila las chisteras.

—¿De dónde habéis sacado todo eso? —preguntó Rosa.

—De una tienda por Internet. ¿A que están guay los disfraces?

—Si vierais lo que es una liposucción, os aseguro que os lo pensaríais dos veces antes de someteros a una —aseguró Teo—. Tengo la mía, la grabó el cirujano y me la ha pasado a un USB.

—¿De verdad? —se extrañó Rosa.

—¿Podemos verla? —pidió Marta, que quería estudiar medicina.

—Porfa, ponla —suplicó Conchi.

Teo no se hizo de rogar y se sentó al ordenador, pinchó el pendrive y comenzó el espectáculo.

—¡Vaya! ¡Qué artística ha quedado tu tripa! —exclamó Lidia—. ¿Es la tuya, no?

Verdaderamente podía ser la de él o la de cualquiera, ya que una sábana verde lo cubría todo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué está inyectando con eso tan grande? —preguntó Rosa horrorizada.

—Una solución que contiene anestesia, una droga que contrae los vasos sanguíneos y una solución

salina que ayudará a desprender la grasa de la piel y del músculo, disolviéndola y convirtiéndola en

un líquido viscoso que extraerán con una cánula conectada a una máquina de aspiración. ¡Miradla!

Ahí está —explicó Teo.

—¡Qué asco! —dijo Rita a media voz, quien se había agregado al grupo.

—Ahora están cortando para reconstruir los rectos abdominales —prosiguió Teo.

—¿Cómo puedes mirar esto? —preguntó Conchi impresionada—. Espero que nunca me tengan que operar de nada.

—¿Eso es una aguja de coser?! —gritó más que preguntó Lidia—. ¡Ahhh! —y retiró la mirada de la pantalla.

—¡Cielos, Teo! ¡Menudo costurón! —afirmó Rosa.

—Queda tapado por el bañador, es muy bajo —asintió Teo.

—Pero muy largo, le quedará de por vida —vaticinó Rita.

—Si resulta, no me parece un precio muy elevado —aseguró Teo—. ¿Cuándo dices que te vas a hacer una liposucción? —preguntó serio a Lidia.

—¡Nunca! —respondió Lidia, trágica y demudada.

—Gracias, Teo. Es un buen revulsivo. Deberían verlo el resto de las chicas, no lo borres —propuso Rosa—. Eres un valiente —añadió conmovida, apretándole el hombro con la mano.

—No lo voy a negar, pero no por lo que tú crees —corrigió sonriente—. No me habéis dicho dónde se celebra esa fiesta de vampiros —acosó a las chicas para quitar trascendencia a las imágenes que habían visto.

—En un local de los bajos de la colonia de la Universidad que hemos alquilado entre todos —informó Marta—. Hemos quedado a partir de la una. ¿Dónde dejamos los disfraces?

—Venid conmigo —ordenó Rita—, y luego me ayudáis con la mesa, las velas y los adornos navideños que hay en la caja del recibidor.

Las muchachas salieron tras de Rita, con las bolsas y los neceseres de maquillaje para arreglarse después de la cena, y dejaron a Rosa y a Teo solos.

—Invadimos tu retiro de tranquilidad —comentó Rosa, mientras elegía un mantel para la noche del cajón del aparador.

—Me encanta que lo hagáis. La Navidad es un ritual que por nada del mundo debe romperse.

—Pedro tiene un día movidito en la comisaría. Hemos quedado para comer el menú del día con las chicas en el Machichaco. ¿Te apetece venir? Así le quitas trabajo a Rita que bastante tiene con la cena. Luego te traigo de vuelta.

—No hace falta que hagas de chófer. Existen unos coches blancos con una lucecita arriba.

—¿Las ambulancias? —bromeó Rosa.

—No había caído en la cuenta. Igual me hacen el servicio gratis.

—A costa del contribuyente, gratis no hay nada —matizó Rosa con su sentido práctico—. ¿Sabes que Pedro ya dio con el coche? Un mini roadster blanco con dos franjas color café que cruzan el

coche de delante hacia atrás; y lo mejor: es descapotable.

—¡Guau! ¡Menudo caramelo para Lola! —Se entusiasmó Teo—. ¿Dónde lo encontró?

—En Madrid, a través de un compañero. Una mujer mayor con dinero que se equivocó al comprarlo, demasiado bajo para entrar y salir ella. Lo vende a buen precio y con muy pocos kilómetros.

—Es un coche de capricho. ¿Llegará para Reyes?

—Sí, ya está todo organizado. Estoy como una colegiala, ¡me hace tanta ilusión regalárselo!

—Tenéis unas hijas maravillosas: no fuman, no beben, no se drogan.

—¡Qué triste que hoy la vida se resuma en eso!

—¿Resumirse en qué? —preguntó Lidia que regresaba a la cabeza de las demás.

—En que se nos echa el tiempo encima y todavía no hemos hecho nada —atajó Rosa y se puso en movimiento.

Teo no había previsto ese detalle. Se hallaba frente al espejo y se sujetaba el pantalón de vestir con una mano. El único consuelo era que no se iba mover de casa y que estaba entre amigos, pero tendría que renovar su ropero sin falta. ¿Qué talla necesitaría? La faja y las compresas elásticas abultaban lo suyo y todavía bajaría algo más de peso. Decidió poner en práctica un invento de última hora: en lugar del traje escogió otro pantalón que había relegado porque se le había quedado pequeño y se lo ajustó con un cinturón; una camisa blanca y un jersey fino, que le tapaba el desaguado de la cintura, completaron el atuendo. No iba de corbata, pero quedaba bien. Se miró de costado, como hacía todas las mañanas desde la operación para acostumbrarse al nuevo perfil. Se acordó de las embarazadas y, aunque era distinto, comprendió el alivio que sentían cuando recuperaban la silueta. Desde el lunes, parecía que el tiempo se había detenido, le acuciaba comenzar la dieta, los ejercicios, correr por la playa. Deseaba disfrutar ya de los resultados, recuperar la autoestima y la seguridad con las mujeres. En abril cumpliría los cincuenta años y quería recibirlos en forma, con expectativas. No estaba acabado tal y como pretendían David y Amelia. Se pasó la mano por el pelo, largo y ondulado, sedoso al tacto y rubio, de un rubio que no dejaba distinguir las canas si es que las había: su único tesoro. ¿Y si se tiñera las cejas? Así la gente recordaría que las tenía y le daría un poco de expresión a la cara tan desvaída y lechosa.

Llamaron abajo, llegaba la tropa. Pasó revista al salón por última vez, la mesa perfectamente puesta, las velas encendidas, la puerta de acceso a la terraza abierta para facilitar el salir a respirar. Eran trece los concentrados en el salón. Se dirigió a la cocina, apretó el botón de apertura del portal, después fue al recibidor y dejó la puerta abierta, para que luego no dijera Amelia que siempre recibía en la cocina.

—¡Hola! ¿Somos los primeros? —oyó el vozarrón de Mariano—. Ya estamos aquí.

—¡Dejad los abrigos encima de mi cama! —gritó Teo desde la cocina, donde estaba abriendo una botella de Pesquera.

—¡Ostras! ¡Un reserva! —exclamó Bernardo, que asomó por la puerta todavía con el abrigo puesto—. Me apunto.

—Déjame pasar, hijo —pidió Lucía y lo apartó de su camino—. ¿Un delantal?

—Detrás de la puerta, Rita os ha dejado varios —señaló Teo—. El solomillo está ahí encima, todavía cerrado al vacío, porque Rosa no dejó que lo sacásemos. Esas bandejas son las que han traído de La Brocheta.

—Perfecto. Ponme el horno a doscientos y desaparece de mi vista.

—Sí, señora. Como usted mande.

—Oye, Teo, no te dije nada porque no le doy importancia; pero sé que para ti sí la tiene, aunque no es muy agradable —planteó Lucía indecisa.

—Pues cuanto antes mejor, me espera tu familia en el salón.

—El lunes Amelia apareció por la clínica. Me la encontré en el vestíbulo cuando yo salía de la cafetería. En cuanto me vio, se dirigió hacia mí como una flecha y la primera pregunta fue si habías testado antes de la operación. Yo le dije que no formaba parte de mi trabajo, que los notarios se encargaban de eso. Me miró raro; pero yo permanecí con una sonrisa en los labios y cara de póker, como si me hubiera preguntado por mi peluquera.

—Buena chica —le contestó Teo, guiñándole un ojo—. No la he visto ni me ha llamado.

—Tú tampoco les llamaste para decírselo. No subió, se fue.

—¿Ni siquiera preguntó por mí?

Lucía negó con la cabeza.

—Está furiosa —murmuró Teo para sí—. ¿Por qué está tan revuelta con esto de la empresa?

Madrid, abril de 2011.

Valvanuz regresaba del trabajo cansada, dejó las bolsas de la compra que había realizado por el camino en el suelo y abrió el portal. Había entrado la semana de Pascua con un calor desacostumbrado. Cargada y con paso firme, se dirigió al buzón y sacó la correspondencia que, últimamente, se limitaba a la propaganda, salpicada con algún recibo de la casa. Pero ese día había una nota diferente. Un agente del juzgado había estado allí y, debido a su ausencia, no había dejado la notificación.

Llamó al ascensor y subió directamente al último piso sin pasar por casa y llamó a la puerta de Teresa.

—Te estaba esperando. Dejé recado en tu casa pero deduzco por las bolsas que no has ido.

—Me han dejado esto en el buzón —le enseñó Valvanuz agobiada.

—Todo está bien —la tranquilizó Teresa—. Es la resolución del divorcio. Te han concedido la custodia de Blanca y cuatrocientos euros para completar tu sueldo.

—¿Y a las niñas?

—También. Los estudios pagados y ciento trece euros cada una para sus gastos.

—¡Qué bien! Ha salido todo mejor de lo que yo esperaba. Te debo tanto.

—Tranquila. Te pasaré la última minuta del procurador, pero de lo mío, olvídate. No estás en una posición para echar cohetes. Ahora cuéntaselo a las chicas. Yo no he querido decirles nada.

Valvanuz bajó emocionada y entró en casa llamándolas a voces.

—¿Qué ocurre? —apareció Blanca, asustada.

—¿A qué viene tanto jaleo? —indagó María, asomando la cabeza por la puerta.

—¡Se ha resuelto la demanda de divorcio! —exclamó Valvanuz—. ¡Soy libre!

—¡Enhorabuena! —le deseó Blanca, aunque no estaba muy segura de si eso era bueno.

—Eso era de esperar —afirmó María—. ¿Qué has conseguido?

—Hemos conseguido —matizó Valvanuz—. Yo cuatrocientos euros y la custodia de Blanca. Tú, los estudios pagados y aparte ciento trece euros al mes para tus gastos.

—¡Guau! Soy rica —constató María alborozada.

—Tendrás que aprender a administrarte —advirtió Valvanuz—. Igual así puedes conseguir el dichoso ordenador.

—Es cierto —reflexionó María—. Elaboraré una lista de prioridades.

—¿Y yo nada? —se quejó Blanca con un mohín que acentuó sus hoyuelos.

—Lo que te dé yo. Seguiremos como siempre. El divorcio no mejora las condiciones económicas; pero al menos no las ha empeorado, que ya es algo.

Alicia regresaba antes de lo acostumbrado a casa. Había recogido la nota que le había dejado su madre en el buzón y en la que le comunicaba la resolución del divorcio y las condiciones en que ella quedaba. Aparentemente eran buenas, es más, estaría mejor que hasta ese momento porque su padre nunca les había dado dinero. Aminoró el paso cuando lo vio encaminarse al portal, no quería encontrarse con él. Dejó pasar un tiempo prudencial y entró. El ascensor se detuvo en el piso de su madre y se temió lo peor. En cuanto la luz se lo permitió, lo llamó y subió al piso de su abuela pero, en lugar de entrar en casa, se quedó agazapada en la escalera, intentando oír lo que se decía en el

piso de abajo.

—Ahora que las cosas ya están claras y resueltas va a comenzar tu calvario —le estaba diciendo a Valvanuz—. Ten por seguro que yo estaré detrás de todo lo que te vaya sucediendo.

—¿Por qué este odio? No lo entiendo, Ramón. Deberías estar agradecido de que no te denunciara. Yo no te he hecho nada para merecer este trato tan injusto.

—Me has dejado, has dividido la familia, ¿te parece poco?

—¿Qué familia? Has llegado a pegarme. Creí que te alegrarías de deshacerte de mí, ya tienes el camino libre para casarte con tu amiguita.

—Yo decidiré lo que quiero y no quiero hacer. Una estúpida como tú sólo debe callar, y a partir de ahora, sufrir las consecuencias.

—¡Vete al infierno! No me das miedo —se le enfrentó su madre.

—No te preocupes, ya lo tendrás —amenazó su padre con voz contenida.

Alicia se quitó los zapatos y ascendió rápidamente por la escalera a otro piso en cuanto sintió que su padre se movía y se cerraba la puerta de la casa. Aguardó sin resuello hasta que su padre subió, oyó el ruido de las llaves y entró en casa de la abuela. Se dejó resbalar hasta quedar de cuclillas y respiró hondo. Se había terminado la tregua. Bajó de nuevo y entró en casa, como si acabara de llegar.

—¡Mira quien llega aquí! —exclamó su padre—. Baja a casa de tu madre y dile a María que se instale aquí contigo esta misma noche. Como voy a seguir corriendo con vuestros gastos, lo lógico es que viváis conmigo, ¿no te parece?

Alicia no contestó, dejó los libros y salió a cumplir la orden. Abrió su madre, todavía acalorada por la discusión.

—Quiere que María y yo vivamos con él —le informó escuetamente.

—Hacedlo —contestó su madre—. Es mejor que le sigáis la corriente. Sólo la tiene tomada conmigo. Imagino que quiere aislarme, pero lo importante es que vosotras terminéis vuestros estudios.

Alicia no quiso sacarla de su error. Su padre actuaba con doblez y siempre en su beneficio, pero si le contaba algo sobre las tareas domésticas a su madre, ésta se angustiaba y podría flojear ante su padre. Como le había dicho Teresa, lo único que le importaba a Valvanuz era que ellas no perdieran en la lucha.

—Pero yo no quiero subir, estoy bien aquí —se rebeló María.

—No es una opción, es una orden —atajó Alicia—. Él paga y vivimos con él; así me lo ha dicho, sin tapujos.

—¿Y qué gana?

—Recuerda las navidades, otra sirvienta.

—¡Oh, no! —se lamentó María.

—¡Chist! Que no te oiga mamá. De esto, ni una palabra. Aprieta los dientes y vamos.

—¿Cómo lo aguantas? —preguntó María, mientras metía la escasa ropa y el neceser en una bolsa de deportes.

—Pensando que son dos años para mí y tres para ti. Una condena de tres años no es muy dura, luego la libertad.

—Al final, la que ha tenido suerte es Blanca.

—Esto acaba de empezar, yo no estaría tan segura. Ya veremos cómo evolucionan las cosas. Papá ha estado antes aquí y ha amenazado a mamá ¿no lo has oído?

—No. Estudiaba con la puerta cerrada.

María y Alicia se despidieron de su madre y quedaron en que seguirían comunicándose por el buzón. Valvanuz había cambiado la cerradura del suyo para que Ramón no pudiera controlar su correo y allí dejaban las misivas, tanto unas como otras, aunque ya no vivieran en la casa, para que la abuela no se enterase del carteo.

Teresa llegaba con retraso, seguramente Diego ya habría llegado de la guardería con los niños, pero un cliente la retuvo más tiempo del debido. Llamó al ascensor y estaba tan abstraída con sus problemas que no sintió la llegada de Ramón Gutiérrez. Intentó aparentar naturalidad, a pesar de la intranquilidad que la invadió, más instintiva que real. Dejó que ella pasara primero, siguiendo el comportamiento habitual de educación extremada pero, cuando se cerraron las puertas, se aproximó más de lo debido y la obligó a mirarlo a la cara, donde tropezó con la mirada fría y la sonrisa hueca del hombre.

—Por fin solos. Es difícil coincidir contigo sin testigos —le susurró al oído y el tibio aliento sobre el cuello la enervó.

—¿Necesita que le aclare algún punto de la demanda? —lo encaró con valentía, aunque le temblaban las piernas.

—Yo, no; pero tú sí que necesitas alguna aclaración —volvió a susurrar y la empujó hacia el rincón con todo el cuerpo, de forma que ella podía sentir las formas masculinas del transgresor.

—Se está propasando —jadeó ella.

—¿De veras? ¿Y quién lo dice?

—Puedo denunciarlo por esto —informó con voz contenida, en un intento por no perder los estribos ante la angustia que la atenazaba.

—¿Quién? ¿Tú? ¿La abogada de mi ex esposa? Igual os denuncié antes a ambas por acoso hacia mi persona. Te recuerdo que no hay una sola declaración contra mí sobre mi comportamiento, siempre correcto y conciliador. Es tu piso. Será divertido encontrarme contigo —dijo. Le franqueó el paso y, antes de que se cerraran las puertas, añadió—: Esto ha sido un aperitivo.

A Teresa le costó encontrar las llaves de lo nerviosa que estaba. Su mente corría alocadamente en busca de alguna solución, en realidad no había ninguna evidencia contra él. Desde el principio, intuyó que era un error no destapar la verdad, se habían quedado inermes frente a él. Sin embargo, tomó la determinación de no contarle el suceso a su marido, lo inquietaría y no podría hacer nada para resolverlo.

Valvanuz entró en casa, se dirigió a su cuarto y, sin quitarse el abrigo, se dejó caer en la cama. Todavía no se lo podía creer. José Luís, el dueño de la mensajería, se había mostrado de lo más amable, aunque le había confesado, abatido y con la culpabilidad esculpida en la cara, que no podía hacer nada, que su marido lo había puesto contra las cuerdas y que dependía de sus decisiones para el futuro de la empresa; arregló los papeles de modo que cobrara el paro durante unos meses y Gonzalo, el contable, calculó el subsidio. Se había quedado sin trabajo y Ramón había cumplido su amenaza. El camino de regreso lo había realizado en una nube de irrealidad, se sentía anonadada. ¿Cómo podía estar sucediéndole eso a ella? Cerró los ojos y reflexionó: no se daría por vencida a la primera dificultad; disponía de unos meses de margen para encontrar trabajo. Se levantó de la cama de golpe, para no analizar las dificultades que eso suponía, como la crisis y la edad; debía ver la botella medio llena y no medio vacía, para lamentaciones siempre habría tiempo.

A la mañana siguiente, Valvanuz guardó fila en la Oficina de Desempleo con sus papeles bajo el brazo, como tantos otros, realizó la compra ajustándose a lo estrictamente necesario y limitándose a

la marca blanca del súper, compró el periódico para mirar las ofertas de trabajo y regresó a casa. En el portal se encontraba Ramón que revisaba el correo que había recogido del buzón.

—¡Hola! ¿Qué tal te las arreglas sin trabajo?

Valvanuz no contestó, estaba demasiado dolorida para darle réplica al muy cretino y no quería ponerse en evidencia para mayor regocijo de su ex marido. Llegó el ascensor y subieron a él. Valvanuz dejó la pesada carga en el suelo.

—¡Ah! Gracias por hacerme la compra, muy amable —dijo y se inclinó para coger las bolsas.

—Ni se te ocurra tocarlas, cabrón —le espetó Valvanuz enfrentándolo.

—Haré lo que se me antoje, hija de puta —dijo y le arreó un bofetón que la derribó contra un costado del ascensor, acusando éste el inusitado movimiento—. Todavía nos quedaremos aquí trabados por tu estupidez. Harás lo que yo te diga o la siguiente será Blanca —le conminó y le lanzó una patada al cuerpo antes de dar al botón del piso de Valvanuz y salir dejándola tirada en el suelo.

Valvanuz abrió la puerta de la casa con sigilo y se fue derecha al baño, en donde comprobó los desperfectos causados en la cara. La patada le dio en la tripa pero no causó estragos. Se dio agua fría para aliviar la hinchazón y la rojez de la piel. La pesadilla había vuelto, pero ahora conocía su talón de Aquiles y había extendido la amenaza a la chiquilla. Teresa tenía razón, seguir viviendo en la misma escalera había sido un error, aunque bien mirado, lo mismo habría sucedido en cualquier otro punto de la ciudad. ¿Qué haría? Se había quedado sin trabajo, no podía renunciar a la casa. Pero ella tenía una casa, la casa de sus padres, aunque desconocía en qué condiciones se hallaría tras varios años cerrada, allá en el Sardinero, frente a la panadería. En Madrid había, teóricamente, más posibilidades de encontrar trabajo pero, por eso mismo, todo el mundo acudía a la capital. La idea de ser dueña de una casa la animó y decidió llamar a su prima Asun. Para ello, tendría que salir de nuevo porque le habían cortado la línea telefónica: su marido lo había dado de baja. Se secó la cara, cogió de nuevo el bolso y, desde el pasillo, gritó a Blanca que volvía a salir.

Tras pedir cambio al camarero de la barra, marcó el teléfono de su prima con el estómago encogido. Tendría que sincerarse con ella si quería que la ayudara. Sólo alguien que conociera la amplitud de su tragedia se movería con eficacia. Después de los saludos de rigor, pasó a informarle de los hechos y de su penosa situación: las exclamaciones de sorpresa, rabia e impotencia se sucedieron al otro lado de la línea.

—Regresa a Santander sin falta —apremió la voz de Asun.

—Pero mis hijas están estudiando aquí. No puedo moverme hasta que Blanca termine el curso y temo perder a las mayores si las dejo solas con él. Es muy serio esto, Asun.

—Háblalo con tu abogada. Estoy muy lejos para aconsejarte pero, si te decides a venir, dímelo enseguida. En el restaurante en el que trabajo van a empezar las contrataciones para el verano y tengo buena mano con los jefes. Aunque sea un trabajo de temporada, es algo para comenzar. Y mientras tanto, buscaremos otra cosa.

—De acuerdo, en dos días te llamo.

Valvanuz no regresó a casa, sino que subió directamente a ver a Teresa, quien se hallaba bañando a los niños. Su marido, amablemente, se ofreció a seguir con la tarea para que hablaran con tranquilidad.

—¡Qué suerte tener un marido así! —comentó Valvanuz, a punto de saltársele las lágrimas.

—¿Qué ha ocurrido? —indagó Teresa—. Te has encontrado con Ramón.

—Ayer me despidieron del trabajo por coerción suya y hoy me lo he topado en la escalera y, además de abofetearme, me ha robado la compra —declaró Valvanuz, con las lágrimas rodándole por la mejilla.

—Tenemos que acudir a la policía inmediatamente —decidió Teresa.

—Un momento —pidió Valvanuz y se secó las lágrimas con la manga del abrigo al tiempo que sacaba los pañuelos del bolso—. Yo había pensado lo mismo, pero ¿qué va a hacer la policía?, ¿lo van a detener por darme un guantazo? Como mucho una multa.

—Podemos obtener una orden de alejamiento.

—Me ha amenazado con hacerle lo mismo a Blanca.

—¡Santo Dios! ¡Y será capaz de llevar a cabo su amenaza!

—Lo hará, estoy más segura que nunca. ¿Quién se encargará de que la orden sea cumplida? ¿Cuánto tardará el juez en dictarla? Mira, ya sé que no te escuché cuando debí hacerlo, pero a lo hecho, pecho. Hay más cosas: nos han cortado la línea telefónica y, a raíz de todo esto, puede seguir haciéndome la vida imposible como quiera, estoy a su merced en muchas cosas que la policía no va a controlar hasta que sea demasiado tarde. Me dirás que el juez puede revisar la pensión, que puede quitarle la custodia, todo lo que quieras pero, mientras se toman esas resoluciones, ¿qué hago? Necesito solucionar esto ya.

—Él sabe muy bien cómo moverse. Me ha amenazado a mí también —le reveló Teresa—. Me dijo que nos demandaría por acoso si no éramos capaces de demostrar nuestras acusaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Esa bofetada, es tu palabra contra la suya, si no hay testigos ni antecedentes por violencia. Sobre la amenaza a Blanca, dirá que es tu cabeza calenturienta.

—Escucha: tengo el piso de mis padres en Santander, modesto y no sé en qué condiciones estará; pero es mi hogar. Mi prima trabaja en la cocina de un restaurante y puede colocarme temporalmente como camarera hasta que encontremos algo mejor. Sé que no es mucho, que todo está pendiente de un hilo, pero... —se encogió de hombros— ¿qué tengo aquí? El obstáculo que me detiene es Blanca.

Santander, abril de 2011.

Teo entró en casa con una sonrisa en los labios. Desde las navidades, desde que había tomado las riendas de su cuerpo, se sentía cada vez más satisfecho. Su triunfo había culminado ese mismo día, cuando Raquel se sentó junto a él en la barra de la cafetería del hospital. Si algo no se le escapaba era cuando una mujer lo buscaba, y Raquel había comenzado una estrategia de aproximación. Él se había dejado liar, como caído de un guindo ante una maniobra tan evidente, tan burda y tan sin disimulo, lo que lo había llevado a plantearse cómo de desesperado lo veían las mujeres. Y eso le dolió en su orgullo y lo llevó a formularse una nueva pregunta: ¿hasta qué punto le interesaba realmente Raquel? Y en ese mismo instante, Raquel se convirtió en otra más: sacaría lo que pudiera de ella y a otra cosa mariposa.

Revisó el correo depositado en la mesa de la entrada y se detuvo ante la invitación a la inauguración del hotel Holanda. David lo había llamado con antelación para que asistiera, contaban con él a pesar de la distanciaci3n entre ellos desde la 3ltima reuni3n. Sería un acto por todo lo alto, con autoridades, periodistas y dem3s; David le daría el bombo y el prestigio que fueran necesarios para promocionarlo. Indudablemente, era el mejor, un tibur3n de los negocios.

Se desnud3 en el cuarto y se visti3 el ch3ndal. Todas las noches salía a correr por Reina Victoria, excepto los fines de semana que lo hacía por el Palacio de la Magdalena y de mañana. En cuanto se lo permiti3 el cirujano, se puso en manos de un entrenador personal, un franc3s que trabajaba en el club de Tenis y a quien contrat3 para que lo orientara y lo acompañara en sus carreras nocturnas. Le asustaba desinflarse, de hacerse perezoso de nuevo y de perder el terreno que había ganado. Para evitarlo, lo mejor que se le ocurri3 fue la compañía, aunque tuviera que pagarla.

Antes de subirse la cremallera, se mir3 en el espejo y le gust3 lo que vio: un cuerpo esbelto, con masa muscular que había conseguido recuperar en lugar de la blandengue grasa, y un vientre, si no tableta de chocolate, como decían las hijas de sus amigos, al menos relativamente terso. No había hecho falta llegar al extremo de una reducci3n de est3mago, entre pastillas de fibra y manzanas había conseguido dominar la sensaci3n de vacío, el tiempo haría lo dem3s. Continuaba con una dieta rígida con su inestimable colaboradora, Rita, hasta que el endocrino le diera el alta, aunque despu3s tendría que cambiarla por una de mantenimiento. Todo lo había soportado con estoicismo, era cuesti3n de mentalizarse, les explicaba a los amigos, y de que la recompensa mereciese la pena. Y, efectivamente, había merecido la pena ver a Raquel retractarse de su desplante. Pero no era tonto. La había invitado a acompañarlo en la inauguraci3n del hotel y se la imaginaba pavone3ndose ante todos como la elegida para un evento tan significativo; pero sus razones eran turbias: una, mosquear todavía más a su hermana Amelia; y la otra, meterla en la cama. No le perdonaba a Amelia que hubiera husmeado en sus asuntos y se los iba a pasar por delante de las narices la noche de gala. Contra Raquel no tenía nada, excepto su mal disimulado inter3s, debería haberse resignado a perder la ocasi3n y no haber forzado algo tan inoportuno. Y eso lo conducía de nuevo a su situaci3n: seguía siendo igual de feo, pero con la imagen mejorada; y volvía a sentir que las mujeres lo miraban ¿pero qué veían?, un metro noventa, rubio, de ojos desvaídos y piel lechosa, sí, y un apellido con un mont3n de billetes. ¿Estaba arrepentido? No. La semana pasada se había convertido en un cincuent3n, el ocho de abril, más exactamente. Viejo para encontrar el amor, pero joven para seguir jugando en la

cama. Eso lo había recuperado y lo iba a aprovechar.

Cogió las llaves de casa, salió por Pérez Galdós y bajó hasta el paso de peatones, frente a la estatua de Pick, donde reconoció la oscura silueta del francés que lo aguardaba mientras hacía unos estiramientos sobre un banco.

Amelia llegó al hotel del brazo de su hijo Tony, con un nuevo modelo de Victorio y Lucchino en negro, con todos los detalles y el volante que remataba la falda en verde, colores que acompañaban bien a su melena rubia. El edificio destacaba por las blanquísimas fachadas rotas por la historiada forja negra de los balcones. Las torres, con el tejado de pizarra, habían sido rematadas con otra forja igual de fina. El hotel Holanda rivalizaba en molduras y blancura con el Casino, edificio emblemático del Sardinero. Su marido, como nuevo director del mismo, había madrugado para cuidar de los detalles del festejo. David ya se encontraba en el vestíbulo entreteniéndolo a algún político que se había anticipado a la hora.

—Por favor te lo pido, Tony, no nos pongas en evidencia. Dedícate a los zumos y olvídate del alcohol por esta tarde. Están en juego muchas cosas —susurró a su hijo menor.

Desplegó una gran sonrisa y se adentró en el vestíbulo con la seguridad de una reina. Su marido se acercó a recibirla.

—Estás muy guapa, como siempre —la felicitó con una sonrisa.

—¿Cómo va todo?

—Bien. Aunque nunca había estado tan nervioso —reconoció Antonio y echó un vistazo alrededor.

—Lo importante es que David esté contento.

—Como unas pascuas, te lo puedo asegurar. Tengo que dejarte. Nos vemos mañana por la mañana y comentamos los avatares de la velada.

Se alejó para ocupar su puesto como director junto a David y recibir a los primeros invitados. Amelia se dirigió al restaurante donde estaban dispuestas las mesas para el fastuoso vino español, acompañado de jamón ibérico y alguna otra fruslería. Las habían arrimado a las paredes para que quedara espacio para moverse. Los maestros jamoneros ya estaban trabajando a la vista de los primeros invitados. Reconoció al director del hotel Santemar, que hablaba con uno de ellos mientras observaba cómo afilaba el cuchillo.

—Amelia —oyó la voz de Teo a su espalda y se volvió—, quiero presentarte a Raquel, una compañera del trabajo.

—Encantada —saludó Amelia con una radiante y ensayada sonrisa—. Le deseo una velada agradable. ¿Verdad que quedó muy bien mi hermano tras la operación? Hoy la cirugía hace maravillas, aunque de eso sabrá usted más que yo.

—Por cierto, en cuanto se retiren las autoridades, hemos quedado los cuatro hermanos en el despacho de tu marido, David ya lo sabe.

—Allí estaré. A David no se le pasa un detalle.

—No ha sido David quien lo ha convocado —y sin aclarar nada más, su hermano se dio la media vuelta con la mujer colgando del brazo, y se alejó para reunirse con los amigos.

David, desde niño, había sido su hermano preferido, siempre a su lado, seguro de sí mismo, nunca titubeaba al tomar una decisión. Desde que su padre lo había puesto al frente de la empresa familiar, se había mostrado competente e implacable, llevando a buen puerto los negocios. Lo admiraba y lo temía, no por ella, sino por sus hijos. Sabía cómo pensaba sobre los vagos e incompetentes y lo había oído despotricar contra su hermano Juan toda la vida, hasta que lo había echado. E imaginaba el futuro de sus hijos. Teo, su hermano mayor, el raro, el generoso y el gran ausente, era su única

oportunidad. Sin embargo, la menopausia masculina, el maldito cinco delante del cero, lo había trastocado, lo tenía enfrentado, y todo porque había intentado ser práctica. Creyó que Teo la apoyaría, nunca había dado importancia al dinero. Echó un vistazo a la mujer que lo acompañaba disimuladamente. Muy guapa, con estilo, su hermano no había perdido el buen gusto, pero demasiado estudiada, la sonrisa y la pose no eran francas, una avariciosa que lo dejaría en pelotas a la primera de cambio. ¿Cómo podían ser tan necios los hombres? Pero lo que la carcomía era que ese dinero era suyo, lo tenía al alcance de la mano, hasta que ella dijo... ¿qué dijo que lo había molestado tanto? ¿Que cediera su parte en vida? Era una jugada maestra.

Teo disfrutó de la velada con sus amigos y, de vez en cuando, se apartaba para saludar a conocidos que querían felicitarlo por lo bien que habían resultado las obras de remodelación o porque buscaban algún consejo para librarse de algunos kilos, tal y como lo había conseguido él. En esas ocasiones, dejaba a Raquel, con los labios anegados de flores y promesas, con la peña. No quería que la mujer se hiciera más expectativas de las necesarias. Ya la tenía en el bote con todo el oropel y el cava reflejado en sus pupilas.

—Pedro llegará a última hora para tomarse una copa y llevarme a casa —decía Rosa.

—Ése quiere controlar que no te vayas de picos pardos —se chancó Emilio a la vez que se pellizcaba el mentón.

—Sois unos moros, si no fuera porque están más vistos que el tebeo todos los presentes, íbamos a estar aquí con vosotros —rebatía Lara, su mujer.

—Cariño, si me estás retando: cuando quieras y donde quieras. Te apuesto lo que sea a que ligo antes que tú.

—Eso, eso, añadir un poco de picante a la fiesta que es demasiado convencional —jaleó Mariano.

—A mí no me lo decís dos veces —advirtió Lara, meneando su brazo con la última adquisición de bisutería de firma.

—Que se vea, que se vea —corearon Rosa y Lucía, riéndose.

—Yo pongo el premio —terció Teo—. Un fin de semana romántico en la suite de este maravilloso hotel para que te reconcilies con Emilio tras ligarte a alguien del salón, si lo consigues —matizó Teo, con una sonrisa retadora.

—Son todos unos aburridos —comentó Lara mientras paseaba la mirada por los invitados.

—Mucho de boquilla, pero poco gas —espoleó Mariano.

—Acepto —decidió Lara, con una pícara sonrisa—. Prepárate, cariño, vas a ver lo que vale tu esposa a sus cuarenta y ocho años.

Lara se alejó moviendo el cuerpo, rellenito pero bien proporcionado, con unos tacones que manejaba como una experta corista y con la sonrisa prendida en el labio. La peña la silbó y la jaleó mientras ella se perdía entre los invitados.

—¿Creéis que lo conseguirá? —preguntó Emilio, un poco corrido.

—Seguro —corearon Lucía y Rosa, divertidas por el apuro de Emilio—; pero te quiere a ti, no te preocupes.

—Lo hace por el fin de semana romántico —apaciguó Mariano.

Mientras hablaban, no dejaron de seguir con la mirada las evoluciones de Lara por el salón, hasta que se detuvo junto a un joven.

—¡No me jodas! —exclamó Teo— ¡Eso es trampa!

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó ansioso Emilio, que no conseguía vislumbrar al individuo.

—Es Tony, el hijo de Amelia —repuso Mariano decepcionado.

—¿Por qué es trampa? —indagó Raquel a su lado.

—Porque está todo el día beodo perdido, se iría con su abuela si se lo pidiera —respondió riendo Mariano—. Ya te dije que no te preocuparas, ése no atina a meterla.

—¡Oye, no me calientes! —avisó Emilio, pendiente de las evoluciones de Lara— ¿Por qué seré tan bocazas? ¿He visto mal o le ha tocado el culo?

—Has visto mal. No toques el orgullo de una mujer, ya lo sabes para otra vez, chaval —aconsejó Teo sonriendo—. Concéntrate en el fin de semana para revolcarte a placer y que no piense en nadie más que en ti.

La inauguración concluyó con las bandejas de pasteles y el cava que se sirvió tras el discurso de David. El alcalde fue el primero en abandonar el evento, y así comenzó la migración de los invitados. Francisco, Antonio y David atendían a todos sonriendo, estrechando manos, recibiendo elogios y buenos deseos de prosperidad y agradeciendo la asistencia.

Teo observaba y aguardaba el momento en que dejaría caer la bomba. Lucía, nerviosa, no lo perdía de vista.

—Si no supiera lo que os traéis entre manos, podría pensar que estás tirándole los tejos a mi mujer —bromeó Mariano—. ¿Crees que aceptarán?

—Serían estúpidos si no lo hicieran, pero nunca se sabe. A veces te llevas sorpresas.

—Saldrá bien, rezaré aquí fuera.

Francisco, liberado de sus funciones, se aproximó a ellos.

—Quedan los recalcitrantes y los borrachos, ya sabéis, los que se agarran a la barra para que no se les escape hasta que se apagan las luces.

—¿No lo dirás por nosotros? —intervino Emilio, dándose por aludido—. Mirad, ahí llega Pedro. —Le hizo una seña con la mano—. Se ha perdido el jamón.

—¿Por qué no investigáis en las cocinas? —sugirió Francisco—. Seguro que encontráis algo.

—Me gusta este hermano tuyo —dijo Mariano, que ya se encaminaba hacia la puerta por la que desaparecía el servicio.

—Ocupaos de Raquel hasta que vuelva —pidió Teo a Emilio.

—Lo haré. He de resarcirme de la reciente afrenta.

—No exageres, que sólo la sobó un poco el muchacho. Lara lo manejó muy bien para lo bebido que estaba —la defendió Lucía—. ¿Vamos? Es mejor acabar cuanto antes.

Se dirigieron los tres, Teo, Francisco y Lucía al despacho de Antonio, donde Amelia ya aguardaba impaciente.

—David está enredado con el consejero de Industria —informó al verlos entrar.

Teo ofreció un asiento a Lucía junto a Amelia, mientras que Francisco y él permanecieron de pie.

—Entendí que era una reunión familiar —objetó Amelia.

—Ha quedado bonito —declaró Francisco sin contestar a Amelia y paseó la mirada por el despacho aséptico en el que la personalidad brillaba por su ausencia—. ¿Lo decoraste tú? —preguntó a su hermana.

—Perdonad el retraso —se disculpó David al tiempo que entraba acelerado, y se sentó en el sillón de detrás del escritorio para ocupar el sitio dominante de la reunión—. ¡Un éxito! ¡Estaréis de acuerdo conmigo! —De pronto se percató de la presencia de Lucía—. La abogada Cossío, ¿cómo está? —saludó y se levantó ligeramente para estrecharle la mano—. Me habéis intrigado. Vamos al grano.

—Verás —tomó la palabra Teo—, hemos pensado que tenías razón: somos muchos para repartir

beneficios y luego están los hijos; así que Francisco y yo nos retiramos. Ante la dificultad de ponderar el valor de todo, hemos ideado una propuesta de la que os hacemos, en este momento, partícipes.

—¿Estáis locos? —saltó Amelia congestionada.

—¡Cállate, Amelia, y siéntate! —ordenó David autoritario—. Sigue, Teo.

—Francisco se quedaría el Ámsterdam y parte de las plazas de garaje de este hotel y yo, con la casa familiar de Los Castros y una compensación económica —expuso brevemente Teo.

—¡Imposible! La empresa familiar es indivisible —reventó Amelia levantándose bruscamente.

—¡Cállate, Amelia! —atajó David más tranquilo al conocer la demanda—. Si no puedes afrontar la situación sin alterarte, será mejor que te retires.

—¡Ni hablar! Esto me atañe directamente —refutó Amelia, más comedida.

—¡Pues siéntate y cierra la boca! —concluyó David con una mirada acerada—. Analicemos la situación —prosiguió dirigiéndose a sus hermanos—: la propuesta parece muy atractiva, por lo que no entiendo qué os traéis entre manos.

—Es algo que comenzasteis vosotros, y entonces, Amelia, no encontraste ningún impedimento para deshacerte de Juan; luego no es imposible la partición del legado. Francisco y yo renunciamos a una partición equitativa con la prerrogativa de escoger lo que más conviene a nuestros intereses. Y estarás de acuerdo que también a los vuestros, aunque Amelia esté cegada por la avaricia.

—Las plazas de garaje ¿serían una cesión? —inquirió David.

—No, una propiedad —puntualizó enérgicamente Francisco—. El hotel no valdría nada sin ellas.

David se quedó pensativo, mientras que Amelia lo asesinaba con la mirada.

—¿No estarás considerándolo en serio? —demandó Amelia.

—Por última vez, cállate, por favor —pidió David, frotándose la cara con ambas manos—. ¿Y tú, Teo? Imagino que habrás calculado la compensación económica.

Lucía le alargó una carpeta con una sonrisa.

—Traemos los deberes hechos.

—No lo he dudado ni un segundo en cuanto he visto que usted mediaba en el asunto. Es famosa por la diligencia que muestra en sus casos —halagó David.

—Hemos tenido en cuenta la falta de liquidez de la empresa en este momento —explicó Lucía—, es más, les ofrece dos años de prórroga antes de comenzar a pagar durante veinte años la cómoda cifra que figura en el tercer pliego. No quiere perjudicarlos.

David ojeó el contenido de la carpeta y se detuvo en el folio que le había indicado la abogada.

—Ahora mismo tenéis la ventaja de la sorpresa. Me dejaréis estudiarlo ¿no?

—Por supuesto —aceptó Francisco—. La impulsividad no es uno de tus defectos.

—No juegues con nosotros, David —le advirtió Teo—. No puedes permitirte el lujo de entablar una guerra entre los socios. Hemos sido generosos para evitarlo.

—Lo admito, y eso es lo que me hace recelar —concedió David más distendido—. ¿Tan mal lo he hecho?

—En absoluto —se adelantó Francisco—, y te lo agradecemos; pero sería un problema para las generaciones venideras no dejar solucionado esto. Cada vez serán más familias a comer del mismo plato.

David se dejó caer sobre el respaldo del sillón y miró a Amelia.

—Habrá que limar algunos detalles, pero la propuesta es buena y beneficiosa para todos —dijo en tono conciliador.

—¡Y un cuerno! —gritó Amelia, exasperada—. La empresa familiar se esfuma ante tus narices y

no haces nada para evitarlo.

—Tienen tanto derecho como usted —intervino Lucía—. Le recuerdo que existen otros medios, más onerosos y no más eficaces, para dividir un patrimonio.

—¡Nadie te ha dado vela en este entierro, guapa! —exclamó Amelia—. Si no doy mi consentimiento, no hay acuerdo.

—Amelia, serénate, consúltalo con Antonio, y ya hablaremos. La propuesta es buena.

Amelia se levantó enloquecida y se marchó con un portazo que hizo vibrar la pared, moviendo los cuadros colgados de autor desconocido.

—¡Vaya genio! —constató Francisco cohibido—. Ni que la estuviéramos robando.

—Es un buen punto de vista, pero traído del revés —concedió David.

—¿Están robando? —se alarmó Francisco.

—Técnicamente, no; pero su reacción desmedida me ha dejado la pista de que algo no va bien. Roberto y Tony son dos joyas y Rebeca apunta maneras. Vuestra propuesta me ha parecido tan buena que voy a unirme a ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Francisco.

—Que él también quiere su parte —resumió Teo.

—El hotel Van Der Voost —declaró David—. No quiero dejarle a Eduardo la carga de sus primos.

—¡El buque insignia! —silbó Francisco—. No lo vas a tener fácil.

—Eso es asunto mío —concluyó sonriendo David.

—Con la disolución total de la empresa familiar, habrá que reconsiderar los pagos y en qué proporción le corresponde a cada dueño de un hotel para compensar el desequilibrio —intervino Lucía.

—No se preocupe, los próximos deberes los haré yo. Le pasaré mi propuesta a su despacho en el plazo de un mes —le comunicó a Lucía y después se dirigió a sus hermanos nuevamente—: ¿Os parece bien?

Asintieron todos, se levantaron y se despidieron hasta la nueva reunión.

—Ha sido fácil —comentó Francisco una vez en el pasillo.

—No cantemos victoria —aconsejó Lucía prudentemente—. Ahora empieza la negociación, el regateo, siempre y cuando David consiga convencer a vuestra hermana.

—Al menos está de acuerdo con nosotros, era a quien más temía —se sinceró Francisco mientras llamaba el ascensor.

—Amelia es terca como una mula —alegó Teo—, no lo tendrá fácil; pero con David nunca se sabe, si es una rémora de la que quiere desprenderse, encontrará la manera.

Madrid, abril de 2011.

Se aproximaba el final del curso y Alicia, aunque intentaba mantenerse al margen, sentía todo el peso de la familia sobre los hombros. En las breves conversaciones que mantenía en la escalera con su madre y con Teresa había llegado a la conclusión de que su padre había dado rienda suelta a los abusos. Por Blanca se había enterado de que les habían cortado la línea telefónica y, cuando su padre apareció con la compra en casa, dedujo rápidamente que no la había hecho él. En su vida había movido un dedo y los productos adquiridos no eran de su agrado. Le preocupaba el cariz que estaba tomando el asunto y la impotencia que sentía para auxiliar a su madre. Ella, con la excusa de las prácticas, se iba librando de la tiranía y todas las tareas de la casa recaían sobre la pobre María, quien se había llevado un gran disgusto cuando su padre les informó de que no necesitaban tanto dinero al mes, y que se apañaran con cincuenta euros cada una para el metro o el autobús. Él pasaba las noches fuera de casa; por allí aparecía para cambiarse de ropa y exigir que estuviese limpia y planchada a su disposición. La abuela se negó a prescindir de la chica, cuya obligación era atenderla a ella, y arguyó que su hijo era asunto de ellas.

Mientras estaba en la facultad, el mundo real se desvanecía y se concentraba en lo que tenía entre manos, era su vía de escape. De regreso, por el camino, iba retomando la conciencia de la realidad y, cuando llegaba al portal, la angustia la atenazaba ante las nuevas que podía encontrarse. Abrió el buzón de su madre y encontró un papel con su nombre. Cerró y lo guardó para leerlo en la habitación, al abrigo de ojos indiscretos y de la posibilidad de que su padre la sorprendiera.

—Hay una nota de mamá —anunció a María en un susurro para que la abuela no la oyese.

Y se dirigieron disimuladamente a la habitación.

—Papá ya estuvo aquí, no volverá por hoy. En parte es una suerte que lo entretenga una puta.

—No la conoces —dijo Alicia, mientras se desprendía de su abrigo.

—¿La defiendes?

—Ni la defiendo ni la ataco; me importa un bledo —alegó Alicia, se sentó en el borde de la cama y abrió el pliego cuadriculado.

Se sumergió en la lectura mientras María aguardaba.

—¡Oh, vaya! Por fin hay movimiento. Espero que tenga suerte.

—¿Qué pasa? ¿Qué dice? —apremió María.

—Se va a Santander. Ha hablado con su prima Asun y parece que hay un puesto de trabajo para ella en el restaurante en el que trabaja.

—¿Se va? ¿Y nos deja aquí? —se angustió María.

—No hemos terminado el curso y mamá tendrá que instalarse primero.

—¿Y Blanca? ¿Se queda sola en el piso?

—No. Teresa le ha buscado acomodo en casa de una cuñada hasta que termine el curso. No quiere que lo sepa papá, pues ha amenazado con hacerle daño y, si necesitamos algo, que contemos con Teresa. A través de ella recibiremos sus noticias.

—Y cuando acabemos el curso, ¿qué pasará en verano? —planteó con ansiedad María—. Teóricamente podemos hacer lo que queramos, pero papá no dejará que nos movamos de aquí. Esto cada vez me gusta menos.

—Discurriré algo, te lo prometo. Nos queda tiempo de aquí a junio.

—No tanto, dos meses —computó María.

—El problema más inmediato es la reacción de papá cuando se entere de que mamá y Blanca han desaparecido —advirtió Alicia—. Nos preguntará.

—Negaremos saber nada —determinó María.

—No, no sería inteligente por nuestra parte y atraeríamos su ira sobre nuestras cabezas —rechazó Alicia—. Hay que hilar fino. Seremos nosotras quienes le daremos la noticia.

—¿Te has vuelto loca? Es traición.

—Veamos —caviló repasando la nota—. Blanca se instala esta noche en el nuevo domicilio y mamá se marcha en el autobús de mañana por la mañana hacia Santander. A papá no lo veremos hasta media tarde.

—Si coincidimos —puntualizó María.

—La primera que lo vea se lo dice. No conviene demorarlo mucho y que se entere por otro lado. La iniciativa partirá de nosotras.

—¿Y qué le diremos? Preguntará cómo nos hemos enterado.

—María, por Dios. Nosotras sólo sabemos que no están en casa porque no atienden a nuestras llamadas. No es lerdo y supondrá que nos vemos. Santander ni mencionarlo, pareces tonta a veces.

—¡Ojalá estés tú! Me moriré de miedo si me toca a mí.

Ramón se quedó mirando a Alicia como si no entendiera lo que le estaba diciendo. ¿Cómo que no estaban en casa? No tenían otro sitio adonde ir. Se dirigió a la entrada y rebuscó en una arqueta llena de llaves, cogió las que estaban marcadas con el piso de abajo y salió decidido a averiguar qué estaba sucediendo. Llamó primero, para asegurarse de la veracidad de la declaración de Alicia, y volvió a comprobar la hora que ya conocía de memoria: las nueve y media de la noche. Como nadie abrió, introdujo la llave y entró en la casa, cerrando la puerta tras de sí. Estaba a oscuras y en silencio. Le dio al interruptor de la luz y avanzó por el pasillo hasta el dormitorio principal. Abrió los armarios y los encontró vacíos. Nervioso, se precipitó al dormitorio de Blanca, abrió el armario y los cajones y comprobó que sus cosas tampoco estaban: la estantería estaba limpia de libros y apuntes del curso.

Se dirigió al salón y se dejó caer en un sillón. ¿Adónde habrían ido? Pensó en la abogada, pero sería absurdo refugiarse en su casa. Alguien les había ofrecido asilo, no cabía la menor duda, la cuestión era: ¿qué convenía hacer? Podía denunciarla por secuestro, él tenía derecho a conocer el paradero de Blanca, pero llamaría la atención sobre él, aunque Valvanuz no tuviera pruebas del acoso y él le diera la vuelta a la tortilla presentándose como víctima, sembraría la sospecha de que allí ocurría algo extraño y quedaría constancia de ello en algún papel del juzgado. Por el momento no le interesaba, había otros medios. Blanca no podía abandonar el curso, razonó. Era cuestión de seguirla. Se sonrió, seguía con todos los triunfos en la mano. Contrataría los servicios de un detective para que la siguiera y, al no conocerlo, la muchacha no recelaría.

Blanca se miró otra vez en el espejo. Teresa y su cuñada Pepa aguardaban emocionadas su dictamen.

—Al principio te ves rara, tienes que acostumbrarte, pero estás divina —aseguró Pepa.

En la peluquería le habían cortado el pelo a lo chico, se lo habían teñido de cobrizo y con un gel se lo habían espantado, porque no había otra palabra para definir que los pelos le salieran de punta en todas las direcciones.

—Parezco una de las protagonistas de las *W.i.t.c.h.* —declaró Blanca no muy convencida.

—Es muy atrevido, moderno, pero ya verás como triunfas en clase —animó Teresa—. Te hace la cara más divertida.

—Seguro, se van a partir de risa en cuanto me vean —confirmó Blanca—. ¿Y así no me reconocerán?

—Salís muchos de golpe por la puerta. La vista selecciona hasta dar con la figura conocida. Si no das el perfil, pasarás desapercibida. Entre esto y la ropa que te hemos comprado...

—Pero es todo muy vistoso —objetó Blanca, no muy convencida.

—Más a mi favor. No se fijarán en alguien que llama la atención, buscarán una figura encogida y gris. Tómatelo como si estuvieras en una gymkhana —adujo Teresa.

—¿Y cómo te has enterado?

—Eso no tiene importancia. Ha sido un golpe de suerte. Tu padre contrató al mismo detective que trabaja en muchas cosas conmigo. En cuanto lo vio, lo reconoció y me alertó. Necesitamos tiempo para dar lugar a que termine el curso.

—A primeros de junio porque lo voy aprobando todo, por los pelos, pero aprobado. El problema será la Escuela Oficial de Idiomas.

—Iremos capeando el temporal según se presente —le alentó Teresa.

Valvanuz subió en el autobús de La Continental con el corazón encogido de fracaso y vergüenza. Sus hijas quedaban en Madrid y ella se sentía como una miserable que huía a hurtadillas. A su edad, la gente dormía con la vida solucionada, el piso pagado, la familia alrededor y con nietos. Muchos de ellos a punto de ganarse la prejubilación. Sin embargo, ella no tenía nada, ni pasado, ni presente, ni futuro. No era nadie. Se sentó rodeada de invisibilidad, cansada de vivir, incluso deseó que el autobús sufriera un accidente y se dejase en él la piel, las preocupaciones, la angustia, la incertidumbre. Pero quedaban sus hijas. Seguía adelante sólo por ellas. El autobús arrancó y, desde la ventana, vio Madrid por última vez. La ciudad que había presenciado, indolente, su humillación, su ignominia, su soledad. Rezó para que Santander reparara lo que Madrid le había destrozado: un trabajo, dignidad y seguridad. ¿Era mucho pedir?

Había hablado con Asun largo y tendido. La casa permanecía cerrada, pero llamarían a un cerrajero para que les abriera y cambiara la cerradura antes de que ella llegara. Su marido, Paco, se encargaría de dar de alta la luz y el agua para que pudiera instalarse, luego, ya verían. El puesto de camarera estaba hablado y asegurado: comenzaba el uno de mayo, aunque no estaría de más que acudiese un día antes para ponerse al corriente de sus obligaciones y conocer a los compañeros, y concluiría el treinta de septiembre. Mientras, buscarían otro trabajo más estable. Valvanuz no compartía su confianza en conseguirlo.

Santander la recibió con el bautismo de una lluvia muy fina y tupida. Cargó a la espalda la mochila y tiró de la maleta con ruedas hacia la salida de la estación de autobuses. No le costó localizar un taxi, pues en la misma plaza se encontraban las estaciones de Renfe y de Feve. Como era un día entre semana, su prima y el marido estaban trabajando y le habían dejado las llaves nuevas de la casa en el Chupi. Subió el equipaje, montó y dio la dirección. El coche se incorporó a la circulación y por Isabel II desembocó en la plaza del Ayuntamiento, cruzó el centro y salió al muelle. Valvanuz observó emocionada los cambios de la ciudad a través de la lluvia, olió el aire salino que penetraba por la ventanilla del conductor, ligeramente abierta para desempañar el parabrisas, sus ojos reconocieron el edificio blanco del Club Marítimo con los marcos rojos de las ventanas. El coche giró en la glorieta de Puertochico y subió hacia el túnel que conducía a la avenida de Los Castros, la

calle en la que fue engendrada, jugó y creció. Había llegado a casa, a su refugio, había regresado a su origen; y no le importó.

Pagó al taxista y, tirando del equipaje, cruzó la ancha acera mojada hasta los escalones, cobijados por una pérgola blanca de cemento, que la introducían en el callejón, el corazón del *barriuco*. Dejó la maleta fuera, bajo la lluvia, entró en el Chupi y pidió las llaves a una mujer morena, rolliza y de mediana edad que atendía la barra con el pelo recogido en una coleta alta.

—Usted es la prima de Asun —afirmó en lugar de preguntar.

—Así es, me llamo Valvanuz —se presentó, con una sonrisa húmeda por el agua que le resbalaba del pelo.

—Toma, son nuevas. Si tienes problemas para abrir, dímelo, me llamo Sole. Será mejor que subas, te seques y te instales. Luego baja a comer y hablamos. Asun me pidió que te atendiera bien.

Habían pintado la fachada de rojo oscuro y le daba un poco de color a la calle grisácea y al sobrio edificio, elegancia. Era curioso cómo un color podía resaltar una fachada insignificante, igual que una barra de labios adornaba la cara de una mujer. Accedió al estrecho portal, ya que la planta baja estaba ocupada por otra vivienda en la que residía una señora muy mayor, ascendió al primer piso tirando de la maleta y abrió con la llave sin dificultad. Los recuerdos salieron a recibirla, se la enroscaron en las piernas según avanzaba hacia la habitación principal: la sala con el balcón al callejón; y allí la abrazaron y le anegaron los ojos, cuyas lágrimas se mezclaron con el agua de lluvia. Tiró las llaves sobre la familiar mesa camilla, bastante desvencijada, y se dejó caer sobre la silla más cercana, abatida por la larga ausencia, por la soledad, por la pérdida de sus padres, por las ilusiones juveniles quebradas. Con la mirada recorrió el cuarto y se dio cuenta de que Asun y su marido habían estado limpiando, la ventana estaba entornada para ventilar la casa tras varios años cerrada. El mobiliario dejaba mucho que desear, viejo, maltrecho y anticuado. Consultó la hora: debía darse prisa pues ya eran las dos. Se levantó e inspeccionó la casa. Para hacerla habitable y confortable para las niñas, tendría que invertir un dinero del que carecía. Consideró las posibilidades: sacar todos los muebles inútiles, pintar las paredes y arreglar las losetas rotas del suelo, aunque sería difícil encontrarlas iguales porque seguramente ya no se fabricarían, y no quería pensar en el baño y en la cocina. Subió al piso de arriba y echó una ojeada al armario del dormitorio de sus padres, que estaba hinchado por la humedad, y decidió dejar sus cosas en la maleta por el momento. La abrió sobre el suelo, se cambió de ropa y extendió la húmeda por las sillas de la sala. Una vez seca y más caliente, decidió bajar al Chupi a comer.

Santander, abril de 2011.

Valvanuz aguardaba de pie, en medio de la sala, el dictamen del marido de su prima Asun, que trabajaba como montador de cocinas para la empresa Schmidt. Había llegado sobre las ocho de la tarde, en cuanto terminó la jornada de trabajo.

—¿Quién ha pintado la fachada? —preguntó Valvanuz.

—Tú, o más bien tu marido, por lo que veo no contó contigo —respondió Paco.

—No, no me lo dijo.

—Exceptuando la vieja de abajo, eres la propietaria. Cuando te correspondió por herencia está claro que tu marido decidió adecentarla y conservarla: es patrimonio.

—¿Por qué no me dijo nada?

—¿Para que no sucediera lo que ha sucedido? Es una posibilidad.

—Probablemente. Se ha tomado muchas molestias para mantenerme aislada.

—Puede quedar bien con poco dinero. Hoy día, las grandes cadenas ofrecen muchas posibilidades para los que son manitas —informó Paco con una sonrisa para infundirle ánimos.

Sólo habían coincidido dos o tres veces, pero estaba tal y como lo recordaba. Aunque eran de la misma edad, los años no habían hecho mella en él. De un metro setenta y cinco, moreno, fuerte y bien parecido, era un hombre jovial y amable en el trato, con una paciencia proverbial que aplicaba en su trabajo y lo convertía en un ser meticuloso y apreciado por sus jefes. Conservaba un pelo recio y fuerte, pintado de gris en las sienes; los ojos marrones y acuosos eran cálidos y envolventes bajo unas cejas pobladas.

—Pero yo no soy manitas —se lamentó Valvanuz—. Puedo lijar, barnizar y pintar, pero no sé nada sobre electricidad y cañerías.

—Para eso estoy yo aquí —se ofreció el hombre sin pestañear.

—Muchas gracias, pero ya habéis hecho mucho por mí —declinó la oferta Valvanuz—. De la noche a la mañana te ha llovido una prima con un montón de problemas que no son tuyos. Me las apañaré.

—¡Qué tonterías dices! Necesitas ayuda y a mí no me cuesta nada realizar ciertas chapuzas. Desde que salgo del trabajo no tengo nada que hacer hasta que Asun termina en el restaurante, sobre las doce habitualmente, excepto viernes y sábados o vísperas de fiesta. Estaré encantado de ayudarte.

—Estoy segura de que llenas con algo ese tiempo libre —insistió Valvanuz.

—Con los amigos, y ahora que lo mencionas, les vendría bien un poco de movimiento, uno de ellos es fontanero.

—No puedo pagar. Imagino que Asun te habrá contado mi situación y no puedo aceptar ayuda desinteresada de un desconocido. Todos cargamos con problemas y debemos afrontarlos como buenamente podamos.

—Muy loable, pero para eso están la familia y los amigos. ¿No conoces el dicho? «Donde hay confianza da asco».

—Sí, y no quiero empezar con mal pie.

—De momento cuentas conmigo, y mañana quedo con Remi para que evalúe el estado de las cañerías y ya hablaremos.

Valvanuz aceptó la situación y, desde ese mismo momento, se dispusieron a almacenar en uno de los cuartos traseros todos los muebles de los que iba a prescindir, vajilla desportillada, ropa de cama apolillada y otros trastos. Cuando terminaron, el piso parecía más grande y se evidenciaban más los defectos. El timbre de la puerta interrumpió los trabajos.

—¡Vaya! No habéis perdido el tiempo —exclamó Asun cuando Valvanuz le franqueó la puerta—. Parece más grande.

Su prima Asun, tres años más joven que ella, era robusta, de hueso fuerte, pero en absoluto gorda. El pelo castaño, cortado a lo chico, le hacía más juvenil el rostro, en el que destacaba la marca de la familia: una nariz respingona; aún así, no se parecían físicamente.

—Yo tiraré todo, pero tu prima no me deja —comentó Paco contrariado.

—Eso implicaría comprar y no puedo entrar en aventuras monetarias —se defendió Valvanuz.

—Bueno, bueno. Ambos tenéis razón —contemporizó Asun—. Lo mejor es ir por partes. Mañana sacaréis toda la basura.

—Remi vendrá a echar un vistazo a las cañerías y es propietario de una furgoneta. Le diré que la traiga —interrumpió Paco.

—Perfecto, y el sábado nos acercamos a Leroy Merlin para comprar todo lo necesario para el montaje eléctrico y pintar paredes y marcos. Confeccionaremos unas listas —propuso Asun con mente práctica.

Valvanuz aceptó la ayuda de sus primos, quienes se tomaron el asunto como si fuera propio. Cuando se quedó sola, se acercó al balcón con la intención de cerrarlo y, en lugar de eso, se asomó a la calle. El *barriuco* seguía igual y, al mismo tiempo, había cambiado. Las casucas de dos plantas y algunas, como la de ella, de tres, se agrupaban de forma caótica, como si fuera una judería, con pasillos y patios que desembocaban en un muro con una puerta que daba al callejón de La Braña, nombre típico de la Montaña con el que se designan los pastos de verano y que, sorprendentemente, había soportado los avatares políticos. Si miraba a la izquierda, divisaba Los Castros a través de la pérgola blanca; si se volvía a la derecha, le sonreían la playa y el mar al fondo. Había viviendas a ras de la calle, como en Andalucía, y la modernidad se evidenciaba en los marcos metálicos de las ventanas y el remozado de las fachadas. Uno de esos pasillos había quedado abierto al callejón y lo habían enlosado como si de una calle se tratara; al fondo habían restaurado una casa. También habían remodelado una de las casas geminadas que daban a Los Castros y lo anunciaban como un hotel, uno más entre las pensiones y fondas de esa parte de la avenida. Había regresado a casa. Si estuvieran sus hijas, sería el paraíso.

Al día siguiente, vaciaron el cuarto de los trastos almacenados y el mentado Remi confeccionó su propia lista.

—Toma, guapa, los materiales los pagas tú, la mano de obra te la regalo. —Y con una mueca matizó—: le debo algunos favores a Paco.

—Gracias, no sabes lo que supone tu ayuda, procuraré resarcirte en cuanto pueda —propuso Valvanuz.

—Hecho. Me gusta disponer de una caja de cervezas mientras trabajo —aceptó Remi satisfecho.

—¿Bebes en el trabajo? —se extrañó Paco.

—No, pero sí mientras me divierto y esto es un pasatiempo ¿no? —dijo Remi al tiempo que lo ayudaba a cargar una mesa con la que se perdieron escaleras abajo.

Valvanuz estaba de acuerdo con Paco en que habría que deshacerse de todo, pero no se atrevía. Había consultado su saldo y sólo le habían ingresado el paro, la pensión de Ramón brillaba por su ausencia. En el restaurante iba a cobrar mil trescientos euros al mes más propinas, trabajando el

mayor número de horas posibles y con la comida a cargo de la empresa, lo cual no estaba mal. Era un sueldo que se embolsaría limpio, pero que no comenzaría a cobrar hasta finales de mayo. A ella no le importaba vivir con eso, pero pronto llegaría Blanca.

—Nos vemos pasado mañana, sábado. A las nueve y media en punto paso a recogerte —recordó Paco y cerró la puerta de la entrada.

Valvanuz vio desde la ventana a Paco y a Remi entrar en el Chupi para tomarse un vino antes de partir con la furgoneta al punto limpio. Eran buena gente, corporativos, como lo eran los vecinos antiguamente. Ya no conocía a nadie en el *barriuco*, las tiendas de ultramarinos habían desaparecido, la panadería seguía despachando pan, prensa y golosinas, pero regentado por una mujer desconocida. Incluso los dueños del Chupi no eran los mismos, aunque se habían portado muy bien con ella.

Durante el día que le había quedado libre, aprovechó para bajar a la playa a las ocho y media de la mañana, antes de que abriesen el supermercado. La marea estaba baja y las tres playas quedaban unidas. ¡Cuántos años sin mar! No era la única madrugadora, había mucha gente que hacía deporte o caminaba con los pies a remojo. Echó a andar y cerró los ojos, dejó que la brisa le revolviere el pelo, respiró profundamente el aire limpio con olor a yodo y salitre que le trajo recuerdos de momentos mejores. Y el inimitable sonido de las olas, tan sedante y relajante. El agua estaba todavía muy fría pero, en cuanto pudiera, se daría el primer baño para reconciliarse de tantos años de olvido, de lejanía. Miró la hora y subió a la plaza de Italia por el balneario. Había una tienda de surf que no recordaba y el restaurante de toda la vida que permanecía cerrado hasta el comienzo de la temporada playera. Se acercó al supermercado de la calle Panamá, detrás del hotel Holanda, allí compró utensilios de limpieza para asear el baño y la habitación que había sido de sus padres y que había convertido en propia. Los escasos enseres, que había decidido respetar por el momento, los acumuló en un cuarto para poder realizar las obras en cuanto dispusieran del material.

Llegó el sábado y Paco acudió puntual a la cita con una pequeña furgoneta.

—Me la ha prestado un compañero. El coche no bastaría para cargar todo lo que necesitaremos.

—Escucha, Paco —dijo Valvanuz al subirse—, he sacado todo el dinero ahorrado pero me temo que no sea suficiente. Ignoro lo que cuestan las cosas que habéis apuntado.

—Ya hemos hablado de eso Asun y yo. Te adelantaremos lo que necesites y nos lo devuelves mes a mes, lo que vayas pudiendo. Dios no nos ha dado hijos y nos lo podemos permitir, así que no te angusties.

—Sois muy amables, ¿qué haría sin vosotros? —agradeció Valvanuz emocionada.

—Eres la única familia de Asun. Yo tengo un hermano, divorciado y con un hijo, un tío con Alzheimer y no sé si alguien más por ahí perdido. Como verás, no estamos muy sobrados de compañía. Tú y tus hijas sois algo nuevo en nuestras vidas.

—Hay familias que se llevan a matar —recordó Valvanuz.

—Serán muchos y estarán hartos los unos de los otros, pero no es nuestro caso ¿verdad, prima? —puntualizó Paco con una mueca—. Si no quieres hablar de ello, no hables, pero hay un punto que me inquieta sobre la situación que me ha trazado Asun, ¿por qué no lo has denunciado?

—Comprendo que es difícil de entender si no estás dentro del asunto y allí. Incluso a mí, ahora, me parece lejano e irreal y sólo llevo unos días en Santander. El miedo, la soledad, la incertidumbre... la seguridad de que la policía no puede ayudarte. ¿Una denuncia? ¿Para qué si ya estás muerta? ¿Si ya has perdido todo? Porque sólo actúan cuando hay hechos y él no deja huella. No lo entiendes.

—Imagino que debe de ser como una película de terror.

—Cuento los días para que venga Blanca y temo por las mayores —confesó Valvanuz.

—Vamos, es su padre. Algo sentirá por ellas.

—Eso es lo curioso, creo que no le importan nada. Nunca les sonrío ni estudio con ellas o las pasea. Se pavonea como padre cuando nunca las ha bañado, vestido o cambiado de pañales. El caso de madres desnaturalizadas es raro y dramático, mientras que el de padres es más frecuente y pasa desapercibido porque la sociedad ve con lógica que se queden junto a la madre. Ya no me fío de él. ¡Cómo he podido estar tan ciega!

—No es momento de lamentarse. Ahora estás haciendo lo correcto. ¿No suena un poco a tópico lo que dices? Tengo amigos que darían la vida por sus chavales —la animó Paco—. Ya hemos llegado —anunció cuando tomó la desviación al centro comercial—. Ahora viene lo mejor: aparcar un sábado.

David estaba ocupado en desenredar la correa del perro cuando vio llegar el coche de Teo. Rezó para que estuviera de buen humor y le resolviera el problema. Como no había manera de que el cachorro hiciera lo que él deseaba, lo cogió en brazos y se acercó a la verja de acceso de coches.

—¿No estás un poco lejos de tu casa para pasear al perro? ¿Y desde cuándo tienes perro? —se interesó Teo.

—¿Puedo subirlo a tu casa? Tengo que hablar contigo —rogó David.

—Dame un par de minutos y te abro el portal.

David suspiró de alivio. Teo nunca había sido una persona difícil pero, desde aquel nefasto día en que se le ocurrió sugerir que les dejara su parte de la empresa en vida, se mostraba receloso y suspicaz. La sociedad se había disuelto definitivamente y, aunque la idea no había partido de él, estaba contento. Teo, como siempre, había sido generoso y cabal, Francisco y Pilar, comedidos, y Amelia tan molesta como un grano en el culo. ¿Qué mosca le había picado? Había llegado al extremo de eludirla, su secretaria le servía de parachoques. Asomó Teo con el móvil en la oreja y le abrió. Lo siguió al ascensor en silencio, respetando la conversación que mantenía sobre unos medicamentos. Era su hermano mayor y, aunque no compartían los mismos puntos de vista, lo admiraba: era bueno como cirujano; y como persona, especial. En la familia cuando se mencionaba a Teo, era Teo, y no había más que hablar, con eso estaba dicho todo.

—Perdona, una pequeña complicación en uno de los pacientes que he intervenido hoy —explicó Teo mientras abría la puerta de la casa.

—¿Lo solucionas por teléfono?

—Siempre que puedo, sí. Ha sido un día duro y estoy cansado, me niego a coger el coche y salir volando para solucionar cualquier tontería.

—Imagino que al paciente no le parecerá ninguna tontería —comentó David.

—Te sorprendería cómo es la gente cuando se siente vulnerable: son vampiros. ¿Quieres cenar? No sé qué me habrá dejado Rita.

—No, no, gracias. El motivo de mi intempestiva visita es este amigo —aclaró señalando el perro.

—¡Qué divertido! —manifestó Teo y se agachó para acariciarlo—. ¿Qué haces con un husky?

—Me lo ha regalado un cliente agradecido. Es bueno, con papeles y todo ese rollo. No entiendo mucho de perros, pero lo que sí sé es que no puedo quedármelo. Eduardo fuera, Elisa a punto de irse, yo con todo el follón de la disolución de la sociedad y Sara no quiere ver un perro ni en retrato.

—Véndelo —propuso Teo.

—No puedo. El cliente es criador de estos perros y vive en Maliaño, es un compromiso. He pensado que la mejor opción es que se quedara con alguien de la familia. Es una buena compañía.

—¡Joder! Puede que os parezca mucho cincuenta años, que no sea muy agraciado; pero estoy vivo, me siento mejor que nunca y todavía mantengo a una mujer caliente en la cama. ¿No podéis dejarme

en paz?

—Teo, estás muy susceptible. No he querido decir eso —rebatía David—. Bueno, igual lo ha parecido. Se lo he ofrecido primero a Francisco, pero lo ha rechazado por exceso de trabajo y porque los chiquillos dan ya suficiente guerra por sí solos como para añadir un perro al lote. Nadie está contra ti. Todo lo contrario, te estoy muy agradecido —reconoció David.

—Si tantas ganas tenías de disolver la empresa, ¿por qué no lo hiciste antes?

—No lo sé, por lealtad a papá, a todos vosotros; pero la verdad es que me sentía explotado. Nadie aportaba nada y todos criticabais mi forma de actuar.

—Supongo que de nada sirve lamentarlo, pero te pido disculpas por mi parte. Tu labor ha sido impecable, aunque no hayamos coincidido en los métodos.

—Es igual, nunca te he guardado rencor aunque me hayas sacado de mis casillas; y sobre eso de los cincuenta años, te diré que yo voy camino de ellos y me siento como un chaval, así que te entiendo. Reconozco que la idea de que donaras tu parte en vida no fue muy atinada, pero no encontré otra solución en aquel momento.

Madrid, abril de 2011.

Alicia abrió el buzón de Teresa con la llave que le había proporcionado. Desde que habían vuelto a habitar el piso familiar, habían cambiado de buzón para dejar las misivas con seguridad. Había una hoja cuadriculada plegada con su nombre y la retiró: la letra era de Blanca. Subió a casa y agitó el papel ante los ojos de María que se encontraba planchando.

—Carta de Blanca ¿a que no sabes lo que hay dentro pillado con celo?

—No estoy para adivinanzas. Estoy deseando terminar esto para ponerme a estudiar, los exámenes están encima. ¿Has visto el calendario?

—Déjalo, yo continuaré —se ofreció Alicia—. Un billete de veinte euros. Recibe paga por cuidar a los niños de la casa y, como no dispone de tiempo para gastarla, la comparte con nosotras. El matrimonio, aprovechando que está ella, sale frecuentemente. Dice que les es más barato que contratar a una canguro de verdad que cobra lo que no está escrito.

—¡Jo, qué suerte! —exclamó María—. Y nosotras aquí, planchando y cocinando sin recibir nada a cambio.

—No nos ha ido tan mal —animó Alicia—. Papá está ausente la mayor parte del tiempo y, cuando viene, está abstraído.

—Esa mujer le tiene sorbido el seso. ¿Se casará con ella?

—Teresa lo pone en duda. Dice que no encaja en el perfil de papá, que no es una mujer a la que se pueda doblegar a mamporros.

—Yo diría que viven prácticamente juntos.

—¡Mejor para nosotras! —celebró Alicia.

—¿Qué cuenta Blanca? —indagó María.

—Leamos —dijo Alicia y se concentró en el papel—. Dice que desde que ha cambiado de peinado y viste tan llamativa ha triunfado. Los moscones del instituto la asedian, pero que se aplica todo lo que puede en los estudios. Está deseando que el curso termine para reunirse con mamá.

—¡Quién pudiera! ¿Recuerdas algo de Santander?

—Sí, perfectamente —respondió Alicia evocadora—: a los abuelos, la playa y las olas, y a mamá, más sosegada, segura de sí misma, feliz. Luego dejamos de ir, no recuerdo por qué. Cuando los abuelos fallecieron, mamá se desplazó sola a Santander en las dos ocasiones, nosotras nos quedamos con la abuela y papá no sé qué pretextaría.

—Mi recuerdo es muy vago y no sé hasta qué punto se confunde con lo que os he oído contar. Me gustaría conocerla. ¿Pensaste algo para el verano?

—Estoy en ello, pero no se me ha ocurrido nada todavía.

Ramón sopesaba sus opciones fingiendo la lectura del informe que sostenía en la mano, mientras que Alfredo reponía el dinero del cajero automático y Amparo, la nueva compañera de oficina, se hacía cargo de la correspondencia. El maldito detective se había embolsado un buen dinero a cambio de humo: no había localizado a Blanca y, para comunicarle la evidente noticia de que Valvanuz estaba en Santander, no habría necesitado unos servicios tan costosos. El sujeto le había tomado el pelo. Las opciones eran muy limitadas: seguiría abonando los cuatrocientos euros a Valvanuz para que no exigiera la revisión de la pensión por haberse quedado sin trabajo, aunque le extrañaba que

no lo hubiera hecho ya, y por supuesto la de alimentos a la chiquilla, no quería al juez en el cogote. Había ganado las pensiones de las mayores al despacharlas con cien euros para las dos. Estaba claro que Valvanuz había huido de él, pero ¿qué esperaba encontrar en Santander? Le constaba que no le quedaban amigos, sólo una oscura prima a la que recordaba vagamente. Sin dinero y sin familia, tarde o temprano, regresaría con las orejas gachas, pero ya sería demasiado tarde: había abandonado el piso y tendría que reclamarlo para recuperarlo. Su mente cambió de registro y evocó el rostro de Nerea, una mujer con empaque, bien relacionada e independiente. Había planeado una escapada a París de diez días a finales de junio y, una vez allí, bajo el embrujo de la ciudad del amor, le pediría matrimonio. Su casa en Príncipe Pío era mejor que la suya y tenía servicio, viviría como un rey. En tres años se habría sacudido el polvo de su familia y el sueldo le quedaría íntegro porque no pensaba pagarle los estudios a la mocosa, en cuanto llegara a la mayoría de edad, se acabó, al igual que las mayores cuando terminaran la universidad. Tres años. En el entretanto, vivirían con la abuela. Nerea se movía en un ambiente refinado y ya se imaginaba alternando a la par que ella por esos círculos, aunque habría que modificar algunos enfoques, de hecho ya había comenzado la maniobra para destacar sobre Nerea. Hasta ese día, era presentado como el amigo de Nerea, pero pronto ella sería la secundaria, la amiga de Ramón. Había tenido éxito entre las mujeres, quienes lo encontraban simpático y atractivo y había desplegado su seducción, envolviéndolas. Se regocijaba al pensar que, probablemente, era el centro de las conversaciones privadas.

—Señor Gutiérrez, al teléfono por la línea dos —anunció Amparo y él se deshizo en una amable sonrisa para indicarle que ella era la única mujer que existía en la tierra. Ella se la devolvió con timidez. ¡Qué fáciles eran las mujeres! Y mucho más las aburridas, las olvidadas, las desheredadas del amor.

Teresa había recibido una llamada de Valvanuz en la que la advertía de que ya le habían ingresado la pensión. Había quedado claro que el individuo estaba jugando con el tiempo y los límites para que las dificultades de Valvanuz fueran constantes. Había insistido en que pidiera la revisión de la pensión pero, afortunadamente, había conseguido trabajo para una temporada. Su voz por teléfono era alegre y nerviosa; sus palabras esperanzadoras y confiadas. Su tierra le había devuelto la vida, la distancia había minimizado los problemas y los había relegado al mundo de las pesadillas, sólo le faltaban sus hijas. Su cuñada Pepa le había comentado que Blanca había florecido, había salido de su retraimiento y se había revelado como una muchacha extrovertida e imaginativa, que la había ayudado mucho en la cocina, la cual dominaba para lo joven que era, y que echaba mucho de menos a su madre. Pronto concluirían los exámenes y se trasladaría definitivamente a Santander para tristeza de Pepa, quien le había confesado que ella y Felipe habían vuelto a salir como si fueran novios. La experiencia había sido tan buena que estaban planteándose acoger a otra estudiante. Eso le recordó que quedaban otras dos hermanas. ¿Qué iba a suceder con ellas? Teresa sabía que el padre no cumplía las estipulaciones al pie de la letra y ellas no querían tocar el tema porque temían que se volviera en su contra, y lo entendía. Ella misma respiraba con alivio cada vez que entraba y salía de casa sin encontrárselo. La situación se le había escapado de las manos y no hallaba la forma de retomar las riendas del asunto. Estaba sufriendo en sus propias carnes la angustia que padecían las mujeres acosadas por los maridos o por los novios, sólo que su marido no era el acosador. ¿Cuánto tiempo tardaría en percatarse de la intranquilidad de ella, de su falta de concentración? ¿Por qué no se sinceraba con él? Por la misma razón que la maltratada ocultaba su estigma, descubrió asombrada, por vergüenza a reconocer su metedura de pata en el caso, por impotencia para resolver lo que no se podía enderezar. Se encontraba atrapada en el mismo túnel negro como otras cientos de mujeres.

¿Cómo había llegado a eso?

Santander, mayo de 2011.

El perro cambió los hábitos de Teo. Los sábados y los domingos madrugaba para bajarlo a la playa, antes de que los deportistas y los playeros invadiesen la arena y se quejasen del perro suelto. Avanzaba la primavera inexorablemente junto con el buen tiempo y tendría que idear algo nuevo para Grey, nombre que había decidido por el color del pelaje del lomo. Lo primero que había hecho en cuanto decidió quedárselo fue buscar información en Internet. Lo que leyó, no lo tranquilizó mucho. Lo describían como un perro muy sociable y unido a la familia, pero independiente y con ideas propias, lleno de energía y alegre, es decir, que el adiestramiento se las traería; por otro lado, no le gustaba estar solo y encerrado sin realizar ejercicio y apreciaba la compañía de otro perro. Por eso no pasaba, con uno ya tenía suficiente. La parte positiva se ceñía a que era mejor que viviera en una caseta en el exterior y que no debía hacer mucho ejercicio en verano.

En Leroy Merlin compró la caseta, que instaló en la terraza; en el Corte Inglés completó el ajuar con una manta, collar, correa y comederos; en el supermercado se abasteció de pienso y otras tonterías para perros. No faltó la visita de rigor a la clínica veterinaria de Los Castros: vacunas y papeles en regla, como buen ciudadano.

Con el chándal, la correa, la bolsa preceptiva para excrementos y el perro salió esa mañana de domingo a correr por la playa. Ése era otro punto positivo: ahora corría obligado y acompañado, lloviera, hiciera frío o calor, no había excusa. El perro era inteligente porque, para lo joven que era y los pocos días que llevaba en la casa, había comprendido la rutina de Teo: entre semana, carrera por la noche; los fines de semana, por la mañana. Así que, en cuanto asomaba por la puerta después del trabajo, el perro se le echaba encima loco de alegría. Y eso lo sentía porque le fastidiaba reconocer que David llevaba su parte de razón, le hacía compañía. A la que no le hizo tanta gracia fue a Rita quien lo sacaba a mediodía e incrementaba las tareas diarias.

Siempre había apreciado la belleza de la ciudad pero, desde que salía a correr, comprendió que cada día era diferente: cambiaba la luz, el color, el olor, incluso en los días de lluvia encontraba belleza. Al igual que la bahía, el mar cambiaba de color y comportamiento según la estación del año. Era un paisaje en movimiento, con amaneceres envueltos en brumas marinas. Dejaba a Grey suelto por la playa y, mientras él corría por la orilla en línea recta, el perro iba y venía a su antojo, recorriendo el doble de metros. Era un cachorro precioso, de aspecto limpio, brillaba una mirada inteligente en sus ojos azules, nervioso en sus evoluciones y casi se atrevería a decir que sonriente. Cuando lo contó en el barco, hubo choteo entre los amigos y luego le llovieron las recomendaciones, los consejos y la promesa de ayudarlo en su cuidado si saliera de viaje por alguna circunstancia.

Sobre las nueve de la mañana solía subir al Maremondo a desayunar, cuando comenzaba a apretar el sol, y entonces surgían los problemas: Grey había comprendido que el paseo concluía y no estaba por la labor de dejarse atar y, como era de ideas propias y sólo obedecía las órdenes con sentido para él, enseguida aprendió que aquella no tenía ninguno. Tras una agotadora cacería, esa misma mañana Teo se planteó muy seriamente la cuestión del adiestramiento. Una vez atado, subió al balneario, para calzarse. El aire era caliente y, después del ejercicio, se convirtió en sofocante. Teo escrutó el cielo con alma de meteorólogo, ciencia muy extendida entre los santanderinos de pura cepa. Las nubes se deshilachaban por la fuerza del viento sur. Aunque el Sardinero, orientado al

nordeste, quedaba al reguardo de las ventoleras ardientes que barrían las calles del centro. La falta del característico frescor de la mañana se dejaba sentir y el sudor perlaba su frente.

Valvanuz se adaptó enseguida al trabajo. La única complicación fue la enorme variedad de formas que existía de tomar un café: ¿cómo un término tan simple como café se convertía en algo tan complejo a la hora de degustarlo? Podría escribirse un ensayo sobre ello. Por lo demás, las comandas no revestían ninguna complicación que una buena memoria y cortesía con el cliente no consiguieran superar. Era cierto que regresaba derrengada físicamente por las tardes, pero animada. El trato directo con la gente le había devuelto la jovialidad perdida durante tanto tiempo de encierro en casa; la amabilidad de los compañeros de trabajo había afianzado la confianza en sí misma y en las personas; el servir a mediodía las mesas al aire libre había tintado las mejillas y los antebrazos que ofrecían ahora un aspecto más sano. Aunque llevaba pocos días, no se había encontrado con nadie conocido. Tras veinte años de ausencia, su mundo y su generación se habían esfumado. Tanto mejor, pues no le agradaba que la vieran en semejante situación. Lo que le disgustaban eran esos días de surada. El calor y el viento le alteraban los nervios y perdía el dominio de su cabeza, que la sentía etérea e inestable, similar a la sensación de vértigo, por no hablar del persistente dolor de cabeza. Los días de sur eran los días de los locos. Envuelta en esos pensamientos mientras pasaba la bayeta por las mesas de la terraza, no vio la correa del perro juguetero que se había aproximado a ella; sólo notó el tirón, el suelo le faltó de debajo de los pies y fue derribada cuan larga era. El estrépito de la bandeja al caer, junto con la mesa a la que se agarró en un último esfuerzo por mantener el equilibrio, atrajo la atención de los parroquianos y de los compañeros que pululaban por allí.

—¡La que he organizado! ¡Cuánto lo siento! No se mueva hasta que esté segura de no se ha roto algo, soy médico —le advirtió una voz del pasado.

Acabó la carrera de medicina, dedujo Valvanuz al reconocer a Teo agachado sobre ella y el aroma a colonia cara y embriagadora la penetró hasta lo más hondo del alma.

—Mueva poco a poco las piernas, luego la cabeza, y ahora trate de incorporarse sin prisa. Así, eso es. Parece que no hay nada roto afortunadamente, lo que no quita que le salga algún buen hematoma —comentó preocupado—. Soy el dueño del perro por si quiere denunciarme.

—No será necesario, señor Van Der Voost, nuestros trabajadores están asegurados y tampoco ha habido daños que lamentar —intervino prestamente el encargado, que se había aproximado corriendo.

—Aun así, no dejen de comunicarme el estado de...—y se fijó en la chapa con el nombre que lucía en su blusa al tiempo que la ayudaba a ponerse de pie— Valvanuz.

—Así se hará si fuera necesario, señor.

Valvanuz, evitando mirarlo de frente, se adentró en el bar para adecentarse en el baño. El corazón le latía desacompañado. ¡Por Dios Santo! ¡Era Teo! Más corpulento, más hombre, pero igual que hacía años. De lo blanca que tenía la piel, no se le apreciaban las arrugas, de lo rubio que era el cabello, las canas pasaban desapercibidas. ¡Tan alto! ¡Tan apues...! No, tan feo, seguía siendo feo, sólo que a ella no se lo parecía. Cuando la cogió para levantarla, notó la fuerza de su antebrazo, musculoso, de hueso grande y levemente moreno. Hacía ejercicio al aire libre. Se lavó la cara acalorada y sudorosa, las manos sucias y con rasponazos, y se recompuso el pelo más que peinarlo porque no disponía de un cepillo. ¡Qué horror! Y ella allí, de camarera. Pero ¿qué tonterías estaba pensando? Siempre había sido la hija de los panaderos. ¿A qué venía eso ahora? Se sacudió la falda negra y ajustada del uniforme y se miró en el espejo por última vez. Salió nerviosa y con sentimientos encontrados. ¿Por qué se había alborotado tanto?

—¡Valvanuz! —la llamó el encargado que se hallaba junto al dueño, Juan Manuel.

—El señor Van Der Voost nos ha pedido permiso para que usted se tome algo con él —le comunicó Juan Manuel—. Se siente culpable, sea amable con él, es alguien importante dentro del sector hotelero. Si sufriera alguna secuela del golpe, nosotros nos haremos cargo de ello.

—No se preocupe, ha sido más aparatoso que doloroso; el orgullo es el que está un poco maltrecho, ¿lo cubrirá el seguro?

—Le agradezco que conserve su sentido del humor —respondió Juan Manuel sonriendo—. Pida lo que quiera en la barra y se lo servirán en la mesa, la casa invita.

Teo hurgaba en sus recuerdos mientras observaba alejarse a la mujer hacia el interior para recomponerse. Los escasos curiosos que había a una hora tan temprana volvieron a sus asuntos y un camarero arregló el desastre. Se levantó cuando vio a Juan Manuel, el dueño, y le salió al encuentro.

—Soy el culpable de este desaguisado —se acusó.

—No te preocupes, Teo. ¿Desde cuando tienes perro? —se interesó Juan Manuel.

—Desde que me lo regaló David, y ahora me estoy preguntando por qué me odia tanto —bromeó.

—Es muy joven.

—Cuatro meses y de carácter independiente. ¿No querrás un perro?

—No, no, y menos un husky por muy bonitos y fieles que sean.

—Vista la actuación de hoy, buscaré un educador o entrenador de perros o como quiera que se llamen.

—La policía adiestra perros. ¿Has preguntado a tu amigo Pedro?

—No se me había ocurrido. Gracias por la idea. No hay mucha clientela todavía, ¿puede sentarse un momento conmigo la camarera agredida?

—Por supuesto, pero no es necesario que te tomes tantas molestias, hasta ahí podríamos llegar —le concedió Juan Manuel y se despidieron.

Teo regresó a su mesa, donde le aguardaba Grey ajeno al problema que había causado a su dueño. Se sentó y le acarició la cabeza.

—Buena la has hecho, jovencito —reconvino con amabilidad.

Estuvo pendiente de la puerta del bar para observar a la camarera en cuanto saliera. Estaba casi convencido de que era ella, el nombre coincidía, pero le extrañó que no dijese nada cuando era más fácil que ella lo reconociera a él. La vio salir, esbelta, con la falda tan ceñida que impedía esconder cualquier imperfección del cuerpo, con el pelo recogido con dos horquillas de fantasía. Los movimientos eran nerviosos, azorados, y la mirada huidiza.

—Me han comunicado que quería verme.

—Tengo muchos defectos: soy demasiado alto, demasiado rubio y demasiado feo; pero la vista me funciona perfectamente. ¿Cómo es posible, a pesar de los años transcurridos, que no recuerdes una figura como la mía? —preguntó con una sonrisa mientras con la mano le indicaba la silla.

Los años habían hecho mella en ella, como en todos, las arrugas alrededor de los ojos y de la boca se habían acentuado y la conferían una atractiva madurez, se teñía el pelo de un color bastante natural, el cuello y las manos denunciaban el trabajo y la edad; pero en conjunto conservaba la delgadez de una estructura ósea fina. Los ojos castaños, otrora llenos de vida, más tristes, profundos, sabios; la nariz respingona denotaba firmeza y retaba a quien la desafiara; y la sonrisa pícaro, que recordaba tan bien, se había transformado en un rictus irónico.

—¿Y quién dice que no me acuerde? —rebatía Valvanuz.

—Antes nos tuteábamos, ¿qué ha cambiado?

—La edad, el tiempo. No sabía si te acordarías de mí. ¿Ahora ligas con ese retrato caricaturesco que ofreces de ti mismo?

—Estás igual que siempre, con unos añitos más, pero muy guapa. Y no, no ligo; últimamente no me como un rosco, por eso me muestro tan demolidor conmigo mismo. Recuerdo que te casaste, tus padres lo pregonaron por todo el *barriuco*. Seguro que tu marido es más guapo que yo.

Teo detectó el cambio que experimentó la expresión de Valvanuz, más dura y de regusto amargo. Un camarero dejó un café sobre la mesa para ella.

—Hay cosas con las que no deberías bromear. Hablas de tópicos cuando la realidad es muy diferente. Yo no te encuentro tan feo. Es muy bonito tu perro, ahora en verano, ¿no lo pasará mal con tanto calor?

—Por eso madrugo, aunque mientras el sur persista es en balde. Reírse de uno mismo es una buena terapia para superar los traumas —expuso Teo.

—¿Tú? ¿Traumatizado? Ésta sí que es buena —concluyó sarcástica, revolviendo el azúcar de forma exagerada.

—No sé cómo te habrá tratado la vida para que la veas tan oscura, pero yo procuro sobrellevarla con humor. ¿Qué ha ocurrido? ¿Unos cuernos? ¿Otra más joven? Muchas lo celebran, lo he vivido en el hospital.

—¿Te has casado? —le preguntó, inclinando la cabeza hacia delante.

—No he tenido esa suerte.

—Perdona, no has querido —corrigió Valvanuz—. ¡Ojalá hubiera sido por algo tan trivial! Lo siento por las niñas, son las que están pagando mis errores.

—Como decís vosotras: se me pasó el arroz o nunca llegué a enamorarme; no lo sé. ¿Cuántos hijos tienes?

El rostro de Valvanuz recuperó la antigua e ingenua sonrisa; y sus ojos, la alegría y la viveza de la juventud olvidada.

—Tres chicas. La mayor, Alicia, estudia enfermería, está en segundo año; María, empresariales, acaba de empezar; y Blanca es todavía menor de edad, primero de bachiller.

—Y se parecen a ti.

—No, Alicia es guapísima, con un pelo muy negro y un cutis muy fino con las cejas bien perfiladas. Se parece a su padre.

—¿Ves como era guapo? No falla —se chancó Teo.

—Sí, es guapo y un inteligente seductor, como Dorian Grey, y al igual que él, abriga el alma de un monstruo que se alimenta con el sufrimiento de los demás —dijo Valvanuz con ira contenida, la boca apretada y una mirada entre desamparada y asustada—, por eso he regresado, huyendo de él y rezando para que se olvide de mí.

Valvanuz se levantó bruscamente y, sin despedirse ni volver la mirada, entró en el bar. Teo se quedó tan sorprendido que no encontró palabras para detenerla en su huída. ¿Se había casado con un desgraciado?, ¿un sádico?, ¿o había entendido mal? Bajo el aturdimiento de la revelación se levantó, tiró de la correa para que Grey lo siguiera y emprendió el regreso a casa. Por el camino repasó la conversación y evocó los años de adolescencia. Recordaba a la hija de los panaderos como una chiquilla que, sin ser guapa, era bastante resultona con su nariz tan personal, de buen cuerpo, y con una alegría y una confianza muy atractivas. Se la encontraba frecuentemente ya que eran vecinos... de pronto la imagen de un prado le cruzó la mente. ¡Ay, madre! Había sido ella la que le había preguntado si seguía siendo virgen. Lo había olvidado y se rió al recordarlo. Había sido muy indiscreto por su parte presionarla para que le hablara del marido, y las miserias se le escaparon por

la boca incontenibles. A esas horas estaría arrepintiéndose de haberse expuesto así; sin embargo, él celebraba que siguiera siendo tan sincera y tan espontánea. Cuanto más pensaba en la conversación que habían mantenido después de tantos años sin encontrarse, más gracia le hacía. Había sido más propia de dos amigos que no han dejado de verse: le siguió las bromas y las ironías; y también dijo que no lo consideraba feo, aunque no lo dijo por él mismo, sino al contrastarlo con la fealdad del alma de su marido.

Paco renovaba la electricidad de las habitaciones mientras Valvanuz encintaba y lijaba. La sala de estar, melocotón, decidió Valvanuz; la habitación de Blanca, rosa palo; la suya, azul pálido; el cuarto de estudio, verde; y cada puerta del mismo color que la habitación. Había rebajado la pintura con blanco para que los colores quedaran como pastel, suaves y cálidos. Remi luchaba con las cañerías en la cocina y había tenido que levantar el suelo. En un centro Reto consiguieron unos azulejos de color lila que horrorizaron a los hombres, pero que se los dejaron a muy buen precio si se llevaban otros de color naranja. Valvanuz aceptó y añadió otros blancos para intercalar y suavizar el impacto visual. Así la puerta de la cocina fue naranja dulce y la del baño, lila pastel. Trabajaban de siete de la tarde a once de la noche con fines de semana incluidos, pero en diez días lo terminaron.

—Luminoso, limpio y alegre —dictaminó Paco satisfecho.

—Y operativo y muy original —añadió Remi, contemplando la faena desde el vestíbulo.

—Este sábado necesitaremos la furgoneta de nuevo. Nos vamos a Ikea —anunció Paco a su amigo.

—Papel y lápiz —pidió Remi—: habrá que tomar medidas.

—Pondremos literas —exigió Valvanuz—. Ahorran espacio.

—Además de los muebles habrá que hacer una lista de todo: vajilla, toallas, edredones... —intervino Asun.

—No olvidéis los radiadores de aceite para el invierno —señaló Paco—. Los muebles de la cocina y del baño los pongo yo. En el almacén de la empresa se acumulan sobrantes de errores de cálculo o cambios de opinión del cliente. Quedará un poco ecléctico, pero nuevo y funcional.

—Pasará desapercibido ante la explosión de color de las puertas y de las habitaciones —vaticinó Remi.

Valvanuz se aplicó a la lista con su prima a la que no había revelado que ella había sido la protagonista del horrible encuentro con Teo Van Der Voost. Cada vez que recordaba su metedura de pata se ponía mala. Seguía haciendo gala de una gran seguridad, sus movimientos eran pausados, como fruto de la meditación, medidos, como si economizara el espacio. Imaginó que era deformación profesional, el resultado de tantas horas de bistrú por lo que había oído contar en el restaurante, pues esa mañana fue el centro de las conversaciones a causa del incidente. ¿Cómo había podido decirle aquello? ¿Qué le importaba a él su vida? Mal, el recordarlo; peor cuando pensaba que se encontrarían de nuevo, que él sabía dónde localizarla.

—¿Te pasa algo? Estás pálida y distraída. ¿Has tenido noticias de Madrid? —se interesó Asun.

—No, no he tenido noticias. Es cansancio, el sur me agota, y ganas de ver terminado todo esto. Estoy gastando más de lo que pensé.

—No te angusties por el dinero. Lo importante es que tengáis un hogar. Anímate, pronto estarán las chicas contigo.

—Blanca seguro, pero Alicia y María ignoro cómo lo van a conseguir, no es tan fácil. Teresa es un cielo y está en ello. No sé cómo podré compensaros a todos los que me estáis ayudando.

Madrid, junio de 2011.

Alicia acudió a la llamada de su padre. Había llegado hacía un rato y desde entonces lo había oído trastear en su habitación. Llamó antes de entrar.

—Pasa —ordenó Ramón—. Quiero toda esa ropa planchada y bien doblada y acomodada en esa maleta. —Y le señaló la maleta arrinconada para que no estorbara.

—¿Para mañana? Tengo un examen y es mucha ropa —consiguió articular Alicia.

—No, para el viernes que viene. Que te ayude María —contestó su padre risueño.

—¿Te vas de viaje?

—Sí, diez días a Francia. He trabajado mucho y tengo derecho a resarcirme.

Alicia pensó que ella también había trabajado duro, y más que él, y no tenía derecho a nada. Luego cayó en la cuenta de que estarían solas durante diez días, sin control. Su mente comenzó a trabajar febrilmente.

—Mientras estás fuera, se abrirán los plazos de matrícula.

—Ya, bueno. Necesitarás el número de la cuenta corriente. ¿Tengo que firmar algo?

—No lo sé, pero ya lo miro y te preparo los papeles para el viernes.

Su padre se quedó esa noche en casa así que cada una permaneció en su habitación estudiando, además no quería distraer a María con la noticia. Sin embargo, al día siguiente, martes, voló escaleras arriba a casa de Teresa.

—Mi padre se va a Francia —anunció atropelladamente según cruzó el umbral—. He pensado en trasladar la matrícula de María a Santander. ¿Cómo lo ves?

—¡Calma, calma! —pidió Teresa—. Vamos por partes. A Blanca le entregaron las notas ayer y hoy tiene el oral de inglés en la Escuela Oficial. Mi cuñada le ha sacado el pasaje en el autobús de mañana.

—¡Se va! —exclamó consternada Alicia.

—Era lo planeado. ¿De qué te extrañas?

—Sí, sí... pero tan pronto. —Se dejó caer en el sofá.

—Comprendo tu tristeza, pero míralo de esta manera: es el principio del fin de esta separación. Pronto estaréis todas reunidas en Santander. ¿Qué me decías de la matrícula y de tu padre?

—Mi padre está en la inopia últimamente, como ya te comenté, y muy alegre. Está haciendo la maleta para irse el sábado a Francia, imagino que con esa mujer. El caso es que está distraído y se me ha ocurrido que puedo intentar que firme una autorización para que María traslade la matrícula de universidad. ¿Podrías redactar algo que sirva como justificante ante un tribunal cuando él se dé cuenta del engaño?

—¿María está de acuerdo?

—No sabe nada, ni siquiera que papá se va. Está en un examen y no quería descentrarla, se lo contaré a mediodía.

—Puedo hacerlo, lo que me preocupa son las consecuencias. ¿Y si se da cuenta?

—Decido yo en el último momento, según como lo vea —se animó Alicia.

—El escrito sería para los dos traslados y sólo sería orientativo. Quiero decir, si tu padre se negara a pagar la matrícula en el último momento, tendríais que denunciarlo. El papel sería la

manifestación de vuestra buena fe: solicitasteis el permiso, pero luego él cambió de opinión. Algo ridículo si ha firmado con conocimiento.

—Sería para un traslado —corrigió Alicia— ¿Y entonces?

—María se la juega: realiza el traslado de expediente y matrícula. La situación estaría justificada porque tu madre ha cambiado el domicilio familiar y María, como mayor de edad, puede elegir con quién quiere vivir. Si tu padre se niega a aceptarlo, habrá que denunciarlo y tendrás que buscar un aval para pedir un préstamo para adelantar el pago de la matrícula mientras se decide el tribunal, si no, María perderá el curso. ¿Por qué no quieres hacer el traslado también?

—Conozco a los profesores y estoy contenta con las prácticas que estamos realizando. Ahora terminaré segundo. No me agrada la idea de dejarlo todo y comenzar en un mundo que desconozco. No quiero bajar la media de mis notas.

—¿Y qué pasará cuando tú, la responsable, te quedes a solas con él todo el invierno? —reflexionó Teresa.

Por una fracción de segundo Alicia se amedrentó, pero se repuso enseguida e, irguiéndose, contestó segura de sí misma.

—Lo importante es que todas estén juntas y a salvo.

—¡Vaya por Dios! Juana de Arco en acción. Muy loable, pero poco práctico —sonrió Teresa—. Mis cuñados echarán de menos a Blanca, incluso se están planteando acoger a una estudiante para que haga de canguro por las noches. Se han habituado a la buena vida.

—Sería una solución magnífica —aceptó Alicia.

—Siempre y cuando María se arriesgue —puntualizó Teresa.

Alicia regresó al piso y pasó parte de la mañana planchando y doblando cuidadosamente las prendas de su padre para que no hubiera errores que lo enfadaran. Era importantísimo que no se alterase. Su mente saltaba con ideas alocadas de libertad, de trabajo y estudio. Se quedaría sola, pero no le importaba si conseguían alejarse de su padre, salir de aquella maldita casa a la que odiaba con todas sus fuerzas, escapar de la penuria en la que las tenía sumidas. Por fin llegó María, a las dos y media, con gesto satisfecho.

—Me ha salido bien. He tenido suerte y buena intuición.

—María, siéntate, tenemos que hablar.

Y Alicia habló con su hermana largo y tendido, explicando, argumentando y convenciendo sobre la conveniencia de abandonar la casa.

—Además —finalizó Alicia—, si cambias de facultad y yo me instalo en casa de sus cuñados, podemos pasar el verano en Santander sin tener que buscar ninguna explicación.

El rostro de su hermana le comunicó que había acertado de lleno en su último alegato.

—Está bien, me la juego —aceptó—. Pero si sale mal, me tienes que apoyar en la denuncia.

—En ese caso, me sumaría a la denuncia para recibir mi pensión de alimentos —prometió Alicia—. No te dejaré sola.

Ramón disfrutó de la inusual solicitud de sus hijas. Enseguida intuyó que el abono de las matrículas estaba de por medio. Por un momento saboreó el placer de negársela en el último instante, pero recapacitó a tiempo. No sería buena política tener un escándalo en los tribunales cuando andaba el negocio de su nuevo matrimonio de por medio. Pero era una idea a tener en cuenta para retenerlas durante esos tres años. Cuando querían, sabían ser muy serviciales. Llegó el viernes y les facilitó el número de cuenta además de algunas recomendaciones.

—¿Os quedan muchos exámenes? —preguntó de forma casual.

—Sí, el último es el treinta y faltan algunas prácticas.

—Perfecto, ya he hablado con la abuela para que te quedes con ella. La ley le obliga a dar vacaciones a esa filipina majadera. Mientras, María se encargará de hacer una limpieza general del piso. Cuando regrese, seguramente vendrán amigos míos a conocer la casa y quiero que todo esté a punto.

—¿Cuánto dinero nos dejarás? Igual hay que reponer algo —sugirió Alicia.

—¿Dinero? No, no, nada de dinero. No sabéis manejarlo. Lo anotáis y ya iremos de compras cuando vuelva.

Sin dinero no podrían moverse de allí ni salir detrás de su madre, y él tenía muchos gastos para prescindir de unos euros. ¡Menudo tren de vida llevaban los amigos de Nerea!

El sábado por la mañana se despidieron de su padre y, en cuanto lo vieron subir a un taxi, comenzaron a gritar y a abrazarse. Ya sólo era cuestión de días para seguir la estela de su hermana Blanca, y de dinero.

—¿Cómo conseguiremos el dinero? —cuestionó María preocupada.

—Ya lo había planeado cuando realicé el último intento de sacárselo a papá. Pagan bien las horas nocturnas por acompañar a los enfermos. En una semana obtendremos los billetes. No te preocupes. Limpiaremos el piso, vaya que si lo dejaremos limpio, pero no como él espera.

Y se rieron con ganas.

Santander, junio de 2011.

Valvanuz se paseaba nerviosa por el andén donde paraba el autobús de Madrid. Asun se quedó sentada en el banco y Paco, que no soportaba los humos en un lugar tan cerrado, subió al café de la planta de arriba. Teresa había llamado al Chupi y le había dejado recado a Sóle de la hora de llegada de Blanca. Cada vez que entraba un autobús se le disparaba el corazón de ansiedad. Éste se quedó en el fondo de la estación, era el de Torrelavega.

—Tranquilízate, va a darte un mal —recomendó Asun con una sonrisa.

—Dos meses y medio, Asun, dos meses y medio —repitió Valvanuz.

Entró otro autocar, maniobró, giró y llegó hasta ellas. Valvanuz leyó el letrero: Madrid-Santander; y la ansiedad le atenazó la garganta, le paralizó el corazón y todo quedó en suspenso. Los pasajeros se pusieron de pie, se afanaban en recoger sus bolsas y prendas, las puertas se abrieron y comenzaron a bajar, despacio y con torpeza, mientras que el conductor abría el maletero lateral para que pudieran retirar el equipaje. Valvanuz miraba y miraba intentando descubrir a su hija.

—¡Ay, Dios! No está, Asun. Quedan muy pocos arriba, no la veo.

—Teresa llamó cuando la chica ya había subido —declaró su prima más calmada.

—¡Hola, mamá! —exclamó una chiquilla con los pelos cobrizos, cortos, alborotados y en punta.

—¡Blanca! ¡Pero si no te conozco! —exclamó Valvanuz sorprendida.

—De eso se trataba, ¿te gusta mi camuflaje? Que conste que ha sido un crac en el instituto.

—¿Y esa ropa?

—De Zara. Pantalón de tiro bajo, slim y color rosa chicle, chaqueta verde parchís —enumeró—.

Es la moda.

Valvanuz la abrazó con todas sus fuerzas y con lágrimas en los ojos. Estaba preciosa, con su carita de gnomo travieso y su cuerpo desgarbado, entre niña y mujer.

—Te he echado mucho de menos. Has sido muy valiente quedándote sola con unos desconocidos.

—¡Qué va! Son majísimos, mamá. Es una casa muy diferente a la nuestra; y el padre, una pasada.

—Ahora nuestra casa también será diferente, ya lo verás. Me alegro de que te guste el rosa porque así he pintado las paredes de tu cuarto.

—¡Qué guay!

—Te presento a mi prima Asun, que tan pacientemente ha permanecido apartada.

—Encantada, dame un par de besos, chiquilla. Vamos arriba que Paco estará impaciente.

Valvanuz no podía apartar los ojos de Blanca. Había cambiado mucho en muy poco tiempo. Estaba alegre, cariñosa, y parecía más segura y extrovertida, como era ella a su edad. Saludaba a Paco como si fuera un Rey Mago, con toda su simpatía, como si lo hubiera estado esperando durante todo el año. Todo era desmesurado, demasiado natural, y cayó en la cuenta: era una valiente; era su forma de esconder su miedo, su angustia ante un futuro incierto: nueva casa, nueva familia, nuevo instituto, nueva ciudad. Demasiados cambios para una chica en plena adolescencia y que había vivido recluida. Durante el camino a casa, Blanca continuó en su hiperbolizada postura y se deshizo en alabanzas a la ciudad, en admiración por el mar tan al alcance de la mano, en entusiasmo por conocer todo, por beberse la vida.

—¡Que no se me olvide! —exclamó—. Teresa me ha metido en una carpeta los papeles que le

dieron en el instituto y el libro escolar. Dijo que lo necesitaríamos para matricularme aquí.

—Está muy cerca de casa el instituto. Podrás ir andando —informó Valvanuz—. Te indicaré cuál es, porque tendrás que ir tu sola. Tengo un turno muy largo en el restaurante y dispongo de poco tiempo.

—Entro más tarde. Yo la acompañaré —se ofreció Asun.

—¿Tú? ¿Y qué sabes de matrículas? —objetó Paco riéndose.

—Nada, pero entre las dos lo conseguiremos. Además es una oportunidad para ir conociéndonos mejor —añadió sonriéndole a Blanca.

—Gracias. Estaré más tranquila sin pensar que anda por ahí perdida —aprobó Valvanuz.

—¡Mujer! No exageres. Del Chupi a Las Llamas hay cuatro pasos —dijo Paco.

—Blanca no ha estado nunca en Santander —puntualizó Asun.

—¡Qué suerte! Ése se va y nos deja un sitio frente al callejón para aparcar. Niña, tu madre se ha duplicado —avisó Paco.

—Y en unos días te saldrá un padre postizo —añadió Asun y le guiñó un ojo.

Valvanuz permaneció callada y atenta a las reacciones de su hija. Su comodidad, su aprobación habían cobrado relevancia sobre todo lo demás.

—¡Vaya! Parece un castillo con esas torres —dedujo Blanca, mirando la casa de los Van Der Voost mientras que Paco sacaba las bolsas del maletero.

—La nuestra es más modesta y se encuentra detrás de ti, dentro del callejón, es la puerta número cuatro —dijo Valvanuz. Sintió un leve resquemor ante el recuerdo de su encuentro con Teo y lo tonta que había sido. En qué estaría pensando para contarle su vida de sopetón.

—¡Qué monas! Parecen de juguete —dijo, fijándose en unas casas, muy viejas pero bien cuidadas, de dos plantas y cubiertas de hiedra.

—La vuestra es la roja de ahí abajo —reiteró Asun.

Se distribuyeron los bolsos de viaje y enfilaron el callejón. Valvanuz tomó la delantera para abrir las puertas, la de abajo y la de arriba. Blanca lo contemplaba todo extasiada, como si fuera la protagonista de una película.

—Ya está todo —dijo Paco y dejó en el suelo de la sala el último bolsón—. Será mejor que nos vayamos y dejemos a madre e hija intercambiar noticias —sugirió a su mujer.

—Mañana, a las nueve en punto, te recojo para acercarnos al instituto —quedó Asun antes de desaparecer escaleras abajo detrás de su marido.

—Hasta mañana. Gracias por todo —se despidió Valvanuz desde el vestíbulo—. ¿Qué te parece? —indagó ansiosa, volviéndose hacia Blanca.

—Pequeño, pero muy bonito. Los colores son una pasada. ¿Es todo nuevo?

—Sí, debemos mucho dinero a mis primos, unos tres mil euros, sin contar las horas, la mano de obra y la gasolina. Cuando pienso en eso, me deprimo.

—Pero esta casa es nuestra ¿no?

—Sí, sólo nuestra. Nadie nos la puede quitar —ratificó Valvanuz—. Vamos a deshacer el equipaje y a acomodar tus cosas. Los dormitorios están arriba, junto con otro baño. Hoy cenaremos en el Chupi para que conozcas a Sole y a Damián, su marido. Son los guardianes del teléfono —añadió sonriendo.

Teo abrió el cajetín de los plomos y subió la palanca sin necesidad de una silla. Alguna ventaja debía entrañar el ser alto. Comprobó que la luz funcionaba y se adentró en el pasado. Hacía varios días que David le había proporcionado las llaves de la casa de Los Castros, pero no había tenido

tiempo de ir. Grey, con su espíritu aventurero, se adentró sin dudarle dejando la huella de sus patas impresas en el polvo que recubría el suelo, a los pocos segundos el cachorro estornudó estruendosamente. Teo se sonrió, el perro era una responsabilidad, pero no se aburría nunca con él. Recorrió con la mirada la planta principal y constató que allí no había vuelto a entrar nadie desde la muerte de su padre. Recordó el despliegue y la energía de Amelia por vaciar la casa, de cosas que no de muebles, pues allí estaban todos bajo una capa de olvido. Decidieron dejarlos hasta que tomaran una determinación sobre el conjunto. Nunca se tomó y no entendía por qué. David pretextó que era la casa familiar, que guardaba muchos recuerdos, y era cierto, pero de ahí a no hacer nada había un trecho. ¿Qué haría ahora él con ese legado? Lo había exigido porque no quiso perjudicar a los que habían optado por los hoteles, y era justo que entre los tres se los repartieran; pero no había planificado nada más. Abrió una de las ventanas y vio el abandono en el que estaba sumido el jardín que separaba los dos edificios; en el otro, de dos alturas, estaban las habitaciones. Evocó las risas, la niñez, cálida y confiada, los encuentros y los desencuentros de toda una vida. Grey lo sacó de sus cavilaciones cuando lo oyó ladrar.

—¿Qué has encontrado? —preguntó cuando lo vio empecinado por meter el hocico debajo de un bureau.

Teo se agachó y descubrió un par de puntos rojos luminosos.

—¡Cielos! ¡Un ratón!

Se levantó abrumado ante la evidencia del descuido de la casa y de la necesidad de tomar una determinación inmediata. No podía dejar que se viniera abajo, que se perdiera, y la posibilidad de residir allí quedaba descartada. Le pediría a Francisco que le enviara limpiadoras del hotel que quisieran hacer horas extra para adecentarlo un poco, y luego habría que evaluar los desperfectos estructurales. Eso, antes de decidir nada. Grey no hacía más que husmear y estornudar, así que consideró que era el momento oportuno de tomarse un zumo de tomate en el Chupi.

Valvanuz exhibió orgullosa a Blanca y se la presentó a Sole y a Damián, quienes se deshicieron en halagos y le preguntaron si le gustaba su habitación.

—¿Es que han publicado la foto en el periódico? ¿Cómo es que todo el mundo conoce mi dormitorio? —bromeó Blanca.

—Hemos colaborado todos de alguna manera —explicó Damián—. Yo ayudé a descargar la furgoneta y a subir las cajas con las maderas de Ikea.

—Reconozco que yo subí sólo a satisfacer mi curiosidad —afirmó Sole.

—Vamos a sentarnos. Tomaremos unas raciones para cenar —informó Valvanuz.

—Hay albóndigas en salsa —recomendó Sole.

—Unos chopitos y mejillones —añadió Valvanuz, que escogió una mesa lejos de la puerta y protegida por la mampara de láminas de madera que permitía la visión de la barra.

—¿Puedes permitirte? —susurró Blanca.

—Tengo trabajo y tu padre, sorprendentemente, me ha ingresado lo que me debía. De todas formas, hay que ahorrar porque tengo que devolver el dinero a Asun y a Paco. Hoy es una excepción.

—¡Qué bien! Podemos decidir sin pensar en papá.

—Sí, yo también experimento esa sensación liberadora.

—¿Ocurre algo? Te has puesto roja —preguntó Blanca preocupada.

Valvanuz se descompuso cuando vio entrar a Teo, quien se dirigió directamente a la barra.

—Buenas tardes-noches —saludó a Sole.

—Eso depende de si ha cenado —contestó Sole con una sonrisa.

—No he cenado, lo dejaré en tardes —respondió Teo de buen humor.

—Que puede convertir en noches —propuso Sole—. Ahora voy a servir unas raciones en aquella mesa. Si quiere le preparo algo.

Teo se volvió levemente para echar un vistazo y Valvanuz se concentró en Blanca.

—Últimamente ando muy acalorada —dijo, pero percibió de reojo que Teo la había reconocido y la estaba mirando para atraer su atención—. Después de trabajar un montón de horas de pie, regresaba a casa para pintar y montar los muebles con Paco. He aprendido un montón sobre cómo tratar y limpiar la madera.

—Pues ha quedado genial —aprobó Blanca—. Me ha gustado la idea de pintar las habitaciones y las puertas de colores. Además de limpio y alegre, levanta el ánimo.

—Agua para las señoritas —interrumpió Teo al dejar los botellines y los vasos sobre la mesa— ¿Qué se siente cuando eres servida en lugar de servir?

—Descanso —contestó Valvanuz. Trató de no parecer afectada, aunque la confesión que le hizo en la terraza se volvió recurrente en su memoria.

—Sole me ha comunicado que se trata de una fiesta privada. ¿Qué tal el viaje?

—¡Qué gracioso! En esta ciudad, cuando sale el periódico por la mañana, las noticias han pasado de moda ¿no? —preguntó Blanca irónica.

—Me gusta tu sentido del humor ¿puedo sentarme? —Y, sin aguardar respuesta, acercó una silla y se sentó—. Me llamo Teófilo, soy un antiguo vecino de tu madre, Teo para los amigos, es más moderno y menos feo.

—Yo soy Blanca. ¿También has visto mi habitación?

—Pues no, no tengo el gusto, ¿debería? —preguntó desorientado, mirando a Valvanuz.

—Es una broma de mi hija —explicó Valvanuz—. Teo vivía en la casa de las torres que tanto te llamó la atención.

—¡Que guay! —exclamó Blanca.

—La monada que está sentada en medio del umbral y obstaculiza el paso de los parroquianos ¿es suya? —indagó Sole, al tiempo que dejaba una fuente de chopitos en la mesa.

—Ya he contratado los servicios de un entrenador y en breve será más considerado —aseguró Teo.

—¡Un perro! —exclamó Blanca en cuanto descubrió el objeto del que hablaban y se levantó a acariciarlo.

Una vez solos, Teo se volvió hacia ella.

—¿Qué tal te encuentras de la caída?

—Muy bien, gracias —respondió un poco tensa.

—Tu hija, en versión moderna, es igual de preciosa que tú —la piropeó, pero no cayó en su trampa. Teo siempre había sido bueno en eso.

—Camino de triplicar la edad.

—Pues quien lo diría.

—No me vengas con la tontería del anuncio de la madre y de la hija —le reprochó Valvanuz.

—Soy más original: el buen vino envejece en barrica de roble.

Valvanuz sonrió.

—Ha sido difícil, pero he conseguido que te relajes.

—¡Qué simpático! ¿Cómo se llama? —preguntó Blanca, sentándose de nuevo.

—Grey, y soy alérgico a la suciedad. Después de tocar un perro, nadie se sienta a la mesa sin lavarse las manos.

—¡A la orden! —Y salió escopetada al servicio.

—Discúlpala, acaba de llegar y todo es nuevo para ella. Está muy nerviosa.

—¿Es una enfermedad genética? —apuntó Teo, revelando que se había percatado del estado de ella—. Aunque no tengo hijos, estoy rodeado de adolescentes, me llevo bien con ellos —explicó Teo—. Son impetuosos, irrespetuosos, irreflexivos y muy naturales. Me encantan.

—¿Semejantes a ti? —aventuró Valvanuz.

—¿Te parezco así?

—¿De qué raza es? —planteó Blanca regresando.

—Un husky. Verás, el asunto fue así: como llamo poco la atención por la calle, me cuestioné cómo pasar un poco más desapercibido ¿con un perro normal y corriente? No; con uno más extravagante que yo.

—¡Es lo mismo que pensaron Teresa y Pepa! —corroboró Blanca—. Me dieron este corte de pelo, lo tiñeron y me vestí llamativamente para que mi padre no me reconociera. Ha sido el camuflaje perfecto. Pero, ¿sabes lo que ocurrió entonces? Triunfó mi *look* en el instituto. ¡Fue genial! ¿A que me parezco a las W.i.t.c.h.?

—A mi me recuerdas más a la vampiro de *Crepúsculo* —intervino Sole con las albóndigas en la mano—, una tal Alice, con los pelos disparados también.

Blanca lo celebró con una risa mientras Valvanuz mantenía la compostura y la angustia a duras penas. Había captado la expresión de Teo, mezcla de sorpresa y de curiosidad, ante las indiscretas revelaciones de su hija.

—Cuando se vaya, si no encuentra su perro, nosotros no tenemos la culpa —advirtió Sole—. Ha encontrado muy sugestiva la correa y se ha aplicado con gran interés en ella.

—¡Oh, vaya! —Se contrarió Teo—. Lamento tener que dejar tan agradable compañía, pero esto ocurre cuando sales con un irresponsable: se aburre en la puerta.

Teo se despidió con un «ya nos veremos» y salió con su perro pisándole los talones.

—Valvanuz, eres una mujer llena de sorpresas —declaró Sole aproximándose—. El señor Van Der Voost ha pagado vuestra cuenta y sólo se ha tomado un zumo de tomate. ¿Tanta confianza hay?

Santander, junio de 2011.

Teo cogió la correa del perro y Grey surgió de la nada meneando el rabo como un poseso.

—No es lo que te imaginas, amigo, ahí fuera hace mucho calor y hay mucha gente por la calle, así que no podrás hacer de las tuyas. Todo el rato atadito y junto a mí —advirtió Teo muy serio.

—¡Quién lo ha visto y quién lo ve! —exclamó Rita irónica—. Si lo vieran sus pacientes hablando con el perro, se replantearían el dejar la vida en sus manos.

—¿Ha visto cómo me mira? Venga, venga y vea —apremió Teo—. Si inclino la cabeza... ¿Ve? Él la inclina también. Y mire los ojos y luego diga que no entiende.

—Lo que entiendo es que ha perdido el juicio. ¿Cuándo empieza el entrenador?

—El lunes. Lo voy a echar de menos.

—Pero, si lo tiene desde hace una semana.

—Sí, es cierto, pero le he cogido cariño. Hasta luego, Rita.

Era un día atípico, viernes, en el que sólo había tenido una operación esa mañana y el resto del día libre. Grey tiraba de la correa, inquieto y juguetón. Se encaminó al puesto de revistas junto al Maremondo para comprar la prensa y sentarse a leer en una terraza con un *verdejo* al alcance de la mano. Por el camino, hubo de sortear a la marabunta de veraneantes que se precipitaban a la playa con las toallas de los hoteles en el hombro; o a los lugareños de aspecto indolente con la pala bajo el brazo y la pelota en la mano. Desde su posición en el quiosco distinguió a Valvanuz, que se movía atrafagada entre las mesas y los clientes acalorados. Le intrigaba su historia. ¿Las hijas se escondían de su padre? La chica, con la imprudencia de la edad, habló demasiado y la incomodidad de la madre fue evidente.

Decidió sentarse en un sitio más tranquilo y menos acaparado por los turistas. Cruzó a los bajos del Casino. Anduvo por allí y se sentó junto a la puerta de La Góndola, un pequeño bar regentado por una familia que se hacía cargo del negocio directamente.

—Buenos días, Teófilo.

—Buenos días, Fermín. Un *verdejo* y una de rabas. ¿Molesta el perro aquí?

—En absoluto. Es precioso, parece muy joven.

—Cuatro meses. Todavía no hago vida de él.

—Yo tampoco de mi hijo —bromeó Fermín y se retiró al interior.

—Buenos días, Teo. ¿Así que era cierto? Se quedó el perro.

—Hola, Anselmo. Sí, me lo metió por las narices David. No pude negarme. Ayer estuve en la casa de Los Castros. No sé qué voy a hacer con ella, pero hay que limpiarla y restaurarla urgentemente.

—Es muy grande como vivienda unifamiliar. Puede dividirla y arrendar o vender los pisos.

—Arrendar, no quiero perder la propiedad. Es una posibilidad, aunque no me convence el estar pendiente de los inquilinos. Dan mucha guerra.

—No es el momento apropiado con la crisis, pero queda la opción que su familia ha sabido explotar muy bien durante años: un hotelito con encanto, de esos pequeños rincones con estilo y muy caros. El emplazamiento es el ideal.

—No hay mucho donde escoger: o explotarlo para que rinda beneficios o dejarlo cerrado con el deterioro que eso implica. Sería la más cómoda y la más estúpida —juzgó Teo, refiriéndose a la

última—. Tendré que implicarme hasta las cejas.

—¿Recuerda lo que hablamos en una ocasión sobre su hermano David y su política hotelera en época de crisis? Lo de las familias que veranean aquí de toda la vida. —Teo asintió y Anselmo prosiguió—: Estoy jubilado y tengo mucho tiempo libre, puedo poner en marcha un hotel si se decide. Tengo una buena cartera de clientes de los de toda la vida a los que podríamos enviar propaganda.

—¿Se sienta y toma algo? —ofreció Teo cuando salió Fermín con su aperitivo.

—No, gracias. He quedado en recoger a la parienta que está en la playa con los nietos.

—Ya le contaré —prometió Teo.

Dio un sorbo de la copa de *verdejo* y extendió el periódico a la vez que echaba una mirada en derredor. Reconoció a Blanca que cruzaba desde la calle Panamá y admiraba el Casino. La chica llevaba el andar cansino y sudoroso de los que vagan sin rumbo fijo. Aguardó a que mirara en su dirección para hacerle una seña con la mano. En cuanto lo vio, cambió la trayectoria.

—¡Hola! ¡Hola, Grey! —saludó y se agachó para rascarle detrás de la oreja—. Te gusta ¿verdad, bribón?

—¡Qué alivio! Ya no soy el único que habla con un perro. ¿Estás muy ocupada?

—He aprendido que, a ese tipo de preguntas, hay que responder siempre que sí, de lo contrario te puedes ver en un aprieto —respondió cínica.

—Tienes razón, no creo que te interese sentarte con un viejo feo como yo y tomar algo para acompañar las rabas.

—Bueno, eso es algo que requiere una discusión un poco más prolongada así que me sentaré, pero no tomaré nada.

—Creí que a las chicas os gustaba la Coca-Cola.

—Y me gusta mucho, pero no con desconocidos.

—¡Fermín, una Coca-Cola! —indicó al camarero.

—¿Vives en los bares? Conoces a todo el mundo.

—¿De verdad crees que alguien como yo puede pasar desapercibido?

—Pues yo te encuentro más divertido que feo —sentenció Blanca, tras mirarlo de arriba abajo.

—Cada vez te pareces más a tu madre y me está gustando mucho tu familia. Lidia, ¿cómo tú por aquí? —saludó Teo a una chica de la edad de Blanca, con el pelo muy largo y liso.

—Haciendo un recado de mi madre. Odio las vacaciones —se quejó—. Sólo sirven para que te exploten miserablemente.

—Ya será menos, eres la reina de la casa —desdramatizó Teo—. Te presento a mi amiga Blanca.

—¿No es un poco joven para ti? Verás como lo cuente en casa —bromeó Lidia—. Hola. ¿Eres de Santander?

—No, de Madrid, pero me he mudado aquí y esta mañana me he matriculado en Las Llamas.

—¡Qué suerte! En ese instituto realizan un montón de actividades en gimnasia, es una pasada: submarinismo, surf, esquí, vela.

—¿Eso es un centro de estudios o un centro deportivo? —cuestionó Teo.

—Estás un poco anticuado —decidió Lidia— ¿Y yo qué? ¿Estoy castigada?

—¡Fermín, otra Coca-Cola!

—Mañana hará muy bueno, ¿nos dejarás llevar el barco?

—Ni soñarlo. A mi edad no convienen las impresiones fuertes. ¿Has navegado alguna vez? —preguntó a Blanca, que seguía enganchada a Grey.

—No, nunca.

—Podías prestarle calzado y una cazadora para que nos acompañara —sugirió Teo.

—¡Claro! No hay problema.

—No sé si mi madre me dejará —titubeó Blanca.

—Por eso no te preocupes, el permiso es cosa mía —aseguró Teo—. Vive enfrente del Chupi, en el *barriuco*, el número cuatro.

—Perfecto. A las once me paso por tu casa y te llevo las cosas. Mi padre nos lleva al puerto —quedó con Teo.

—¿Cómo sabes tanto sobre mi madre? —se extrañó Blanca.

—¿Tú no conoces a tus vecinos? Esto es un pueblo.

Las chicas siguieron hablando de sus cosas, del instituto en Madrid, de cómo era el ambiente en Santander, de la moda y del pelo de Blanca. Mientras tanto Teo planeaba el asalto a Valvanuz para conseguir el permiso.

Valvanuz lo había visto antes, junto al quiosco. Le gustaba su figura robusta, los movimientos lentos y seguros de sus manos al ir a pagar la prensa, el paso largo y elástico del que está acostumbrado a caminar, la conversación desenfadada, rápida e inteligente tan propia de él. Sin embargo, ahora se interponía entre la terraza y la entrada al bar con su perro atado en corto: no le quedaba más remedio que enfrentarlo.

—Andas muy atareada y no quiero entretenerte —advirtió—. Vengo a comunicarte que mañana voy en barco con tres familias completas, es decir, con hijos de la edad de Blanca, y la he invitado. No te preocupes, la familia de Emilio la recoge y yo te la devolveré a última hora de la tarde. Que pases buen día.

Se dio la media vuelta y se fue sin esperar su consentimiento. Valvanuz no reaccionó ante lo inesperado del discurso y se quedó plantada como una seta con la bandeja en la mano.

Santander, julio de 2011.

Valvanuz estaba preocupada. Teo era el hombre más encantador de la tierra, respetado en sociedad, con dinero y, lo más significativo, soltero. Aunque todo pareciera casual, no lo era. Estaba segura de que, si no se había casado, no había sido por falta de oportunidades. ¿Sería ella su próximo objetivo? ¿Por qué había invitado a Blanca a disfrutar de un día en barco con sus amigos? Ya no era aquella niña inocente a la que llevó a un prado en el faro; a fuerza de sufrimiento había perdido la confianza y la ingenuidad ¿o llevaba la palabra tonta grabada en la cara? Probablemente sería eso. Habría deducido que si había soportado a semejante marido, la conseguiría envolviéndola entre algodones. Era bueno, muy bueno en su papel de seductor, con esa amabilidad a flor de piel, la aureola de cirujano y esos huesos tan grandes. Desde niña le había fascinado el tamaño de Teo, su aplomo en el trato con las personas, se reía de sí mismo, de su fealdad. Si no insistiera tanto en eso, nadie se percataría de la cara alargada, de los ojos pequeños, desvaídos y de la palidez; lo olvidarían en cuanto lo oyeran con el sarcasmo en la punta de la lengua como ella lo hacía. Había ensanchado y sus miembros se habían redondeado, pero se intuía la musculatura que le había proporcionado el ejercicio. Lo que más le fascinaba era sus manos, y no por la precisión con la que manejarían el bisturí, sino por el recuerdo que habían dejado en el cuerpo. No cometería el mismo error otra vez; seguía siendo el mismo conquistador de siempre y debía mantenerse alerta. ¿Pero qué pintaba Blanca en este baile?

—Valvanuz, ¿vas a tardar mucho en limpiar la mesa? —la despertó Adrián, otro camarero temporal como ella.

Blanca abrió la puerta a Lidia, que llegaba con la ropa para el barco.

—¡Qué casa tan divertida! —exclamó ante la variedad de colores en las puertas.

—A cada puerta le corresponde la habitación de ese color. Arriba están los dormitorios y la rosa es mi cuarto —indicó Blanca y la dejó pasar delante.

—Huele a nuevo —constató Lidia.

—Mi madre terminó de pintarlo hace unos días.

—¿Tu madre? ¡Qué fantástico! Se nos hace tarde, pruébate esto. Mi padre vendrá enseguida. He quedado en el paso de cebra.

—Echa una ojeada mientras tanto —invitó Blanca, subiendo a su dormitorio.

—Se nota que os acabáis de instalar, tenéis muy pocas cosas. Mi casa está abarrotada, todo se guarda —comentó Lidia en voz alta desde la sala.

—Ya estoy ¿me queda bien? —preguntó. Estiró los brazos para que viera la cazadora.

—Perfecto, si los náuticos no te hacen daño.

—No, calzamos el mismo número y, como ya están usados, se han suavizado.

—Vámonos, pues. No olvides la gorra —recordó Lidia tomando la delantera.

Teo observaba a Grey que se mostraba inquieto por la inestabilidad del suelo flotante y se había echado sobre el pantalán en actitud alerta. Había rellenado de hielo la nevera y había colocado la comida en los anaqueles para que no se moviera durante la navegación. Era la primera experiencia de Grey en el mar y rezaba para que no se mareara o se tirase de cabeza al agua. Vislumbró la

llegada del coche de Emilio en el muelle y respiró de alivio en cuando distinguió la cabeza roja de Blanca. Siempre había oído que al santo se le venera por la peana y había decidido comprobarlo. No conocía la historia de Valvanuz, excepto que estaba herida y reticente; pero le gustaban sus piernas delgadas y finas, su sonrisa entre pícara y desafiante, cuando se acordaba de esbozarla, la misma que había descubierto en Blanca. Se parecía mucho a su madre de joven, tan espontánea e ingenua. «Entonces, ¿sigo siendo virgen?». Teo se sonrió como siempre hacía cuando lo recordaba, no podía quitárselo de la cabeza desde que la había encontrado de nuevo.

—¿Somos los primeros? —indagó Lara, que precedía a los demás con un bolsón.

—Así puedes coger sitio —la animó Teo bajando al pantalán para ayudarla a embarcar.

—¿Éste es el chucho? ¡Qué mono! ¿No encontraste nada más discreto?

—¿Desde cuando la discreción ha sido una virtud en mí?

—¿No es un poco temprano para que comencéis los debates dialécticos? —gruñó Emilio, que cargaba con más bolsas—. Vicente, desata las velas mientras ayudo a tu madre ahí abajo.

—Vosotras a proa hasta que salgamos —ordenó Teo a Lidia y a Blanca.

—¡Hola a todos! —gritó Pedro desde el muelle.

—Llegan los refuerzos —informó Emilio, ajustándose mejor las gafas de sol.

—¿Cómo se llama? —preguntó Conchi. Se acuclilló para acariciar al perro y entorpeció el paso a Rosa, que llegaba detrás de ella cargada.

—¡Grey! —gritó Lidia desde la proa— ¡Ven, Conchi! Te presento a Blanca. Tiene una casa pintada de colores, su habitación es rosa.

—¿La has visto? —se interesó Teo.

—¡Pues claro!

—Blanca, vas a tener razón, soy el único santanderino que no ha visto tu cuarto. Habrá que subsanarlo.

—¿Qué ocurre con qué casa? —investigó Pedro desorientado.

—¿Recordáis la casa que pintaron de rojo frente al Chupi? —expuso Teo y ante el asentimiento de los oyentes continuó—: es donde vive Blanca y su madre ha pintado el interior de colores y no dejo de oír hablar de ello.

—¡Es guay! —corroboró Lidia entusiasmada—. Tenéis que aprender a decorar, que sois unos carcas.

—¿Qué edad tiene tu madre, Blanca? —indagó Rosa.

—Buen intento, pero no —se adelantó Teo—, es de tu edad o un poco mayor.

—Una moderna —ironizó Lara.

—Una vanguardista, habla con propiedad —terció Lucía embarcando—. Se os oye por todo el puerto.

—Los eufemismos te los dejo a ti —puntualizó Lara.

—¡Todos a sus puestos! —gritó Mariano— ¿El perro viene también?

—¿No pretenderás que abandone al mejor amigo en el muelle? —declaró Teo fingiendo enfado.

—Ésta sí que es buena ¿habéis oído? Nos ha canjeado por un chucho —denunció Emilio.

—Que pasa a la categoría de perro cuando tiene pedigrí y vale una pasta —informó Pedro.

—Ya me ocupo yo del chucho —se ofreció Bernardo.

—Uno siempre reconoce a los de su raza, aunque te falta el barrilito colgando del cuello —rió Emilio.

Las reuniones siempre eran así, con la ironía a flor de piel, con el chiste en el bolsillo para contarlos en el momento oportuno, atentos a sacar punta a cualquier comentario banal, pero con la

finalidad de hacer reír, de olvidar la rutina, de mantener los lazos de unión. Mientras salían a motor del puerto hacia la bahía, Teo echó un vistazo a Blanca que se hallaba sentada en la proa y conversaba con Conchi y con Marta: se había integrado rápidamente.

Salieron hasta cabo Mayor y regresaron para echar el ancla entre la isla de Santa Marina y la playa de los Tranquilos, donde el agua estaba tan clara que se distinguía perfectamente el fondo arenoso. Grey aguantó bien el viaje, aunque pegado a su pierna y sin mover una oreja, por si acaso.

—¡Toca baño! —gritó Mariano en su función de capitán en cuanto el barco estuvo asegurado— ¡Vicente, los flotadores! ¡Bernardo, la escalerilla!

La bañera del velero se convirtió en un hervidero de empujones, de risas y de prisas.

—¡Orden! De uno en uno —pidió Pedro en la popa—, que el agua no se va a enfriar.

Poco a poco, la bañera se despejó y Teo vio a Blanca sentada junto a Grey, contemplando a los demás en el agua.

—No me digas que estás con la regla —se acercó Teo.

La chica negó sonrojada ante la familiaridad de Teo para hablar de ciertas cosas.

—No sé nadar —murmuró.

—¡Cómo! ¡Imposible! Una hija de Santander. Me consta que tu madre lo hace muy bien.

—Nací en Madrid y nunca he visto a mi madre nadar.

—¿Es la primera vez que estás en Santander? —Y ante el asentimiento de Blanca, siguió—, pero en Madrid iríais a la piscina en verano.

—No, no salíamos de casa.

—¿Qué quieres decir con que no salíais de casa? —preguntó desconcertado.

Teo tardó en darse cuenta de que había navegado por aguas turbulentas. Blanca lo miró asustada en cuanto se percató de que había hablado demasiado, guardó silencio y desvió la mirada al mar.

—Vamos —resolvió Teo y se levantó—. Te enseñaré yo.

Le costó convencerla, pero finalmente se rindió. Descendieron por la escalerilla y Teo la sujetó al final, la llevó al lado contrario de donde estaban bañándose los demás, en torno a los flotadores que habían echado al agua y que permanecían amarrados al barco. La muchacha se mostró dócil y en absoluto asustada a pesar de que su inexperiencia era evidente. Teo atribuyó la pérdida de espontaneidad al nerviosismo de encontrarse en un medio que no dominaba, pero más adelante constató que Blanca se había replegado y había dejado de integrarse en el grupo para no cometer otro error. Y ése fue el acicate para que Teo se replanteara su estrategia.

Santander, julio de 2011.

Alicia y María bajaron doloridas del autocar. Habían dormido la mayor parte del viaje en unas condiciones bastante estrechas, rendidas tras varias noches de vigilia en el hospital. Estaban orgullosas de su hazaña. Por el día habían hecho el equipaje y habían acomodado en cajas el resto de su vida: fotos, peluches, libros, apuntes y alguna otra cosa, y lo habían enviado por Correos a Santander. Dejaban la casa en la que habían nacido indoloras, impertérritas, sin una lágrima, sin un recuerdo, como habían hecho anteriormente su madre y Blanca. Se habían despedido de Teresa y Alicia había conocido a Pepa, con quien había acordado acomodarse en su casa en el lugar de Blanca en septiembre.

Salieron de la estación de autobuses cargadas con las maletas, las bolsas y la esperanza en el alma. No experimentaron la pesadez y el sofoco del calor madrileño, a pesar de que era la primera hora de la tarde.

—¡Qué gusto! —suspiró María.

Alicia, atenta a la calle, atrapó un taxi que llegaba con viajeros.

—A la calle de La Braña —ordenó Alicia al joven taxista en cuanto éste quedó libre de sus ocupantes.

—¿Por dónde queda eso?

—En el Sardinero, cerca de la playa —situó Alicia.

—No lo pongo en duda, si sois turistas. ¿Alguna otra pista?

—¿El bar Chupi? —aventuró María.

—Ahora hablamos el mismo idioma —sonrió el chico.

Alicia y María se zambulleron en el paisaje que les ofrecía el recorrido. En cuanto abandonaron las calles entre casas, la ciudad se abrió a la bahía dilatando la vista hasta que tropezó con los veleros atracados en Castelar, luego se adentraron en un largo túnel que las llevó frente a una glorieta, adornada con una espectacular fuente con unas figuras de delfines en pleno salto en la avenida de Los Castros. El taxista enfiló hacia los jardines de Piquío pero, antes de llegar, frenó.

—Hemos llegado al Chupi ¿alguna otra indicación? —preguntó el taxista con la misma sonrisa.

—Hemos decidido mamarnos hasta las cejas aquí mismo —contestó María, ante el asombro de Alicia por su desfachatez.

—Si necesitáis compañía, acabo mi turno dentro de dos horas —deslizó el joven solícito.

—Buen intento. Otra vez será. —Se adelantó Alicia a su hermana y cerró la puerta tras haber pagado, mientras María se hacía cargo del equipaje.

—¡Vaya! Mi primera conquista y tú le das puerta — se quejó María.

—Pero, ¿te has vuelto loca? —la reprendió Alicia.

—Un poco sí, borracha de alegría —confesó María riéndose y Alicia la secundó.

Cruzaron la calle y luego la ancha acera, descendieron los escalones bajo la pérgola blanca, adornada con unos enormes girasoles a un costado, y se internaron en el callejón sombreado.

—Está cerrada —anunció Alicia.

—Teníamos que haber avisado —arguyó María.

—Quería darles una sorpresa —se disculpó Alicia—. ¿Qué hacemos?

—Quedarnos aquí en medio como dos pasmarotes, no. Vamos a sentarnos en el Chupi. Nos queda dinero ¿no?

Arrastraron su escasa vida hasta el bar y la dejaron junto a una de las mesas de la calle. Alicia entró para pedir dos cañas.

—Os he visto llegar con el equipaje —comentó la mujer morena desde la barra mientras tiraba del cañero—. Demasiadas cosas para pasar unos días. ¿Os habéis perdido?

—No. No hemos avisado y tenemos que esperar a que aparezca alguien por casa. ¿Conoce a los que viven en el callejón?

—Por supuesto, no somos tantos. ¿De qué casa se trata?

—Del número cuatro.

—¡Válgame Dios! ¿No seréis Alicia y María? —Alicia asintió—. Ahora mismo doy aviso al Maremondo para que lo sepa tu madre. Sentaos ahí fuera.

Durante todo ese tiempo no hubo movimiento en el callejón, la gente o estaba en la playa o estaba echando la siesta. Como a la media hora, una mujer de mediana edad, ancha y con el pelo recogido bajo una cofia blanca, se introdujo en él y se acercó a ellas con una sonrisa y unas llaves en la mano.

—¡Menuda sorpresa que le habéis dado a vuestra madre! Lloraba de alegría, pero no podía dejar el trabajo, es la hora del café y la terraza está llena. Soy la prima Asun —se presentó.

Alicia y María se pusieron de pie y se presentaron tímidamente.

—¡Dadme un beso, apalominadas! —exigió la mujer—. Blanca, con ser menor, es más desenvuelta.

—¿Dónde está? ¿En la playa? —preguntó Alicia, besando obediente a la mujer.

—¡Qué va! Ligó con un millonario y se ha ido con él y sus amigos en el barco.

—¡Qué graciosa! —sonrió María.

—¿Acaso no me crees? ¡Sole! ¿Digo la verdad o no?

—La dices, Asun —corroboró la aludida que se asomó a la puerta—. Esa chiquilla es muy simpática y se ha metido en el bolsillo al señor Van Der Voost. Hace unos días estuvo aquí con vuestra madre y vuestra hermana. Y esta mañana vino una chiquilla de su edad a por ella y allá se fue.

—¡Qué suerte tiene! —exclamó María admirada—. ¡En barco!

—Tomad las llaves —alargó Asun—. Tengo que volver. Por la noche me dejaré caer con Paco, mi marido, para cenar todos juntos aquí. Así que reserva una mesa, Sole.

Se despidieron y Alicia y María tiraron de nuevo del equipaje hasta el número cuatro, abrieron la puerta y subieron con gran esfuerzo las estrechas escaleras. Abrieron la puerta de arriba y se quedaron sin el poco aliento que les quedaba.

—¿Qué es esto? —alucinó Alicia.

—¡Qué de colores! Cada puerta es diferente. Raro; pero me gusta. Resucita a un muerto, ya me siento mejor —opinó María.

Entraron en la casa y se dedicaron a recorrerla.

—Es pequeña, la recordaba más grande. Sólo hay tres habitaciones, y un baño arriba, una sala, cocina y un servicio abajo, pero todo de dimensiones reducidas —evaluó Alicia.

—Yo la encuentro coqueta. Mamá la ha pintado así para que parezca mejor. Me gusta —repitió María más positiva—. ¿Cuál será nuestra cama? Hay literas ¿serán para nosotras las que han quedado sin hacer?

—Lo mejor será esperar. Nos ducharemos mientras tanto —propuso Alicia.

Valvanuz regresaba con el corazón en la boca: ¿qué habría sucedido? No había tenido noticias de Teresa y dedujo que todo iba bien. Llegó a la pérgola que enmarcaba los escalones y los descendió precipitadamente.

—¡Muy guapas! —apuntó Sole, que se encontraba sirviendo una mesa.

—Gracias. Luego nos vemos —se despidió de pasada.

Se tropezó con las maletas en la sala y con sus hijas en la cocina.

—¡Mamá! —gritó María, abalanzándose sobre ella—. He aprobado todo y he trasladado la matrícula aquí, a Santander. Fue idea de Alicia.

—¿Cómo es que estáis aquí? ¿Os ha echado de casa papá? —indagó angustiada.

—¡Que va! No sabe nada. Nos hemos fugado, aprovechando que se ha ido con la puta a Francia.

—¡Por Dios, María! Ese vocabulario —corrigió Valvanuz.

—Eso mismo le he dicho yo. A saber si la mujer está enterada de que tiene familia —concedió Alicia.

—Me tenéis sobre ascuas. Contadme —exigió Valvanuz.

Y le contaron. Había caído la noche cuando terminaron de ponerse en antecedentes las unas y la otra. Valvanuz decidió pasar las cosas de Blanca a su habitación, la azul; y la rosa se la quedaron las dos mayores. La tercera habitación, de un verde claro mate, para que no resultase cansado a la vista, estaba vacía porque la habían reservado como estudio ya que no había espacio en los dormitorios. Paco estaba fabricando una mesa larga y una librería para amueblarla. Hicieron las camas y deshicieron las maletas que dejaron debajo de la litera.

—No hay mucho sitio; pero es nuestro —justificó Valvanuz.

—Mamá, es magnífico —tranquilizó Alicia.

—¿Aquí vivías? —preguntó María.

—¡Ah, de la casa! —se oyó en calle la voz de Paco.

—¡Ya bajamos! —contestó Valvanuz, asomándose al balcón y entrando de nuevo les informó—: Cenamos con mis primos en el Chupi. He de confesaros que les debemos todo esto y dinero. Portaos bien, son muy amables.

El callejón se había vuelto bullicioso, con chiquillos jugando y mayores, de pie en la calle, refrescándose con una caña. Entraron en el Chupi, donde las esperaban sentados a la mesa Asun y Paco.

—Lo conseguiste —sonrió Valvanuz a su prima.

—Me debía una y me cambió el turno. ¿No ha regresado la pequeña? —preguntó Asun.

—Hablando del rey de Roma —dijo Paco mirando a la puerta.

Valvanuz se dio la vuelta y enseguida percibió que algo no iba bien a pesar de que Blanca cambiara el rostro rápidamente al ver a sus hermanas; detrás entró Teo, que agachó la cabeza para librar el dintel de la puerta. Los gritos, los abrazos y las presentaciones fueron los protagonistas durante un rato, después, el relato de Blanca sobre su aventura en barco tomó la delantera. Habían juntado varias mesas y llenaban el diminuto apartado del bar, hablaban a gritos y reían exageradamente, como cualquier español medio. Valvanuz se levantó y se hizo un sitio en la barra.

—Sole, invito yo —advirtió—. No aceptes dinero de nadie.

—Eso discútelo con el caballero y luego me contáis lo que sea —dijo la mujer señalándole la espalda.

Valvanuz se volvió y se dio de bruces con el pecho de Teo.

—No estoy aquí para discutir contigo y menos de dinero; si quieres pagar, adelante. Lo que busco es una cita a la luz de la luna en un banco de ahí arriba.

—Deduzco que quieres hablar conmigo. ¿Ha sucedido algo con Blanca?

—Siempre me ha sorprendido ese detector que tenéis las madres. Nada grave, pero urge que hablemos cuando se retiren todos.

Valvanuz asintió y regresaron a la mesa. Comieron, bebieron y hablaron hasta entrada la noche. Paco fue quien puso punto y final a la velada con el pretexto del trabajo al día siguiente. Valvanuz se despidió de sus primos y acompañó a sus hijas hasta la puerta de casa.

—Subid vosotras, yo tengo que hablar con Teo —indicó a Alicia.

—¿Todos tus amigos son así de feos? —susurró María.

—No es tan feo —negó Valvanuz

—¿Si tú lo dices? —se burló María.

—Es muy simpático y divertido —aseguró Blanca en voz baja.

—Como te lleva en barco, seguro que te parece un Mario Casas —pinchó María.

—Venga, discutid arriba —apremió Valvanuz.

Se ajustó el chal por los hombros y subió los escalones. En uno de los bancos del paseo aguardaba Teo, rodeado de noche, con la calidez del estío y el perfume del mar. Con una vaga inquietud se sentó junto a él sin apoyarse en el respaldo, donde él tenía extendido el brazo derecho, el izquierdo sujetaba la pierna cruzada sobre la otra. Debió notar su reticencia porque se irguió y retiró el brazo.

—No sé cómo decirte esto sin que te parezca pretencioso —comenzó vacilante—. Hace mucho que nos conocemos; sin embargo, no puedo hablar de amistad propiamente dicha. Luego, nos fuimos ambos y, ahora que hemos vuelto a coincidir, me gustaría saber qué ha sido de ti durante este tiempo.

—¿Qué tiene que ver esto con Blanca? ¿Es una de tus encerronas?

—Ignoro qué quieres decir con lo de encerrona —se molestó—. Hoy he dicho algo indebido por ignorancia que ha afectado a Blanca. No me gusta que las personas que me rodean sufran innecesariamente por mi culpa. ¿Puedes bajar la guardia y confiar en mí?

—Teo, ¿pretendes que te abra mi alma aquí y ahora? ¿Qué compartas mis miserias contigo? No te conozco y no sé lo que buscas. Agradezco tus atenciones, no creas que soy una mal educada; pero déjanos en paz, no involucres a mis hijas en algo que las pueda herir. Han sufrido mucho, ya no eres un niño y comprenderás lo que te estoy pidiendo.

—Estoy de acuerdo. Somos adultos. Sin embargo, seguimos necesitando ayuda. No eres la única que tiene problemas. Hasta hace un año he tenido un problema serio con la obesidad, aunque te parezca increíble por lo que ves ahora. Un poco consecuencia de encontrarme solo. Mis amigos, con los que hemos salido esta tarde en barco, me han ayudado mucho, me han arropado, animado. Recuerdo vagamente a tus amigas; pero sé que no están aquí. Cuentas con tus primos y nada más. Me limito a ofrecerte mi amistad y me tropiezo con tu desconfianza.

—Lo que he aprendido es que nadie hace algo desinteresadamente.

—Efectivamente, tocado y hundido. ¿Ves esa casa? —Y señaló la casa familiar de tres alturas, con su absurda escalinata imperial y sus dos torres, rematada por un tejado de pizarra y ribeteada en color ocre—. Es mía y tengo planes para ella, pero necesito gente de confianza y me he enterado de que tu trabajo termina con el verano. ¿De qué vas a vivir después? ¿Tienes derecho a una pensión? Son muchas las preguntas que me hago acerca de ti y me gustaría obtener una respuesta antes de seguir adelante. Reconozco que la actitud de Blanca ha llamado mi atención, es una chica abierta y espontánea, y sin embargo, cae en un cierto aislamiento cuando no conoce el terreno que pisa. Ello me ha conducido a mantener esta conversación.

—Tengo los estudios de secretariado de la Politécnica y experiencia en la administración de una fábrica de telas para tapizar, más tarde, en una mensajería. Ése es mi brillante currículum laboral.

Estoy divorciada de un tirano que tomó todas las decisiones por mí y me retenía el dinero, controló mi vida y las de mis hijas. Hemos vivido prácticamente recluidas, trabajando y estudiando. Creo que son buenas estudiantes porque no tenían otra cosa que hacer: no han conocido la diversión fuera de las paredes de casa. Te preguntarás cómo he podido llegar a esa situación; la respuesta es fácil: a los tontos ni agua, dice el refrán. ¡Qué! ¿Te sirve para algo mi reseña vital? No creo que una tonta pueda desempeñar un cargo de confianza. En octubre cubriré una baja en el hotel Santemar, un puesto a mi medida: limpiaré habitaciones.

Había hablado de un tirón, con acritud, con falsa ironía empapada de realidad, escupiendo las palabras y negando las lágrimas. Había dejado bien patente que era una declaración arrancada por la fuerza, no voluntaria.

—Al menos desvela la actitud de Blanca —declaró Teo impertérrito—. Estoy enseñándola a nadar. Alicia y María ¿saben nadar?

Valvanuz se volvió a mirarlo con los ojos como platos. Allí estaba, tan tranquilo después de lo que había oído, como si le hubiera contado la experiencia de un día de playa.

—¿Cómo lo haces? ¿Extorsionas a la víctima y luego la aturdes con un despropósito?

—Pongamos los puntos sobre las íes —replicó Teo molesto—. El extorsionador y manipulador es tu ex marido; que hayas sido su víctima y quieras seguir jugando ese papel, es asunto tuyo. Yo, lo único que pretendía, era darte un respiro para que te repusieras del mal rato que has pasado. Comprendo y respeto que no ha sido fácil, como bien dijiste antes, a nadie le gusta orear sus miserias. Y esa casa —y señaló nuevamente la casa familiar— va a ser un hotel, pequeño, cómodo y familiar. En cuanto tenga todo pergeñado, te lo haré saber.

Teo se levantó sin previo aviso y Valvanuz dio un respingo.

—Lo siento, no quería ofenderte —se disculpó Valvanuz, levantándose también—. He debido de perder la perspectiva de las cosas o estoy demasiado susceptible para moverme entre la gente.

—Mentirosa —negó Teo ablandado—, te has tomado la revancha. Trabajo toda la semana, pero ya tendrás noticias mías —prometió e inició la marcha.

Valvanuz se ajustó el chal y emprendió el regreso a su vez.

—¡Ah! —exclamó Teo y Valvanuz se giró—. Se me olvidó mencionar otro punto: reconozco que siempre me han gustado tus piernas, la media sonrisa que ilumina tu cara y el reto permanente de tu nariz.

Y siguió su camino con la sonrisa propia de un niño cuando ha hecho alguna trastada. Valvanuz sonrió menando la cabeza: no podía dejar de ser él. Y lejos de enfadarse, reconoció que le gustaba. Pero Teo era muy fuerte y arrollador para ella, se sentía indefensa junto a él y a la vez protegida. Bajo esos largos brazos y a la sombra de ese cuerpo, cualquier mujer podía afrontar el mundo.

Teo se subió al coche, arrancó, encendió las luces y maniobró para desaparcar. No estaba orgulloso de la conversación que había mantenido: había mentido y había improvisado sobre la marcha. Nunca había caído en esas artimañas para ganarse la voluntad de una mujer. De todas formas, bien mirado, el asunto del hotel venía rumiándolo tiempo atrás. Anselmo sería una ayuda inestimable y Valvanuz... él mismo se había puesto la soga al cuello. Tendría que hacerle una propuesta en firme si no quería quedar tal y como se sentía en ese momento, un bellaco; y, si aceptaba, quedaría vedada para él, serían jefe y subordinada. Siempre había guardado una ética en el juego de la seducción: no hacer daño. Él mismo estaba sorprendido de la audacia que había mostrado esa noche ¿sería fruto de la desesperación? Si así era, lo mejor que podía hacer era retirarse a tiempo, con el alma íntegra y la cabeza alta. Como le había recordado ella, ya no eran niños.

Madrid, julio de 2011.

Ramón bajó del taxi acalorado y malhumorado, despidió al taxista de malos modos y se encaminó al portal con las llaves en la mano. Nada había salido como él había planeado. El viaje idílico se había convertido en un tira y afloja con esa endemoniada mujer. Si estaba tan enamorada de él, lo lógico era que quisiera complacerlo; sin embargo, le llevó la contraria en todo, y no contenta con eso, le propuso que cada uno fuera por su lado cuando no coincidieran en gusto para las visitas. Así que uno de los días se encontró vagando solo por París, sin conocer nada de aquel maldito idioma, mientras que ella se iba de compras y al Louvre. Algo impensable en una relación de enamorados. La muy puta colocó la guinda durante el regreso, cuando le dijo aquello de que llevaban mucho tiempo juntos y de que era hora de cambiar de pareja. ¡La muy zorra! Se lo había trajinado como le había dado la gana, le había sacado el viaje de gorra y ahora, que estaba libre, le daba la patada.

Abrió la puerta de casa y le llamó la atención la oscuridad y el silencio cuando eran las siete de una soleada tarde de julio. Encendió la luz y entró la maleta, llamó aunque de antemano no esperaba respuesta. ¿Le habría ocurrido algo a su madre? Recordó que la chica tenía vacaciones y seguramente, por comodidad, se habían trasladado arriba. Convencido de su razonamiento se dirigió a su cuarto para tomar una ducha y cambiarse de ropa. Subió las persianas y descubrió una fina capa de polvo. Tendría que llamarles la atención, había dejado bien claro que quería la casa a punto para recibir visitas. Era cierto que habían cambiado las tornas, pero daba igual, no podía consentir semejante dejadez. Ahora, más que nunca, las necesitaba ya que iba a residir allí definitivamente. Se duchó, se cambió y subió a casa de su madre.

—¿Quién es usted? —preguntó a la sudamericana que le abrió la puerta.

—La empleada de la señora Gutiérrez, ¿y usted, señor? —inquirió entorpeciendo el paso.

—Su hijo, y quítese de en medio —respondió propinándole un empujón.

—Hola, madre —saludó al entrar en el salón.

—¡Ya era hora! —gritó la mujer—. Todos os habéis ido y me habéis dejado abandonada, tirada como una colilla. ¿Dónde están esas hijas tuyas? He tenido que contratar a esa sucia colombiana en el último momento.

—¿Cómo? ¿No están aquí Alicia y María? —preguntó estupefacto.

—¿Tú las ves? —Y, ante la negativa de su hijo, respondió irónica—: yo tampoco. Desaparecieron sin despedirse.

—La casa estaba cerrada y pensé que se habían trasladado aquí.

—¡Qué imbécil! Tu ex mujer te la ha jugado. ¿No decías que lo tenías todo bien atado? A mi entender no sabes anudar muy bien —le reprochó su madre.

—¡Esto no va a quedar así! Tendrán que volver y se van a arrepentir. ¡Te juro que se van a arrepentir! —Y dio un portazo al irse.

Bajó hecho una furia a casa y se dedicó a registrar las habitaciones para confirmar su sospecha. Se habían llevado toda la ropa, tanto de verano como de invierno, y los objetos personales, no quedaba ni un apunte ni un libro de estudio. Todo se lo habían llevado, luego no contaban con regresar. Sin embargo, se habían matriculado para el año siguiente. Debía comprobar la cuenta corriente. Aun así, ¿dónde vivirían durante el invierno? Pensó en la abogada. En su casa obviamente no, pero seguro que

sabría quién las había acogido. Regresó a la sala y se sentó. Debía reflexionar y planificar sus pasos cuidadosamente y no dejarse llevar por el ímpetu de la ira. La abogada no hablaría si no la intimidaba. El verano lo estarían pasando en Santander con Valvanuz, en esa casa de liliputienses. Necesitaba jugar con ventaja.

Una semana tardó en coincidir con la abogada a solas en el ascensor. Él entró en el último momento, de forma que no tuvo tiempo de reaccionar la mujer. Apretó el penúltimo botón, se volvió tan pronto como se puso en movimiento el ascensor, la cogió del cuello y la empujó contra la pared. Fue todo tan rápido que no reaccionó ni gritó.

—Escúchame, zorra. Si quieres dormir tranquila en tu casa, vas a decirme dónde se alojarán mis hijas durante el invierno. No grites o te rompo la cara —advirtió y aflojó la mano para que pudiera hablar.

—No conozco los planes de las chicas —jadeó la mujer—. Sólo mantengo conversaciones con Valvanuz, que es mi cliente.

—Mentira —susurró al oído al tiempo que se detenía el ascensor—. Esto es un aperitivo si no consigues sacarle a mi mujer la dirección. Ahora estarán con ella.

La apretó los pechos y de un rodillazo le separó las piernas mientras le babeaba la cara con la lengua.

—¿Ves qué fácil es? —La echó fuera del ascensor, apretó el botón del tercero y las puertas se cerraron.

Teresa temblaba como una hoja, le fallaba la respiración y se le saltaban las lágrimas. Tardó unos minutos en darse cuenta de la realidad y, a duras penas, subió el tramo de escaleras que conducían a su casa. Cuando dio con las llaves, el temblor de la mano le impidió introducirla en la cerradura y, finalmente, optó por llamar al timbre. Oyó a su marido gritar a la canguro que ya abría él. La puerta se abrió y Teresa se arrojó a sus brazos en busca de refugio.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Te han asaltado? —indagó asustado Diego.

Teresa estalló en sollozos y en hipidos y no pudo contestar.

—¡Dios mío! ¿Ha sido más grave?

Teresa negó con la cabeza en un vano intento de tranquilizarlo.

—¿Llamo a la policía? —volvió a preguntar impotente y ella volvió a negar indicándole la sala.

La condujo hasta allí, la ayudó a sentarse y cerró la puerta para que los niños no oyesen nada; después se sentó junto a ella y la estrechó entre los brazos. Cuando consiguió serenarse, se deshizo del abrazo y comenzó a contarle todo el caso de la vecina de abajo, del tipo de individuo que era el tal Ramón y de cómo se había involucrado ella para ayudar a las chicas, incluso había recurrido a su hermana Pepa, que era quien las cobijaba.

—¿Estáis locas?! ¿Cómo se os ha ocurrido meteros en ese fregado? —gritó exasperado Diego—. Tú, mejor que nadie, deberías saber que no es ético mezclarse en los problemas de los clientes. ¿Y Pepa? ¿Quiénes os creísteis que erais? ¿El hada madrina de Cenicienta? Hay instituciones, policía, no sé, alguien que se encarga de estos casos.

—Por favor, no te alteres —rogó Teresa a media voz y avergonzada—. Parece sencillo, pero no lo es. Reconozco que he cometido un error, que todo ha estado mal llevado desde el principio, que no tengo excusa; pero te puedo asegurar que fue por falta de evidencias para acudir a la policía.

—¿Falta de evidencias? ¿Y a esto cómo lo llamas? Ahora mismo vamos a comisaría y presentamos una denuncia contra ese individuo.

Diego salió para vestirse y la dejó sola con sus pensamientos. Conocía la rutina de la comisaría, le

tomarían declaración y la enviarían a casa, con su enemigo. Pero no se lo explicaría a Diego, los hombres no veían más allá de sus narices y menos después de cómo estaba de alterado. Ya se daría cuenta por sí solo de la realidad.

Sucedió tal y como había imaginado Teresa. Diego se puso furioso y arremetió en el camino de regreso contra la policía y su ineptitud, preguntó al cielo adónde iban a parar sus impuestos y farfulló no sabía qué más sobre la legislación en este país. Llegaron a casa y, lejos de tranquilizarse, recorría la casa de punta a punta. Teresa, más práctica, preparó sendas tilas y las llevó al salón.

—Ven y siéntate aquí, conmigo. Tenemos que hablar.

—Eres increíble. ¿Cómo puedes sentarte a conversar después de lo que ha sucedido?

—Igual porque soy mujer y estoy acostumbrada a asumir este tipo de situaciones.

—Pues no es excusa —le reprochó Diego.

—No, pero es lo que hay. Escucha: la policía comenzará una investigación y el vecino sabrá que lo han denunciado. Es inteligente y puede hacer dos cosas: no moverse hasta que pase el revuelo y se olvide por falta de pruebas: es su palabra contra la mía; o que vuelva la tortilla del revés y me denuncie a su vez por falsear cargos para favorecer a mi cliente.

—¡Eso es una gilipollez! ¡Nadie lo creará! —estalló Diego.

—No, pero constará para un futuro. Es una guerra. Pero lo realmente preocupante es que vivimos en la misma escalera, estoy a su merced —añadió Teresa angustiada.

—Pero no se atreverá. Hay una denuncia —insistió Diego.

—Que sólo será efectiva si me parte la cara de forma visible, pero para entonces, ¿de qué me sirve a mí? ¿Comprendes por qué ayudé a esa mujer y a sus hijas? ¿Entiendes por qué Pepa se ha involucrado también?

—Cariño, perdona que te haya reñido, pero todo esto me sobrepasa. Es como estar en la Edad Media. ¡Qué locura!

Se quedaron en silencio, cada uno sumido en sus reflexiones durante un buen rato.

—Nos va bien económicamente —retomó la palabra Diego—. La crisis no afecta a las telefonías, los niños están creciendo y todavía les queda mucho para llegar a la universidad —y añadió sonriendo—: ¿y si nos mudáramos a un barrio mejor? El mes de agosto está a la vuelta de la esquina. Buscaré una casa de alquiler por Asturias, me han dicho que hay buenos precios si no se desea costa. Tengo un amigo en una agencia inmobiliaria: iremos a hablar con él y que nos busque casa para comprar durante nuestra ausencia.

Teresa abrazó a su marido.

—¿Por qué no son todos los hombres como tú?

—Rompieron el molde cuando me hicieron —contestó orgulloso.

Santander, julio de 2011.

Valvanuz salió una vez más a la terraza con la bandeja llena de tazas y tostadas. Los veraneantes preferían un desayuno más económico en un bar que el del hotel y ella se afanaba diligente en cuanto divisaba guiris recién desembarcados del ferry de Plymouth, de esos que todavía dejaban propinas del diez por ciento como era costumbre en su país. Había descubierto que las propinas eran un complemento muy importante del sueldo y que, al terminar el día, suponían una inyección de ánimo. Entre tanto rubio y con su dedicación, no descubrió a Teo sentado hasta que se dio de bruces y ya no pudo ignorarlo.

—Les has caído bien, aunque no los entiendas. No hay nada como los signos.

—Si eso es verdad —respondió al acordarse de que Teo hablaba idiomas—, recuérdales la propina, cuento con ella para invitar a las chicas a tomar unos pinchos en las casetas.

—¿Qué tal se han aclimatado? No he tenido oportunidad de hablar con Blanca, ha habido mucho trabajo con esto de la Semana Grande y las listas de espera. Dile que no me he olvidado de ella y que lo prometido es deuda.

—¿Qué promesa?

—Enseñarle a nadar —refrescó Teo—. También estoy con lo del hotel, mi hermano Francisco me está confeccionando un presupuesto y David me ha puesto en contacto con el contratista que nos reformó el hotel Holanda. Quedó bien, ¿verdad?

—¿No descansas nunca? Es verano.

—Tengo la semana de Santiago, del veinticinco a final de mes. ¿Cuándo libras?

—Sólo el domingo y el lunes, así podré ver los fuegos con las chicas. Están disfrutando mucho de la playa. Y yo con ellas —le confió con una sonrisa.

—¿Puedo invitarlas el sábado al barco sin que encuentres dobles intenciones por mi parte? Continuaré con las lecciones de natación. —Y muy serio puntualizó—: observa que no te he invitado a ti.

—No me has invitado porque acabo de decirte que trabajo. De acuerdo, no sería justo que las privara de ese placer de pijos.

—Me alegro de encontrarte tan receptiva esta mañana —se despidió irónico Teo y, al abandonar la mesa, añadió—: Diles que pasaré a recogerlas a las diez y media. Tengo que ser el primero en llegar al puerto. Hace falta gasolina.

Valvanuz lo vio alejarse y se reincorporó a su trabajo. Recogió un montón de vajilla y la llevó a la cocina.

—¿Y esa mirada tan alegre? —indagó su prima.

—No sé, hoy tengo un buen día —mintió.

Lo cierto es que le había encantado encontrarse de nuevo con Teo. Estaba muy atractivo con esa camisa tan blanca que le hacía parecer moreno y el pelo brillante de tan limpio que los dedos se le escapaban para enredarse en él y comprobar la sedosidad y fineza que pregonaban.

María no hacía más que acribillar con preguntas a Blanca sobre el barco y la gente con la que iban a estar. Habían realizado una serie de compras en los comercios que estaban en rebajas, y habían adquirido unas playeras de tela con suela de goma del color de los shorts o de la camiseta que habían

escogido en Zara. Andaban peinándose y organizando sus bolsas cuando llamaron a la puerta y Blanca acudió a abrir.

—Hola —saludó Teo—. He subido porque creo que es hora de que yo también conozca tu cuarto. ¡Vaya! Lidia tenía razón. Es diferente —exclamó contemplando la inesperada explosión de color que ofrecía la casa con las puertas abiertas. Sin embargo, eran tonalidades suavizadas, que no herían visualmente.

Teo descubrió la esencia de Valvanuz en esos colores. El matrimonio frío y gris no había podido subyugar su ánimo de arco iris, sus sentimientos de aurora boreal, y se habían derramado, desbordantes y juguetones, por las estancias de su niñez, anegando de alegría e inocencia inmaculada los ojos de los moradores y de los visitantes. ¿Cómo había logrado sobrevivir, salvaguardar su pureza en medio de la violencia, de la amargura, del desencanto, del desamor?

—Alicia necesitamos dinero —gritó María desde el baño de arriba, ajena a la visita—. ¿No podrías conseguir unas noches en el hospital como en Madrid?

Alicia salió del cuarto y arrugó el ceño al descubrir a Teo que subía las escaleras.

—¿Por qué no avisas de que tenemos visita? —reprendió a Blanca.

—Si no oís el timbre, es cosa vuestra —replicó Blanca dolida—. Ahora duermo con mamá, mi habitación la ocupan Alicia y María —explicó a Teo.

—Me gusta, refleja vuestro carácter alegre y espontáneo —declaró Teo con ironía—. Por cierto, si quieres trabajar —se dirigió a María cuando se asomó al oír su voz—, puedo conseguirte un sitio en alguna de las casetas. Pagan novecientos euros por los diez días, como ya ha transcurrido una semana, la mitad. ¿Te interesa?

María sacudió afirmativamente la cabeza, muda ante la sorpresa de la presencia masculina y el efecto que le causó la enorme figura del hombre en un sitio tan pequeño. Teo sacó el móvil, buscó en la guía y apretó la llamada.

—Francisco, imagino que tienes la caseta al completo pero ¿puedes hacerme el favor de contratar a una chica más? Morena, alta, todo un tipazo, de unos veinte años, y pone unas cañas de morirse, enseñando el ombligo.

Blanca, que ya lo conocía, comenzó a reírse ante la cara de alarma que había puesto su hermana.

—Tranquila, es broma. Con Teo debes tener sentido del humor, si no, estás perdida —advirtió.

—Contratada —informó Teo con una sonrisa y cerró el móvil—. Comienzas mañana a las once de la mañana. Preséntate en la recepción del hotel Ámsterdam. Allí te tomarán los datos y te explicarán tu cometido.

—¿Así de fácil? —preguntó extrañada.

—Para Teo todo es fácil —corroboró Blanca, orgullosa de su amigo.

—Vámonos, se hace tarde y se enfriará el agua, como dicen mis amigos —dijo y las precedió escaleras abajo.

—¿De qué agua habla? —susurró Alicia a Blanca.

—Del mar —explicó Blanca suspirando—. Es una forma de hablar.

Se sentía cómodo con Blanca, pero las hermanas eran harina de otro costal. Lo escrutaban de tal forma que lo ponían nervioso, como si estuviera en un examen. Se mantenían calladas, a la expectativa; se mostraban desconfiadas y reticentes, como la madre, y eso dificultaba el diálogo. Eran muy guapas, Alicia de pelo y cejas negras muy bien perfiladas, como todos los rasgos de su cara, una boca provocativa que llamaba al beso, más ancha y con más pecho y formas que su hermana María, aunque de la misma estatura; por el contrario, María era más delgada, más fina y sus rasgos

más corrientes, con una larga melena lacia, aunque el conjunto resultaba igual de imponente, mientras que Blanca, como su madre, quedaba en graciosa y en una promesa del cuerpo de Valvanuz. Le llamaba la atención que no se maquillaran, ni llevaran bisutería como cualquier joven. Pero todo ello quedaba aclarado tras la revista del piso: lo más peculiar era la falta de televisión, ordenador o teléfono móvil que cualquier paria de la calle fardaba de poseer el último modelo. Sin embargo, eran universitarias, un logro que cada vez le parecía más surrealista a medida que iba reuniendo datos. Valvanuz tenía razón, sólo contaban con sus estudios. Intentó ponerse en su lugar, imaginarse su mundo y vislumbró la única salida que les habían dejado: salidas limitadas a los centros de estudios, donde cambiaban de ambiente, o quedarse encerradas en casa. Surrealista e islámico.

—¿Y Grey? —preguntó Blanca.

—Con su entrenador. Es un compañero de Pedro y tiene que vivir al principio con él para habituarse. Está con más perros.

—¿Lo van a convertir en un perro policía?

—No, aunque convivirá con ellos. No te preocupes, está bien cuidado. Más adelante estará dos días conmigo y dos días con el entrenador y comenzarán mis problemas porque no puedo hacerme cargo de él y Rita no le obliga a correr. Oye ¿no te interesaría hacerte cargo de él? Te pagaría veinte euros el día.

—¡Claro, encantada! Será como si fuera mío —aceptó Blanca ilusionada.

—Tendrás que consultarlo con mamá antes de aceptar —advirtió Alicia desde el asiento trasero.

—No te preocupes —animó Teo al ver el gesto torcido de Blanca—, es un trabajo muy digno al que no hallará objeción. Ahora bien, no sé lo que pensará de la ocupación de María, sirviendo cañas y enseñando el ombligo, y sin embargo, nadie ha pensado en consultarla a ese respecto —lanzó Teo intencionadamente y miró por el retrovisor la cara de Alicia.

—¡Ja! Muy bueno —apoyó Blanca triunfante.

—Soy el mayor de cinco hermanos y estas dialécticas no guardan secretos para mí —informó ufano.

Aparcó, bajaron del coche y cargaron las bolsas que les indicó Teo. Blanca, presumiendo de su conocimiento del terreno, los precedió hasta el barco.

—Blanca, enséñales dónde están las cosas, vaciad las bolsas y poned las latas y los «tupers» en los estantes. Voy a mirar lo de la gasolina.

Alicia observó cómo se alejaba Teo por el pantalán y se volvió a su hermana Blanca.

—¡Menudos aires que te das! ¿Qué te traes con ese hombre?

—¿Qué quieres decir? Es amigo de mamá y es muy simpático, me lo paso genial con él y he hecho amigas; bueno, todavía no, pero las estoy haciendo. Ahora vendrán Lidia y Conchi. Y el perro es precioso, y encima me paga por algo que haría gratis.

—A eso me refiero, cada vez que abrimos la boca, nos la llena —comentó Alicia recelosa mientras bajaba a la cabina—. ¡Ahí va! Hay mesa, cocina, baño y camas ¿Es un yate?

—No, es un crucero. Los llaman así —corrigió Blanca, dejando paso a María.

—¡Es un sueño! —exclamó María—. Alicia no sé qué querrá ese hombre, pero relájate y disfruta ¿quieres? Igual mañana ya no existe nada de esto, como en el baile de Cenicienta.

Alicia se calló, pero no se relajó, era la mayor y la responsable.

—¡Ah, del barco! —gritó una voz fuera.

—Es Mariano, el capitán —reconoció Blanca y se precipitó arriba.

Alicia y María, cohibidas, continuaron colocando las cosas hasta que bajó una mujer.

—Me llamo Lucía y... ¡Vaya sorpresa! No os parecéis a Blanca. ¡La excursión va a resultar muy divertida, cariño! —gritó a los de arriba—. ¡Teo ha invitado a dos modelos del Vogue!

Alicia se la quedó mirando espantada y María se la agarró del brazo.

—Es una broma —se apresuró a aclarar Lucía cuando percibió la reacción de las muchachas—. Ayudadme a meter el hielo y luego subid, aquí sólo estamos las señoras. La chavalería en proa.

Cuando Alicia y María subieron, la bañera estaba llena de caras desconocidas y Blanca había desaparecido.

—¡Guau! —exclamó Emilio—. Lucía tenía razón. —Y todos dejaron lo que estaban haciendo para mirarlas.

—¡Yo las he visto primero, viejos verdes y libidinosos! —gritó Teo desde el pantalán —¡Rosa, pon un poco de orden, por favor! Las chiquillas deben imaginar que han caído en medio de una banda de sátiros.

—Y no irían muy desencaminadas —rió la aludida. Se presentó a Alicia y a María—. Mi hija Lola se encargará de enseñaros esto —dijo al tiempo que hacía una seña a Lola.

Se acercó una chica ancha y musculosa, como su madre, con el pelo recogido en una coleta.

—Venid a proa conmigo, tened cuidado de no caer.

Alicia pasó detrás de María tan pendiente de agarrarse y de mirar dónde pisaba que no se fijó en que le habían tendido una mano hasta que oyó la voz.

—Dame la mano y será más fácil.

Se agarró al brazo moreno que se le ofrecía y levantó la cabeza. Se encontró con un joven mayor que ella que la miraba con curiosidad desde el techo de la cabina. Alicia creyó que se hallaba rodando un anuncio de colonia con un modelo. No sabía definir lo que se entendía por guapo, pero sí por atractivo, y el muchacho colmaba todas las expectativas, sin considerar que desprendía un olor a crema solar y a loción para el afeitado que debía reconocerse hasta el muelle.

—¿No os parece que somos muchos en tan poco espacio? —planteó Teo.

—Tú eres el dueño y el que no hace más que invitar a gente —criticó Emilio.

—Otro más grande ni hablar, luego hace falta más tripulación para la regata —se opuso Mariano.

—¿Estás considerando la idea de cambiar de barco? Pero, si está nuevo —protestó Pedro.

—Estoy tanteando la posibilidad de comprar uno a las chicas, ya va siendo hora de que abandonen las canoas y naveguen en condiciones.

—¡Hurra! ¡Eres nuestro héroe! —vociferaron alborotadas las chicas desde proa.

—¡Buena la has hecho, Teo! —se quejó Mariano—. ¿No podías proponerlo en voz baja?

—No, porque ahí llega nuestro barco —declaró Teo con una sonrisa.

—¿Nuestro qué? —preguntó Emilio asombrado y levantó la cabeza para escrutar el pasillo entre los pantalanos.

—¿No es el crucero del notario? —reconoció Bernardo aferrado al palo.

—Nos lo ha dejado —confirmó Teo—. Traslado de los mayores, abandonamos el *Alios* en manos de la juventud. ¡Bernardo, eres el capitán!

El griterío y el follón que se organizaron llamaron la atención de todos los que faenaban alrededor y de los que se encontraban en el muelle para consternación de Alicia. Los padres embarcaron en el barco del notario que lo traía un marinero ya aparejado, y confiaron a Bernardo toda la chavalería alborotada. El nuevo capitán designó los puestos de la tripulación y las tres hermanas, que no sabían navegar, quedaron relegadas a la proa con Lidia, quien les fue explicando lo que hacían los demás.

Alicia respiró hondo un poco atemorizada.

—¿No nos pasará nada?

—¡Qué va! —quitó importancia Lidia—. Bernardo maneja muy bien, ya hemos ido con él otras veces solos. Es al único al que Teo deja el barco.

Salieron a la bahía y embocaron la Canal para navegar en mar abierto en cuanto rebasaron la Barra, entre la península de la Magdalena y la isla de Mouro.

—¡El último en llegar a Cabo Mayor, maricón! —gritó Emilio desde el otro barco.

—Nos han desafiado —constató Vicente—. ¡Lola, amolla esa escota! ¡Marta y Conchi a la banda! ¡Vosotras, las nuevas! Haced banda, no pesáis nada las mujeres. Os indican ellas donde debéis ponerlos.

—Creí que esto de navegar era más placentero —murmuró María a Alicia, pero Vicente la oyó.

—Esto no es un yate de recreo, es un crucero y no navega solo —explicó solícito.

Padre e hijo, capitanes de ambos barcos, se tomaron el desafío como algo personal. Ganó Bernardo, a pesar de las neófitas, y Mariano le echó la culpa al barco: que las velas eran demasiadas viejas, que no dominaban el peso y cosas por el estilo. Las burlas, los dimes y diretes se cruzaron entre ambos cruceros. Anclaron frente a la playa de Los Tranquilos, como siempre que lo permitía el tiempo, es decir, que no soplara el nordeste, y ese verano parecía que ese viento se había extraviado.

Si Alicia creyó que ya había cesado la contienda entre los dos veleros, estaba equivocada. No había hecho más que empezar.

—Chicas, os toca hacer la comida —comunicó Rosa divertida—. Tenéis toda la intendencia en vuestro barco.

—¿De verdad? Pues yo advierto que os encontráis en un serio problema de abastecimiento —planteó Lola descarada.

—Niña, con las cosas de comer no se juega —reprendió Pedro, su padre.

—Eso mismo opinamos nosotras —devolvió la pelota Marta.

Los mayores se reunieron en conciliábulo y Bernardo avisó:

—Me parece que habéis declarado la guerra. Vicente, sube la escalera que acabas de bajar. Hoy no hay baño.

Alicia y María se miraron alarmadas.

—¿De qué va esto?

No tardaron en saberlo cuando los mayores colgaron la escalerilla en la popa y descendieron al agua. Comenzaron a bañarse ante la mirada recelosa de los jóvenes, quienes seguían sus evoluciones con envidia. De pronto, Vicente, el más avisado reparó en la desaparición de Pedro.

—¡Falta uno! —gritó nervioso.

—¡En la proa! —se alarmó Lola al cabecear el barco de forma inusual.

Corrieron a la proa y no vieron a Pedro pero, mientras tanto, Teo y Emilio treparon por la banda, aprovechando los flotadores que colgaban para proteger el casco de cualquier colisión con el otro.

—¡Al abordaje! —gritaron como posesos en cuanto ajustaron la escalerilla para que subieran los demás.

—¡Proteged la entrada a los víveres! —ordenó Vicente a las chicas.

En la bañera se organizó una melé entre padres e hijos que lucharon con los salvavidas, aletas y toallas, cualquier cosa era buena como arma arrojadiza. Alicia y María permanecieron clavadas en su sitio alucinadas: aquello no podía ser cierto. Entre Teo y Emilio echaron a Lidia al agua y Bernardo empujó a su madre, Lucía, quien también cayó al agua entre risas y gritos. Los mayores tomaron el barco abusando de la edad y del status de progenitores, como muy bien arguyeron los chicos para defender su honor. Teo intercedió como mediador y declaró la batalla en tablas: la sangre no iba a llegar al río. Finalmente, todos se bañaron para lavar las heridas y el orgullo y se

realizó una comida en hermandad, riendo los avatares de la contienda y celebrando las hazañas de cada uno bajo el sol.

—No creo que nuestras invitadas tengan ganas de volver con nosotros —apuntó Lara, recordándoles lo calladas que habían permanecido.

—¡Cómo que no! Han asistido a una película B, versión cutre de *Los piratas del Caribe*, en directo y gratis —justificó Vicente, sonriéndolas con la gorra calada del revés.

—Regado con un vino español al final de la representación —añadió Bernardo, pasando la botella de vino a Pedro.

—¡Eso es lo que ha faltado! —exclamó Teo—. ¿A nadie se le ha ocurrido grabar las escenas?

—Habrá que repetirlo de nuevo —dictaminó Emilio.

Y se volvió a organizar un debate entre risas y negaciones de las mujeres.

—A mí no me pilláis en otra —declaró Lara convencida.

Pasaron el resto del día más tranquilos, y Alicia, mientras María conversaba con Marta, se sentó en la amura de babor para observar las lecciones de natación de su hermana Blanca con Teo.

—Me ha dicho Lidia que estudias enfermería —dijo Bernardo y se sentó a su lado con las piernas colgando sobre el casco.

Alicia se cohibió y sólo atinó a responderle afirmativamente sin saber cómo seguir la conversación. Lo había observado disimuladamente durante la navegación y durante el asalto ficticio: era desenvuelto, con la sonrisa en los labios como algo inherente a su persona, y el resto de los chavales lo escuchaba cuando hablaba. Era un poco más alto que ella, de pelo castaño y ojos oscuros y risueños, con vida propia. Más parecido a la madre en gestos y con el mismo corte de pelo que su padre, elegante, con estilo de peluquero caro.

—¿En que año estás?

—En segundo, he sacado un sobresaliente de media —alardeó sonrojada.

—Imagino que ese tipo de carreras son vocacionales y la gente se aplica más —comentó el muchacho sin dejar de mirarla—. Terminé Derecho hace dos años y trabajo en el despacho con mi madre. Me quitó de la cabeza el asunto de las oposiciones con el argumento de que ya tuvo suficiente con aguantar las de mi padre. Marta, mi hermana, empieza medicina este año. Es la que está hablando con tu hermana.

—No sois familia todos vosotros ¿verdad?

—Como si lo fuéramos, nos hemos criado juntos. Nuestros padres son amigos desde sus días de colegio.

—¡Todo el mundo a bordo! —ordenó Mariano—. Se hace tarde y hay que devolver el barco.

En el viaje de regreso en coche, Teo encontró más comunicativa a María, quien expresó con todo tipo de detalles lo bien que se lo había pasado y lo locos que estaban todos; pero Alicia permaneció callada.

—Tened cuidado con lo que contáis a vuestra madre —advirtió Teo—, no vaya a ser que no os vuelva a dejar alternar con unos irresponsables.

—Pero si me ha contado Marta que son gente importante: su padre es magistrado en la Audiencia y Pedro, policía —se admiró María.

—Que no te oiga Pedro llamarlo policía, es comisario —recalcó Teo.

—Y Teo es cirujano —añadió Blanca—, también es importante.

—Neurocirujano —matizó Teo—. Teófilo Van Der Voost para los desconocidos. No me restes importancia.

—¿Teófilo Van Der Voost? —intervino Alicia extrañada—. Creí que era norteamericano, todo lo publica en revistas de allí y en inglés.

Teo se sonrió cuando descubrió que había algo con lo que podía atraer a la bella y distante Alicia. ¡Qué tonto había sido por no haber reparado en ello antes!

—Mis antepasados eran una mezcla de holandeses y belgas. Mi abuelo era ingeniero y se asentó en Santander contratado por la empresa Solvay y mi padre, en un viaje para conocer su tierra natal, conoció a mi madre en Ámsterdam. La semana que viene me incorporo al trabajo y el lunes me espera una acromegalia. Te recojo a las siete de la mañana y permanecerás junto a Nuria, la enfermera más antigua de mi equipo. No participarás, pero lo presenciarás en primera fila. Le diré a Nuria que te vaya explicando sus obligaciones. Acabas de incorporarte a un curso de formación de verano, te firmaré un certificado de prácticas para tu expediente en Madrid. Lo arreglaré con la dirección del hospital. ¿Qué dices a eso?

No hacía falta que respondiera, la vio por el retrovisor con los ojos como platos y la boca abierta: la había pillado.

Madrid, julio de 2011.

Se encontraba en su despacho de la sucursal de Caja Madrid, nombre que en breve desaparecería, como desaparecerían todas las cajas de ahorro de España bajo la guerra bancaria. Le daba vueltas a su plan y había llegado a la conclusión de que necesitaría de Amparo, la nueva empleada, para llevarlo a cabo. No había tenido noticias de sus hijas ni de Valvanuz, y no había conseguido encontrarse con la abogada en la escalera. Daba igual. Había decidido no esperar. No era ético que él sufriera todo el verano en Madrid con esos calores mientras ellas remoloneaban tan alegremente en la playa. Había iniciado los pasos necesarios para conquistar a la solterona de Amparo: habían tomado una copa un día y otro la había invitado al teatro. Quedaba la estocada final: la cena y la cama. Todo dependía de lo dispuesta que estuviera ella en la cama para poner en marcha su venganza. Comprendía que iba demasiado rápido, pero le ganaba la ansiedad y tenía prisa por concluir la desagradable situación en la que se hallaba: la soledad y la desatención en un piso vacío.

Teresa se había quedado hasta tarde para dejar recogido el despacho y los expedientes en orden: todo debía estar listo a su regreso. Terminó con los juicios pendientes y hasta septiembre no sería la siguiente vista. A última hora había podido rascar una semana más para sus vacaciones. Diego había alquilado una casita para el mes de agosto en Asturias, donde el calor no apretaba tanto y los niños disfrutarían de un buen descanso, ya que la falta de sueño los alteraba, los volvía más ingobernables y comían peor. Los dos días siguientes los pasarían haciendo las maletas. Habían tenido la suerte de coincidir con una cancelación inesperada en un hotel de Santander en el que les ofrecieron una habitación por cuatro días, del jueves al domingo treinta y uno de julio, para hacer tiempo hasta que pudieran ocupar la casita asturiana el uno de agosto, y de paso, comprobaría cómo le iba a Valvanuz con sus propios ojos. Diego puso cortapisas pero, al final, se rindió a su argumento de terminar lo que se había comenzado. No podía desentenderse cuando se sentía responsable de la situación de esa mujer.

Santander, julio de 2011.

Aprovechando los días libres, Teo se había desplazado a la casa de Los Castros, donde había quedado con el contratista, que había enviado David, y el arquitecto, al que había encargado los planos y la remodelación. Les había dado el visto bueno y estaba contento con el resultado: habitaciones amplias y con baño. Había antepuesto la comodidad a obtener un número mayor de habitaciones; odiaba los sitios pequeños y estrechos en los que no había espacio para revolverse. Comprendía que sus medidas no eran las naturales pero, aun así, se negaba a vivir como los japoneses. Llegó andando porque el aparcamiento era un imposible en esa zona por esas fechas y descubrió que ya lo estaban esperando. Se alegró de que no estuviera Lucía para reprenderlo por su falta de puntualidad.

Había salido casi todas las noches de esa semana, que si los fuegos artificiales por Santiago, que si las casetas, que si la afición lo reclamaba, como decía Mariano. El día que más había disfrutado fue el que se encontraron con Valvanuz, Alicia y Blanca. María se hallaba trabajando en la caseta que había contratado el hotel de Francisco. Valvanuz le agradeció lo que hacía por sus hijas, participó en la charla de las mujeres y siguió las bromas con más humor que Alicia, pero se mantuvo distante y alerta con él. Alicia, aunque había aceptado la invitación al curso de formación, al igual que la madre, permaneció tensa, y eso que Bernardo se empleó a fondo: insinuaciones, miradas y atenciones sin fin; pero la nota discordante vibró fuerte en la despedida, cuando Bernardo le pidió el número de teléfono para llamarla y ella lo eludió sin explicarle que carecían de él. Al día siguiente, Teo compró un iPhone 4 para él y una tarjeta nueva que colocó en su iPhone antiguo. Había quedado con Blanca para visitar a Grey en la perrera policial y aprovechó para entregárselo con la excusa de estar comunicados a causa del perro. Le explicó que era un teléfono viejo que tenía por casa pero que serviría, y se sintió satisfecho de su mentira cuando brillaron los ojos de Blanca. Le enseñó cómo podía chatear con Lidia gratuitamente con el whatsapp. No se olvidó de Bernardo, a quien facilitó el número con la recomendación de que fuera despacio, que Alicia no era de las que se desmayaban por cuatro tonterías susurradas en el oído pero que, si le gustaba, merecía la pena el trabajo. Hablando con él, descubrió que las muchachas habían sido tema preferente en las conversaciones de sus amigos, aunque no le sorprendió. Comprendía que el inusitado embarco de tanta fémica hubiera suscitado comentarios.

Tras los saludos y las presentaciones con el arquitecto y el contratista, se internaron en la casa y extendieron los planos encima de la mesa del comedor.

—Comenzaremos las obras en el edificio de detrás —propuso el arquitecto.

Alicia salió de la habitación rosa preparada para la playa y se reunió con Lidia y María en el salón.

—¿Dónde hemos quedado?

—En la primera playa, pero cada uno baja a una hora —explicó Lidia.

—¿Bajará Bernardo? —se interesó Alicia.

—No lo sé. ¿Hoy es viernes? Creo que cerraban el despacho hasta septiembre así que, hasta que todo esté en orden, no podrá salir. Con eso de que su madre es la jefa, no respeta horarios. Bernardo dice que la va a demandar por abuso laboral.

—¡Qué suerte! Ya gana dinero —comentó María.

—No te quejes —la reprendió Alicia—. Tú vas a cobrar en pocos días. Ya termina la Semana Grande.

—Ya estoy —asomó Blanca—. Vámonos. Por la tarde te haremos una visita a la caseta —prometió Blanca antes de abrir la puerta.

María las vio marchar con sus bolsas de la playa, mientras tanto ella disfrutaría de la hora que le quedaba libre antes de entrar a trabajar. Era el pequeño tributo que tenía que pagar por conseguir un poco de dinero para el bolsillo. Le gustaba el cambio de vida que había experimentado, aunque al principio hubiera despotricado un poco ante el negro panorama que le ofreció su padre. Santander había significado la ruptura con el pasado y un nuevo horizonte que explorar. La casa era pequeña y vieja, pero su madre había sacado el mayor partido de ella; era difícil mejorarla. Se sentía libre, fuerte, con ganas de comerse el mundo. En la caseta, mientras servía pinchos y copas, había advertido cómo la miraban los hombres, y los chicos siempre estaban dispuestos a bromear con ella. Había aprendido cuánta satisfacción produce la atracción física y el poder que ejercía una sonrisa o una palabra amable. No se hacía ilusiones, pero ayudaba en la autoestima, en la inseguridad. Había perdido el miedo que le producía llegar a casa. Ahora la explosión de colores, las risas y comentarios de sus hermanas habían alejado los encierros solitarios en una aséptica habitación. Vivían y se movían por el piso sin temor a reprimendas o a un trabajo suplementario, y lo más importante: hasta que llegó a Santander no fue plenamente consciente de todo ello, ni del odio que le generaba la visión de su padre.

Entró la brisa por la puerta del balcón abierta y agitó su larga cabellera. Suspiró y abandonó el rato de holgazanería para vestirse e incorporarse al trabajo. Con pequeños trabajos eventuales como ese, podría modernizar y mejorar su ropero que consistía en un par de vaqueros y unas bermudas que combinaba con camisetas variadas y manoletinas baratas, que estaban de moda. Oyó un ruido en la sala y prestó atención, pero no escuchó nada más y terminó de vestirse. Cuando bajó hacia la cocina para vaciar la papelera del baño, vio el fuego en la sala y el humo le atenazó la garganta. Corrió nerviosa al baño, cogió una toalla, la mojó en la ducha y bajó de nuevo a la sala. Trató de apagar el fuego que había prendido la ropa de la mesa camilla y la propia madera con la toalla mojada. Ante la imposibilidad de lograrlo, decidió no esperar más, bajó saltando las escaleras y corrió al Chupi gritando fuego. Damián salió con el extintor de la cocina, acompañado por algunos parroquianos, mientras Sole llamaba al 112.

—¡Dios mío, Sole! ¡Fuego! ¡Nos quedamos sin casa! —exclamó María, entre aturdida y aterrada por la magnitud del desastre.

—¿Cómo ha sido? —indagó Sole en cuanto colgó.

—No lo sé. Estaba vistiéndome y lo vi cuando salí del cuarto —explicó atropelladamente.

—¿Dejaste algo en el fuego?

—No, no. En la sala, el fuego era en la sala —corrigió, jadeando de ansiedad.

—Tranquilízate, muchacha, te va a dar un mal —aconsejó Sole y la instó a salir del local para ver lo que estaba sucediendo.

El fuego había prendido el marco de madera de la puerta del balcón. Los hombres salieron precipitadamente a causa del humo y las sirenas anunciaban la inminente llegada de los bomberos.

—Hay que desalojar la vivienda —recordó alguien—, la señora Vargas está imposibilitada.

Al tiempo que llegaban los bomberos, los vecinos sacaban a la mentada señora. Para entonces, el callejón se había llenado de mirones que aguardaban el desenlace de la tragedia. María fue consciente de la dimensión de la catástrofe: no era sólo un mero incendio, era su vida hecha pedazos

y sus ilusiones consumidas en una enorme pira, el pasado le hacía una mueca grotesca y se burlaba de ella. Unos bomberos se adentraron en la casa mientras que otros permanecían fuera con la manguera extendida, aguardando instrucciones. María se sintió de pronto muy mareada, incapaz de asumir el desastre se precipitaba hacia el suelo cuando un brazo la cogió por detrás, mientras que otra mano le tapaba la boca y la obligaba a respirar por la nariz, pero no era suficiente para ella, necesitaba aire a bocanadas y, aterrorizada, notó que se ahogaba.

—Está hiperventilando —reconoció la voz de Teo a su espalda, el dueño de la mano que la asfixiaba—. ¿Tiene una bolsa de plástico? —Y vio a Sole que adentraba en el bar y salía con una.

—Respira con la bolsa en la cara —ordenó Teo—. Tienes que reducir el oxígeno y aumentar el dióxido de carbono —explicó a la vez que la sentaba en una silla de la terraza—. ¿Qué ha sucedido?

—La chica dice que el fuego empezó en la sala —informó diligente Sole.

—¿Había algún aparato eléctrico encendido o enchufado? —preguntó Teo, extrañado porque le había llamado la atención la carencia de ellos el día que subió.

María negó con la cabeza mientras seguía respirando a través de la bolsa, cada vez más despacio.

—Estuvieron arreglando la instalación eléctrica cuando pintaron —intervino de nuevo Sole.

Teo se levantó y se fue a hablar con los bomberos y uno de ellos lo reconoció.

—Doctor, es una suerte tenerlo aquí, aunque no ha habido ningún percance grave. Ha sido atajado a tiempo, aunque el daño es inusual.

—¿Qué quiere decir?

—Está el técnico inspeccionando la casa para encontrar la causa, pero la llamada se realizó a poco de declararse el fuego y nosotros hemos tardado quince minutos. El daño tendría que haber sido menor.

—¿Estará habitable?

—No he estado arriba, no lo sé. Le hemos dado bien a la manguera, el barrio es antiguo. Tendrán que buscar un sitio, al menos para esta noche.

—Ya —contestó Teo meditabundo. Sacó su móvil y llamó a Pedro—. Necesito un favor, ¿puedes personarte en el Chupi? Sí, es por la alarma de fuego —respondió a su amigo—, ha tenido lugar en casa de Valvanuz y de las chicas. Vente para acá y luego te cuento.

Teo regresó junto a María, que había prescindido de la bolsa y respiraba con regularidad.

—Tienes mejor cara —comentó con una sonrisa. Se sentó a su lado.

—¿Se ha perdido todo? —preguntó en un hilo de voz.

—No lo sé, no se puede subir.

—No quiero volver a Madrid —dijo y rompió a llorar—. No puedo... no puedo —tartamudeó hipando.

—Se va a volver a poner mala —se preocupó Sole—. Voy a llamar a su madre, además, habrá que comunicarle lo que ha sucedido.

—No lo haga todavía —rogó Teo—. No puede resolver nada aquí hasta que los bomberos despejen.

—¡Teo! —llamó Pedro desde lo alto de la escalera de acceso al callejón.

Teo se levantó y se llegó hasta él. Le contó lo poco que sabía sobre el divorcio de Valvanuz, la situación de las chicas y lo que intuía, y le pidió que averiguase lo que fuera posible sobre el incidente. Regresó junto a la angustiada María y observó a su amigo que, tras hablar con uno de los agentes de policía que habían acudido para controlar la situación mientras los bomberos trabajaban, se internó en la casa. Tardó un rato en volver a salir, más serio de lo habitual, hablando, esta vez,

con uno de los bomberos. Le hizo una seña para que se acercara al cabo de un rato.

—Ha sido provocado —le susurró de pasada para que los mirones no captaran sus palabras—. Llama a Valvanuz, tendré que hablar con todas. Mientras tanto, he de hacer unas gestiones.

Teo también se alejó para llamar al Maremondo, habló con el dueño para comunicarle el incendio de la casa de su empleada, aunque sin facilitarle explicaciones, y pedirle que le diera el día libre. Luego llamó a Blanca y, sin ofrecer ninguna razón, le dijo que ella y su hermana Alicia regresaran a casa cuanto antes. Finalmente, se acercó al arquitecto y al contratista que se habían quedado en lo alto de la escalera, contemplando el espectáculo y comentando los incidentes entre ellos.

—En cuanto se pueda entrar en la casa, ya que están aquí, me gustaría que evaluaran los daños y me hicieran un presupuesto de la reparación, si no hay inconveniente.

Ambos negaron algún inconveniente y aceptaron el inesperado encargo.

—Lo mejor será que hablemos con los bomberos —propuso el arquitecto e inició la marcha—. Sus observaciones nos servirán para una primera evaluación.

Teo no se movió del sitio pues vislumbró la llegada apresurada de Valvanuz con las chicas y las aguardó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó angustiada Valvanuz—. Me he encontrado con las niñas, que subían corriendo de la playa.

—¿Nos hemos quedado sin casa? —indagó Blanca asustada ante el gentío curioso que se agolpaba en el callejón.

—¿Cómo ha podido incendiarse? —inquirió Alicia más práctica.

—Tranquilizaos —rogó Teo—. Lo importante es que María no ha sufrido daño.

—¿María estaba en casa? —se alarmó Valvanuz.

—¡Si se iba a la caseta! —exclamó Alicia.

—Gracias a que se hallaba en casa —explicó Teo— y dio la alarma, los daños no han debido de ser muchos. Nadie puede entrar hasta que los rescoldos se enfríen y lo permitan los bomberos y la policía. Por cierto, Pedro está aquí y quiere mantener una conversación con vosotras.

Mientras hablaba, tuvo que seguirlas porque Valvanuz buscó a su hija y se dirigió hacia ella en cuanto la descubrió sentada con Sole. La abrazó y María se desmoronó, llorando de nuevo.

—Teo, ¿dónde podemos hablar sin que nos molesten? —preguntó Pedro al tiempo que miraba en derredor—. No creo que les hiciera mucha gracia a los del Chupi que les cerrara el local, con la de parroquianos que van a concentrarse a lo largo de la mañana por esta movida. Enseguida llegará la televisión regional.

—Me encontraba en casa con el arquitecto y el contratista cuando oímos todo el folklore. Podemos reunirnos allí —propuso Teo.

—Necesitarán un sitio donde dormir, por lo menos un par de días —recordó Pedro.

—De acuerdo. Te esperamos en el salón de casa.

Teo se dirigió a las mujeres y les comunicó que en su casa les contaría Pedro todo lo que quisieran saber sobre el incendio. Con una sonrisa y con firmeza arrancó a las mujeres de las garras de Sole, quien se mostraba reacia a perder la oportunidad de enterarse de más detalles. Cruzaron la calle y las instó a subir las escaleras de acceso a la vivienda. Una vez en el vestíbulo las guió al salón. Había sido una suerte que las limpiadoras, enviadas por Francisco, ya hubieran realizado su trabajo.

—¡Vaya casa! —exclamó Blanca agarrada a su madre.

—Sentaos —ordenó Teo y dispuso sillas en semicírculo.

—¿Por qué no vives aquí? —requirió Blanca.

—¡Blanca, por Dios! ¿No puedes callarte? —reprendió Alicia nerviosa—. Es muy serio lo que ha

ocurrido y no estamos para sandeces.

—Porque es muy grande —respondió Teo sin atender las razones de Alicia.

Era curioso constatar lo diferentes que eran las hermanas. En los momentos de peligro afloraban las personalidades desnudas: Blanca, asida a su madre, divagaba sobre cosas ajenas al problema, como los avestruces intentaba negar lo que estaba sucediendo; María se había derrumbado en cuanto se le torcieron los planes, no podía volver a Madrid ¿por qué?, se preguntaba Teo, ¿qué había sucedido allí?; Valvanuz era fuerte, pero la vencía la preocupación por las hijas; Alicia era la gran incógnita, hermética, seria y dura, permanecía aparentemente tranquila y con el gesto adusto. Teo presentía que su mente estaría procesando todos los datos de que disponía para aclarar y solucionar la situación en la que se hallaban. Intuía que, a pesar de su juventud, había decidido ser quien cargara con el peso de las hermanas, con un sentido de la responsabilidad demasiado agudizado.

Santander, julio de 2011.

Pedro se encaminó cabizbajo hacia la antigua casa de los Van Der Voost. No le gustaban nada las noticias que iba a comunicar. ¿En qué berenjenal se estaba metiendo Teo? Aquello iba más lejos que el mero placer de acostarse con una mujer. Lo había hablado con Rosa y estaba de acuerdo con él, se estaba involucrando mucho con las chicas. No había nada malo en ello, siempre y cuando no tomase el asunto los visos de tragedia que apuntaban. Había conocido casos, por el oficio, de persecuciones y acosos por ex amantes, ex compañeros y ex novios y las víctimas lo pasaban, generalmente, muy mal porque la justicia era torpe y lenta en sus resoluciones; eso, cuando no era demasiado tarde. La puerta principal estaba abierta, entró y la cerró. Se dirigió hacia la puerta abierta que proyectaba luz al oscuro vestíbulo y de donde provenían las voces.

—Voy a encargarme del caso personalmente —dijo a todos los presentes, pero miró significativamente a Teo, quien asintió—. El incendio ha sido provocado por un cóctel Molotov de fabricación casera: gasolina y un botellín de cerveza. Todo al alcance de la mano. Ha caído en la puerta del balcón, se ha roto la botella y la gasolina prendida se ha desparramado llegando a los bajos de la mesa, donde alcanzó las faldas que hubiera puestas y que alimentaron el fuego. Como la madera es antigua, el marco de la puerta del balcón ardió bien y los aglomerados de la mesa también prendieron rápidamente. —Respiró profundamente y siguió—: Si no hay otra indicación por vuestra parte, como sois recién llegadas a la ciudad y debido a las circunstancias que me avanzó Teo hace una hora en la calle, el primer sospechoso es Ramón Gutiérrez.

Pedro lamentó sus palabras en cuanto vio los rostros de las mujeres, sobrecogidas, demudadas y, ¿sorprendidas? Decidió completar el cuadro de la única manera que sabía.

—He avisado a la oficina para que venga alguien a ayudarme con la declaración que os tomaré individualmente en otra habitación. —Dirigió una mirada a Teo.

—En la biblioteca. Tendrás que abrir la ventana —ofreció a su amigo.

Llamaron a la puerta y Pedro se ausentó un instante para reaparecer de nuevo.

—Valvanuz —decidió— será la primera.

Teo, en lugar de mirar a Pedro mientras hablaba, estuvo pendiente de las reacciones de las mujeres. Blanca permaneció aferrada a su madre como si le fuera la vida en ello, como si le pudiera transmitir su fortaleza, buscando refugio y consuelo como haría un niño pequeño. Tenía dieciséis años y una gran falta de seguridad y estima de los valores propios. María estaba desolada, se había quedado pálida al oír mentar a su padre y Teo creyó escuchar: «¡el muy hijoputa!», pero pronunciado con la voz del vencido, de la impotencia. Alicia, ligeramente separada de las demás, con la mandíbula fuertemente apretada al igual que los puños, se mantuvo erguida, con la mirada perdida al frente o eso creyó él, hasta que giró la cabeza cuando su madre abandonaba la sala y vio la ira contenida y el odio que endurecía aún más su expresión tensa.

Valvanuz hubo de desprenderse de Blanca, quien se quedó sola y desamparada en medio de la habitación. Teo resolvió que tenía que entretenerlas de alguna forma hasta que todo terminase.

—Venid aquí, mirad —ordenó Teo, aproximándose a la mesa central en la que se hallaban los planos de la reforma extendidos—. Éste es el futuro de la casa en la que os encontráis, va a ser un hotel. Estos son los planos del edificio de detrás, que eran nuestras habitaciones.

—¿Qué casa más rara! Dos edificios con un patio en medio —comentó Blanca, agradecida de poder escapar de la realidad que la atormentaba.

—¿Y a nosotras, qué nos importa esto? —dijo Alicia cortante.

—Imagino que mucho, puesto que tu madre trabajará aquí en un futuro. Ya lo he hablado con ella —respondió Teo, sin tomarle en cuenta su desaire—. El problema es la decoración. ¿Veis cuantas habitaciones? No he decidido qué aire darles.

—¿No son todas iguales en los hoteles? —apuntó María con voz desmayada.

—En las cadenas, sí. Pero yo quiero un hotel con un toque personal.

—Entonces pregunta a mi madre —propuso Blanca—. Personalizó muy bien nuestra casa.

—Ella entiende mucho de tejidos, trabajó en una fábrica de telas para tapicerías —añadió María.

—Os propongo lo siguiente: repartiros las habitaciones y me hacéis un boceto de decoración.

—Pero no somos decoradoras —objetó María.

—¿No has probado a intentar algo que no has hecho nunca? Esto es un reto: ¿de qué eres capaz? ¿Tu madre había decorado una casa anteriormente? ¿Era así vuestra casa de Madrid?

—No. Y no menciones la maldita casa. Tendremos que volver a ella —recordó María con amargura.

—Eso me recuerda que debo realizar una gestión mientras os repartís las habitaciones.

Teo se alejó de la mesa con el móvil en la mano. Llamó a su hermano Francisco y le pidió que buscara dos habitaciones para tres días desde esa misma noche. Francisco resopló, gruñó y lo tildó de imbécil para arriba, pero prometió buscarlo.

Cuando regresó a la mesa, estaban hablando de algo ajeno a las habitaciones que tenían que decorar bajo la dirección de la mente práctica de Alicia.

—Podremos reunir setecientos, más el sueldo de mamá... —decía María, quien calló a una señal de Alicia.

—Mil cuatrocientos —concluyó Teo—. ¿Para qué? Si os consigo las habitaciones de hotel, no tendréis que pagarlas. Las están buscando a mi nombre y nadie querrá cobrarlas. En cuanto a las obras de la casa, en este momento hay un arquitecto y un contratista que están evaluando los daños y me harán un presupuesto.

—Se ha dado mucha prisa. ¿No debería consultarlo antes con mi madre? —planteó Alicia recelosa.

—Seguramente, pero esos señores se encontraban reunidos aquí mismo conmigo cuando estalló el incendio. ¿Sabes lo difícil que es encontrar a alguien que quiera trabajar en agosto? Y trátame de tú, por favor, no somos desconocidos —rogó un tanto molesto.

Llamaron a la puerta principal y Teo salió a abrir: eran el arquitecto y el contratista. En ese momento Valvanuz salía de la biblioteca.

—Pasad todos a la sala —invitó Teo—. Oigamos qué nos cuentan estos señores —dijo a Valvanuz, a quien dejó pasar delante.

—El fuego ha sido sofocado a tiempo por lo que la estructura no ha sufrido —explicó el arquitecto—. Los daños son aparentes, excepto la puerta del balcón que deberá ser renovada en su totalidad. Les sugeriría una puerta metálica, no de madera. Y pintar. Por cierto, muy curiosa la decoración.

—He aquí a la artífice, —presentó Teo y señaló a Valvanuz.

—Muy original y juvenil, parece la casa de unos estudiantes —reiteró el arquitecto.

—Es una forma de camuflar la vetustez de los elementos constructivos —declaró Valvanuz, restándose importancia.

—Resumiendo —apremió Teo—: una puerta y repintar toda la casa.

—Y el suelo de la sala —añadió el contratista—. Está muy dañado en donde cayó la botella. Pero son pocos metros. Por ser clientes, mil por la pintura y colocación del suelo, aparte los materiales que ustedes escojan al precio que gusten. Y quinientos más si hay necesidad de albañilería en el balcón.

—Con tres mil, lo hacen —concretó el arquitecto.

—Obra que no podrán comenzar hasta que la policía lo permita —intervino Pedro desde la puerta.

—Es verdad —ratificó el contratista—. Nos han dicho que debemos esperar a que los técnicos de la policía terminen con la investigación.

—Se me hace tarde —advirtió el arquitecto—, si no se requiere nada más de mis servicios...

Teo los acompañó a la puerta, donde se despidió de ellos, y vio a Sole que cruzaba la calle corriendo.

—¡Vaya mañana! —exclamó la mujer sin resuello—. Ha llamado esta señora a Valvanuz. Aquí tiene los datos. Que la llame en cuanto pueda.

—Gracias. ¿Le importaría darnos de comer? —preguntó Teo con una sonrisa al tiempo que tomaba el papel de su mano.

—Si me lo dice así, no puedo negarme —respondió Sole zalamera.

Teo regresó con la nota al salón donde lo aguardaban.

—¿Vas a continuar los interrogatorios? —se dirigió a Pedro.

—Con María, que estaba en casa. Antes debo comunicaros que las probabilidades de que haya sido Ramón Gutiérrez han aumentado. Vuestra abuela ha declarado a los policías que la han visitado allí, en Madrid, que su hijo se halla de viaje por el norte.

—¿Quién es Teresa Roldán? —preguntó Teo a Valvanuz a la vez que le tendía el papel de Sole.

—Mi abogada. ¿Por qué? —respondió Valvanuz, tomando la nota.

—Está alojada en el hotel Ámsterdam, aquí, en Santander.

—Mientras María y yo hablamos, ¿por qué no vais a sacar vuestras cosas de la casa? Ya doy orden de que os dejen subir, aunque no podréis entrar en el salón para no estropear ninguna huella.

Según salían, Pedro le susurró a Teo:

—A las tres en la recepción del Ámsterdam, quiero entrevistarme con esa abogada antes que Valvanuz. Consigue el permiso y la cita.

Teo dejó las llaves a Pedro y salió con las demás hacia el callejón. Los mirones se habían dispersado al acercarse la hora de más calor y de la comida, sólo quedaban dos policías de guardia, quienes ya habían recibido el aviso de Pedro.

—He de subir con ustedes y asegurarme de que no entran en la sala —anunció uno de ellos precediéndolas.

—Yo os espero en el Chupi, he encargado la comida —comunicó Teo.

—Tengo que buscar un hotel para pasar la noche —comentó Valvanuz.

—Ya lo está haciendo él —se adelantó Alicia a Teo.

—Gracias, Teo. Estás en todo.

—Es un placer, aunque me hubiera gustado que hubieran sido otras las circunstancias.

Mientras Teo aguardaba con una caña entre las manos a que regresaran las mujeres con sus bártulos, María regresó y Francisco llamó.

No llevó mucho tiempo recoger la ropa y el neceser y meterlo de nuevo en las maletas, no eran muchas las pertenencias. Persistía la sensación de que acababan de instalarse tan sólo hacía unas horas. Dejaron sólo lo de invierno. El policía, un joven alto y bien parecido, les indicó que echasen

la llave, ya que ellos se irían en cuanto recibieran la orden y ya no quedaría nadie allí. Valvanuz no hacía más que preguntarse cómo pagaría todo eso pues ya debía a sus primos demasiado. Todavía no había llamado a Asun, quien estaría nerviosa por su ausencia y sin noticias. Entraron en el Chupi y dejaron las maletas en un rincón del fondo para que no estorbaran.

—No os preocupéis, es día de playa y no vendrá mucha gente —indicó Damián desde la barra—. El espectáculo ya terminó.

—¡Espaguetis de primero y unos huevos con patatas! —informó Sole desde la cocina de detrás de la barra.

Se sentaron todas en silencio, alicaídas, trastornadas por el desastre, y Valvanuz se sintió responsable del drama que estaban viviendo.

—Lamento mucho lo sucedido, pero saldremos adelante como sea —declaró Valvanuz—. Pero os aseguro que regresar a Madrid no entra en los planes.

—¡Por supuesto que no! —explotó Alicia—. Además, tú no tienes que disculparte de nada. Eso es lo que pretendía ese cabrón.

—No os hagáis ilusiones. Teo no ha encontrado habitación libre —informó María.

Todas se centraron en la persona de Teo, como si fuera el culpable del desaguisado.

—No os preocupéis —atajó Valvanuz—. Hablaré con Asun.

—Pero su casa es un apartamento para dos —objetó Blanca.

—Con buena voluntad se puede todo, y además, sólo serán unos días —rebatió Valvanuz.

—No será necesario que molestéis a tus primos —intervino Teo—. No es por presumir, pero me sobra casa. Llamaré a Rita para advertirle de la invasión.

—Por favor, Teo, nos las arreglaremos.

—Es una buena idea —aprobó Pedro a su espalda, quien había regresado—. Si se confirman las sospechas, será un sitio en el que ese individuo no podrá localizaros por la falta de relación. Estamos buscando por todos los hoteles de Cantabria.

—No creo que haya sido tan estúpido —comentó Teo—. Siéntate y come.

—Yo tampoco, pero no acostumbramos a descartar nada. No sabes las sorpresas que te llevas en algunas ocasiones —dijo Pedro tomando asiento entre Alicia y Blanca, quien se juntó más a su madre de la que no se despegaba.

—¿Cómo demostraréis que ha sido él? —cuestionó Alicia.

—Hemos recogido los restos de vidrio, igual hay huellas, y si me facilitaseis una foto de él, podremos interrogar a los vecinos. A lo mejor alguien lo reconoce.

Guardaron silencio, mirándose las unas a las otras. Valvanuz sintió la tragedia.

—No tenemos fotos de él.

—¿Ni siquiera de cuando las niñas eran pequeñas? ¿De la boda, quizá? —siguió indagando Pedro, extrañado ante el movimiento negativo de las mujeres.

—Será mejor que abandones esa idea —recomendó Teo.

—Aunque localizarais dónde ha dormido y no tuviera coartada, la acusación sólo depende de que se encuentre una huella ¿verdad? —insistió Alicia.

—Cariño, ¿por qué no dejas que la policía haga su trabajo —medió Valvanuz con la voz tensa, enfatizando las palabras—, y que sean ellos quienes resuelvan los problemas?

Alicia remitió en el ataque y se recostó en la silla con el ceño fruncido y sin dejar de mirar retadora a Pedro.

—Sé adónde quieres ir a parar y lo que sientes —contemporizó Pedro—. No es el primer caso ni será el último, por desgracia, por eso mismo me parece una buena idea la casa de Teo. Es

desconocida para él y, en el caso de que os siguiera, no estaréis solas. Es un edificio con portero y está Rita.

—Y mi perro guardián —añadió Teo serio.

—¿Cuál? ¿Esa bola peluda ácrata? Me ha comentado el entrenador que prefiere diez pastores alemanes a ese husky.

—Normal, pretende convertir un espíritu libre en un policía.

—¡Oye! ¿Qué tiene de malo ser policía? Al menos serviría para algo.

—No es un inútil. Es un cachorro todavía y es muy bueno en su medio —defendió Blanca.

—Al menos te ganas el dinero que te pago —le sonrió Teo.

—¿La tienes comprada para que te secunde? ¡Qué bajo has caído! —criticó Pedro.

—Esto es de locos, ¿qué estáis discutiendo ahora? —preguntó Alicia desesperada.

—¡Relájate, Alicia! —le pidió serio Teo—. Dime, ¿cómo te vas a tomar que un paciente se muera en tus manos? Si no sabes controlarte, ofrecer una vía de escape al estrés, mejor será que te retires de la enfermería. Los pacientes necesitan alivio, bromas en los momentos de dolor, ánimo, y no una enterradora recorriendo el pasillo. ¿Has oído hablar de la risoterapia? Nos hacemos una idea de lo que ha sido vuestra vida, intentamos ayudaros con vuestro problema y, porque hagamos unas bromas para aliviar el ambiente, no quiere decir que hayamos perdido el norte. ¿Qué crees que presenciaste el otro día en el barco? ¿Un montón de idiotas haciendo lo propio?

—El barco es nuestra vía de escape, descargamos las frustraciones, el cansancio; hacemos algo diferente, rompemos las reglas, y procuro que mis hijas lo aprendan también. Se eliminan las tensiones familiares —explicó Pedro—. El sábado es sagrado.

—Lo siento —atinó a decir Alicia, avergonzada por el inesperado rapapolvo de dos desconocidos.

—Escuchad: no estáis solas en esto. Llevará tiempo, no será fácil, pero lo conseguiremos —aseguró Teo—. Y vámonos, se hace tarde. Coged las maletas mientras pago a Sole y llamo a un taxi.

—Avisaré a Asun —recordó Valvanuz.

—Blanca tiene móvil —descubrió Teo ante la mirada atónita de Valvanuz.

—También deberías llamar a la abogada y darle libertad para hablar conmigo, por favor —rogó Pedro.

Cuando Teo salió del bar con Pedro, las chicas estaban subiendo el equipaje al taxi, un monovolumen con más asientos de los habituales, tal y como había exigido Teo por teléfono.

—En media hora están en el hotel —anunció Valvanuz—. Yo también voy.

—En tres cuartos de hora nos vemos allí —se despidió Pedro.

Llegaron a la casa y Teo pagó al taxista. Ayudó a Valvanuz con su maleta y las demás lo siguieron como si se trataran de refugiadas judías durante la segunda guerra: cabizbajas y en silencio. En el piso ya estaba Rita aguardándolos. Las presentó y distribuyó las habitaciones.

—La suite del fondo para las chicas —le indicó a Rita—, la de invitados para la madre. Chicas, la cocina, el salón y mi suite particular —señaló con las manos en varias direcciones.

—¿Qué es una suite? —preguntó Blanca.

—Un dormitorio con un saloncito-vestidor y un baño. Aunque la forma de expresarme se llama deformación profesional —dijo Teo—. Una de vosotras tendrá que dormir en la cama nido. Pasad al fondo.

Rita abrió la marcha y las muchachas la siguieron, Teo retuvo del brazo a Valvanuz.

—Tu habitación es ésta —le indicó la puerta de enfrente—. Estarás un poco más incómoda porque tu baño está fuera, al fondo del pasillo.

—Está bien —restó importancia Valvanuz cohibida—. Te agradezco de veras lo que estás haciendo por nosotras.

—Mientras se acomodan y recorren la casa, vamos con Pedro —apremió Teo.

—¿Por qué? ¿Qué tienes que ver tú en todo esto? —protestó Valvanuz—. Bastante te has involucrado como para seguir dándote la lata. Está siendo muy desagradable este incidente para mí. Es como si toda la ropa sucia se exhibiera públicamente.

—Pedro no dirá nada, hay una ética, lleva una investigación. Por mí no tienes que preocuparte —aseguró Teo—. Mi interés se centra en ayudaros y para eso quiero estar informado y conocer los detalles. Me gusta avanzar con los ojos abiertos cuando estoy metido en algo que alcanza un umbral tan dramático.

Valvanuz no protestó, de lo que dedujo que había ganado la mano, o que ya no le quedaban fuerzas para responder.

Santander, julio de 2011.

Teo aguardaba mientras Pedro y Valvanuz hablaban por el teléfono interno con la habitación de Teresa Roldán para solicitar la entrevista. Estaba impaciente por enterarse de todos los detalles. Las había metido en casa y él quería saber más del capullo con el que se había casado Valvanuz. ¿Qué hombre era capaz de incendiar una casa por venganza con el riesgo de quemar a sus hijas?

—Nos recibe en la habitación porque quiere que el marido esté presente y tienen dos niños pequeños a los que no pueden dejar solos —explicó Pedro.

—Perfecto. Espera, voy a hablar con Pilar, mi cuñada, para que nos mande una canguro. Los niños distraen.

—Bien pensado —aceptó Pedro.

Subieron a la habitación y, en cuanto llamaron con los nudillos, abrió la puerta un hombre de cuarenta y pocos años, alto y espigado, de aspecto jovial.

—Adelante, por favor, soy Diego, el marido de Teresa —se presentó.

Teo sujetó a Valvanuz por el codo y dejó que Pedro llevara la voz cantante con las presentaciones y el aviso de que una canguro vendría a hacerse cargo de los niños, por cortesía del hotel. Aguardaron a que los padres adecentaran a los niños para salir a la calle y a que la canguro, una de las camareras del restaurante, se los llevara a los jardines de la iglesia que se extendían frente al hotel.

—Estamos muy asustados porque la mujer que me atendió al teléfono me dijo que había habido un incendio en el piso de Valvanuz —comentó Teresa.

—No ha sido grave —comunicó Pedro—. Lo que nos trae aquí es la posibilidad de que haya sido el marido el autor.

—¡Ves! —saltó el marido—. ¡Ese sujeto es peligroso! ¡Y tú, jugando con fuego!

—Lo siento, lo siento —se disculpó la abogada compungida.

—Cálmense —pidió Pedro—. Quiero escuchar la historia desde el principio. ¿Cuándo acudió a usted Valvanuz por primera vez y por qué?

Tras un gesto de asentimiento de Valvanuz, Teresa relató fielmente la primera entrevista que mantuvo con su cliente y el estado de desasosiego en que llegó a su casa.

—La había violado hacía tan sólo dos días antes, tenía la cara todavía hinchada y le dolía un costado. No quiso, ni mal ni bien, acudir al hospital, y denunciarlo menos. En todo momento luchó por mantener a sus hijas al margen, aunque no lo consiguió. Alicia, bendita muchacha, se involucró de lleno. Era la única que no ignoraba lo que estaba ocurriendo. En cuanto Valvanuz presentó la demanda, tomó partido inmediatamente, organizó a las hermanas, permaneció junto al padre para informarme de todos sus movimientos, de lo que decía, de lo que planeaba, así me enteré anticipadamente de muchas cosas y conseguí tomarle la delantera.

Siguió hablando largamente de la amante, de las agresiones en el ascensor a su mujer y a ella misma, de la expulsión del trabajo de Valvanuz, del robo de la compra, de la amenaza sobre Blanca.

—Fue entonces cuando comprendimos que tenían que abandonar el edificio. Valvanuz llamó a una prima en Santander y decidió venir ella sola, de avanzadilla. Blanca se quedó con la hermana de mi marido para que no la localizase. Alicia y María continuaron con su padre, que incumplió todos los

acuerdos: lo único que obtuvieron fue el abono de las tasas académicas universitarias, por lo demás las tiranizaba, eran su servicio del hogar. Alicia planeó el cambio de matrícula de María, consiguió trabajo en el hospital, cuidando enfermos por las noches, para conseguir los pasajes de autobús y la comida del camino.

—¿Qué ocurrirá cuando Alicia regrese a Madrid? —se interesó Teo interrumpiéndola.

—Se queda en casa de mi cuñada, ya lo hemos arreglado; pero si el padre quiere localizarla sólo tiene que acudir a la Escuela de Enfermería. De hecho, contrató a un detective para encontrar a Blanca.

—De ahí el cambio de pelo —confirmó Teo, satisfecho porque iba descubriendo las incógnitas que se le habían planteado.

—De manera que usted también está amenazada —resumió Pedro—. ¿Cómo una mujer de su experiencia ha permitido que su cliente llegase a esta situación?

—Entiendo que para ustedes sea incomprensible, como lo es para mi marido. Fue un momento de debilidad, de incredulidad, un pequeño error que se transforma en catástrofe. Mi error fue no llevarla a un hospital, donde se hubiera visto obligada a declarar, porque atendí a sus ruegos, porque la justicia es muy lenta, porque conozco los procesos y la impotencia y el desamparo en el que te dejan. No sé, las razones son muchas, aunque ninguna es excusa. No hice lo que debía hacer y me lo reprocho todos los días, desde que me levanto hasta que me acuesto. He puesto a mi propia familia en peligro.

—Y ahora que la policía está al corriente ¿qué van a hacer? —indagó el marido, y el propio Teo se sumó silenciosamente al gran interrogante y se volvió a su amigo.

—Seguir con la investigación y rezar para que se encuentre una prueba de su autoría con la que empapelarlo. Pero eso no es lo que usted pregunta. Nada, su mujer tiene razón, nosotros no podemos actuar sin una orden judicial. La denuncia de su mujer es endeble, casi queda archivada como un incidente entre vecinos, amenazas de esas hay muchas, incluso en las reuniones de propietarios. La responsabilidad de dejar evidencias contra ese hombre era de Valvanuz y no lo hizo.

Teo observó por el rabillo del ojo que Valvanuz permanecía silenciosa y con la vista clavada en el suelo, alargó la mano y cogió las de Valvanuz, que se retorcían en el regazo, en un intento de infundirle confianza, apoyo, comprensión.

—Le ocurrió lo mismo que a mí —defendió Teresa—. Al principio parecen disputas de matrimonio, exigencias más o menos egoístas, a las que ella cedió por las niñas. Ése fue su primer error. Nunca creyó que llegaría a lo que llegó, eso les pasa a otras; le falló su intuición y se dio cuenta tarde de la equivocación. Luego te paraliza la edad, el dinero, los hijos. Valvanuz conservaba la esperanza de que no sería peor. Por lo visto, lo ha sido; ha llegado hasta aquí.

Tras las palabras de Teresa, el silencio se adueñó de la habitación. Los tres hombres estaban sumergidos en sus reflexiones. Teo se sintió desbordado por la amarga revelación y defraudado por la contestación de su amigo. ¿No había amparo para esas mujeres? Recordó las noticias sobre asesinatos cometidos por los maridos o ex parejas, algunos de ellos delante de los hijos. Nunca había prestado mucha atención porque le parecía lejano, propio de dementes o, en algunas ocasiones, los excusaba con el convencimiento de que ellas mismas los habían vuelto locos con su mala baba; porque haberlas, las había. Pero, aun así, nadie merecía ese final tan trágico y mortal. Valvanuz, aunque la conocía poco, no era así, era un alma cándida: ¿soy todavía virgen?, no podía olvidarlo, no se cambia tanto. Apretó las menudas manos que abrigaba con la suya, grande y fuerte.

—Me alegro de que haya encontrado apoyo y buenos amigos aquí —rompió el silencio Teresa, dirigiéndose a Teo.

—Sí, por supuesto —acertó a decir Teo confuso—, aunque no crea que ella lo pone fácil.

—No te sientas culpable por todo esto, Valvanuz, las dos fuimos unas inconscientes o unas ingenuas al no sospechar hasta dónde podía complicarse la situación.

—Me parece estar viviendo la vida de otra, todo es tan irreal —manifestó Valvanuz con voz desmayada.

Pedro les pidió los datos personales y facilitó al matrimonio, a su vez, el teléfono de la policía, donde podrían localizarle en caso de que sucediera algo más, aunque fuera en Madrid. Salieron a la calle sobre las ocho de la tarde y ya estaban las terrazas llenas de veraneantes: los jóvenes con la ropa de playa y las bolsas; la gente mayor, vestida de tarde. Se pasearon por los bajos del Casino y esquivaron la cola de la heladería La Italiana.

—Tengo la sensación de haber vivido una pesadilla, de que no es real lo que he oído al ver el día tan maravilloso que hace y a los padres pendientes de sus hijos —manifestó Teo.

—Esa sensación me invade casi a diario, cuando salgo de trabajar. Vivo en dos mundos diferentes, paralelos, y, cuando se tocan, saltan chispas. Creí que algo similar te ocurriría a ti en el hospital: también presenciáis dramas para dar y tomar.

—Es cierto, pero hay mucho de superación y valentía. No todo el mundo sucumbe ante el dolor y la enfermedad.

—Valvanuz es una heroína, y no digamos la hija, Alicia, una espía al más puro estilo de la Guerra Fría —añadió Pedro, riéndose en un intento de animar a Valvanuz.

—¿Queréis un helado? —ofreció Teo.

—Preferiría regresar con las niñas, estoy preocupada —manifestó Valvanuz—. Pero vosotros seguid con vuestra vida, luego nos vemos —le dijo a Teo y enfiló hacia Reina Victoria.

—Yo sí te acepto el helado. Hace calor —se apuntó Pedro.

—Juzgué mal a Alicia este mediodía durante la comida —se lamentó Teo, ya sentado en un banco a la sombra con un granizado.

—No. Se lo merecía, tiene que aprender a controlarse. Educar es duro.

—Yo no soy su padre.

—Pues ve ensayando.

—¿Qué insinúas? No hay nada entre Valvanuz y yo.

—Sin embargo, te has prestado a representar el papel rápidamente.

—Están solas —arguyó.

—Y solas han llegado hasta aquí —rebatió Pedro.

—Con ayuda de la abogada y de la prima, ¡vaya pareja! —se sonrió Teo.

—Entonces, no están solas. Cuando despejes tu mente, me lo cuentas. He de irme —se despidió Pedro, arrugó el papel del cucurucho y lo tiró en una papelera.

Teo regresó a casa con su paso alargado y sereno. Durante esa semana había bajado a la playa a correr a las ocho de la mañana. Notaba el beneficio del ejercicio en que se cansaba menos, los músculos respondían mejor a cualquier esfuerzo, y sobre todo, quién lo iba decir, psicológicamente: era absurdo, pero se sentía otro. El encuentro con Valvanuz lo había hecho rejuvenecer, recordar aquella vida, otra filosofía ya olvidada; y sus hijas habían despertado en él algo dormido que no conseguía identificar. El viento había rolado y apuntaba a sur de nuevo. Las nubes pronto se teñirían de tonos rosáceos y sol descendería, incandescente, hacia su cuna algodonosa. Entró en casa por la cocina, como acostumbraba, y la encontró a oscuras, como siempre, y la casa en silencio, como era lo usual, sólo que ahora tenía compañía, ¿habrían salido? Seguramente habrían olvidado algo en la casa de Los Castros. Se dirigió a su cuarto y se descalzó. Entonces las oyó, a través de la ventana

abierta que daba a la terraza del salón.

—Pues no entiendo nada —decía Alicia—. Si los abuelos eran los panaderos del barrio y sólo erais conocidos ¿por qué se toma tantas molestias?

—Porque siempre lo ha hecho, él es así —respondió Valvanuz—. Regresaba un día andando por Reina Victoria y unos chicos, ebrios, se metieron conmigo. —Teo la oyó reírse—. Paró su moto y me riñó como si fuera mi hermano mayor para sacarme del aprieto y me llevó a casa. Fue fantástico. Nunca había montado en moto y sentir su cuerpo...

—¡Mamá! —le cortó Alicia—. ¿Te gustaba? Pero si es muy feo y llama la atención a cien leguas.

—No es para tanto —rechazó Valvanuz—, y en cuanto lo tratas un poco, se te olvida. Desde aquel día se convirtió en mi caballero andante y todas mis amigas lo perseguían haciéndose las encontradizas con él, muertas de envidia por la suerte que yo había tenido.

—Estabais locas o muy necesitadas. De hecho, sigue soltero a pesar de cómo vive —estableció la mente analítica de Alicia.

—A mí me gusta mucho, me parece muy simpático —se solidarizó Blanca con la madre.

—Ni lo uno ni lo otro. Teo era un reto. Él conseguía todo lo que quería, pero ninguna lo tuvo a él.

—¿Eso es todo lo que hubo entre vosotros? Si te gustaba, ¿por qué no lo intentaste?

—No tenía objeto, yo no era nadie y sólo habría conseguido hacerme daño a mí misma. El amor es algo muy serio que no se coge y se deja en cualquier esquina.

—¿Podrías definirlo? Sin tonterías poéticas —exigió Alicia.

—No, porque es abstracto. Te puedo describir como lo siento yo: algo muy positivo que colma tu autoestima y cuelga una sonrisa permanente en tu cara, es generoso, carece de doblez y, cuando no es correspondido ni alimentado, duerme silencioso, de ahí que los poetas lo comparen con los rescoldos del fuego, al resguardo de las miradas ajenas y de la propia, pero nunca cae en el olvido, queda como un recuerdo dulce que te arrulla en los momentos más negros.

Teo había escuchado ya bastante, volvió a ponerse los zapatos y salió del dormitorio sigilosamente y, en el vestíbulo, abrió y cerró la puerta del descansillo con un golpe.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó en voz alta.

—¡En la terraza! —gritó Blanca saliéndole al encuentro—. ¡Qué vistas tienes! Vives en un sitio muy bonito. Nuestra suite es una pasada.

Teo rió con ganas ante la vehemencia de la chiquilla y la siguió hasta allí.

—¡Cómo! ¿Disfrutando de las vistas mano sobre mano y a palo seco?

—La cena la ha hecho Rita y no conocemos tus costumbres. Si nos das alguna pista, el próximo día estará todo como deseas —se disculpó Valvanuz.

—Perfecto, ya que eres tan obediente, la próxima vez que te sientes a contemplar el paisaje espero que lo hagas con un plato de queso o de jamón y una jarra de cerveza en la mano. Mi nevera está bien surtida en pijadillas de ese tipo —espetó sarcástico.

—Te agradezco que nos alojes, pero no vamos a asaltar tu cocina —repuso Valvanuz molesta.

—Tú decides. En castigo a tu poca colaboración, me has obligado a invitaros a tomar un vino y un pincho en la calle. En cinco minutos os quiero preparadas en la puerta. ¿Dónde está María?

—Se fue a trabajar a la caseta —informó Blanca, mientras salía escopetada a su cuarto.

—¡Qué poca cabeza tenéis! —suspiró Teo. Sacó el móvil y marcó el número de Francisco.

—¿Francisco?, soy yo. Vale, vale, ya te contaré. Oye, procura que María venga en taxi a casa. No debe ir sola a ninguna parte y, si apareciera su padre, que no se acerque a ella y avisa a Pedro. Okey.

Madrid, agosto de 2011.

Ramón entró las maletas en el oscuro, caluroso y silencioso piso. En ningún momento se le ocurrió que llegaría a encontrarse en semejante situación. Tenía una familia que debía estar allí para recibirlo, para darle de cenar, para hablar. Lo único que le reconfortaba era que pronto regresarían, derrotadas y a su disposición, reconociendo el error de haberlo abandonado. No escuchó a su madre, había sido blando con ellas, las había dejado instruirse y había permitido que se revolvieran contra él, a traición, mientras estaba en Francia con esa zorra desagradecida. ¡Qué diferencia con Amparo! Se deshacía en agradecimiento por las atenciones que le había mostrado, aunque era bastante ñoña en la cama; carecía del remango y la soltura de la zorra, pero ya aprendería.

Ahora llegaba lo peor: había que deshacer el equipaje, hacer la cena, lavar y planchar todo lo que había traído. Tuvo una idea, se lanzó sobre las llaves y salió al descansillo. Subió a casa de su madre y llamó. Abrió la filipina, que ya se había incorporado a sus obligaciones.

—¿Qué está haciendo mi madre?

—Viendo la televisión, señor.

—Perfecto. No la echará de menos durante un rato. Venga conmigo —le ordenó.

Bajó con ella, le encomendó las maletas y que subiera la ropa sucia y se la bajara lavada y planchada al día siguiente.

—Señor, mi trabajo es la señora —objetó la filipina.

—Escucha, inmigrante de mierda, el país se va a pique, si te pongo de patitas en la calle ¿qué harás? Yo encontraré cincuenta como tú.

Ramón ocultó su satisfacción cuando vio que la mujer se plegaba a su petición sin rechistar.

—Y a mi madre ni una palabra, si no quieres algún hueso roto. ¿Entendido?

La mujer asintió temerosa y Ramón la dejó para abrir las ventanas de toda la casa y dejar correr el aire. En cuanto la mujer abandonó el piso con la ropa sucia, se duchó para salir a cenar.

La sorpresa se la llevó al día siguiente, en su oficina, cuando se le personaron dos agentes de policía. Los pasó al despacho y cerró la puerta para que los empleados no se enterasen de lo que ocurría. Tras identificarse como Ramón Gutiérrez, los agentes comenzaron un interrogatorio en toda regla. Él contestó la verdad, consciente de que interrogarían a Amparo, de que comprobarían todo lo que había dicho: que se habían alojado en el Monasterio de San Zoilo, en Palencia, que se habían desplazado a Santander para disfrutar de un día de playa, que no recordaba el día pues en vacaciones uno perdía la noción del tiempo, alegó con una sonrisa. Las puntualizaciones se las dejaba a Amparo para que parecieran más convincentes, porque en ella estaba su coartada perfecta, su jugada maestra: la policía podría sospechar, pero nunca demostrar. Ramón a su vez exigió conocer las razones de semejantes preguntas que interferían en su vida, y ahí no tuvo que fingir. Cuando se enteró de que María se encontraba en el interior del piso, se quedó blanco y anonadado. Recordó el acecho, agazapado en uno de los callejones, las vio salir, eran tres, con las largas melenas. Él se cobijó en el callejón que estaba abierto a la calle de La Braña para que no lo vieran, pero ellas se dirigieron hacia las escaleras de Los Castros. ¿Las vio?, ¿las reconoció? No, una de ellas, evidentemente, no era María; pero no se dio cuenta, le corría prisa, si tardaba demasiado Amparo recordaría la ausencia. Él no pretendía hacer daño a las chicas, sólo quemar la casa; y eso, por lo visto, tampoco

lo había logrado, después de la cuidadosa puesta en escena, por un pequeño error. Quedó tan trastornado que los policías dieron por concluida la pesquisa.

Durante el resto de la mañana, no pudo concentrarse en el trabajo, rememorando la escena del callejón. Exasperado por su estupidez, decidió dejar de lamentarse por lo que ya no tenía remedio. Lo importante era que ellas no volverían, recuperarían el piso, continuarían allí, al menos Alicia y María hasta que empezasen el curso. ¿Y luego? ¿Se atreverían a cruzar el umbral de su puerta o habrían dispuesto de otro alojamiento? Esto último parecía lo más factible ya que no habían dejado ninguna pertenencia en casa. Esta vez no confiaría en detectives sacaperras, se encargaría él mismo de dar con ellas en la facultad. Mientras tanto, pondría en marcha otro plan para obligar a Valvanuz a regresar, no la dejaría marchar como si cualquier cosa. Cuando se reunieran de nuevo en casa, las normas cambiarían para que no hubiera más escapadas como aquella aunque, bien mirado, la que había iniciado el terremoto en su vida había sido Valvanuz y sería la que pagaría por ello. Escarmentada la tropa en el capitán, no volvería a repetirse la deserción.

Santander, agosto de 2011.

La semana de vacaciones había terminado y, por primera vez en su vida, Teo acusó la desazón de reiniciar la actividad. En otras ocasiones estaba ansioso y aburrido de vagar sin nada que hacer, sin embargo, ahora las chicas, sobre todo Blanca, habían llenado ese vacío. Eran las seis de la mañana y le costó levantarse. A las ocho operaba. Entró en el baño y recordó que había prometido a Alicia llevarla con él. Se envolvió en una toalla y se dirigió a la habitación de las chicas, abrió sigilosamente la puerta y descubrió a Blanca en la cama nido: era la ley del mayor sobre el menor. Desde que se habían acomodado no había entrado allí y había algo que no le cuadraba. Oyó la ducha del baño y se fijó en la cama vacía: Alicia se había levantado. Retrocedió a la puerta y entonces cayó en la cuenta: todo estaba en perfecto orden, la ropa colgada, los zapatos recogidos; eso no era propio de unas jóvenes despreocupadas, demasiado celo en todo.

Terminó de arreglarse y encontró a Alicia desayunando en la cocina, con el eterno vaquero, unas playeras de tela y una camiseta.

—Buenos días —deseó Teo.

—Buenos días. No sé lo que desayunas, dime y te lo preparo —se ofreció servicial Alicia.

—¿Ves esto? —preguntó Teo y le mostró las manos. Ella asintió extrañada—. No soy manco, luego puedo prepararme mi desayuno; es más, llevo años haciéndolo. Siéntate y apura el tuyo tranquilamente.

Salieron en el Mercedes, clase A automático, y por el camino le hizo una serie de recomendaciones, le habló de su equipo en el quirófano: Nuria, la enfermera más veterana, se encargaría de ella y no debía despegarse de su lado.

Alicia ya había estado en otros hospitales realizando prácticas, pero era la primera vez que entraba junto a un personaje reputado. Nadie pasaba a su lado sin dedicarle un saludo o unas palabras a las que Teo respondía con alguna broma o una sonrisa. Los médicos que ella había conocido, aunque amables y atentos, respondían a un patrón de seriedad propio de la profesión que Teo ignoraba por completo.

Llevó a cabo dos operaciones y, después de vestirse, Teo le llevó una bata blanca prestada y subieron a la planta. Teo sacó del bolsillo de su inmaculada bata una gorra de visera amarilla con la palabra «¡enamócciate!».

—Vamos a realizar la ronda —invitó con su eterna sonrisa.

La visera fue objeto de bromas, preguntas, recomendaciones y debates sobre el amor y los libros del italiano que tanto estaban dando que hablar entre los pacientes más jóvenes. Lejos de sentirse avergonzado, Teo rebatía a todos, los hacía reír y dejaba las habitaciones satisfecho por la polémica que suscitaba.

—Hoy toca Moccia —explicó una de las enfermeras a Alicia—. Cuando hay partido tiene varias, según quien juegue, y no hablemos en época de elecciones... pero consigue lo que se propone. Los pacientes esperan la aparición del doctor Van Der Voost para pasar un buen rato.

—Ya lo creo —ratificó una auxiliar de planta—. Se le ha echado de menos la semana pasada. Un paciente amenazó con demandarnos si no le atendía el cirujano que lo había operado, y sólo para disfrutar de un rato de compañía divertida.

Teo terminó la ronda sobre las dos, dejaron las batas y la llevó a comer algo rápido: él una ensalada y ella un sándwich. Teo atendió una llamada perdida de Pedro y se la quedó mirando.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alicia alarmada.

—No. Pedro se acercará esta noche a casa. Alicia sé que me consideras un payaso...

—Eso no es cierto —le cortó avergonzada—. Eres un profesional en el quirófano y la gente te respeta.

—Pues me miras como si tuviera la palabra enemigo tatuada en la frente.

—No sé por qué nos ayudas.

—Bien. Esta noche te responderé. Ahora se nos hace tarde.

Bajaron al aparcamiento a coger el coche.

—¿A dónde vamos ahora?

—Opero a las tres y media en Mompía —contestó Teo lacónicamente.

Cuando Valvanuz se levantó, Teo y Alicia ya se habían ido. Hizo la cama con las sábanas de lienzo empresarial para hoteles. Teo había designado las habitaciones como suites, y no andaba muy desencaminado, porque toda la casa parecía sacada de un hotel. ¿Quién se la habría decorado? ¿Uno de los proveedores de los hoteles? Lo único personal que había descubierto eran los cuadros y las fotos que colgaban de las paredes. Los muebles, la vajilla y la ropa de la casa podías encontrarlos en cualquier establecimiento público. Por lo poco que había visto en la casa de los padres, pues la visita se había limitado al salón y a la biblioteca, donde la había interrogado Pedro, había deducido erróneamente que la casa de Teo sería lujosa y no tan funcional. La encontraba demasiado impersonal para alguien tan especial, tan singular, tan sensible, tan carismático. En contrapartida, era amplia, cómoda, luminosa, la habitación de las niñas era un sueño con el saloncito privado. Desayunó y fregó todo lo que habían dejado Teo y Alicia. Su hija, la tarde anterior, la había obligado a reflexionar sobre su relación con Teo. Alicia era muy intuitiva y se dedicó a hurgar en los recuerdos, y llevaba razón, Valvanuz conservaba un lazo más estrecho con el pasado por una razón secreta; pero Teo, no. ¿Por qué se había involucrado tanto? No le cabía en la cabeza una finalidad tan baja como la que insinuaba su hija, pero tampoco convencía la teoría del conocimiento que ella misma había expuesto o la posibilidad de que él sintiera realmente un interés por ella o una pasión. Mujeres más vistosas y preparadas habrían entrado en su cama. A ella le venía bien esa ayuda, esa supuesta generosidad desinteresada; escondía la cabeza bajo el ala y dejaba hacer aunque desconociera el final del camino, no quedaba alternativa.

Llegó al restaurante, se cambió y se entregó al trabajo hasta que llegó Asun, que entraba dos horas más tarde que ella.

—Ayer Paco se dio una vuelta por tu casa mientras hacía tiempo para recogerme. Han comenzado a limpiar el piso. Calcula que en ocho o diez días esté terminado. Oye, no quiero que te molestes, ya sé que eres mayorcita, pero comprenderás que me preocupe por ti. ¿Por qué es tan amable contigo el doctor?

—¿Eres tú sola la que se lo pregunta?

—Bueno, esto no es Madrid —respondió Asun, meneando la cabeza—. Las murmuraciones ya han empezado.

—Si el asunto es grave, avísame —rogó Valvanuz—. Y, sinceramente, no lo sé. Te puedo asegurar que no me ha pedido nada a cambio, ni he mantenido relaciones con él ni cualquier cosa por el estilo. Yo misma me planteo esa pregunta.

—¿Y no le has preguntado?

—Sí. Me dijo que no iba a dejarme en la calle y en manos de ese loco. Su amigo el comisario me convenció de que era buena idea mientras investigaban: estaríamos en un lugar que Ramón no encontraría por la falta de vínculos, además de protegidas.

—Gracias. Difundiré esa razón a quien la quiera oír, lo del comisario suena bien —concluyó aliviada Asun, y se internó en la cocina.

Teo regresó a media tarde con Alicia y encontraron a Blanca y a Lidia que charlaban en la terraza. Teo se excusó para tomar una ducha y cambiarse. Cuando volvió a asomarse, Valvanuz había llegado y se encontró un pequeño ágape preparado en la mesa de la terraza.

—¿Vas a tomar una cerveza? —preguntó solícita Blanca.

—No, no tomo nada entre horas si puedo evitarlo —rechazó Teo.

—Pero lo hemos preparado por ti, como ayer te enfadaste... —se quejó la chiquilla.

—Era por vosotras. Me parece bien que lo disfrutéis. ¿Qué vais a beber? Yo os lo traigo.

Sonó un timbre y Teo se encaminó hacia la cocina, donde chocó con Alicia que salía.

—Suena un timbre —informó la muchacha—. ¿Qué hago?

—¿Abrir, por ejemplo? ¿Qué haces en tu casa? —planteó Teo.

—Esta no es mi casa —puntualizó Alicia molesta.

—Durante estos días, lo es —contestó Teo, miró la pantalla y abrió—. Es Francisco, mi hermano. He cambiado de opinión, voy a tomar una cerveza 0,0. La familia a palo seco es difícil de digerir —comentó Teo y cogió un botellín del frigorífico.

Intuía la razón de la presencia de Francisco: era la avanzadilla de la familia. Lo utilizaban a él porque lo respetaba y no lo mandaba a freír espárragos.

—Ábrele tú y lo envías a la terraza, con una cerveza en la mano a ser posible.

Teo se reunió con las demás y, en lugar de sentarse, aguardó de pie la aparición de su hermano seguido de Alicia.

—Buenas tardes. Creí que María, la chica que me enviaste, era una belleza hasta que otra me abrió la puerta. Te conozco —dijo dirigiéndose a Valvanuz—, pero no recuerdo tu nombre.

Teo hizo las presentaciones y se cruzaron las frases de cortesía habituales. Después se hizo el silencio. Teo permaneció impasible, dispuesto a no ayudar a Francisco a salir del apuro; sin embargo, su hermano, que lo conocía bien, lo miró fijamente al tiempo que una sonrisa se iba acentuando para terminar en una sonora carcajada que Teo coreó, incontenible, ante la atónita mirada de las mujeres.

—¿Quién ha sido esta vez? —preguntó Teo mientras se secaba las lágrimas con el antebrazo desnudo.

—David —respondió Francisco, haciendo lo mismo— y, para ser sinceros, me he prestado sin pensármelo dos veces. Y Pilar me ha apremiado. Ya sabes que a mí me importa un comino, pero la curiosidad era muy fuerte: tantas llamadas, tantos favores a deshora, la chica... Esto es un pueblo.

—Habláis de nosotras —intervino Valvanuz—. Te estamos poniendo en un aprieto, Teo.

—En absoluto —negó Teo—. En todo caso será tu reputación la que no salga muy bien parada.

—A mi edad, mi reputación me importa muy poco —replicó Valvanuz—. Lo que sentiría es causarte algún trastorno.

—No te preocupes, en cuanto la casa esté reparada y te hayas marchado, las aguas volverán a su cauce. Y que conste que no tengo ninguna prisa, me lo estoy pasando muy bien.

—¿Cómo ha sido lo del fuego? Corren rumores muy novelescos —se interesó Francisco.

—Pedro lo está investigando. Fue provocado y el principal sospechoso es el ex marido —informó

más serio Teo—, pero no lo difundas, no hay nada resuelto.

—Vaya, lo siento, Valvanuz. Ahora entiendo tu celo con la chica, Teo. Procuraré que no regrese sola de madrugada, aunque hoy es el último día. Con todo el trabajo de la oficina me quedo hasta tarde, así que yo mismo la acercaré en un momento.

—¿Cómo lo llevas? —se interesó Teo.

—Como puedo. Tengo a David en el cogote urgiéndome, y estamos en plena temporada con un movimiento importante de facturas todos los días y no puedo aumentar el personal. Aunque tú nos hayas concedido dos años de respiro, está lo de Juan.

—Y si te ofrezco una becaria —planteó Teo.

—¿Tendría que pagarla? —inquirió Francisco receloso.

—No. Es una buena beca de la Fundación del doctor Van Der Voost.

—Hecho. Me viene de perlas una ayuda —aceptó alegremente Francisco—. ¿Quién es la afortunada?

—La chica que vas a traer esta noche. Estudia Dirección de Empresas.

—¿Estás loco? ¿Quieres que trabaje codo con codo con un monumento? —Y luego cayendo en la cuenta, se volvió a Valvanuz—. Perdona, tu hija es encantadora, pero pretendo conservar mi matrimonio.

—Has aceptado. Pilar es cuenta mía —resolvió Teo—. Tú déjame a mí y ya verás que dulce la tienes todo el verano.

Sonó el timbre de la puerta de abajo y Alicia salió disparada a abrir. Teo supuso que sería Pedro pero, en cuanto oyó la voz de su hermana Amelia, fijó unos ojos acerados en Francisco, quien se encogió de hombros.

—A mí no me mires, no estaba en el guión —se desentendió su hermano.

Amelia se presentó pisando fuerte y con el ceño fruncido. Pasó revista a los presentes y se detuvo en Valvanuz.

—Así que es cierto —aseveró—. ¿Has perdido el juicio? Estás desconocido, Teo.

Teo se separó de la barandilla de la terraza en la que se apoyaba y avanzó un paso.

—Estoy en mi juicio, la que ha perdido los modales eres tú.

—Me da igual lo que hagas con discreción, pero si arrastras el nombre de la familia es de mi incumbencia —espetó Amelia airada.

Teo sintió que le tiraba la camisa y descubrió a Blanca junto a él, aferrada, igual que lo había hecho el día del incendio con su madre. Amelia la había asustado, ¿o era algo más familiar? ¿Su madre cuando recibía una bronca de su padre? Decidió presentar la batalla de otra forma.

—No te confundas, para eso tus hijos se apañan bastante bien ¿no crees? —rebatía en un tono normal y con una sonrisa.

—No desvíes mi atención. Te exijo...

—¿Me exiges? —interrumpió Teo, riéndose con exageración—. Esta si que es buena, Francisco. ¿Recuerdas? Hace unos meses encargaba una lápida porque estaba decrepito y ahora, de un momento a otro, sacará un chupete y un pañal del bolso para envolverme con él. Amelia, yo creo que la única loca de la reunión eres tú. Has confundido a tu hermano mayor con uno de tus hijos ¿o con tu marido? ¿Le pones el pañal a él también?

Francisco no pudo contenerse y rompió a reír.

—Sois tal para cual —escupió Amelia, roja de ira—. Si sigues a este libertino acabarás como él: gordo y solo.

—Gracias, Amelia, ignoraba cuál era tu problema y me lo acabas de desvelar —dijo Teo más

sereno—. Ya conoces mi casa cada vez que quieras vomitar tus frustraciones.

—Tú qué sabrás —respondió despectivamente, y se fue sin despedirse con un portazo.

Teo cogió la mano de Blanca, la desasió de su camisa y se la apretó con cariño.

—¿No tendrías miedo de que esa hidra de dos cabezas me matara? ¿Verdad?

—Después de este circo, me voy. Ha merecido la pena escaparme un rato para presenciarlo —dijo Francisco, llorando de risa todavía.

—Corre, Judas, a contárselo a David —le exhortó Teo.

—No te quepa duda. Va a lamentar no haberlo presenciado. ¿Cómo era? ¿Un día la lápida y otro el pañal? Eres genial, Teo. Adiós a todos. Encantado Valvanuz, y no te preocupes por Amelia. Como has podido comprobar, no está en sus cabales.

Francisco salió y un móvil sonó. Lidia sacó el suyo y atendió la llamada.

—Era mi madre. En cinco minutos pasa a recogerme. Han cerrado la joyería, ya son las ocho y media. ¿Puedo contar esto en casa?

—Por supuesto, Lidia, siempre y cuando lo hagas bien —advirtió Teo.

—Intentaré emularte —prometió la chiquilla.

—Ve a despedirla —susurró a Blanca—. Si la hidra regresa, procuraré torturarla con mi humor.

Alicia las acompañó y dejó solos a Valvanuz y a Teo.

—Ha sido una mala idea —planteó Valvanuz—. En aquel momento estaba tan confundida que no calibré las consecuencias.

—No hagas un drama, por Dios. Amelia ha perdido los estribos desde que se ha deshecho la empresa familiar, aunque eso no la disculpa. Mira a Francisco lo que le ha importado. Es la segunda bronca que tenemos y en la otra no recuerdo que estuvieras presente.

Teo, de frente a la puerta del salón, vio regresar a las chicas con Pedro, quien traía una jarra de cerveza en la mano. Alicia forzó una sonrisa y con una mano señaló la jarra e hizo una inclinación de cabeza, como diciendo: deseos cumplidos.

—Así me gusta, generosidad con mis invitados —confirmó Teo.

—Será mejor que nos sentemos todos —invitó Pedro.

Teo intuyó que no eran buenas noticias por lo que se sentó en la silla doble de mimbre y llamó a Blanca para que se sentara junto a él.

—Si vuelve la hidra, nos atrincheramos detrás y le echamos a Pedro, que tiene pistola.

Blanca le sonrió más tranquila y se estrechó contra él. Teo le rodeó los hombros con un brazo para infundirle calor y seguridad.

—¿Quién es la hidra? —indagó Pedro desorientado.

—Amelia, la hidra de dos cabezas que nos amenaza con su furia —declaró Teo impostando la voz.

—¿Ha estado aquí Amelia? ¿Habéis discutido otra vez?

—Sí, y el personal se ha quedado sobrecogido. Estaban también Lidia y Francisco.

—La tiene tramada contigo. Bueno, vayamos al grano. Tu marido, Valvanuz, ha estado alojado en el San Zoilo de Palencia y el día de autos se encontraba en la segunda playa del Sardinero con su nueva amiga, una tal Amparo, cuyo testimonio no es fiable porque trabaja para él, en su propia oficina. De todas maneras, ha testificado que no se separaron ni un instante y que el tal Ramón no abandonó la playa sin ella. Por otro lado, los dos policías que lo interrogaron me aseguraron que el sospechoso pareció verdaderamente alarmado ante la posibilidad de que a María le hubiera sucedido algo. Intenté que diferenciasen entre sorprendido y alarmado, pero no supieron.

—¿Por qué es importante la diferencia? —preguntó Alicia.

—Erais cuatro esa mañana en el piso y lo dejasteis tres. Igual él esperó a que quedara libre, antes

de perpetrar el atentado. Judicialmente, hay una diferencia.

—¿Entonces? —se sumó Valvanuz.

—Estoy prácticamente seguro de que fue él. No creo en las coincidencias, y son muchas; pero no se puede acusar a nadie sin pruebas. Tampoco había huellas en el vidrio.

Teo sintió cómo Blanca se apretaba más contra él y le acarició la cabeza para tranquilizarla.

—No puedo tomar medidas sin la orden de un juez —explicó Pedro—, pero en cuanto notéis algo sospechoso o lo veáis rondar por aquí, llamadme, no lo dudéis. Personalmente, no creo que se mueva en una temporada porque sabe que estamos sobre aviso. El hecho de que se haya guardado las espaldas demuestra que sí le importa caer en manos de la justicia. No actúa alocadamente, como los asesinos que veis en televisión, ni creo que las chicas corran peligro por cómo reaccionó ante la noticia. Lo que más me duele de todo este asunto es que tenga que daros la razón a las mujeres: las formas y las leyes nos atan de pies y manos y ofrecemos una imagen de ineficacia un tanto desesperante. He de irme, hemos quedado con mis cuñados y Rosa no me perdonaría que llegase tarde. Gracias por la cerveza.

Cuando Pedro abandonó la terraza, dejó un halo de desesperación. Alicia miraba el horizonte sin verlo, Valvanuz se concentraba en el suelo y Blanca... lo miraba a él, como si fuera un ilusionista, y esperaba el momento de magia. Intentó no defraudarla.

—Hice una promesa a Alicia este mediodía. Acompañadme al ordenador.

—¿Qué promesa? —se interesó Valvanuz.

—Quiere saber lo mismo que tú: por qué os ayudo. Como ninguna de mis respuestas os satisface, os mostraré unas imágenes. Coged unas sillas y sentaos alrededor.

Teo entró en el ordenador, abrió una carpeta en la que archivaba fotos, las adaptó al tamaño de la pantalla y las fue pasando sin mediar palabra.

—¿De qué ibas disfrazado? —preguntó Blanca.

—No es un disfraz, ni están trucadas, son reales. He llegado a pesar ciento cuarenta y ocho kilos —comunicó sin dejar de pasar fotos.

—¡Es increíble! —exclamó en un suspiro Alicia—. Pero no entiendo qué tiene que ver esto con nosotras.

—Recuerda las palabras de Amelia: gordo y solo. Mi hermano David pensó lo mismo y se inventó una historia para endosarme un perro.

—Pues a mí me gusta Grey —protestó Blanca.

—A mí, también; pero no necesito un perro. Quiero compañía de verdad y no sucedáneos. Es bonito ocuparse de alguien.

—Pero nosotras volveremos a nuestra casa. Esto no es real —objetó Alicia.

—Efectivamente, por eso me gusta la idea del hotel. María aprenderá mucho junto a Francisco y, al mismo tiempo, puede continuar la carrera: la contrataré como gerente empresarial.

—¿Esa es la beca del doctor Van Der Voost? —preguntó irónica Alicia.

—¿Te parece mala? Te advierto que se acercan tiempos muy duros para la contratación.

—¿De cuándo son esas fotos? —se interesó Valvanuz.

—Del año pasado.

—¿Y cómo has conseguido este cuerpo en un año?

—¡Ah, no! Si quieres que te enseñe mi cicatriz y mi torso de deportista, tendrá que ser en la cama —la retó Teo.

—¡Qué trampa tan burda! ¿Es un nuevo método para ligar? —le siguió la corriente Valvanuz.

—Siempre me descubres las intenciones. Mirad este vídeo.

Al principio lo observaron con interés y en cuanto comenzó la liposucción comenzaron las malas caras, las exclamaciones y las expresiones alarmadas.

—¡Pobre hombre! ¿Qué le están haciendo? —se compadeció Blanca.

—¡Por favor, no me digas que eres tú! —rogó Valvanuz.

—De acuerdo, no te lo diré.

—¡Eres tú! —gritó— ¡Por Dios, quita eso! ¿Cómo puedes verlo sin inmutarte?

—Por eso lo guardo junto con las fotos. Para acordarme de que no debo abandonarme de esa forma otra vez. Se hace tarde y yo madrugo ¿qué ha dejado Rita para cenar?

—Ensalada especial de la casa y lenguados. Yo he añadido un tiramisú pasiego aunque, después de lo que he visto, no te dejaré probarlo —declaró Blanca resuelta—. No quiero que te vuelvas a poner así.

—¿Sabes cocinar? ¿Qué es eso de un tiramisú pasiego?

—Sí, siempre estoy en la cocina con mamá y la ayudo. Es pasiego porque lo hago con sobaos. El resto de la receta es secreto.

—Pues vamos a ello. Alicia y yo tomamos un tentempié a mediodía. ¿Me acompañarás mañana? No hace falta que me sigas todo el día, sólo al quirófano durante una semana y te firmo las prácticas. Tienes derecho a la playa.

Durante la cena hablaron Blanca y él como si estuvieran solos, mientras que Alicia y Valvanuz permanecieron ensimismadas, lejos de allí, reparando los pedacitos de sus almas rotas, intentando vislumbrar el futuro. Teo empujó a las chicas a su habitación cuando terminaron, y él y Valvanuz se quedaron a recoger la cocina.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Teo a la vez que recogía los vasos, aunque lo imaginaba.

—Nada, cosas mías —eludió Valvanuz mientras limpiaba los platos de restos.

—Así no vas a ir muy lejos —advirtió Teo.

—Hay cosas en las que nadie puede ayudarte —aclaró ella.

—De acuerdo, pero alivia mucho soltarlo, aunque no solucione nada.

—Pensaba que, aunque Ramón permanezca una temporada inactivo, no volveré a dormir tranquila nunca más. Será mi espada de Damocles. Siempre estaré pendiente de mi espalda. ¡Qué tonta! ¡Qué tonta he sido! —se lamentó con lágrimas en los ojos—. Tonta, ciega e irresponsable. Todo lo he hecho mal: cuarenta y seis años y la vida destrozada. Sólo las niñas me obligan a mantenerme en pie, a levantarme cada mañana. ¡Por Dios! ¿Sabes qué llegué a desear cuando me subí al autocar que me traía a Santander? Que se estrellase, que todo se acabara en un segundo.

Teo la estrechó entre los brazos y apretó la cabeza de Valvanuz contra su pecho. Rara vez encontraba una mujer lo suficientemente alta.

—Esa idea, creo yo, que a todos se nos ha pasado alguna vez por la cabeza; no tienes la exclusiva. La vida está llena de altibajos. Si me llegas a ver el año pasado, no me reconocerías; me reinventé, y el cambio me benefició psicológicamente. El ser feo es algo asumido desde que nací, pero no el ser gordo.

—¡Qué perra con lo de ser feo! —le reprochó Valvanuz separándose—. Opino que a fuerza de repetirlo acabas convenciendo a todo el mundo de que lo eres. Eres encantador, Teo. Si no te has casado es porque no lo has deseado, no te has enamorado. A veces pasa. La gente confunde la pasión con el amor. ¡Vaya! La tonta dando lecciones de lo que desconoce.

—Te propongo un trato: tú no vuelves a decir que eres tonta y yo no vuelvo a decir que soy feo. La penalización será un beso.

—¡No me lo puedo creer! ¿No descansas nunca? ¿Dije que eras encantador? Se me olvido matizar

que de serpientes.

—¿No confías en mí? Soy un caballero. Nadie mejor que tú para saberlo —añadió con intención.

Valvanuz se quedó en suspenso, aguantó la mirada retadora, y poco a poco la dureza de su expresión se transformó en sonrisa.

—Siempre ganas ¿no? —evidenció Valvanuz rindiéndose.

—No, pero contigo es fácil; y me he propuesto averiguar por qué.

—Porque soy... No lo he dicho —advirtió retrocediendo.

En ese momento oyeron la llave de la puerta y entró María.

—Me ha traído tu hermano y ¿adivináis lo que me ha propuesto después de pagarme por el trabajo en la caseta?

—Sí, se lo pidió Teo esta tarde —informó Valvanuz—. Me alegro mucho por ti.

—¡Vaya! Confié en que me necesitaba de verdad por lo que me explicó.

—Y te necesita realmente. Hemos disuelto la sociedad familiar y andan un poco locos —explicó Teo—, pero estaba muy ocupado como para buscar ayuda, yo me limité a indicarle que tú estudiabas Dirección de Empresa.

—Gracias, siempre pensando en nosotras —reconoció María. Se acercó a Teo, tiró de su camisa para que bajase la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

—¡Vaya! Hay algunas que lo hacen espontáneamente y no bajo la coacción de un trato. Me voy a dormir.

Las dejó solas en la cocina y se retiró para esconder el azoramiento: le había cogido desprevenido el gesto de la muchacha.

Santander, agosto de 2011.

Teo regresaba con cierta tristeza a casa. Había transcurrido una semana desde que Valvanuz y las chicas se habían mudado y vivían con él: ahora las reparaciones del piso habían terminado. Alicia le había acompañado en el quirófano todos los días y, aunque los diálogos se habían ceñido al ámbito profesional, estaba seguro de que había ganado terreno, pues su mirada se había tornado más admirativa y su conversación menos reticente: la dureza se había agrietado. Grey había regresado para gran regocijo de Blanca, que lo llevaba a los talones como si le fuera la vida en ello. A duras penas había conseguido que el perro durmiera en la terraza lateral, donde Teo había instalado la caseta y sus cosas, pues Blanca dejaba abierta la puerta de su habitación, que daba a esa terraza. María se había entregado al trabajo con Francisco y entraba y salía como si estuviera en una fonda, pero las apariencias engañaban, tal y como Teo constató cuando Blanca le desveló que había entregado a su madre el dinero que había ganado en la caseta para ayudar en la compra de los muebles de la sala. Teo sugirió la posibilidad de comprarlos él, pero Valvanuz la rechazó con suavidad y firmeza a la vez. Aun así, Teo deseaba ayudar y no se dio por vencido. Una de las tardes que se acercó al *barriuco* para informarse de cómo iban los trabajos coincidió con Paco, el marido de la prima. Charlaron ante una jarra de cerveza y se enteró de que el veintiocho de este mes Blanca cumpliría dieciséis años. Encontró en Paco un valioso aliado que se ofreció a ocuparse de la instalación de Internet y de la línea de ADSL que contratase Teo, aparentemente como regalo para la chiquilla y, solapadamente, para toda la familia. Todo ello fue realizado con el mayor de los sigilos para que no se enterasen ni Asun ni Valvanuz.

Lo más peliagudo de la semana había sido la relación con Valvanuz; no por difícil, sino por complicada. Desde el momento que había abandonado su primitiva idea de seducirla por la de ayudarla, se encontraba desorientado, y esa situación lo desazonaba porque ignoraba qué postura debía adoptar con ella. ¿Amigos de la infancia? Ni en broma. ¿Antiguos amantes? Nunca lo fueron. Pero si el pasado no estaba claro, el presente era más confuso: cara a la galería eran amigos, los rumores malintencionados los consideraban amantes, y él... él tenía muy claro que no quería hacerle daño, que no diría ni haría nada que ella no quisiera oír o soportar. Y ése era el problema: no era el patrón de la embarcación, sino el marinero que aguardaba instrucciones; y no estaba acostumbrado. Siempre había decidido sus pasos, había resuelto los problemas y había conducido los acontecimientos hacia dónde le convenían. Y esto lo mantenía en vilo: el desconocer hacia dónde lo llevaban los dichosos acontecimientos y vivir en una deriva que le podía adentrar en mar abierto o arrojar al arrecife.

Cuando abrió la puerta de la cocina le salió a recibir el fiel y juguetero Grey. En el recibidor se amontonaban las siniestras maletas, las sorteó, echó un vistazo al pasillo y contempló las puertas de las habitaciones abiertas, cuando lo normal era que permanecieran cerradas para resguardar las intimidades de las chicas, y se encaminó a la terraza.

—Pues yo voy a echar de menos esta terraza con sus vistas sobre el arenal del Puntal —decía María.

—Nadie tiene por qué echar de menos nada —irrumpió Teo en la conversación, que las cogió desprevenidas—. Estáis en vuestra casa, podéis venir siempre que queráis, aunque no esté yo. Rita

os franqueará la entrada sin ningún problema.

—Muchas gracias, pero hemos abusado ampliamente de tu hospitalidad —rechazó Valvanuz, la patrona que gobernaba su barco a la deriva—. Te devolvemos la tranquilidad y la paz a la que estás acostumbrado —añadió con una sonrisa estudiada la malvada capitana.

Pero Teo no iba a dejar que se fuera de rositas. Valvanuz era una mujer sensible, dulce y muy responsable, y eso la obligaba a preocuparse del bienestar de los que la rodeaban, como había comprobado esa semana.

—Nada más lejos de la realidad, me siento como en un funeral —replicó y acentuó el gesto triste—. Bajad las maletas al coche, cenaremos en el Chupi. —Se dio la media vuelta para abandonar la terraza y encubrir la media sonrisa que trazaban sus labios cuando comprobó la expresión de desconcierto de las mujeres. Si no podía empuñar la caña del barco, al menos las obligaría a consultar el manual de instrucciones.

Llevaron a Grey con ellos ante la insistencia de Blanca, dejaron el equipaje en la casa. Limpia, olía a pintura, a masilla y a barniz, aunque todo estaba bien seco, la sala se hallaba totalmente vacía y pendiente de que llegaran la mesa camilla y las sillas nuevas que habían adquirido en el Corte Inglés. Cenaron en el Chupi, donde Sole y Damián los recibieron con los brazos abiertos y, una hora más tarde, Teo se marchó, dejándolas entre miradas tristes y lánguidos suspiros para que no olvidaran lo solo que se quedaba.

Por segunda vez entraba en casa con una extraña sensación que le atenazaba el alma. Salió a la terraza donde las sillas, antes ocupadas y con vida propia, permanecían vacías y silenciosas. Sólo se oía el ruido que producían las uñas de Grey sobre la madera del salón o la baldosa de la terraza, yendo y viniendo entre jadeos. Hacía calor a pesar de ser ya las once de la noche, un verano muy caluroso y seco para el poco sol que lucía durante el día. Se apoyó en la barandilla y observó a la gente que paseaba por la avenida de Reina Victoria. Disfrutaba del panorama nocturno que se extendía a sus pies: la bahía. Enfrente, bajo la oscura masa montañosa de Peña Cabarga, las luces de las poblaciones y urbanizaciones de Pedreña y Somo salpicaban la costa; y sobre el agua, las luces de posición de las embarcaciones que se encontraban pescando. Las noches estivales desprendían un aroma y una sensibilidad distinta a las de invierno, se filtraban entre los nervios y los músculos del corazón y trastocaban la perspectiva, el sentido y la cordura.

Si con anterioridad se había sentido solo, no había sido nada frente a cómo se sentía en aquel momento. En parte, la comedia para despertar los remordimientos de las chicas por abandonarlo era cierta. Y se dio cuenta de que no aspiraba únicamente a llenar su cama, sino a llenar la casa de risas y de vida. Recordó la conversación oída a hurtadillas, las palabras de Valvanuz, ¿qué había querido decir con lo de los rescoldos, con que el amor duerme? ¿Qué lo había amado y lo seguía amando? ¡Y con qué seguridad había afirmado que ninguna mujer lo había conseguido! Y tenía razón, recordaba a todas y a ninguna en especial. Cada vez que pasaba revista a sus relaciones amorosas, resultaban patéticas: habían sido plenas, satisfactorias físicamente; pero huecas. Semejantes reflexiones eran absurdas, generadas porque Valvanuz luchaba su batalla sin dejarle espacio y él otorgaba una importancia exagerada a algo que no la tenía. Se le escurría entre los dedos y él no se atrevía a cerrarlos para retenerla. Necesitaba una señal, una indicación, por leve que fuera, para actuar: ¿de parte de ella? o ¿de parte de él mismo?

Sonó el timbre de abajo y se dirigió a la cocina. Se encontró a Grey echado ante la puerta de la calle, miró la pantalla y abrió: era David.

—¿Qué haces aquí? ¿Eh, grandullón? —le habló al perro frotándole la cabeza.

Grey olisqueó la escalera y gimió lastimeramente. Teo comprendió de pronto.

—Tú también te sientes abandonado ¿eh? Ellas no volverán —reconoció con pesadumbre.

La puerta del ascensor se abrió y salió David. Teo tiró del collar de Grey para apartarlo de la puerta y entraron en la casa.

—¿Estás solo?

—Sí, hace un rato las dejé en su casa. ¿Querías conocerlas?

—No, no he venido por eso, aunque ya conozco a una de ellas, la que trabaja con Francisco, y me ha dicho que no es la más guapa. ¡Cielos, Teo! Ese régimen obra milagros.

—Estoy harto de repetir que no hay nada. ¿De verdad crees que he montado un harén? —le reprochó. Lo guió a la terraza y se sentaron de cara a la oscura bahía.

—No, hombre; pero tienen gracia los rumores o al menos los gritos de tu hermana. Me contó Francisco la actuación de Amelia delante de todos. Y ésa es la razón por la que estoy aquí.

—¿Te ha enviado ella? —se pasmó Teo.

—¡Hasta ahí podríamos llegar! —exclamó David rebatiéndolo—. Estoy de Amelia hasta las narices. Ha perdido los papeles en todos los sentidos, porque no eres el único que aguanta sus exabruptos. Verás, con esto de la división de la administración de los hoteles, Antonio me ha pedido que adelantase yo el dinero de algunos pagos. Ya sabíamos que la separación de bienes sería costosa, de hecho tú mismo has pospuesto el cobro dos años para darnos lugar a recuperarnos; pero Antonio y Amelia racanean todo lo que pueden, se quejan de vuestras compensaciones, encuentran impedimentos donde no tiene que haberlos, así que me harté y les planté cara. Se lo dejé bien claro, yo estoy poniendo dinero de mis ahorros, dinero familiar, y no me quejo; es una inversión en algo que, a partir de ahora, es mío y, poco a poco, lo iré recuperando. A pesar de los esfuerzos, estoy muy contento porque, por primera vez, trabajo para mí mismo, para mi familia. Me sorprendió la reacción de ellos. Joder, Teo, me llamaron de todo.

—No lo entiendo. Amelia siempre ha sido muy dominante, pero no abusona.

—Eso mismo deduje yo, así que me puse a investigar: no tienen un duro. ¡Alucina, Teo! —exclamó David y se peinó la cabellera hacia atrás con los dedos.

—¿Te lo ha confesado ella?

—¡Qué va! Me llevé a Tony de copas y lo empapé bien. No me mires así, cantó La Traviata: la joya de Roberto les ha limpiado. Cada vez me alegro más de la disolución de la empresa. Ocultó que lo habían expulsado de la Escuela de Gestión de Empresas Hoteleras de Santiago, se embolsaba las matrículas y todo lo que podía para jugárselo y, en sus venidas a casa pillaba la tarjeta de crédito de Antonio o de Amelia y los saqueaba a placer. Amelia le montó un pollo; pero él, ni se inmutó. Y no contento con eso, vació la caja del hotel Voost a la primera oportunidad. Me dan escalofríos de sólo pensarlo.

—¿Y no te enteraste?

—No, porque lo repuso Antonio de su dinero. Roberto es un ludópata, Tony un borracho que tarda dos años con cada curso de la carrera y Rebeca una enferma de las compras y los viajes caros. ¿A quién se le ocurre regalar a una mocosa de dieciséis años una tarjeta de crédito?

—No me cuadra con Amelia —reflexionó Teo.

—Al principio a mí tampoco, pero lo pensé más detenidamente y descubrí lo equivocados que estamos al respecto. Creo que se le han escapado los hijos. Ella siempre ha sido muy pija, nunca estudió nada, ha tenido todo lo que ha querido con eso de que era la única niña y ha tratado de la misma forma a los hijos, sin darse cuenta de que no todos compartimos el mismo carácter y que hay que inculcarles unos principios.

—Bueno, eso aclara que esté desquiciada —resumió Teo—. ¿Serán capaces de sacar adelante el

hotel?

—Esa es otra. Tendrían que poner firmes a los hijos menores y mandar a paseo al mayor. Yo, al menos, no querría cerca a ese pájaro, y tú ten cuidado con él si te lo cruzas. Es capaz de llevarte los cuadros de la pared.

—¿Y si hiciéramos un esfuerzo...

—No —atajó David contundente—. Escucha: si tú o Francisco estuvierais con el agua al cuello, yo os ayudaría sin dudar, porque sois responsables y cabales, y somos familia. Pero, con el sudor de mi frente, no van a vivir mejor que yo los gilipollas de este reino. Teo, te lo advierto, son sanguijuelas. Hemos llegado hasta aquí con estudio, con esfuerzo y con trabajo. Otra cosa es la mala suerte, yo ayudaría el primero; pero ten por seguro que lo que metas ahí se lo beneficiarán los hijos. Ni lo pienses, primero que resuelvan sus problemas.

—¿Y los tuyos? —se interesó Teo para aliviar la presión arterial de su hermano.

—Bien, gracias. Y no es orgullo de padre, pero no se te ocurra compararlos.

—¡Dios me libre!

—Eduardo está currando en un hotelazo de Londres para mejorar el idioma y ganar horas de prácticas. Elisa de vacaciones, pero ha terminado el curso con una media de ocho con siete. Vale más que su hermano, sin menospreciarlo por ello.

—¿No les das un momento de respiro?

—¿Te lo tomaste tú? —respondió a la gallega David.

—A mí nadie me obligó, fue decisión mía.

—Quiero a mis hijos, no te confundas; pero he querido inculcarles los valores que nos enseñaron a nosotros. Cuando termine en Suiza, le he prometido un año sabático. Tiene un sueño: dar la vuelta al mundo; pero a la antigua, trabajando aquí y allí para pagarse parte del viaje. Le gusta el trato con la gente, relacionarse. Es un chico muy abierto, lo contrario que Elisa.

—Un viaje interesante, aprenderá mucho en todos los sentidos —aprobó Teo.

—Te dejo. Este verano mis jornadas son muy largas —alegó levantándose—. Ya te he advertido de lo que se cuece en la familia. Recuerdo vagamente a la hija de los panaderos, Francisco dice que está de buen ver. Tienes el handicap de las hijas, pero si es lo que quieres...

—Gracias, pero no lleva ese camino nuestra relación. Y esta vez no soy yo el culpable —enfaticó Teo—. Las chicas son encantadoras, estudiosas, educadas, más mayores de lo que parecen, no están disfrutando de una juventud fácil.

—¿Estás enamorado? — se asombró David y a Teo le dolió.

—No lo creo; pero no me importaría llegar a más, incluso al altar.

—¡Cuídate! Y piensa dos veces lo que vayas a hacer. Dicen que los hombres perdemos el norte a partir de cierta edad. ¡Ja, ja, ja! Acabo de recordar lo que le contestaste a Amelia sobre el funeral y los pañales.

David se fue y la casa volvió a recobrar el silencio monacal. Grey se tumbó junto a la puerta de la cocina, con la fidelidad rezumando en sus ojos azules y sin comprender todavía que ellas no regresarían. Teo lo dejó allí y se fue a acostar. Al día siguiente iría a trabajar solo, sin la compañía de Alicia. Reflexionó sobre la postura de David para con la familia de Amelia, tan fría, tan calculadora, y una vez más, llena de lógica. ¿Acaso él mismo no había advertido a los chicos que se abstuvieran de aparecer por su casa?

Valvanuz terminó de colocar sus cosas en el armario y metió la maleta debajo de la litera, junto a la de Blanca, con quien compartía la habitación de nuevo. Se puso el camisón y esperó a que las

chicas despejaron el cuarto de baño. En comparación con la amplitud y las comodidades que ofrecía el piso de Teo, el suyo era muy pequeño, pero se consideraba muy afortunada de disponer de él. Blanca irrumpió anunciándola que tenía vía libre. Cuando regresó, la chiquilla ya dormía en la cama de arriba. Se acostó y apagó la luz, aunque el sueño la rehuía. Pedro le había asegurado que Ramón no volvería a intentarlo durante el verano, y menos después de la visita de la policía, y ella lo creyó firmemente. Había sido demasiado grave esa determinación de arruinarle la vida, se le había ido la mano. ¿Cómo habría podido soportar vivir con semejante individuo? Ahora, mirado de lejos, su marido era un total extraño para ella. No era la persona de la que se enamoró. ¿Se enamoró? Cada vez que esa palabra cruzaba por su mente no iba asociada a la imagen de Ramón, sino a la de Teo. La semana que había compartido con él en su casa había sido mágica: había dormido profundamente, como hacía tiempo que no lo conseguía; sus hijas habían sentido su influjo, su alegría, la tranquilidad que emanaba de su forma de hablar y de moverse. Había observado cómo salían juntos, Alicia y él, todas las mañanas a trabajar, cómo escuchaba a Blanca y la animaba, cómo ayudaba a María y recordó el beso de su hija en agradecimiento; beso que le hubiera gustado darle ella misma, aunque con una intención menos casta; sin embargo, no olvidaba sus cuarenta y seis años y no estaba dispuesta a cometer el mismo error que antaño, ahora tenía muy claras sus preferencias y también que no volvería a casarse: o era Teo o ninguno. Y Teo no iba a ser. Era un espíritu libre e indomable, aunque quisiera convencerla de que se encontraba solo. Valvanuz había conocido su entorno durante esos días y, si ella no hallaba razones para quejarse de soledad, él mucho menos. Teo era perjudicial para la salud y lo mejor era mantenerlo lejos y, por supuesto, no compartir su cama. Lo último que deseaba era caer en una depresión amorosa, ya tenía bastante con el recuerdo indeleble que la había acompañado durante tantos años.

Santander, agosto de 2011.

Teo se puso unos pantalones beige y una camisa de lino de color crudo. Había quedado para cenar con una antigua amiga, Marisa, que trabajaba en el banco de Santander, en el departamento jurídico de la empresa. Era soltera y, como otras tantas, había pasado por su cama años atrás. Marisa blandía una filosofía peculiar sobre la vida: el *carpe diem* que se estudiaba en literatura y, en ningún momento, exigió a Teo más de lo que estaba dispuesto a dar. No era una mujer preocupada por el futuro, sino que, conocedora de ese futuro, exprimía el presente, lo que la dotaba de una gran vitalidad. Viajera consumada y rodeada de muchos amigos y fiestas, resultaba en algunas ocasiones difícil encontrarla disponible, a no ser que te subieras a su tren. Teo quedaba de tarde en tarde con esa desbordante mujer que salpicaba la conversación con múltiples anécdotas y divertidos chismes del mundo, sin caer en la vulgaridad de criticar o envidiar al vecino.

La había llamado para escapar de la obsesiva realidad. Desde que Valvanuz y sus hijas habían abandonado la casa, no las apartaba de la mente y temía convertirse en un agobio para ellas si no dejaba de llamarlas o de interesarse en sus asuntos. Necesitaba alejarse, tomar perspectiva, replantearse lo que estaba haciendo.

Las obras habían comenzado en la casa familiar y había acudido en un par de ocasiones. La primera, para inspeccionar los muebles del edificio de atrás, por el que habían empezado, arrumbados en el edificio principal. Ese día se encontró con Valvanuz que regresaba de trabajar y le pidió que lo acompañara. Resultó muy útil porque le señaló los muebles que serían interesantes para la decoración del futuro hotel, si se restauraban tal y como ella había hecho con algunos de su casa bajo la dirección de Paco; otros, de proporciones más reducidas y de maderas nobles, le recomendó quedárselos para su casa y, por último, los que habría que tirar sin demora. Descubrió que Valvanuz desplegaba un sentido de la estética muy bueno y se enfrascaron en una discusión sobre decoración que sacó a colación su piso y su influencia hotelera: fría e impersonal. Teo propuso que se encargase de la redecoración de algunas habitaciones de su casa y de la restauración de los muebles que seleccionara para el hotel y ella aceptó pues, en cuanto comenzase el invierno, realizaría la sustitución en el hotel Santemar y le quedarían las tardes libres. Sin proponérselo, se estaba creando un vínculo entre ellos y, por primera vez en la vida, era consciente de los peligros que entrañaba para él, como futuro jefe, además de los sentimentales a causa de la complicidad que estaba generando con las hijas. Reconocía que lo había buscado, que era culpable, incluso lo deseaba y le satisfacía en la misma medida que lo asustaba; no por cobardía, sino por las complicaciones que llevaba aparejadas.

Se echó colonia y se pasó los dedos por el pelo para ahuecarlo, luego buscó un jersey llamativo, de cuello en pico, azul turquesa. Cogió la cartera, las llaves del coche y de casa, se despidió de Grey y bajó al garaje.

No fue la única vez que se había encontrado con Valvanuz. A media semana había quedado con la peña y decidieron dejarse caer por el Río del Pila para recordar tiempos pasados: las francesas con las que ligaron en el Riojano, la tortilla de la Tienduca, la leyenda urbana del Cantabria sobre el jamón de madera, que se decía que pendía del techo entre otros muchos y te regalaban uno de verdad si lo descubrías, pero nunca se encontró, y las copas en La Finca. Tomaron posesión, literalmente, de

una mesa en el callejón lateral de Casa Goría y Mariano y Emilio se hicieron cargo de las consumiciones. Era difícil encontrar sitio en pleno verano en cualquier establecimiento de pinchos. Fue Lucía quien las vio mientras esperaban la llegada de las bebidas y Rosa, sin pensárselo dos veces, las llamó. Valvanuz y María vagaban solas después del trabajo, mientras que Alicia y Blanca habían quedado con Bernardo, Lidia y Conchi y andaban por ahí; así que se unieron al grupo y llamaron a los chicos por el móvil para encontrarse más adelante. La tarde se volvió más interesante para Teo con Valvanuz cerca. Al igual que sus hijas, era una persona cabal, con sentido del humor y llena de recursos verbales. ¿Cómo una mujer así había caído en brazos de semejante individuo? En más de una ocasión había sentido una viva curiosidad por conocer al marido para encontrar una explicación. Hasta ese punto se estaba inmiscuyendo en la vida de ella. Entonces tomó la determinación de dejar correr el aire entre ambos.

Llegó a la avenida de Los Castros y se detuvo frente a la casa ovalada de detrás del hotel Colón, poco antes de llegar al callejón de La Braña. Marisa ya lo esperaba sentada en un banco; llegaba tarde de nuevo. ¿Llevaría razón Lucía al decirle que los pacientes seguían sobre la mesa cuando él entraba en el quirófano porque ya estaban sedados?

Alicia se estaba cepillando el pelo en el baño cuando entró María.

—¡Mira lo que he conseguido! —anunció enseñándole su trofeo.

—¿De dónde lo has sacado? —indagó Alicia con los ojos como platos.

—Vino al despacho una representante de cosméticos para hoteles y me regaló estos. Aprovéchate, los compartiremos aunque sean pequeños —ofreció María al tiempo que los extendía sobre el lavabo—. Cuando cobre mi primer sueldo, le daré la mitad a mamá y con el resto nos compraremos sombras, barras de labios y lo que sea necesario. Poco a poco saldremos de esta estrechez.

Alicia escogió los tonos que más le iban pero no compartió el júbilo de su hermana. Ella tendría que volver a Madrid y no le agradaba la idea después de la actuación de su padre.

—¿Dónde habéis quedado? —preguntó María mientras se hacía la línea del ojo con un mini lápiz.

—En el Quebec de General Mola. Quieren cenar de pinchos. Excepto Lola, vamos todos —informó Alicia, probando el colorete en polvo.

—Me lo estoy pasando genial; nunca soñé con un verano así.

—María, qué pronto olvidas. Hace un par de semanas casi nos quedamos sin casa.

—No olvido, me niego a que me agüen la fiesta. Gracias a Dios que todo ha quedado en nada. En un par de meses pagamos los muebles y Paco le ha dicho a mamá que no empiece a devolverle el dinero hasta que haya saldado la cuenta con El Corte Inglés. Es muy amable.

—A mí me apura deber a la gente —confesó Alicia.

—A mí también, pero si es la única manera de salir a flote, bienvenido sea. Hace dos meses estábamos desesperadas en Madrid, ¿quién te dice que dentro de dos años, cuando termines la carrera, no nos reiremos de este día?

—Estás muy optimista hoy.

—Es que tenemos pinturas. ¿Qué tal estoy? ¿Se me ha ido la mano?

—No, estás bien.

Comenzaron la noche de pinchos y vinos y terminaron de copas y bailando en el Divino y en el Indian. Tomaron un taxi a las cuatro de la mañana junto con Lidia y Vicente, un monovolumen en el que cupieron los cinco; los demás vivían en Castelar y en Juan de la Cosa por lo que se fueron andando. Pasaron el túnel y las dejó primero a ellas.

—¿Qué ha ocurrido allí delante? —se interesó Vicente, que viajaba sentado junto al conductor.

—Algo turbio. Lo oí en la emisora de la compañía y lo comentaban los compañeros: una mujer muerta —contestó el taxista.

—¿Un asesinato o muerte natural? —insistió Vicente.

—Creo que un asesinato, alguna sudamericana probablemente; es muy violenta esa gente.

—¡Qué horror! ¡Pobres mujeres! —se solidarizó Lidia mientras que Vicente rechazaba el dinero que le alargaba María.

—Gracias, pero el próximo corre de nuestra cuenta —prometió María y empujó a Blanca para que bajase.

Una vez que se quedaron solas en la acera, echaron a andar hacia la calle de La Braña. Alicia las detuvo.

—Id vosotras. He visto a Pedro y voy a ver si me entero de algo.

—De eso nada, te esperamos aquí. Igual anda por aquí el loco ése —se negó María.

Alicia salvó los escalones y se aproximó a los policías que rodeaban el cadáver cubierto con una sábana. Los sanitarios de la ambulancia aguardaban el permiso del juez para retirar el cuerpo. Según se aproximaba le hizo una seña a Pedro cuando lo vio mirar en su dirección y el comisario se aproximó a ella para cortarle el paso.

—¿Qué haces aquí? —la regañó con el tono de voz.

—Llegamos ahora a casa —respondió y señaló a sus hermanas, dos figuras oscuras más allá.

—¡Ah! ¿Lo habéis pasado bien? —preguntó con la mente en otra parte.

—Sí. ¿Qué ha ocurrido? El taxista nos ha comentado que era un asesinato.

—Sí, un asunto feo. No puedo hablar de ello. Será mejor que vayáis a casa, Valvanuz puede preocuparse —dijo encaminándose al encuentro de las dos figuras que aguardaban a la entrada del callejón; pero a medio camino se despidió y se dio la media vuelta con la mente en la mujer que, sin vida, yacía tendida en el suelo.

Pedro no durmió esa noche. La fallecida estaba cosida a puñaladas como si fuera obra de un drogadicto o de un loco apasionado; sin embargo, no le habían llevado el bolso, por lo que el robo no había sido el móvil, y eso les facilitó la identificación al encontrar la documentación. Las llaves aparecieron unos pasos más allá del cadáver por lo que pudieron acceder a la casa: vivía sola. En el furgón de la policía estaban comprobando las últimas llamadas del teléfono de la víctima y, en breve, obtendrían más datos.

—Comisario, en el furgón requieren su presencia —le informó un subordinado.

Bajó los peldaños que salvaban la diferencia de altura entre la acera y la calzada en la que se encontraba la unidad.

—Comprobamos la identidad de las últimas llamadas grabadas y, como sabemos que tiene mucha amistad con el...

—¿Con quién? —apremió Pedro.

—El doctor Van Der Voost.

—¿De cuándo son esas llamadas?

—De hoy mismo.

—Ponme en comunicación con él —pidió sin dar más explicaciones, aunque su mente comenzó a correr alocadamente en un intento de encajar las piezas del puzzle—. Martínez, antes de que se la lleven, quiero el peso aproximado de la víctima, color de pelo y altura.

—Ya está comunicando —le pasó el teléfono el oficial del furgón.

Eran las cuatro de la mañana y Teo estaría en el mejor de los sueños por lo que no lo cogió.

Cuando la comunicación se cortó, le hizo una seña al oficial para que volviera a marcar. Finalmente, oyó la voz somnolienta de Teo al otro lado de la línea.

—Por su bien espero que no se haya equivocado de número a estas horas —dijo con voz pastosa.

—Teo, te necesito espabilado.

—¡Coño, Pedro! ¿Qué ha sucedido para que llames a estas horas? —inquirió un Teo más enérgico.

—¿Has llamado hoy a Marisa Azpilicueta?

—No sólo la he llamado, sino que además he estado cenando con ella en el Tenis —admitió Teo.

—¿La acompañaste a casa o vino por su cuenta?

—La dejé en la puerta de su casa sobre la una, tengo que madrugar. ¿De qué va esto?

—La han asesinado —respondió escuetamente Pedro.

—¡¿Cómo?! —exclamó Teo.

Se hizo un silencio. Teo estaría procesando entre los vapores del sueño la información. Pedro le dejó su tiempo antes de preguntar de nuevo.

—Dime, ¿la acompañaste hasta el mismo portal? ¿Hasta la puerta de casa?

—No, no. Nos despedimos junto al coche. No había nadie, estaba todo tranquilo, como siempre. ¡Cómo iba a imaginar...! ¡Aquí nunca pasa nada!

Pedro trazó un esbozo mental de la situación: si Teo no se había movido del coche era lógico que no hubiese visto el peligro porque la acera quedaba a más altura en esa parte de la calle. Y de la acera al portal había un murete de separación de la finca que, aunque bajo, era suficiente para esconder a una persona agazapada o lo que sucediese tras él.

—Tranquilízate, Teo, sólo quiero conocer la situación, organizar los hechos.

—Ya, ya sé. ¿Cómo ha sido?

—Bueno, estás todo el día en el quirófano, imagino que no te impresionará tanto: la han cosido a puñaladas; pero deduzco que debió de ser en cuanto la dejaste porque las llaves de la casa estaban tiradas a pocos metros de ella, no debió de entrar en el portal.

—¡Oh, vaya! ¿Dónde he dejado mi galantería? Debí acompañarla hasta el portal, pero temí que lo interpretase mal. ¿Alguna pista sobre el asesino?

—No tenemos nada todavía, es demasiado pronto. Mañana, cuando te venga bien, pásate por la comisaría para testificar: eres el último que la vio con vida. Lamento haberte despertado.

—Descuida, gajes del oficio, ya los conozco. ¡Pobre Marisa! No se merecía semejante final. Era una mujer estupenda. Hasta mañana.

Pedro le devolvió el teléfono al oficial del furgón.

—Comisario, ya tengo la descripción —dijo Martínez aproximándose—. Pelo liso castaño hasta el hombro, de metro sesenta y seis, entre cincuenta y cinco y cincuenta y ocho kilos, delgada... y según el DNI, cuarenta y ocho años.

Pedro no siguió escuchando, su mente viajaba hacia el recuerdo de la figura de Valvanuz. Todo encajaba: la calle, el llamativo acompañante de metro noventa y rubio, la descripción física de ella, la edad aproximada y el peso. A veces deseaba no tener razón.

—Martínez, ¿recuerda el incendio de La Braña de hace unas semanas?

—Sí, señor.

—Yo voy con el forense. Encárguese de averiguar dónde se encuentra el señor Ramón Gutiérrez, llame a Madrid y que investiguen su coartada, si es que la tiene. Quiero saber dónde estaba ayer y hoy.

En cuanto terminó la ronda por la planta, se cambió y se marchó a la Comisaría. Pedro no lo había

molestado en toda la mañana y ahora esperaba que la policía ya tuviera algún dato más o incluso al asesino. Cruzar la ciudad a la una del mediodía transversalmente para llegar a la avenida del Deporte le llevó más tiempo del debido. En cuanto lo vieron, lo reconocieron y lo introdujeron en el despacho de Pedro sin mediar una palabra. Pedro se encontraba hablando por teléfono por lo que tomó asiento y aguardó hasta que colgó.

—Cuéntame todo lo que sepas, porque ya habrás tenido tiempo para sacar alguna conclusión —exigió Teo.

—¿Cómo es que vienes tan mandón? —eludió Pedro.

—Llevo toda la mañana dándole vueltas en la cabeza, gracias a Dios, era una operación sencilla, pero si no has cogido ya al asesino, te diré que blanco y en botella es la leche.

Pedro resopló, se peinó hacia atrás el corto cabello al tiempo que se estiraba y se encaró a Teo.

—El marido no se ha movido de Madrid, lo cual no es óbice para que haya contratado a alguien. La víctima era bastante conocida y el círculo de amistades muy amplio; pero nadie ha aportado una razón convincente para el asesinato. Con buena posición social, no disponía de un gran capital, al menos para que justifique su muerte; no tenía pareja estable ni disputas en los tribunales. No sólo dejaron el bolso sino que, con las llaves al alcance de la mano, no entraron en la vivienda. He hablado con el forense y, aunque el informe no ha sido redactado todavía ni ha concluido la investigación, me ha adelantado que murió de la primera puñalada, asestada con gran precisión, conocimiento y fuerza desde detrás. La víctima fue cogida por el cuello, a la altura de la nuez para ahogar cualquier grito y estirar el tórax, el cuchillo entró por encima de la cuarta costilla izquierda, a pocos centímetros del esternón. Sabía lo que estaba haciendo: un profesional.

—¿No me dijiste que la cosieron a puñaladas?

—Efectivamente, después, una vez muerta. Imagino que para disfrazar la puñalada mortal, no lo tenemos claro. Estamos buscando en los registros de los hoteles caras conocidas de fichados. Controlamos el aeropuerto y las estaciones de tren y autobús; pero te comunico de antemano que no encontraremos nada. Estos individuos suelen desplazarse en coche y duermen en él para no dejar huella.

—¡Por Dios, Pedro! Se te ha escapado una vez, no dejes que lo haga otra. Esto va de mal en peor: ¡un asesinato! ¡Pobre Marisa! Era encantadora, me siento culpable —exclamó Teo fuera de sí.

—Tranquilízate, amigo. No hace falta que te diga que haré todo lo posible, por Valvanuz y por la abogada.

—Me había olvidado de la abogada —reconoció Teo contrito.

—Pues yo, no. Si ha sido él, ha actuado con gran rapidez. No puedo tenerlas custodiadas todo el día y no puedo justificar esa vigilancia sin pruebas. Sólo abrigo sospechas, a pesar de todo intentaré que la casa esté controlada lo más frecuentemente posible.

—¿Se lo dirás? Valvanuz se sentirá responsable, no dormirá tranquila.

—Lo imagino y lo siento; pero creo que es mejor que estén advertidas para evitar situaciones expuestas.

—A las ocho en casa de Valvanuz. Iré contigo —decidió Teo—. ¡Cielos! ¡Menudo revuelo se ha organizado en torno a la muerte de Marisa! No se habla de otra cosa en Santander.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Tengo a la prensa en el cogote.

Pedro dejó marchar a su amigo sin participarle todos sus temores: cada uno ve lo que le importa. Él no podía dejar de pensar en sus hijas y los demás chicos con quienes compartían las salidas. Ellos no eran el objetivo de ese chalado; pero podían verse involucrados como esa pobre mujer. Dio

varios paseos por el despacho para aclarar ideas y, finalmente, se decidió, no había otra salida por el momento, al menos hasta que reunieran más información sobre el crimen.

Valvanuz regresó a casa y se encontró la revolución: las chicas estaban acicalándose para salir de vinos.

—Mamá, ha llamado Teo. Dijo que vendría a las ocho con Pedro, que los esperásemos —informó Blanca en cuanto la vio.

—¿Te dijo para qué?

—No. Imagino que te querrán llevar a algún lado —replicó la chiquilla.

—Entonces dejadme el baño libre mientras me pongo el vestido de tirantes—apremió a su vez.

Cuando llegaron los hombres, ya estaban todas compuestas para salir. Sin embargo, lejos de acuciarlas porque llegaban tarde a algún sitio, los dos hombres se sentaron en la sala. Pedro llevó la voz cantante.

—Por favor, sentaos —pidió gravemente.

Y las seis sillas, que habían comprado junto con la mesa, quedaron ocupadas. A Valvanuz no le hizo gracia la puesta en escena, ya que no presagiaba nada bueno.

—Anoche se cometió un asesinato aquí al lado.

—Me lo contaron las chicas esta mañana y durante todo el día no he dejado de oír comentarios al respecto en la terraza del Maremondo —asintió Valvanuz.

—Esa mujer cenó anoche con Teo y la asesinaron a los pocos minutos de dejarla en la puerta de su casa.

—¡Dios mío! ¡Qué horror! Lo siento mucho—exclamó Valvanuz afectada y con un pequeño pinchazo de celos.

—Era una amistad de hacía tiempo, no nos unía nada afectivo —aclaró Teo, incómodo y nervioso —, aunque una noticia así, te conmociona, es cierto.

—La cuestión es que en la investigación debemos tener en cuenta todas las posibilidades y una de ellas nos conduce a ti, Valvanuz.

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver en esto si ni siquiera la conocía? —se extrañó.

—Compartes las características físicas con la víctima, vivís a pocos pasos y la acompañaba Teo, que no es un individuo que pase desapercibido precisamente —recitó de corrido Pedro.

El aturdimiento la dejó sin habla y los ojos se la abrieron desmesuradamente, dejando escapar el horror que inundaba su mente. Blanca se agarró a su costado y María ahogó un grito de sorpresa. Alicia no pestañeó ni manifestó ira, sencillamente permaneció imperturbable, con la mirada perdida y la mente trabajando. Teo comenzaba a descifrar los signos y las reacciones según iba conociéndolas.

—En principio —Pedro exhaló un suspiro para continuar—, sabemos que no ha sido él personalmente, en todo caso un sicario, de ahí la confusión. Estamos intentando obtener una orden judicial para poder rastrear sus cuentas y estamos comprobando los hoteles. Pero, repito, es una posibilidad, igual el asesino no tiene nada que ver con vosotras y hay otra razón con la que no hemos dado; de hecho, estamos investigando todavía sus movimientos y sus amistades. Tu marido es una posibilidad más, pero no una realidad.

—Es una opción que encaja muy bien —acertó a pronunciar Valvanuz.

—Si os lo he desvelado, es porque considero muy importante que os mováis con cuidado, esto es, que no vayáis nunca solas a ningún sitio, siempre en compañía, y cuantos más mejor.

—Pero tengo que ir a trabajar —se lamentó Valvanuz.

—Intentaré destinar a una persona que vigile la casa y conozca vuestros movimientos para que estéis permanentemente custodiadas —prometió Pedro—. Cuando os desplazéis solas, ese agente de paisano os acompañará.

—Sé que el piso es pequeño, pero un perro impone. Blanca, mañana recoge a Grey y te lo trae aquí con sus cosas —ordenó Teo—. Por la tarde os dejaré un saco de pienso. Y además llevaréis esto —y sacó teléfonos iPhone de una bolsa—. Tenéis el número apuntado en la caja —y, adelantándose a lo que fuera a decir Valvanuz, puntualizó—: es un préstamo hasta que Pedro descubra quién es el asesino. Es necesario que estéis localizables y comunicadas para tranquilidad de todos.

Valvanuz abandonó su objeción ante la abrumadora realidad: si estaba intranquila por cualquier retraso, bastaría con llamar. Siguieron las instrucciones de los hombres para ponerlos en marcha y comprender el mecanismo de las llamadas, llenaron la agenda con los números de las otras y los de Teo y Pedro, mientras que Blanca conservó el que le había dejado Teo anteriormente.

—¿Adónde ibais tan emperejiladas? —preguntó Pedro.

—Hemos quedado con Lidia, Vicente, Bernardo, Conchi... con todos —resumió María— en Las Hijas de Florencio.

—Os llevo —se ofreció Pedro.

Se fueron y Valvanuz se quedó frente a Teo.

—¿Lo crees capaz?

—¿Cómo sabes lo que hay dentro de un extraño? Si lo hubiese creído, no me hubiera casado con él.

—Lo siento, ha sido una pregunta estúpida por mi parte. Alicia no ha reaccionado como es habitual en ella —reflexionó Teo.

—El incendio rebasó nuestras expectativas, y ahora... hablamos de asesinato. No es fácil de asimilar. Yo misma sigo con la mente en blanco, soy incapaz de racionalizar el suceso, de abarcar sus consecuencias, o sencillamente es una forma que tiene la razón de protegerse ante la locura.

—¿Qué tal si damos un paseo? Nos mezclaremos con los turistas que invaden el paseo hasta el Chiqui y veremos la puesta de sol —propuso Teo.

Valvanuz caminó sumida en una pesada nube de la que no lograba salir, que la atenazaba la vida y le oprimía el corazón hasta que sintió la mano de piel fina, grande, fuerte y cálida de Teo sobre su hombro desnudo, que la atrajo hacia él para que la gente no los separase. No tendría su amor; pero al menos contaba con su amistad aunque fuera compartida con otras muchas como aquella pobre, asesinada en su lugar. Un escalofrío recorrió su cuerpo al asentarse la realidad en su mente.

Madrid, agosto de 2011.

Aquello era para volverse loco, lo último en lo que habría pensado. La policía había vuelto a la oficina para requerir su presencia en la comisaría. Los empleados lo miraban de reojo y, seguramente, cuchicheaban a sus espaldas ante tanta ida y venida de los agentes. No contentos con eso, habían convocado también a Amparo. Ni en la oficina ni en la comisaría le informaron sobre la razón del interrogatorio y, como Valvanuz carecía de teléfono, no podía comunicarse con ella. ¿Qué estaba sucediendo? Le aseguraron que la familia se encontraba bien, es lo único que consiguió sacar en limpio. Al dejar la comisaría, invitó a Amparo a cenar para compensarla de las molestias.

—¿Has conseguido enterarte del por qué de todo esto?

—No, pero no te apures. Seguramente será otra comprobación o que tu ex mujer te habrá acusado de cualquier tontería. Sé de mujeres que pierden los estribos ante un divorcio y acosan a los maridos —dedujo la mujer con mente de enamorada.

Decían que el amor era ciego, pero él pensaba que era la necesidad la cegata. El ejemplo era Amparo, quien siempre encontraba alguna disculpa lógica, y ésta le venía de perlas.

—Habrá que dejarlo caer en la oficina antes de que absurdos rumores se propalen como el fuego y quede en entredicho mi nombre.

—Cuenta conmigo. Tú no tienes la culpa, eres la víctima en todo este asunto —aseveró ella.

—Eres muy amable. No sé que negros pensamientos me ahogarán si no estuvieras ahí para espantarlos —declaró arrebatador.

Una vez en casa, consultó el calendario. Dentro de tres días, el domingo veintiocho, sería el cumpleaños de la mocosa. ¿Y si le enviaba un regalo para calmar los recelos de la policía? No había nada extraño, era su hija pequeña y, ante tanto revuelo, sería prudente seguir pagando la pensión a Valvanuz. Lo lamentaba profundamente porque se aproximaba septiembre y contaba que, para entonces, estuvieran de vuelta. Desconocía lo que Valvanuz habría dispuesto para Blanca, pero las dos mayores necesitaban concluir los estudios. Era la esperanza a la que se aferraba: las chicas eran demasiado concienzudas como para abandonar tanto esfuerzo. La casa estaba tan vacía que ya no soportaba tanto silencio ni tanta suciedad, sin contar lo mal que lo atendía la mugrienta filipina. También retornaría la abogada de las vacaciones, aunque tendría que mantenerse alejado porque la pájara lo había denunciado a pesar de su advertencia. Todo quedaba postergado hasta que los ánimos se calmaran. No hacía más que darle vueltas en la cabeza al interrogatorio. Querían comprobar dónde se encontraba el fin de semana. ¿Por qué? ¿Para meterle el miedo en el cuerpo? ¿Para recordarle que lo vigilaban? ¿Seguirían investigando el incendio después de tanto tiempo?

Cogió el teléfono y llamó a Amparo.

—Sé que es tarde pero, con todo esto, he olvidado que el domingo es el cumpleaños de la pequeña y me preguntaba si mañana, después del trabajo, me acompañarías a comprarle algo. No soy muy bueno en los gustos de las mujeres, seguro que tú atinas mejor que yo. Gracias, eres un cielo, como siempre, ¿que haría yo sin ti?

Cualquier cosa, pensó Ramón, haría mejor sin ella; pero le estaba sirviendo muy bien ante las eventualidades, era una marioneta perfecta, un recurso en la recámara. Cuando colgó, oyó que llamaban a la puerta. La filipina se mantuvo en el rellano sin atreverse a traspasar el umbral para

informarle de que su madre no despertaba para cenar.

—¿Cómo que no despierta? Zarandéala con energía —dijo con tono agrio por la molestia.

Pero la filipina se mantuvo firme y meneaba negativamente la cabeza a la vez que repetía que no despertaba. Ramón subió al piso de su madre con grandes zancadas y entró en la casa que había dejado con la puerta abierta, se llegó adonde estaba su madre y le buscó el pulso: estaba fría como el hielo. ¡Maldita filipina! ¿Cuánto tiempo llevaría muerta? De pronto cayó en la cuenta de que estaba solo, no tenía familia cercana, excepto Valvanuz y las niñas.

Santander, agosto de 2011.

Alicia se despertó en cuanto sintió movimiento en la casa. Prestó atención y oyó a su madre que trajinaba en la cocina a pesar de las puertas cerradas. Era domingo, el gran día de Blanca, y María todavía dormía en la cama de abajo. Se quedó quieta para no despertarla. Se había quedado con la cama de arriba porque María madrugaba para acudir al hotel y así le era más sencillo salir sin molestar. Estaba nerviosa porque era de las pocas ocasiones en que iban a hacer un regalo. Los cumpleaños trascurrían con las felicitaciones de rigor y algún postre fuera de lo común para festejarlo; pero su padre no solía estirarse con un detalle, y con dinero mucho menos. Habían solicitado la colaboración de Lidia para que la entretuviese mientras ellas tres se escabullían para comprarle algo. Su madre había propuesto Cortefiel, algo de más calidad que las cadenas de Inditex, ya que estaban alternando con gente de más nivel. Le cogieron una blusa y una americana corta y entallada para el entretiempo. A ella también le habría gustado algo así porque tampoco tenía ropa medianamente pasable: vaqueros, camisetas y chaquetas, y obtenido todo ello en las rebajas de Zara. Sin embargo, estaba contenta porque habían hecho las cuentas la noche anterior, reunidas en torno a la mesa, con María de contable al frente: habían cobrado tanto su madre como María. El botín reunido había sido bueno, pues a los sueldos se habían sumado las propinas de su madre y la pensión de su padre, con la que no contaban. Habían calculado los gastos de la casa para el mes siguiente, el recibo de los muebles adquiridos a plazos y todavía les sobraba una bonita cantidad, de la cual le habían asignado doscientos euros para sus primeros gastos en Madrid. De todas formas, había planeado trabajar algunas noches en el hospital, fuera de temporada de exámenes. Ésa era la parte que empañaba su alegría, el mero hecho de pensar en el retorno le ponía los pelos de punta: su padre era un desconocido y un malvado del cual había que protegerse. A pesar del incendio y del policía que les servía de guardaespaldas, se había sentido libre, dichosa, se lo había pasado bien, había conocido a Bernardo, tan sonriente, tan amable, tan atento que la hacía sonrojar.

Y Teo. Reconocía su error, lo había tratado con recelo y lo había atacado en un principio; pero sin él, nada hubiera sido posible. No hubiera conocido a Bernardo ni a los demás; no hubieran salido en barco, el colmo del lujo; no tendrían la casa pintada en tan poco tiempo; no habría hecho esas prácticas que atesoraba en un escrito, sellado y firmado por tan eminente doctor. Teo, a pesar de lo feo que era, se había convertido en la estrella que había descendido del cielo para que ellas cumplieran su deseo: vivir. Junto a él se allanaban los problemas, respirar era posible así como vislumbrar un futuro. Ahora lamentaba no haber solicitado el traslado, quedarse en Santander junto a su familia y el presente, porque Madrid representaba el pasado. Oyó suspirar a María.

María se despertó y, por la fuerza de la costumbre, se incorporó para ver el despertador: las ocho y media. Agradablemente recordó que no tenía prisa, que era domingo, se echó de nuevo y se estiró en la cama. Le extrañó la escasa luz que se filtraba por las lamas de la persiana, ¡oh, no!, día nublado y con suerte sin lluvia, pensó asumiendo la evidencia. Era la maldición del norte: por el tiempo nadie se arriesgaba a poner la mano en el fuego, la lluvia desbarataba cualquier plan trazado de antemano. Berto se refugiaría en el Chupi. Roberto Manzano Carrión, nombre del policía nacional que las salvaguardaba, oriundo de Herrera de Pisuerga, en la montaña palentina, de un metro ochenta y siete, hombros anchos y brazos fuertes, con una sonrisa que le hacía hoyuelos en las mejillas y unos ojos

chispeantes, le había ganado secretamente el corazón. Era el mismo policía que las acompañó el día del incendio a recoger sus cosas de la casa para trasladarse a la de Teo. María, tímida y novata en esas lides, no había dejado traslucir sus sentimientos. La atracción surgió el primer día en que la siguió, unos pasos más atrás, hasta el hotel. Ella se volvió molesta y lo invitó a acompañarla, alegando que no estaba acostumbrada a llevar a alguien pegado a la espalda, lo lógico era caminar juntos. Y así, día a día, en breves conversaciones, desgranaron su vida pasada y sus aspiraciones futuras, y sin percatarse apenas, se encontró soñando con él, deseando que llegase la mañana siguiente para tenerlo de nuevo al lado, asomándose discretamente a la ventana de la sala para verlo sentado en la terraza del Chupi: tan alto, tan apuesto. Sin darse cuenta, suspiró.

—¿Estás despierta? —preguntó Alicia.

—Sí. ¿Cómo hará fuera?

—Intuyo, por la luz, que malo.

Las piernas de su hermana Alicia asomaron y fueron creciendo según se deslizaba hacia abajo, se aproximó a la ventana, levantó la persiana y sus temores se hicieron realidad.

—Pero no llueve. Ya sabes, uno de esos días aburridos: ni chon, ni mona —añadió Alicia—. ¡Levántate! Tengo ganas de ver la cara que pondrá Blanca cuando vea el regalo.

Blanca, finalmente, consiguió dejar la cama. Desde que vivía en Santander el levantarse resultaba una tarea agotadora y hercúlea. En Madrid, cuando se despertaba, estaba despierta; pero en Santander, durante la primera hora, el estado de sonambulismo era normal. Teo le había explicado que era una cuestión de presión atmosférica, del nivel del mar y no recordaba qué más cosas, porque ese sonambulismo le ralentizaba hasta el cerebro. De pronto pegó un bote: ¡era su cumpleaños! Totalmente despierta, se calzó las zapatillas y salió al pasillo.

—¡Felicidades! —le gritaron desde la sala y Grey se le apoyó encima, excitado por el revuelo de la casa.

Su madre salió de la cocina para abrazarla y el olor del chocolate recién hecho inundó la casa. Entraron en la sala donde estaba la mesa preparada para el desayuno y le entregaron el regalo.

—¿Para mí? —preguntó emocionada a la vez que abría la bolsa—. ¡Qué bonitas! ¡Qué pena que hasta otoño no pueda estrenarlas!

—Aquí, en el norte, el otoño llega antes —aclaró su madre.

—No teníais que haber gastado tanto —reconvino Blanca agradecida.

—¿A quien llamas de buena mañana? ¿No puede esperar? —regañó Alicia a María.

—Me pidió Teo que le enviara un mensaje en cuanto Blanca se levantara —se excusó su hermana.

—Seguro que vendrá —declaró su madre convencida—. Sería mejor que os adecentaseis un poco antes de desayunar. Por muy médico que sea, es un hombre; y si yo noto cómo se transparentan vuestros pezones...

No hizo falta que terminara la frase: salieron todas a escape a vestirse antes de que sonara el timbre de abajo, que no tardó mucho en hacerlo.

—¿Hay desayuno para todos? No vengo solo —gritó subiendo las escaleras.

Blanca estallaba de excitación: nunca había tenido un cumpleaños tan celebrado, más bien los recordaba grises, confundidos con los demás días del año. Con él llegaban Paco y Asun, con una sonrisa en la boca y unas cajas en las manos.

—Éste es el regalo del doctor —anunció Paco—. Luego subiremos el mío, en cuanto lo hayas abierto.

Blanca se abalanzó sobre la caja más grande y descubrió una CPU.

—¡Un ordenador! ¡Es un ordenador! —exclamó entusiasmada.

—¡Oh! ¡Es demasiado, Teo! —agradeció Valvanuz apurada.

—¿Dónde lo pondremos? —planteó María el problema logístico.

—Ahí entro yo —alegó Paco—. En la furgoneta hay una mesa apropiada para ello. Ya había tomado las medidas cuando hicimos la instalación.

—¿Qué instalación? —se extrañó Valvanuz.

—Eso te pasa por dejar las llaves a cualquiera —regañó Asun divertida—. Entran un momento y te organizan una buena. Durante las obras de reparación estos dos hombres estuvieron muy ocupados urdiendo todo esto.

—¿Tendremos línea ADSL? —preguntó María atónita.

—Tenéis; pero sólo está pagada durante un año, luego os la compondréis vosotras —atajó Teo.

Blanca no pudo más, se abrió paso hasta Teo y se abrazó a su cintura ya que no podía llegar hasta él para darle un beso.

—Esto lo interpretaré como que te ha gustado el regalo. ¡Menos mal! Estaba un poco preocupado —bromeó para quitarle trascendencia al instante—, no tengo mucha experiencia en regalos a jovencitas de dieciséis años. Dicen que son muy difíciles de contentar. ¿Y esos cruasanes?, ¿son para nosotros?

—Sentaos —ordenó Valvanuz—. Primero desayunaremos y luego subiréis la mesa y montaréis el ordenador.

Blanca tomó asiento junto a Teo, después de sacar a Grey al balcón para que hubiera sitio para todos.

—Yo me quedaré de pie —se ofreció Alicia.

—Siéntate con todos, por favor. Yo serviré el chocolate y luego tomaré algo —ordenó resuelta Valvanuz.

Estaban finalizando el desayuno, apretados, con las sillas tan pegadas que no cabía un alfiler, cuando volvieron a llamar abajo: era Sole.

Blanca oyó a su madre hablar con ella y despedirla. Poco después, entró con un paquete.

—Era Sole —aclaró lo que ya era conocido por todos—. Ayer dejaron este paquete durante nuestra ausencia y a Damián se le olvidó entregárnoslo. Es para ti —dijo con gesto serio y preocupado, y se lo tendió a Blanca.

—¿Más? ¿De quién es? —preguntó Blanca y emocionada leyó el remitente.

De pronto la cara le cambió y, pálida, se levantó y arrojó con todas sus fuerzas el paquete a través de la puerta abierta del balcón para caer en la solitaria calle con gran estrépito y, ante la mirada atónita de todos los presentes, se sentó de nuevo y se agarró al brazo de Teo, ya que su madre quedaba lejos.

—¿Qué ha ocurrido, cariño? —le preguntó Teo, acariciándola la mejilla.

Al oír el dulce tono de su voz y sentir la calidez de la caricia, Blanca se apretó más contra él.

—Era de su padre —contestó Valvanuz, agradecida por el gesto de Teo.

Un penetrante silbido llegó de la calle y María se asomó.

—¿De papá? ¿Cuándo ha regalado algo papá? No lo recuerdo —se extrañó Alicia.

—Es Berto, con el paquete en la mano. ¿Qué le digo? —preguntó María y miró a su madre.

—Es Blanca quien tiene que decidir —replicó Valvanuz.

—No lo quiero, no me gusta —decidió Blanca cómodamente instalada bajo el brazo de Teo, que la tenía asida por el hombro—. ¿Podemos montar el ordenador?

—Dice Blanca que, si te gusta lo que contiene, te lo regala —oyeron que le decía María al policía

con una sonrisa pícaro.

—¡Oye, oye! —exclamó Paco regocijado— ¿Qué te traes con el policía?

—¿Yo? Nada. —Y la mentira de María se evidenció en un subido tono púrpura.

Teo y Paco organizaron el trabajo en cuanto despejaron la mesa del desayuno.

—Si hay algo que no soporto es que se me queden mirando cómo trabajo —informó Paco—, así que componeos y salid a dar un paseo.

—Bien urdido —apoyó Teo—, necesito espacio para moverme y aquí somos muchos. Sobre la una y media buscad mesa en el Maremondo, invito a unas rabas ya que no hay playa.

—Trabajamos allí —objetó Asun.

—Pues en La Góndola —corrigió Teo—, aunque os perdéis una experiencia como clientas.

En cuanto las mujeres despejaron la casa, arrinconaron las sillas y la mesa en un lado de la habitación para montar el ordenador más cómodamente y bajaron a buscar la mesa a la furgoneta. Había llovido, pero el calor secaba el suelo con rapidez. Sentado en el Chupi, con un par de libros entre las manos, continuaba Berto, el policía de paisano que ahora lucía un fular en tonos azules.

—Bonito fular —alabó Paco—. ¿Te han visto las chicas con él?

—No. Me costó abrir el paquete —respondió el joven con una sonrisa.

—Ya que estamos, ¿por qué no nos ayudas a descargar una mesa? —propuso Paco.

El policía se levantó animado por algo de acción.

—¿No te aburres de pasar tantas horas sin hacer nada? —preguntó Teo.

—Estoy estudiando. Quiero licenciarme en Arte y promocionarme dentro de la policía.

—¿Con Arte? —se extrañó Teo.

—También hay ladrones de arte —puntualizó con una sonrisa—, y ya tengo Criminología en el bolsillo, así completo estudios y asciendo más deprisa.

—Mira tú, un policía universitario —rió Paco, abriendo las puertas traseras.

Entre los tres sacaron el mueble desmontado y lo dejaron en la acera mientras Paco cerraba de nuevo la furgoneta. Después lo trasladaron al portal y lo subieron con dificultad por la estrecha escalera. Mientras Paco montaba el mueble en la habitación verde de arriba que habían reservado para poner mesas de estudio, Teo y Berto desembalaron el ordenador, la impresora y montaron la pantalla con los altavoces.

—¿Cabrá todo eso en la mesa? —cuestionó Paco—. No hay espacio para una más grande.

—La impresora se puede poner en una balda aparte, en la pared —sugirió Berto, sin desprenderse del fular.

—Buena idea, haré una librería colgada de paso. He terminado.

—Colocamos esto ahí y ya está —se adhirió Teo—. ¿Te vienes a tomar unas rabas? —invitó al policía.

—Imposible. Sólo puedo faltar en mi puesto si alguien de la casa tuviera que abandonarla sola; en caso contrario, debo controlar a los que pasan y paran a observarla: les saco una foto discretamente con el móvil.

—Me caes simpático. Cuando regresen las chicas procura que no vean el fular —advirtió Teo.

—¿No me queda bien? —preguntó el policía consciente de su atractivo.

—Muy bien —confirmó Teo—; pero ¿por qué crees que salió volando por la ventana? —Y ante la mirada interrogativa del joven prosiguió—: proviene de la persona de la cual las estás protegiendo.

Teo disimuló una sonrisa ante la cara de Berto y la rapidez con la que hizo desaparecer la prenda

del cuello.

—Mañana por la mañana vendrá el técnico para enganchar la línea —avisó Teo despidiéndose y, junto con Paco, se encaminó al Casino.

—Es una suerte que las chicas tengan a gente como nosotros —se sinceró Paco—. Me preocupa esta nueva modalidad de ataque de Ramón.

—¿Te refieres al asesinato? No es seguro que haya sido él, aunque es demasiada casualidad —concedió Teo.

—No, me refiero al correo: primero el telegrama y ahora el paquete.

—¿De qué telegrama hablas?

—¿No te lo ha contado? —Se sorprendió Paco—. ¡Endiablada mujer! Igual tampoco se lo ha dicho al comisario. Las hijas están in albis.

—¡Suelta prenda de una vez! —apremió Teo.

—El viernes recibió un telegrama en el que le comunicaba la muerte de su suegra y la acuciaba para que llegase a tiempo con las hijas a los funerales. ¡Y falta lo mejor! Le ofrecía la casa todo el tiempo que necesitasen. ¡Es de locos! Y ahora le envía un regalo a Blanca que siempre ha sido invisible para él. No entiendo a qué juega, pero lo que sí sé es que a Valvanuz las ojeras le van a llegar al suelo cualquier día. ¡Es un sinvivir lo de esta pobre mujer!

—Desconocía lo del telegrama —reconoció Teo dolido.

—Las chicas también. Carga ella sola con todo pero, a veces, se desborda y se desahoga con Asun. Y se aproxima la fecha en que Alicia regresará a Madrid. Disimula, pero lo lleva mal.

Santander, septiembre de 2011.

Pedro colgó el teléfono disgustado. Acababa de hablar con Teresa, la abogada de Madrid, y no le había gustado lo que había oído. El maldito Ramón no podía estarse quietecito una temporada. Nada más llegar de las vacaciones, la pobre mujer se encontró con el individuo y, aunque no le había hecho nada, la había vuelto a amenazar cuando no obtuvo información sobre la mujer y las hijas. Teresa había reconocido que se había asustado mucho y que al tipejo le hizo mucha gracia, incluso que le había dicho que era porque no tenía la conciencia tranquila por haberlo denunciado. ¡Vaya elemento! Pero ya daba todo igual, pasara lo que pasase, la mujer se iba a mudar del inmueble con su familia. Lo aprobaba por otras situaciones similares: la víctima perdía la confianza, la seguridad y temía regresar al domicilio, al barrio. Sucedió incluso con las mujeres violadas, o cuando habían entrado a robar en la casa. Ya no les parecía segura, no podían rehacer su vida allí con el recuerdo: el lugar las hacía vulnerables. Tendría que consultar eso con un psicólogo.

Y luego estaban el telegrama y el paquete. ¿De qué iba el hijoputa? ¿De buen padre y considerado esposo? ¡Y les había ofrecido el piso! Así, lisa y llanamente, un hombre, que ha intentado incendiarles la casa y, seguramente, asesinar a la madre, las había invitado a quedarse en su casa. Por un momento consideró la idea de enmarcar el telegrama que le había entregado Valvanuz, y de colgarlo en la pared para recordarle que nunca se ha visto ni oído todo. Y la chica, Alicia, no podía asegurarle una escolta y para el individuo sería fácil localizarla en la Escuela de Enfermería. No lo había expuesto abiertamente porque sólo conseguiría preocuparles innecesariamente. Había hablado con Teo sobre la posibilidad del traslado de la matrícula, pero le había explicado que topaban con la encorsetada burocracia universitaria: no había forma de aumentar las plazas ni de colarla en la lista de espera. Tendría que perder el año y la chica no estaría dispuesta a ello, le había asegurado Teo, necesitaban el dinero para vivir.

Siempre había sido reacio a ciertos métodos intimidatorios que empleaban algunos policías, pero reconocía que había ocasiones en que eran necesarios para cubrir los innumerables huecos de la justicia. Éste era uno. Los hechos de maltrato e intimidación estaban justificados por las versiones de Valvanuz, de la abogada y el incendio provocado, con la presencia y la cercanía del imputado. Con eso le bastaba para actuar, aunque el asesinato estuviera en el aire todavía.

Descolgó el teléfono y marcó el número de un colega de Madrid: facilitó descripción y dirección del objetivo. Colgó. Llamaron a la puerta y entró uno de sus subordinados, Lamera.

—Hemos encontrado este nombre en un vuelo de Bilbao a París, donde ha hecho trasbordo a Moscú a la mañana siguiente del asesinato: Dmitry Lébedev. Pertenece a la mafia rusa de Marbella, trabaja para un tal Kirill Pávlov, un individuo escurridizo con negocios poco claros y que está bajo vigilancia. He hablado con la policía de allí y han reconocido a Lébedev como un sicario de Pávlov, y me han confirmado que si ha salido del país es porque no tiene la conciencia tranquila.

—No creo que sea nuestra presa —reflexionó Pedro—. Demasiado caro para un empleado de banca y ¿cómo habría contactado con ellos?

Recogió meditabundo el dichoso telegrama de encima de la mesa.

—Pero como no deja de sorprenderme, seguiremos con ello adelante. Si lo tienen bajo vigilancia los marbellíes, habrá fotos y nombres de la gente con la que se relaciona o haya contactado.

Facilíteles los datos de nuestro sospechoso.

—De acuerdo, comisario —aprobó el policía y se retiró.

Madrid, septiembre de 2011.

Ramón abrió los ojos cuando una enfermera entró para cambiarle la botella del gotero. Tenía la cara entumecida y el cuerpo dolorido. Nunca había pasado tanto miedo, por un instante creyó que lo iban a matar. Le salieron al paso cuando regresaba a casa, pagó al taxista y éste partió antes de que él alcanzara la escalinata de acceso a la urbanización, por lo que el vigilante no lo vio. Se acercó un hombre del que receló porque iba medio tapado por un fular hasta que oyó su nombre y, cuando asintió, le cogieron otros dos, a los que no había visto, por la espalda y lo golpearon, eficaz y concienzudamente, durante un par de minutos que se le hicieron eternos: fractura de una costilla, hematomas por todo el cuerpo y cara hinchada. Nada grave, le había asegurado el médico de urgencias.

El vigilante lo encontró tendido en el suelo y avisó a la policía. No llegó a perder la consciencia, pero el susto le impidió reaccionar. La policía se había personado en el hospital para interrogarlo y redactar la denuncia:

«—Eran sudamericanos —explicó—, no sé de qué país.

—¿Cómo lo sabe? ¿Le hablaron?

—Me llamaron por mi nombre, iban cubiertos y con guantes.

—Luego los conocía.

—No creo, no trato con esa gente y, desde luego, no tienen cuentas en la Caja.

—Pero conocían su nombre —insistieron los policías.

—Sí, no sé por qué. Lo habrían oído —dijo Ramón, impaciente por lo obtuso que se mostraba el policía.

—Le robaron la cartera con la documentación y las llaves de casa. ¿No puede acceder a su domicilio?

—Tengo unas en la oficina, por si acaso —aclaró Ramón.

—Convendría asegurarse de que no han entrado en el domicilio: tienen la dirección y las llaves.

—¡Es cierto! —reconoció Ramón alarmado.

—¿Hay alguien que pueda recoger las llaves y cerciorarse de que todo está en orden?

De pronto Ramón se dio cuenta de que no contaba con nadie de confianza: conocidos muchos, amigos ninguno. Nuevamente se vio obligado a recurrir a Amparo.

—Es una mujer, ¿no le parece conveniente que la acompañe un agente en el reconocimiento de la casa?

—Sí, claro, por supuesto —accedió Ramón de buena gana.

—Fírmenos una autorización, si no tiene inconveniente —y le alargó un formulario el policía—. Es un mero trámite, ya sabe, hoy día todo debe constar por escrito».

Ramón recordó que lo había rellenado apretando los dientes por el dolor que le causaba el más leve movimiento. De esto, hacía ya un día y no había recibido la visita de Amparo para detallarle los pormenores o para interesarse por él. Había algo que no había declarado a la policía, unas palabras finales pronunciadas junto a su oído, una amenaza si insistía en su acoso a la abogada o a su propia familia. Reconocer esa amenaza supondría contestar muchas más preguntas, incluso podrían interrogarlas como imputadas y salir a relucir muchas cosas que debían quedar enterradas. Había una

denuncia de la abogada que, hasta ese día, carecía de importancia si no estaba acompañada de más. No creía que Valvanuz tuviera arrestos para algo así, pero había juzgado mal a la abogaducha, tan frágil y asustadiza en el ascensor que no le pareció una mujer con agallas para contratar a unos matones. ¡El marido! Ése había sido, el marido había tomado cartas en el asunto: algo así era más propio de un hombre.

Ya era uno de septiembre, jueves, y ese fin de semana regresarían sus hijas para incorporarse al curso. Necesitaban un sitio para vivir. A él le darían el alta en unas horas. ¿Y si lo habían conseguido y no regresaban? Siempre podía localizarlas en la facultad, pero también las habían mencionado a ellas en la amenaza. ¿Qué haría? ¿No podría hablar con sus hijas? Era ridículo. ¡Eran sus hijas y nadie se las quitaría! ¡Había unas leyes! Notó la cara incendiada y tomó aire para sosegar. Su madre había muerto, Valvanuz lo había abandonado y sus hijas... quedaba Blanca. Una queja al juez sobre el incumplimiento del régimen de visitas... No, mejor aún: cortaría el pago de pensiones, de matrículas. Vendrían a reclamarle el dinero y habrían de verse las caras. ¿Cómo aguantaban tanto tiempo con tan poco dinero? Sí, eso haría. Mientras tanto se contentaría con Amparo, la engatusaría para que lo cuidase en casa, como si fueran marido y mujer, la pobre solterona caería a sus pies derretida de felicidad. Recordó cómo le miraba en la oficina tras la escapada a Palencia, las cenas, esto sería la guinda para ella. Pero, ¿dónde estaba? La había telefoneado para que fuera a buscarlo. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Habrían robado en el piso y no se atrevía a decírselo?

Amparo estaba asustada por lo que había hallado la policía. Había recibido la llamada de Ramón y un agente acudió a la sucursal para recogerla. Le enseñaron el papel de la autorización y se dirigieron a la casa de Ramón. Hasta ahí, todo había sido correcto. Pero la sorpresa fue lo que encontraron sobre la mesa de la cocina y lo contemplaba con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Cuánto crees que hay? —preguntó el agente a su compañero.

—Lo justo para consumo propio, pero igual hay más.

—No pueden realizar un registro —susurró Amparo no muy convencida—. Sólo echar un vistazo.

—La señora tiene razón —concedió uno de los agentes—. Esto es lo que hay a la vista. ¿Viene mucho a ponerse con su jefe?

—¿Cómo? —preguntó atónita—. ¡Yo nunca he tomado drogas! ¡Ni siquiera he fumado un porro en toda mi vida!

—Cálmese, señora, nadie la acusa de nada. Deduje que tenía relaciones con su jefe por las veces que la he visto por la comisaría para declarar —se excusó el agente— pero, si frecuenta malas compañías, debe asumir que la confundan.

—El hombre está acosado por su mujer, una mala víbora que lo acusa de todo lo que sucede. Un divorcio desafortunado y encima no le deja visitar a sus hijas.

—¿Hablamos del mismo Ramón Gutiérrez? ¿El que tiene una denuncia por acoso a una vecina? ¿El que incendió el piso de Santander con su hija dentro?

—¿Qué barbaridades está diciendo? No fue él. Estaba conmigo en la playa.

—¿Todo el tiempo?

—Pues claro. Tomamos el sol, paseamos por la orilla, se bañó, incluso comimos en la playa unos bocadillos que compramos en una franquicia que había arriba.

—¿Solo?

—¿Solo qué?

—¿Se bañó solo? —insistió el agente.

—Pues, sí —afirmó Amparo. Vio cómo se hacía una sonrisa en el rostro del policía—. Es usted un retorcido —acusó molesta.

—Me cae simpática. ¿Quiere que le presente a la mujer que puso la demanda por acoso? Vive en el último piso y tiene una historia que le puede interesar.

Amparo se dejó conducir como si estuviera en una pesadilla que no era la suya. Le presentaron a Teresa y la dejaron con ella. Escuchó todo lo que la mujer quiso contarle y salió del edificio como quien deja atrás un mundo irreal, algo que sale en los telediarios pero que siempre ocurre lejos de uno, a otra gente, en otro barrio, en otra provincia; pero no a ella, eso no sucedía a alguien como ella: con una vida ordenada, con unos padres de los que ocuparse, con un hermano que trabajaba en Alicante y con sobrinos y amigas que, como ella, estaban solteras. Desde que conocía a Ramón había dejado de llamarlas. Había ligado con el jefe, quien la llevaba, la traía, salía a cenar, era un hombre de ensueño. Eso les había contado y así debía seguir siendo el cuento. Las volvería a llamar y mentiría como una bellaca: que había dejado al hombre perfecto porque se debía a sus hijas y estaba luchando por la reconciliación con su esposa, les explicaría lo difícil que es ligar a cierta edad, que los hombres tienen ya familias propias y responsabilidades contraídas, y que lo había dejado antes de hacerse daño. Regresaría a su mundo, rutinario y gris, pero seguro y confortable. El siguiente paso era conseguir el traslado a otra oficina antes de que Ramón se incorporase al mundo laboral. Conocía a varias de las que trabajaban en Recursos Humanos y podía mover algunos hilos a su favor.

Francia, septiembre de 2011.

Valvanuz se encontraba cómodamente instalada en el asiento del copiloto del Mercedes S320 de Teo. Las chicas iban detrás, somnolientas a causa del madrugón. Mientras se recreaba con el paisaje que discurría envuelto en las brumas costeras del amanecer, como si fuera un sueño, trataba de discernir cómo se había dejado convencer. De los amigos de Teo no le extrañaba, pero que sus primos se hubieran adherido a la locura la había descolocado. Desde el cumpleaños de Blanca, Paco y Teo habían confraternizado en detrimento de su poder decisorio: eran demasiados para oponerse continuamente, así que aceptó. Y allí estaba, viajando a ciento cincuenta kilómetros por hora y superando el límite permitido, hacia la frontera de Irún en una maravilla de la ingeniería que se desplazaba sin ruido y devoraba la carretera suavemente.

—¡Qué curioso! No parece que vayamos a ciento cincuenta por hora —expresó en voz alta y, por el rabillo del ojo, observó cómo Teo esbozaba una sonrisa, pero no abrió la boca y siguió concentrado en la conducción.

¡Habían embaucado a sus hijas! Quienes también participaron en la encerrona, siguió rumiando en silencio, habían hablado con ellas a su espalda y las habían convencido. De Blanca no le extrañaba nada, pues Teo y ella se entendían a las mil maravillas desde que se conocieron, algo incomprensible para Valvanuz. La tímida, la asustadiza e insegura Blanca se había arrojado a los brazos de un hombre de quien ella misma huía como del diablo, aunque por otras razones. ¡Qué parecidas eran Blanca y ella! La diferencia estribaba en una infancia infeliz, temerosa, llena de gritos, represiones y negación de la autoestima por parte del padre. Teo era la antítesis y la chiquilla lo captó al vuelo y le entregó su alma ¿lo sabría Teo? Rezaba para que no le hiciera daño inconscientemente. Teo era un hombre con muchas cualidades: divertido, atento, incapaz de hacer el mal, de mentir, con su propio código de conducta y muy generoso en todo menos en sus propios sentimientos, nunca se había entregado a una mujer, nunca se había abandonado. Ella estaba casi segura, y Lucía y Rosa se lo habían confirmado: ponía mucho cuidado en eso de los embarazos, aseguró Rosa, no quería remordimientos de conciencia ni hijos desperdigados sin familia. ¿Ya no soy virgen?, recordó Valvanuz sus palabras en el prado del faro.

—No te he tocado, te lo prometo.

—¿El qué no has tocado? —preguntó Teo, sin dejar de mirar al frente.

—¿Qué? —preguntó a su vez Valvanuz, sobresaltada al darse cuenta de que había expresado sus recuerdos en voz alta.

—Has dicho que me prometías que no me habías tocado o algo así he entendido —repitió Teo.

—¡Ah! —suspiró Valvanuz. Sintió un golpe de calor en el rostro—. No era nada contigo, pensaba en alto —se excusó y cambió de tema rápidamente—. ¿Por dónde vamos?

—Seguimos en la autovía, acabamos de rebasar Mont-de-Marsan. Pronto cogeremos la nacional hasta Bergerac. Son las once, nos detendremos a comer los sándwiches en algún parque antes de llegar allí. A partir de ahora, el viaje será más lento.

—Pero hemos hecho más de la mitad del recorrido —objetó Valvanuz consultando el mapa.

—Por autopista. Tardaremos casi lo mismo en llegar al hotel aunque te parezca mentira. Es una zona de carreteras estrechas, llenas de glorietas y con mucho tráfico en esta época a causa del

turismo —explicó Teo.

—Lo conoces muy bien —se admiró Valvanuz.

—Digamos que es una vía de escape que he utilizado en más ocasiones.

—Una forma discreta de decirlo.

—Te equivocas. He venido siempre solo. Es un sitio privado, mío y de mí mismo. He dicho vía de escape, no de desahogo. Si viniera acompañado, podría dar lugar a falsas expectativas.

—Y en eso pones especial cuidado —matizó irónicamente Valvanuz.

—De verdad que no os comprendo. Soy honesto y me criticáis por ello, ¿preferiríais que os mintiera?

—Reconoce que al menos nos dejarías el derecho al pataleo: cabrón, hijo de puta y esas cosas, ya sabes. Pero que encima tengamos que estar agradecidas, es el colmo.

—Una cuestión de orgullo, el hombre siempre por debajo. Además de prestaros un servicio debo dejarme avasallar.

—Habría que plantearse quien presta el servicio a quien —defendió Valvanuz al sexo femenino—: sería recíproco, digo yo.

—¿Y tú qué opinas, María? —inquirió Teo, mirando por el retrovisor a las chicas.

—Que sois dos cínicos de cuidado. Procuraré recordar esta conversación cuando llegue a vuestra edad para no caer en la misma estupidez. ¿Cómo se puede ser tan frío? ¡Hablar de servicios cuando se quiere hablar de amor! ¡Patético!

—¡María! —exclamó escandalizada Valvanuz—. Es una conversación sin más, nadie quiere hablar de amor.

—Es que María está enamorada —acusó Blanca.

—¿De Berto? ¿No es muy pronto para realizar esa afirmación? —indagó Valvanuz—. Se gustarán, son muy jóvenes.

—O más valientes que otros —matizó Alicia con retintín.

—Mirad. ¿Qué os parece este sitio? Hay mesas y bancos junto al lago —cortó Teo la discusión en la que se iban a enfrascar las mujeres.

Tal y como había vaticinado Teo, el trayecto se ralentizó por el tráfico, pero no lo lamentaron pues el paisaje, las casas y las arboledas que abrazaban las carreteras merecían toda su atención. Salió el sol y pusieron el aire acondicionado. Teo aderezó el camino con anécdotas y hechos históricos de Francia que despertaron variados comentarios entre las mujeres. Antes de llegar a Périgueux, tomaron la autovía durante un pequeño tramo para coger la salida dieciséis que les dejaba en la nacional hacia Thenon, donde se desviarían por la comarcal hasta Auriac, antes de Montignac. Allí, en las afueras de Auriac, en medio de la nada, junto a un pequeño río, los esperaban los dueños de Le Moulin de Mitou.

Tras los saludos de rigor, la cariñosa y vivaracha francesa no dejó de parlotear mientras les asignaba las habitaciones y apuntaba sus datos en una auténtica demostración malabar de que se podía hacer todo a la vez y sin despeinarse. Salieron al exterior del edificio antiguo a otro más moderno, forrado de madera el exterior para reducir el impacto visual. Se repartieron tres habitaciones de la planta baja a las que se accedía directamente por el jardín y disfrutaban de terraza por el lado contrario, hacia el río y el bosque.

—¡Oh! ¿Habéis visto? Puedo bailar en la mía, es muy grande —exclamó Blanca y, emocionada, se asomó a la terraza.

—La nuestra es preciosa —corroboró María desde su terraza.

—¿Habéis visto el baño? —sugirió Teo, asomándose a la suya.

Las oyó gritar alborozadas, compartiendo sus impresiones, y se sintió como el Rey Mago del verano.

—¿Puedo fisgar la tuya? —oyó a Blanca en el dintel de la puerta, abierta y sujeta todavía con la maleta.

—Puedes —permitió Teo.

Blanca entró y lo miró todo con la avidez de una chiquilla. Alicia se asomó pero no se atrevió a entrar.

—No sé lo que tenéis en mente vosotras, pero yo, antes de cenar, voy a darme un chapuzón en la piscina para refrescarme del calor del viaje.

Desaparecieron en un segundo dejándolo solo. Entró la maleta y cerró la puerta. Había dicho algo durante el viaje que era cierto: nunca había llevado a nadie allí. ¿Por qué había roto la regla?, reflexionó mientras deshacía el equipaje. Lo real y palpable era que se sentía feliz de haberlo hecho y que el estómago le jugaba extrañas pasadas, estaba tan nervioso como ellas ante lo desconocido, pero con la diferencia de que él ya lo conocía. El viaje encerraba también algo de huída. Había sido una semana terrible la del funeral de Marisa y luego las misas en San Roque, donde sintió todas las miradas centradas en su persona: el último que la había visto con vida, el que cenó con ella en el club de Tenis a la vista de todos. Cerró la maleta y la dejó apartada donde no estorbara, cogió el traje de baño y se cambió. No debía sentirse culpable de no haberla acompañado hasta el mismo portal. Eran mayores y la zona era segura: no había sido un asesinato fortuito. Si no lo hubiera conseguido esa noche, habría sido otra, aunque la víctima sería distinta. Sacudió la cabeza para apartar semejante idea y se concentró en lo que estaba haciendo.

Cuando salió al jardín, siguió el camino de piedra, pasó por encima del canal o calce del molino, que llevaba el agua del río al depósito o camarao, y continuó por el camino pegado a la pared del antiguo edificio que le conducía a la entrada del recinto de la piscina. Era el primero en llegar, las mujeres necesitaban mucho tiempo para entrar dentro de un biquini. Se río de su propia ocurrencia al imaginarse los comentarios que suscitaría semejante afirmación entre Rosa, Lara y Lucía. Dejó la toalla sobre una tumbona y se duchó antes de entrar en el agua. El mero contacto actuaba como una promesa sedante y relajante, se abandonó sobre el agua y el cansancio de brazos, cervicales y demás, desapareció. ¿Qué poder mágico y curativo guardaba el agua para ejercer ese efecto sobre el organismo? Las chicas aparecieron envueltas en los albornoces que el hotel dejaba en el armario a disposición de los clientes, se aproximaron tímidamente y admiraron el entorno, cada una se adueñó de una tumbona y desfilaron por la ducha. Tras el baño, salieron a calentarse al sol.

—¡Chist! —ordenó Teo—. Guardad silencio, cerrad los ojos, soltad los brazos, no pesan, luego las piernas, respirad despacio y profundamente, el aire es limpio, escuchad el ruido de la brisa en las hojas de los árboles y dejad que os arrullen. Estamos solos, no hay nadie, sólo el bosque.

Se quedaron así un rato, olvidados de todo, descansando, sin planes ni preocupaciones, hasta que...

—¡Qué tonta eres, María! Deja de hacer el payaso —reprendió Alicia en un susurro.

—¿Qué he hecho yo? —se enfadó María.

—Roncar —aclaró Alicia.

—Yo no... —y se oyó otro ronquido, como un suspiro—. ¡Es mamá! —gritó ahogadamente para no despertarla.

Todos se volvieron hacia Valvanuz que dormía beatíficamente. Teo se levantó y le echó el albornoz por encima con cuidado de que no se despertase.

—¡Chist! —repitió—. Esta es la razón por la que hemos venido ¿no? —alegó con una sonrisa de complicidad y todas se volvieron a tumbar en silencio para atrapar los últimos rayos de sol.

La cena fue un espectáculo que disfrutó Teo a placer. Escogieron diferentes platos para probarlos todos y se deshicieron en alabanzas al cocinero. Valvanuz, tras la reparadora cabezada, se fijó en todos los detalles de la decoración, tanto de la mesa como de la sala, propinándole codazos de vez en cuando para que observara esto y aquello. Teo le recomendó que tomara nota de lo que estaba viendo para la futura decoración del hotel.

—Han mezclado muebles antiguos con otros viejos y reciclados, eso que los franceses llaman brocante.

—No estoy seguro. Me parece que en España le han dado un significado algo cambiado, como tú dices, es un mueble reciclado; mientras que en francés es la compra-venta de muebles antiguos —reflexionó Teo—. Y yo no he de fijarme en nada, la decoración y los detalles te los dejo a ti, ya que tanto te divierten.

—El detalle es importante porque contribuye a la calidez del local —explicó Valvanuz lanzada—. La sensibilidad y el buen gusto se reflejan en los detalles. ¿Acaso te da igual tomar el vino en una copa de cristal que en un vaso de plástico? No soy ninguna pedante, pero reconozco que una mesa bien dispuesta predispone a saborear los platos. ¡Dios mío, una tabla de quesos! ¿Éste es el postre?

—No. El postre viene después —corrigió Teo con una sonrisa.

Los siguientes días se dedicaron a recorrer la región del Périgord y Lot. Se llegaron a la sima de Padirac, por la que navegaron a ciento tres metros bajo tierra por el río subterráneo; pasaron por Rocamadour, una villa medieval bajo una peña; cenaron en Sarlat, otra villa medieval; y visitaron los castillos que iban encontrando por el camino, sin prisa, parando aquí y allí, sin horarios. Por la noche, se reunían en la habitación de Teo para planificar la ruta del día siguiente.

—Mañana iremos a Monbazillac. Es un castillo con viñedos y bodega, y de regreso comeremos en Bergerac.

Valvanuz los dejó con las cabezas unidas sobre el plano en el que Teo marcaba la ruta y se sentó en la terraza, frente al oscuro bosque. Se arrebujó en la chaqueta que llevaba sobre los hombros, pues por la noche refrescaba bastante, echó la cabeza hacia atrás y escuchó el rumor del agua que no veía. Se sentía fuerte, reconfortada, descansada tras varios días de buenos sueños, lejos de las aprensiones. Aunque no se engañaba, era un pequeño intermedio en medio de una guerra, privada y secreta, pero una guerra que, de momento, batalla a batalla, iba ganando a costa de sinsabores, sustos y miedo por sus hijas. Si estuviera sola... pero era absurdo planteárselo: la realidad era ésa y no se arrepentía de haber concebido a sus hijas. ¡Qué fácil lo tenían los hombres! Se desprendían de las responsabilidades como de un gabán viejo. Pero ella acudía al frente de batalla con sus hijas a la espalda: trabajaba para mantenerlas y se defendía de los ataques de un perturbado. No, no debía rememorar los problemas, debía escuchar el aire rozando las hojas de los árboles, el agua purificadora, debía relajarse, sentir, vivir. Abrió los ojos y se percató de que no estaba sola. Teo permanecía quieto, sentado a su lado.

—No te he sentido —se excusó—. ¿Se fueron? —preguntó al percatarse del silencio en la habitación.

—Cada mochuelo a su olivo —confirmó Teo.

—Cojo la indirecta —replicó Valvanuz e inició un movimiento.

—Pues suéltala, porque sólo existe en tu mente. —La detuvo apoyando una mano en su antebrazo.

Valvanuz sintió el calor de esa mano grande, de dedos largos y finos, de piel suave y cálida, y un

escalofrió le recorrió el cuerpo. Si él lo notó, no dijo nada.

—Soy consciente de que te he traído aquí para que descanses y olvides ciertos problemas; sin embargo, cuanto más tiempo paso con vosotras, más preguntas me hago. Lo único que me detiene para coger un avión y plantarme en Madrid para conocer a tu ex marido, es el temor de romperle las narices; pero te confieso que hay días en que me retuerzo de curiosidad —confesó serio.

Valvanuz rió tenuemente.

—Haces bien. Ese individuo no merece que te encarcelen ni que le pagues una cara nueva.

—¿Qué me puedes decir de él? Alicia se parece físicamente, pero ¿alguna tiene su carácter, sus gestos?

—No, creo que no, y si los tuviera, han sido modificados por las frustraciones sufridas, la falta de calor y cariño, las reprimendas, las prohibiciones, los encierros. Te juro que ni yo misma me explico cómo son tan maravillosas. Me ayudan tanto, me apoyan. Igual María y Alicia tienen esos genes porque son fuertes. Blanca es como yo, aunque su inseguridad es muy marcada y me preocupa: ¿podrá superarla?, ¿volará sin ayuda?

—Tú también eres fuerte, siguen tu estela. Yo creo que os apoyáis las unas en las otras: cuando una se tambalea, las otras sujetáis. Es bonito veros tan unidas.

—Alicia se va y su marcha me pesa como una losa. Creo que voy a enloquecer este invierno de ansiedad. No me di cuenta, ¿sabes? ¿Podrías decirme la diferencia entre una disputa doméstica y un maltrato? ¿Podrías decirme cuándo percibes que no conoces a la persona con la que compartes el lecho? ¿Cuándo se efectuó esa transformación? No hago más que darle vueltas para poder perdonarme a mí misma. Y una vez que eres consciente de ello y no cortas por vergüenza, por miedo, por inseguridad, por tus hijas; te mereces que te pongan en la picota de la plaza del pueblo para que todos vean lo tonta que puedes llegar a ser.

—¡Menos mal que has sido tú y no yo! En caso contrario me achacarías el hacer trampa.

—¿A qué te refieres?

—Me debes un beso.

Valvanuz pegó un respingo al caer en la cuenta de que había dicho tonta y lo miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—No te lo voy a robar. Voy a dejar que te comportes como una señora y pagues tu deuda —dijo tranquilamente sin moverse— aunque, sinceramente, espero que me lo pagues sobre la marcha y no lo pospongas como una vulgar deudora.

—¿Me estás seduciendo como si tuviera quince años? —se revolvió Valvanuz.

—No te pongas melodramática —replicó con una sonrisa cínica—, sólo es un beso.

Valvanuz se puso en pie, pero Teo estaba sentado de manera que le impedía abandonar la terraza. Se levantó despacio y retiró la silla sin abandonar la sonrisa retadora y burlona.

—En tus labios está que te persiga como un acreedor en los momentos más inoportunos —le recordó.

—Eso es chantaje —acusó Valvanuz, quien resolvió terminar el asunto de una vez por todas. Total, estaba haciendo un mundo de un beso, ¿pensaría que era una remilgada? Eso, nunca, aunque le costara noches el recuerdo del calor de sus labios—. Está bien. Lo mejor será terminar con esta comedia —se envalentonó.

Teo se agachó para facilitárselo, con los labios entreabiertos y húmedos. En cuanto se unieron a los suyos, las lenguas escaparon avariciosas a por su recompensa y recorrieron lugares extraños, los labios succionaban ávidos de los contrarios. Teo inició la retirada pero los brazos de Valvanuz se lo impidieron y los dedos, que por decisión propia, se enredaron en su rubio cabello, un pelo fino, con

el tacto y el cuerpo de un niño. Era suyo ese beso, pensó Valvanuz y reinició la danza de la lengua, no tendría más y quería aprovecharlo hasta el final. La boca de Teo era cálida como el verano y su cuerpo cobró vida junto al suyo. Deslizó las manos hacia ese cuerpo para tocar la piel bajo la camisa, quería recordar su calor, su tersura. Sintió que Teo la elevaba del suelo con un abrazo. Sus brazos, fuertes y firmes, la estrechaban; las manos, que tanto había recordado, que llevaba grabadas en la memoria, ahora eran reales en su recorrido por el pecho, buscaron el camino y lo hallaron bajo la blusa. Se estremeció entera, desde el dedo gordo del pie hasta la nuca. Teo tiró de ella logrando liberarse de los brazos que le atenazaban el cuello y de las manos que le revolvían el sedoso cabello, ¡qué fino era! Se miraron jadeantes durante unos segundos: él preguntando, ella respondiendo al no apartarse; y así, sin mediar palabra que empañara el momento, se abatió sobre el cuello que ella le ofreció, sintió que las piernas le fallaban y él la recogió y la llevó a la cama sin deshacer. Se detuvo, tiró del cobertor y luego de las sábanas y la echó sobre ellas sin dejar de desnudarla, mientras ella le desabotonaba la camisa. No quería pensar porque no quería arrepentirse, porque dolería en el futuro, porque se estaba equivocando, porque, como una colegiala, se saltaba las reglas sin considerar las consecuencias. Recorrió el cuerpo de Teo con las manos, más largo y más blando de cómo lo recordaba, sintió los labios que bajaban del cuello al pecho y jugaba con los pezones. Gimió. ¿Dónde estaban las manos grandes, fuertes y cálidas? Y las descubrió aguantándose, desperdiciadas. Lo enredó con sus piernas y le besó en el interior del codo para hacerlo caer, como si fuera una llave, él quería ir despacio y ella tenía prisa, no se ponían de acuerdo y se revolvía exigiendo, apremiando hasta que él cedió y se entregó.

Valvanuz se despertó. La luz de la noche iluminaba tenuemente la habitación que se había quedado fría: se habían olvidado de la puerta de la terraza. El cuerpo de Teo la abrigaba con una pierna y un brazo sobre ella. Sentía la respiración rítmica sobre la nuca de quien duerme en paz. ¿Qué había hecho? Era tarde para lamentaciones, pero habían sido tantos años deseándolo. Tomó la mano de Teo, que colgaba dormida delante de ella, y se la acercó a los labios despacio para no despertarlo. Besó la palma en un gesto que había soñado mil veces, y la muñeca, suave, dulcemente. Olía a Armani, el aroma que la había perseguido todos estos días, que flotaba en la habitación cada vez que se reunían para trazar los planes del día siguiente, su aroma. Volvió a besar la palma y la aproximó a la cara para sentirla más íntimamente y ésta cobró vida e iniciativa propia acariciándola, sintió unos labios húmedos en el cuello que lentamente la recorrieron, ella se volvió y sus labios se encontraron y se reconocieron como viejos amigos y todo se repitió igual, los besos, las caricias; pero distinto, más lentamente, con la pereza del que degusta el placer, como el paralelismo literario repitieron los besos, copiaron las caricias, los cuerpos se unieron en una única rima y se movieron al ritmo lento y repetitivo de una poesía, tan antigua como el amor que recitaba, tan nueva para quien la oía por primera vez, conservada como un tesoro por los hombres a través de los siglos, para resucitar al ser leída, como el amor cuando surgía, cuando se estrenaba: tan viejo, tan virgen a la vez.

Santander, septiembre de 2011.

Teo salió agotado del quirófano. Le había costado permanecer concentrado en lo que estaba haciendo y Nuria, la fiel Nuria, se había percatado del problema. No comprendía lo que había sucedido. Regresó de Francia en medio de una nube, no se repitió la noche porque Valvanuz lo evitó, y él respetó su decisión. Dedujo que no quería que trascendiera a las chicas. Despidieron a Alicia en medio de abrazos y lágrimas contenidas como quien va a la guerra. La chica intentó devolverle el móvil y él le dijo que lo conservara y que lo llamara si necesitaba algo sin dudarlo. De hecho, él mismo la había telefoneado unas cinco veces en los quince días que llevaba fuera: ya había comenzado el curso y en casa de la cuñada de la abogada eran atentos con ella, por lo que no había queja; de su padre no tenía noticias. Blanca había iniciado el curso en el instituto de Las Llamas y estaba muy contenta con la acogida de los compañeros; incluso había trabado una amistad y había un chico que le hacía tilín, aunque no se había acercado a él, como le había confesado un domingo que se encontraron en La Góndola. Tras dos inexplicables rechazos de Valvanuz, había dejado de aparecer por el Maremondo.

Y así estaba, dolido, desorientado, con la mente llena de imágenes nocturnas de su cuerpo blanco y vibrante entre las manos, de sus besos ansiosos y ávidos. Porque no había sido él quien la exigió, quien la encendió. El beso fue como la yesca, pero él se detuvo. Fue ella quien le urgió, quien se aferró a su cuerpo, quien se abandonó, y fue delicioso sentirse deseado, requerido, exigido y amado? Ésta era la cuestión que lo atormentaba: ¿qué sabía él del amor? Durante esos días de ansiedad había reunido retazos de conversaciones, cosas que se dicen y caen en el olvido, pero que son esenciales para comprender. Recordó la conversación que sorprendió entre madre e hija en la terraza de casa, la descripción que hizo del amor. ¿Por qué lo describió como dormido? ¿Por qué habló de rescoldos? ¿No lo calificó de caballero andante cuando le contó a Alicia cómo la sacó de un apuro? Durante el viaje a Francia, ella había dicho algo así como «demasiado jóvenes para hablar de amor» y Alicia había insinuado que eran más valientes que otros. ¿A quién se refería? ¿A su madre? Todo resultaba absurdo y buscaba fantasmas donde no los había.

—¿Otra vez en la luna de Valencia? —le sacó de sus reflexiones Nuria.

—Voy a comer algo. ¿Me acompañas? No voy a hacer la ronda, no puedo.

—¿Qué te ocurre? Nunca te había visto así, ni siquiera cuando estuviste nervioso por la dichosa liposucción que te hiciste —comentó Nuria, recorriendo a su lado los pasillos.

—No lo sé. Llevo días encontrándome mal, descentrado, doy vueltas innecesarias por la casa, me olvido de las llaves; y luego, la cabeza, que me gustaría dejar en alguna parte para no tenerla en ebullición —replicó Teo, irritado y hastiado.

—Es Valvanuz, ¿verdad?, la madre de Alicia. Llegaste de Francia que parecía que te ibas a comer el mundo y luego caíste en picado. ¿Qué ha sucedido?

—Ése es el problema —reconoció sentándose en una mesa—. Lo ignoro por completo. No me ha dado ni una oportunidad.

—Vamos por partes: ¿qué sucedió en Francia para que regresases así?

—Fue una noche, Nuria, sólo una noche; pero la noche más maravillosa de mi vida —confesó, sonriendo como un tonto—. Luego esperé, respeté y esperé, pero no volvió. La he llamado, he

intentado hablar con ella y ¿sabes lo que me ha dicho? Textualmente: «Teo, no te preocupes por mí, estoy bien, déjalo estar, no volverá a suceder».

—¿La sedujiste?

—¡Que va! Fue ella —afirmó vehementemente con la cabeza, y cogió la carta pero no la miró siquiera—. Todo empezó con un beso; pero no serio, tonto. Y no sé cómo se me agarró, no quiso dejarme marchar y te juro, aunque no te lo creas, que lo intenté. No tengo nada que reprocharme, te lo digo en serio.

—Cálmate, te creo. No eres de los que se inventan las hazañas —concedió Nuria, sujetándolo por un brazo—. Me contaste que la conocías de adolescente y ahora se acuesta contigo y te rechaza. ¿Qué le dijiste esa noche tan maravillosa? ¿Recuerdas las palabras durante...? No sé cómo llamarlo.

—Perfectamente: no hablamos.

—Siempre se dice algo; igual te confundiste de nombre, como en las películas.

—Nada, no dijimos nada. Hasta eso fue maravilloso. Nos entendimos perfectamente sin pronunciar una palabra. Fue... fue... especial.

—¡Demonios! ¡No me lo puedo creer! —exclamó Nuria riéndose.

—Cuéntame el chiste porque no te sigo —apremió Teo mosqueado.

—¡Estáis enamorados! ¡A tus cincuenta años estás enamorado como un yogurín!

—¿Sacas esa conclusión sólo porque no hablamos durante el acto?

—Piensa un poco, cabeza de chorlito. ¿No eres tan conocedor de las mujeres? Una mujer, hecha y derecha, con hijas y un matrimonio desastroso, que te conoce muy bien, que tiene un momento de debilidad y cae en la tentación; pero es consciente de que ahí termina todo, que no hay más, aunque tú insistas en llevártela al huerto. Ella tiene responsabilidades y corta por lo sano.

—Eso es una tontería, claro que hay más —rebatía Teo.

—¿Y tú se lo has dicho?

—No me ha dejado.

—No seas chiquillo, que te sienta muy mal. ¿Le has dicho que la quieres, que la necesitas? Ella te conoce y sabe que no va a recibir nada a cambio, y no estoy hablando de lo material. Si a ella le interesara tu dinero, hace tiempo que se habría colado en tu cama. Oportunidades no le han faltado, se las has puesto en bandeja de plata y con adornos florales —concluyó Nuria con recochineo.

Teo permaneció en silencio después de semejante vapuleo verbal.

—¿Cuánto te debo? —preguntó Teo y, ante la mirada inquisitoria de Nuria, aclaró—: Por la consulta psicológica. Eres muy buena. Me has abierto los ojos —dijo sonriéndola.

—Nada, por ser tú es gratis y también el consejo que lleva aparejado: las mujeres somos muy románticas, declárate en condiciones.

Cuando Teo regresó a casa a media tarde, había recuperado el ánimo. Cuanto más recapacitaba en lo que le había dicho Nuria, más razón le concedía. No le había dicho nada a Valvanuz ni una palabra de cariño o algo que indicara sus sentimientos: encontrada la razón, estaba más tranquilo. Ahora el problema se hallaba otra vez de su parte ¿cuáles eran sus sentimientos?, ¿hasta dónde estaba dispuesto a llegar? Lo intuía, no era estúpido; pero le daba miedo. ¿Cómo sabía uno que estaba enamorado y no era algo pasajero? Aquí entraban los amigos. Le tomarían el pelo, sin duda, pero entre bromas y veras resolverían su situación.

Ese mismo sábado en que entraba el mes de octubre, abrió su pecho durante la cena en La Brocheta y, lejos de reírse, lo tomaron en serio y lo felicitaron.

—No, no, no —rechazó Teo—. No habéis comprendido nada. No sé si estoy enamorado.

—¿Cómo que no! Si lo has descrito muy bien —atajó Pedro.

—¿Cómo supisteis vosotros que no estabais equivocados? —indagó Teo—. Mariano.

—En mi caso fue diferente —explicó el aludido—. No hubo dudas porque no podía tenerlas, Bernardito estaba de camino.

—¿Te casaste conmigo por eso? —se ofendió Lucía.

—No me malinterpretes. Te quería y te quiero; pero el problema de Teo es cómo saber que esos sentimientos son duraderos ¿no?

—Pedro iba bien encaminado —intervino Emilio—. Te has cepillado a un montón de tías y siempre es igual, son todas iguales...

—¡Como los hombres! —atacó Rosa.

—En efecto, la jodienda es siempre la misma para todos; sin embargo, con una mujer determinada se convierte en algo especial. Tú mismo lo has dicho, sencillamente porque es ella, tu media naranja, y no hay que darle más vueltas.

—La longevidad del matrimonio no está asegurada. Luego depende de los cónyuges, de sus caracteres, de los avatares, de los comportamientos y de las reglas que se hayan establecido entre ambos —describió Pedro.

—A vosotros os ha ido de maravilla —constató Teo.

—Eso te lo debemos a ti —reveló Rosa—. Lo hemos hablado en varias ocasiones entre nosotras. Eso de que los sábados os vayáis a navegar y nos dejéis a nuestro aire está bien. La pareja debe respirar, hacer algo por separado y luego las cenas. Es un día de relax para todos. Tu teoría del desahogo es buena.

—Me alegro de haber contribuido a vuestra felicidad —se rió Teo—. Con qué poco os conformáis.

—¡Eh, eh! No abras demasiado la boca —advirtió Emilio—, o todavía la tenemos.

—Resumiendo, según vosotros, esta desazón y esa noche especial son síntomas de estar enamorado —concluyó Teo—. Y después de haber metido la pata ¿cómo la convengo de que la quiero?

Se enzarzaron de nuevo en experiencias propias y ajenas y demás cuentos. Lucía fue la única que contestó con algo de lógica.

—Hay una verdad como un templo: las mujeres, si estamos enamoradas, nos creemos todo lo que nos digáis; pero yo te aconsejo que, hagas lo que hagas o digas lo que digas, seas sincero. Y cuanto más cursi, mejor, somos así.

—Coincide con lo que me aconsejó Nuria, aunque empleó otro término: romántico.

A pesar de tenerlo todo claro, Teo se pasó otra semana indeciso con la excusa de que no encontraba la forma de comunicarle sus sentimientos. Finalmente, jaleado por sus amigos, se tiró a la piscina, rezando para que estuviera llena de agua.

Al principio, la angustia por la partida de Alicia sofocó los sentimientos más desbordantes del corazón. Se llamó tonta una y mil veces y otras tantas se alegró de haberlo hecho. Los recuerdos y las imágenes de aquella noche irreplicable la embriagaban, le hacían sonreír como una estúpida y su mente volaba al delicioso hotel francés. Siempre se había dicho que París era la ciudad del amor, pero valía cualquier otro lugar, siempre y cuando, estuviera Teo. Había sido mejor de lo que había soñado, se había entregado sin reservas, lo había amado, y había terminado como el rosario de la aurora: sin una palabra de cariño, de amor.

Había decidido no sufrir por ello, aunque resultaba muy difícil por la constante persecución a la que la sometió al principio. Pero no era hombre perseverante una vez alcanzado su objetivo, así que

la presión cedió. Era sólo cuestión de tiempo que el fuego se volviera rescoldo y se durmiera de nuevo. Lo había logrado una vez y podría conseguirlo otra. Terminó de hacer las camas y dejó que su compañera pasara el aspirador mientras ella retiraba las toallas sucias. Había comenzado la suplencia en el hotel Santemar con el inicio de octubre y estaba bastante contenta porque sólo trabajaba por las mañanas. Las tardes las pasaba en la casa familiar de Teo, como había prometido, dando lustre a los muebles que eran aprovechables y, bajo la dirección de Paco, aprendiendo a restaurarlos. La decoración resultaría ecléctica, pero cálida: era la moda. Mientras tanto, las obras continuaban a buen ritmo en la casa trasera y, de tarde en tarde, veía a Teo que se pasaba a echar un vistazo y hablaba con el contratista. Afortunadamente, se abstenía de entrar en el edificio principal, de lo que ella se alegraba porque temía las consecuencias de una entrevista.

Esa tarde lo vio. Acercó un cajón de una cómoda a la luz de la ventana para descubrir algún rastro de polilla y, en medio del patio, distinguió la alta figura y el pelo dorado, ése que ahora sus dedos recordaban suave y fino. Hablaba animadamente con el contratista y unos planos en la mano. Estaba guapísimo con los vaqueros y la camisa azul cielo, y el corazón se le estrujó y le dolió como nunca, porque lo deseaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Se apartó de la ventana y se sumergió en el trabajo que se le presentaba delante. Se olvidó de la hora hasta que empezó a faltar la luz. Lo dejó todo y cerró la puerta con las llaves que le había facilitado Teo. Cruzó la calle, pasó por delante del Chupi, donde distinguió a Sole que atendía a unos parroquianos, y subió a casa. Pedro había retirado a Berto de su oficio como guardaespaldas, sin darle muchas explicaciones. Que ya no era necesario, le había dicho, aunque alguna vez había sorprendido al muchacho rondando la casa y supuso que esperaba a María. Era muy atractivo y rezó para que no fuera como su marido. Estaba vacunada contra los guaperas y la subyugaban los altos, rubios y feos.

María y Blanca estudiaban arriba, en la habitación del ordenador. En cuanto la sintieron, asomaron la cabeza a la escalera y se mostraron muy excitadas.

—Ha estado aquí Teo y te ha dejado algo —informó Blanca nerviosa con Grey, que jadeaba a su lado.

—Venga, date prisa, queremos averiguar qué dice —apremió María.

—No entiendo. ¿De qué estáis hablando?

Lo había dejado en la mesa de la sala. Envuelto en papel de celofán transparente y con un lazo destacaba el capullo púrpura de una rosa y, prendido con un alfiler, un sobre perfectamente cerrado.

—Habrá que ponerla en agua —comentó obviando el sobre.

—¿No vas a abrirlo? —se sorprendió María.

—¿Qué interés tienes en esto?

—¿Estás de broma? No estamos ciegas, os coméis con los ojos y os comportáis de lo más raro. Nos dimos cuenta durante el viaje —explicó María.

—No imaginéis nada, porque no hay nada —advirtió Valvanuz seria.

—¿No os queréis? —se desilusionó Blanca.

—Acabemos con esto —decidió Valvanuz. Rasgó el sobre y abrió la misiva, pero lo que leyó no lo esperaba y tomó asiento al sentirse desfallecer.

María le arrebató el pliego y leyó en voz alta:

«Paseando por el mercado de La Esperanza me fijé en esta rosa: porque los pétalos tienen la suavidad de tu piel, porque su aroma me recuerda a ti, porque su color semeja tu rubor, porque su presencia me habla de amor; pero es imperfecta: no puede emular el sabor de tus besos».

—¡Oh, qué romántico! —exclamó María emocionada— ¡Ya podía decirme algo así Berto! Caería redonda a sus pies.

—¡María! No es oro todo lo que reluce —intentó explicar Valvanuz—. Es una forma de seducción.

—¿Qué quieres decir?

—Es una forma de conseguir lo que él quiere; y luego, si te he visto, no me acuerdo.

—Eso no te lo crees ni tú —rebatió María—. ¿De verdad crees que Teo te haría eso?

—Me alegro de que Teo os caiga tan bien y, sinceramente, es muy buena persona y nosotras le debemos mucho pero, en cuestiones de amor, lo conozco muy bien. ¿Por qué crees que sigue soltero?

—¿Porque es feo?

—A mi no me lo parece —apuntó Blanca.

—Pues cómprate gafas —replicó María.

—Una cuenta bancaria abultada, un nombre con prestigio social y su simpatía hacen guapo a cualquiera —sentenció Valvanuz.

—Sí, eso es cierto. ¿Entonces? ¿No quieres nada con él?

—Sólo obtendría cama —afirmó Valvanuz.

—Pues vaya chasco. Ya verás cuando se lo cuente a Alicia.

—¿Alicia también?

—Pero, de todas formas, ¿puedo leerle la carta? Es preciosa.

—Haz lo que quieras —le permitió Valvanuz.

Santander, octubre de 2011.

Cuando Pedro entró en el despacho, Lamera se coló a su espalda.

—Lo estaba esperando, comisario, he recibido algo que sé que le va a interesar mucho.

—¿Sobre qué caso? —se interesó Pedro y tomó asiento.

—El asesinato de la mujer de Los Castros —respondió a la vez que dejaba un sobre encima de la mesa.

Pedro lo cogió, levantó la solapa sin cerrar y sacó dos fotos. Lo que vio en ellas lo dejó sin habla.

—Lo ha enviado la policía de Marbella. Como ya le dije, vigilaban al capo ruso —siguió con la información Lamera— y, siguiendo nuestras instrucciones, revisaron el material que habían recogido y apareció esto.

—¿Pruebas? —inquirió Pedro, sin separar la vista de las fotos.

—La foto, el registro del vuelo del asesino.

—¿Sabe quién es?

—Por supuesto, y lo lamento. Todo el mundo conoce su relación con el doctor.

—Razón de más para que me aplique, ¿no le parece?

—No tenemos huellas, ni arma del crimen, ni testigos, ni motivo. Pagaré el mejor abogado que nos tiraría por tierra cualquier montaje sin base —reconoció Lamera.

—Y que los rusos canten algo más que la canción del verano, será difícil —concluyó Pedro—.

¿Algún consejo?

Lamera negó con la cabeza.

—En ese caso —prosiguió Pedro lanzando un suspiro—, guardaremos silencio. Si se filtrase esto y llegase a la familia de la víctima, tendremos problemas por ambos lados: por el de la víctima, por callar; por el del acusado, por lanzar infundios sin pruebas.

—Se mire como se mire, está jodido el asunto —puntualizó Lamera.

—Efectivamente, sin embargo, no se cierra el caso, siga con ello; al menos, ahora, conocemos el camino de la investigación una vez despejado el bosque.

—A la orden —aceptó Lamera que recogió las fotos y las devolvió al sobre para añadirlas al expediente—, pero de antemano le diré que hemos perdido.

—Si no lo intento y en un futuro se descubriera el asunto, me puede costar el puesto, entre otras cosas.

—Lo comprendo. Que tenga buen día. —Lamera salió, dejándolo a solas con sus reflexiones.

Se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Todavía no se había creído lo que había visto y, sin embargo, era cierto, encajaba, aunque faltaba el motivo, y éste tenía que ser muy gordo. ¿Cómo enterarse? ¿En quién podía confiar? ¿Quién podría tener suficiente conocimiento sobre el tema? Caviló durante un rato, recordando conversaciones, comentarios, uniendo las pequeñas piezas de un gran puzzle en el que, según se iba configurando, cobraba mayor coherencia la foto final. Sin embargo, faltaba el móvil. De pronto, le vino a la mente un dato y saltó de la silla como si hubiera un resorte, cogió el abrigo y salió del despacho.

—Estaré en el despacho de abogados: Cossío e hijo —informó al agente que le servía de secretario.

Veinte minutos después se encontraba llamando a la puerta del despacho de abogados. Una secretaria le abrió. Al primero que vio fue a Bernardo, que salía de la habitación de la fotocopidora.

—Hola, Pedro. ¿Cómo por aquí?

—¿Puedo hablar con tu madre? Se trata de un asunto oficial.

—Está reunida —se adelantó la secretaria.

—Con mi padre —puntualizó Bernardo con una sonrisa—. Anuncie al comisario Valle, por favor.

—Gracias, perdona que no te invite a entrar —se disculpó Pedro.

—Tranquilo, tengo trabajo; además, estoy acostumbrado a los secretos en este despacho. Hasta luego.

La secretaria lo guió hasta el amplio y soleado despacho de Lucía.

—¡Vaya, Pedro! ¡Qué sorpresa! —exclamó Mariano levantándose.

—No sé si quiero que te marches —le contuvo Pedro.

—Entendí que era algo oficial, tú verás —arguyó Mariano.

—No exactamente —adujo Pedro indeciso.

El matrimonio aguardó expectante, mientras Pedro se debatía.

—Siéntate, sentémonos todos —ordenó finalmente. Cerró la puerta y acercó una silla para él—.

Os voy a contar una historia que, evidentemente, juraréis no repetir jamás. Sois abogados y conocéis lo que eso significaría para mi carrera. Nada de lo que se diga o se hable aquí puede salir de entre nosotros. Secreto de confesión.

—Así será —contestó el matrimonio al unísono.

—Grave es el asunto —comentó Mariano serio.

—Y muy cercano a nosotros, por eso necesito vuestra ayuda. No puedo solo. Estáis a tiempo de echaros atrás.

—Si nos necesitas, aquí estamos —atajó Mariano—. Venga la historia.

—Todos estamos al corriente de las barbaridades que es capaz de cometer el ex marido de Valvanuz; sin embargo, cuando interrogué a las chicas después del incendio, no me cuadraban algunas cosas. Las actuaciones eran propias de un perturbado y no se ajustaban a los comentarios y observaciones de mis compañeros de Madrid. Decidí consultar a un psicólogo, a quien expuse el caso sin nombres y quien me orientó con bastante tino. El perfil del tal Ramón se ajusta a lo que nosotros denominamos «moro», para entendernos mejor: es un hombre que quiere a las mujeres en casa y con la pata quebrada, y de hecho, así se ha comportado hasta que Valvanuz y las chicas abandonaron el nido tan cuidadosamente tejido por él a su conveniencia: ella en casa, aguardando para servirle en cuanto llegase, calentándole la cama y diciendo a todo amén. Las tenía sometidas impidiendo que se relacionasen, al estar encerradas, y estrangulándolas económicamente. Hablando con Teresa, la abogada de ella, me lo confirmó y además añadió la descripción de la madre del sujeto: una mujer dominante que subyugaba a su vez a Ramón. Perfil de libro: hombre sometido por mujer, hombre con poder para someterlas a su vez. Todo encaja, incluso el incendio, si tenemos en cuenta que salieron tres chicas de la casa, recordad que estaba Lidia con ellas. De lejos, él contó tres, en ningún momento estuvo en su ánimo matar a nadie, sólo dejarlas sin casa para que regresaran, y eso explicaría el telegrama que recibió Valvanuz en el que les ofrecía su piso durante los funerales de la madre. Él quería que volvieran al nido.

—¿Y el asesinato? —inquirió Lucía.

—¡Ésa era la pieza que crujía! No terminaba de convencerme a pesar de las similitudes, sobre todo, después de leer el telegrama. Hemos encontrado al asesino. Escapó en avión desde Bilbao a

París, y de allí a Moscú. Era un sicario de un mafioso ruso de Marbella.

—¡Coño! Parece una película —exclamó Mariano—. ¿No irás a contarnos el Caso Bourne?

—Pues es real —rebató Pedro—. Mis problemas han comenzado cuando me han llegado esta mañana las fotos de la persona que ha contratado los servicios de la mafia para matar... no a la mujer que murió... sino a Valvanuz.

—Si no era el marido el asesino, ¿quién se interesa en una mujer que no posee nada? —Se extrañó Mariano—. ¿Quieres decir que estamos todos en peligro? Explícate mejor porque no lo pillo.

—¡Oh, Dios! —gritó Lucía— ¡El nexo de unión es Teo!

—Exactamente, el objetivo es Valvanuz porque Teo ha puesto los ojos en ella.

—Alucino por momentos —dijo Mariano, pasando una mano por el pelo— ¿Quieren matar a Teo?

—No. Quieren que Teo permanezca soltero, pero ¿por qué? Eso se me escapa. No tengo pruebas para acusar al asesino y, mientras esté suelto, Valvanuz está en peligro.

—Y Teo también —sentenció Lucía—. ¿Quién es el asesino? ¿Quién mueve dinero para pagar a la mafia rusa? ¿Alguno de sus hermanos?

—¡Caray, Lucía! ¡Qué pena no haberte consultado antes! Eres muy buena —se admiró Pedro.

—¿Qué uno de los Van Der Voost es el asesino? ¿Quién? —preguntó Mariano con los ojos desorbitados.

—Amelia —contestó lacónicamente Pedro.

Se oyeron resoplidos y exclamaciones ahogadas, luego un denso silencio.

—¡Señor! ¡Qué historia tan vieja y previsible! Lo que Teo ha intentado evitar le ha saltado en la cara —reflexionó Lucía tristemente.

—Cuando hubo aquellas reuniones familiares tan borrascosas —retomó la iniciativa Pedro— que dieron como resultado la disolución de la sociedad, se habló del testamento de Teo. Sin embargo, no se llevó una tajada suculenta en el reparto de bienes, como todos sabemos. Cuenta con dinero para vivir muy bien, pero no tanto como para ser el motivo de un asesinato. Amelia ha tenido que pagar mucho a esa gente, más el riesgo que implica la acción. No parece que merezca la pena. ¿Odio? ¿Teo puede levantar tanto odio como para tomarse tanta molestia?

—Conozco el motivo —dijo Lucía desde su asiento detrás de la mesa de despacho—. Pero estoy ligada al secreto. Con lo que has contado, tengo muy claro que la vida de Teo corre un peligro real y no imaginario. Nos exige confidencialidad y lo mismo exijo ahora: esto no puede salir de aquí, ni siquiera Teo debe saberlo, y no podrás utilizarlo, ¿me oyes, Pedro? Me juego también la carrera.

—Te oigo, nos la estamos jugando, pero si la vida de Teo corre peligro, si sabemos el porqué y conocemos a la asesina, igual podemos idear algo para sacarlo del apuro, aunque no podamos enchironarla —planteó Pedro.

—De acuerdo —se avino Lucía—. Conozco la liquidez de Teo porque lo acompañé al notario y, aunque no era necesario, firmé como testigo, además de ser nombrada su albacea, durante las navidades pasadas. ¿Recordáis cuando Teo estuvo trabajando en Estados Unidos con una beca? —Ante el asentimiento de los oyentes, prosiguió—: Compartió piso con un chico que estaba especializado en inversiones.

—Con el que todavía mantiene contacto —confirmó Mariano.

—Teo operó a un individuo al que nadie quería meter mano porque se iba a quedar sobre la mesa de operaciones. Allí los médicos son muy cabritos: prefieren que te mueras tú solito a manchar su reputación. El hombre estaba desesperado y firmó todos los permisos. Teo se arriesgó y lo salvó. En agradecimiento le regaló el cinco por ciento de las acciones de la empresa en la que trabajaba. Teo no le dio importancia por aquel entonces y le pidió a su compañero de piso que se lo administrara, ya

que sabía más de aquello, y regresó a España en 1994. Las acciones de esa empresa en 1999 se cotizaban a 119 dólares cada una y Teo era el dueño del cinco por ciento de Microsoft.

Se oyó el silbido de Pedro y la exclamación ahogada de Mariano.

—No he terminado. Ése mismo año, Larry Page y Sergey Brin buscan accionistas para la nueva empresa que quieren estrenar en Internet. El amigo de Teo, el inversionista, huele el negocio y se lo propone; Teo da luz verde a la venta de la mitad de acciones de Microsoft, que habían aumentado al reinvertir los beneficios, para invertir en la nueva empresa. Hoy día renta por encima de Coca-Cola y Microsoft: Google.

—¡No me lo puedo creer! —saltó Mariano nervioso—. ¡Está forrado!

—Esto no lo sabe nadie. Ni sus hermanos. Así me lo dijo él —puntualizó Lucía.

—¿Por qué? —se asombró Mariano.

—Porque quiere vivir tranquilo. Cuando regresó a España habían secuestrado a la niña ésa de Marbella: Melody; y estaba la E.T.A. secuestrando y recaudando el impuesto revolucionario. No sólo guardó silencio, sino que lo guarda en Estados Unidos. Ese dinero no ha sido visto en España.

—¡Vaya! Ha sido inteligente —aprobó Mariano.

—Estás muy callado, Pedro —observó Lucía.

—Si no lo sospecha nadie, ni siquiera los hermanos, no sirve como móvil —reflexionó Pedro.

—No estaría yo tan segura —objetó Lucía—. Estas navidades hemos entrado y salido del piso de Teo como Perico por su casa. En una de esas ocasiones me fijé en que Teo deja la correspondencia encima de la mesa de la entrada, como hacemos todos, y más él que vive solo, y descubrí el sobre con el membrete de la oficina del amigo inversionista. Recibe una carta trimestralmente, luego, igual que la vi yo, pudo verla alguien más.

—Tú te fijaste porque estabas enterada de qué se trataba —matizó Mariano—. Si lo veo yo, no le doy ninguna importancia.

—Porque a ti no te interesan los asuntos de Teo, pero Amelia... pudo investigar.

—Estamos igual, conjeturas sin pruebas —resumió Pedro decepcionado.

—Para coger al asesino, no lo pongo en duda; pero para evitar un asesinato estamos a tiempo de intervenir —resolvió Lucía—. Ayudaremos a Teo sin que él lo llegue a saber jamás.

—La única forma es que se divulgue que ha testado —opinó Mariano.

—Y condenarías a Valvanuz. El ataque estaba dirigido a ella porque Amelia vislumbró algo distinto. Teo se estaba involucrando demasiado con Valvanuz como para que fuera una relación pasajera. Recordad cómo perdió los papeles cuando encontró a Valvanuz y las chicas en casa de Teo. Si Teo sigue soltero, heredan los hermanos —razonó Pedro.

—Conoces el contenido —recordó Mariano mirando a Lucía.

—Ya he dicho mucho. Si supiera que lo he largado...

—No lo sabrá —aseguró Pedro—. Sólo nosotros tres, nadie más. —Asintieron Mariano y Lucía—. ¿Y si los casamos? Quedarían a salvo. Amelia ignora que Teo lo ha hecho porque no quiere que le dé la vara, así que en la boda dejas caer que ha testado con motivo del enlace. Queda ambiguo, pero la detendrá.

—Si a eso le añades que en la investigación has llegado hasta la mafia rusa, le darías algo que rumiar —siguió Lucía con el esbozo.

—O se le derretirían las piernas —sonrió Pedro ante la idea.

—¡Qué bonito! ¿Y quién pone el cascabel al gato? Porque estarán muy enamorados, pero uno mira para Brasil y la otra para Sebastopol —planteó Mariano.

De nuevo quedaron sumidos en sus cavilaciones los confabulados.

—¡Los muebles! —soltó Lucía, atrayendo la atención de los dos hombres—. A ella le gustan los muebles y está reparando los familiares para aprovecharlos en el hotel. No serán suficientes, tendrán que comprar más. Los portugueses son muy buenos en ese campo y me han hablado de un pueblo a unos treinta kilómetros de Oporto donde hay varios fabricantes de muebles. Planearemos una escapada de forma que ella no pueda negarse y entonces...

Portugal, noviembre de 2011.

De nuevo se encontraba subida en el Mercedes de Teo, aunque esta vez iba sentada detrás con Lucía, mientras que Mariano ocupaba el asiento del copiloto. En el Audi de Emilio viajaban los otros dos matrimonios. Todo empezó la tarde en que Lucía y Mariano se acercaron con Teo para fisgar las obras y Lucía se interesó por su trabajo. Valvanuz le enseñó cómo realizaba el decapé que daba ese lustre vetusto y elegante a cualquier silla o mesa. Le explicó que se lijaba en el sentido de la veta y que se extendía una mezcla de pintura, látex y agua a partes iguales por todo el mueble con un pincel casi seco. El truco estaba en que la veladura fuera escasa; volvías a lijar en algunas zonas más que en otras y encerabas y abrillantabas. Cuando concluyó la demostración se encontró con que el público había aumentado: Teo y Mariano examinaban minuciosamente el trabajo que había realizado en días anteriores. Mariano lo alabó hasta el paroxismo, mientras que Teo permaneció silencioso, y eso le dolió, porque ansiaba alguna indicación o indicio sobre lo que opinaba de ella. Allí mismo surgió la idea de ir a Portugal para comprar muebles. Lucía le habló de Paços de Ferreira, un pueblo de fábricas de muebles donde elegías las maderas, los tonos y los acabados. Y así se fue liando el ovillo hasta que terminó en una excursión de cuatro días en el puente de Todos los Santos a la que se apuntaron todos.

Se detuvieron a comer en Ciudad Rodrigo, antes de entrar en Portugal, y luego continuaron ruta, turnándose al volante Teo y Mariano para descanso de Valvanuz, pues toda la mañana había llevado delante a Teo y le llegaban, de vez en cuando, los dulces efluvios de Armani, que removían sentimientos que necesitaba ahogar. Estaba enfadada con él, aunque no se lo había dicho. En casa de los cuñados de Teresa tenían ordenador y se comunicaban todos los días con Alicia por Internet, con el Skype. Teo había estado en Madrid un fin de semana y había invitado a Alicia al teatro y a cenar, y no le había dicho una palabra a Valvanuz, ni antes ni después de la escapada. Era cierto que ella lo había rechazado, que no había mencionado la rosa ni la misiva siquiera por agradecimiento, él tampoco lo había aludido. Pero Alicia era su hija y podía haberle comentado que iba a verla. Estaba al tanto de que todas las noches quedaba con Blanca para pasear a Grey, que se había instalado en su casa como si fuera el perro de la familia, a pesar de que el espacio era reducido; pero en ese ámbito tenía a sus hijas en contra de cualquier alusión de devolverlo a su dueño, aunque ya lo había intentado. Teo había creado un vínculo con las chicas que, lejos de debilitarse, se fortalecía a ojos vistas. ¡Qué tonta era! Siempre se dejaba enredar, nunca medía dónde debía cortar, carecía de perspectiva, no percibía el peligro hasta que era demasiado tarde.

—Estamos llegando —anunció Mariano—. Espero que Emilio no se despiste, el hotel está entre calles, en pleno centro.

—Tú atento al tráfico, yo miro el GPS —se ofreció Teo—. ¿Cómo se llama el hotel?

—Las Artes, de la cadena Eurostar —contestó Lucía.

Cuando subieron a la recepción desde el garaje, Mariano se encargó de las reservas y de los trámites en el mostrador con los DNI de todos en la mano, mientras que los demás aguardaron con el equipaje en la cafetería que se abría a la recepción y al pasillo.

—Os recomiendo el zumo de naranja natural. Aquí lo ponen helado —animó Lucía.

—¿Cómo es que estás tan informada? —indagó Lara.

—Me lo ha recomendado una cliente y me ha facilitado todo tipo de datos.

—Es muy agradable, aunque pequeño, como todo en este país. ¿Habéis visto lo bajita que es la gente? —opinó Lara.

—También hay bajitos en España —objetó Rosa—. No soy quien para hablar de ello.

—¿Habéis observado el artilugio de lectura? —llamó la atención Pedro—. Mientras pedaleas, creas energía para que la bombilla ilumine el libro. ¡Es genial!

—¡Chicas, vuestras llaves! —anunció Mariano. Se acercó y comenzó a repartirlas y a devolver los carnés.

Valvanuz sorprendió una mirada de entendimiento entre Pedro y Mariano, y éste último se dirigió a Teo, que estaba pagando las consumiciones en la barra. Mientras tanto, Pedro las exhortó a que subieran a la habitación.

—Así disfrutaréis del baño para vosotras solas durante un cuarto de hora. Luego subiremos nosotros. A las ocho y media en recepción para bajar a la zona del puente de Eiffel a tomar algo.

Arrastraron las maletas por un largo pasillo que las conducía a una nueva construcción detrás. Valvanuz se fijó en cómo habían unido los dos edificios con una estructura acristalada y de madera: la disposición era muy similar a la de la casa de Teo en el Sardinero, aunque los dos edificios estaban separados por un patio. Todos habían sido alojados en la misma planta, cada una se dirigió en busca de su habitación y se despidieron hasta más tarde. Valvanuz quedó encantada con todo el espacio del que disponía a pesar de las dos camas. Abrió la maleta y comenzó a colocar las cosas en el armario. Calibró la idea de llamar a las niñas pero era pronto para localizarlas en casa, así que decidió dejarlo para un poco más adelante.

Teo se encontró rodeado de sus amigos en cuanto las féminas desaparecieron. Estaban serios y no hacían más que mirarse los unos a los otros, como acuciándose para que uno de ellos se decidiera a hablar.

—Está bien, os facilitaré el camino. ¿De qué va todo esto? —abrió el fuego Teo.

—Bueno, verás —titubeó Mariano—, ya somos todos mayorcitos para dedicarnos a entrar en la vida de los demás; sin embargo, hemos creído que necesitabas una pequeña ayuda, un pequeño empujoncito.

—Al grano o nos darán las ocho y media —apremió Pedro.

—El viaje ha sido planeado para ofrecerte la oportunidad de solucionar tu asunto con Valvanuz —cortó por lo sano Emilio.

—¿Eso es lo que tú entiendes por sutileza? —le encaró Mariano.

—No discutáis, lo sospechaba —confesó Teo—. El asunto de los muebles estaba cogido por el pelo, pero he de reconocer que me venía bien porque no había partido de mí la idea, así que Valvanuz se lo ha tragado con anzuelo y todo. Estoy convencido de que, si lo hubiera planteado yo, no habría aceptado; y el hecho de que vosotros nos acompañarais la volvió confiada.

—Sabíamos que el plan era bueno, pero teníamos miedo de que te enfadaras por nuestra intromisión —se sinceró Mariano.

—¿Con vosotros? Imposible —dijo Teo, palmeando el hombro de Mariano—. Pero es cierto, os falta sutileza. Andad con cuidado de que Valvanuz no lo advierta porque, últimamente, se le da muy bien el arte del escapismo.

—Ya que te lo has tomado tan bien, nos hemos permitido otra licencia —confesó Emilio y sacó tres cajitas del bolsillo—. Los ha escogido Lara en la tienda, elige el que te parezca más conveniente. Teo abrió las cajas una a una, observó el interior y se decidió por una.

—Tienes dos noches —le advirtió Pedro.

—Procuraré aprovecharlas —prometió Teo—. Nunca os hubiera imaginado como alcahuetes.

¿Alguna indicación más?

Teo cuidó como nunca el aspecto físico y escogió la ropa que más le favorecía. Estaban de viaje por lo que los vaqueros era prenda obligada, la camisa de lino blanca con un jersey de pico rosa chicle, que resaltaba el color vahído de sus ojos claros y su piel lechosa, completaron el atuendo. Se calzó unos Yanko relucientes y comprobó el aspecto juvenil y desenfadado que ofrecía. Se fiaba de las mujeres, y si Nuria y las chicas coincidían en que Valvanuz lo adoraba, lo único que necesitaba era romper la coraza de protección, de ahí la importancia de la puesta en escena, y una vez rota, le abriría el pecho. Eso era lo que más miedo le daba: nunca se había sentido tan vulnerable ni había estado tan expuesto ante una mujer.

Como siempre, llegó tarde a la cita y fue recibido con abucheos por parte del personal. Decidieron coger un par de taxis, pues ya anochece. Llegaron a la costa Gaia, la zona de las bodegas en donde, aunque estaban cerradas, los restaurantes mantenían el ambiente turístico en el muelle. Cenaron tranquilamente con la ciudad de Oporto enfrente, iluminada y viva. Se extendía desde el río ladera arriba y paralela al Duero hasta la desembocadura por un largo paseo que conducía a las playas de Boavista, ya en el Atlántico. Organizaron la excursión del día siguiente con un pequeño madrugón para llegar a Paços de Ferreira a las nueve y media, y luego se detendrían a comer en Guimaraes, la ciudad candidata a capital de la cultura 2012. Regresaron en taxi y Teo se despidió en la recepción de los amigos.

—Subid vosotros, yo tengo que concretar la compra de mañana con Valvanuz —comentó, sin mirarla para no dar lugar a una queja.

Se volvió al recepcionista y le pidió algo que le habían guardado. Con los planos de su hotel en la mano, se encaminó al bar seguido por una sumisa Valvanuz, mientras que los demás se perdían por el pasillo acristalado camino del ascensor.

—No te retendré mucho, imagino que estarás cansada. Tuve la precaución de traer el plano que pintaste con tus hijas —explicó mientras lo extendía—. Es sólo el del edificio de detrás. Tú mira las habitaciones y las medidas de los muebles apuntados, yo voy tomando nota de lo que me dictes. Es mejor que llevemos las ideas claras de lo que vamos a necesitar.

—Sí, estoy de acuerdo —asintió Valvanuz, que se sumergió en los planos sin titubear.

Les llevó un rato confeccionar la lista con las medidas de cada mueble. Teo descubrió que Valvanuz era bastante minuciosa y no dejaba nada al azar. Habían juntado los asientos y el espacio desaparecía entre ellos cuando se inclinaban ante el plano.

—Estoy prácticamente seguro de que no te soy indiferente. Aquella noche tu entrega fue absoluta y reveladora. ¿Qué ha cambiado? ¿He dicho o hecho algo que te ha ofendido? —le preguntó a bocajarro, en voz baja y muy cerca de ella.

—Nada.

—¿Entonces? ¿Por qué me rehuyes?

—Por eso, porque no has dicho ni hecho nada.

—Eso es falso. Te llamé e intenté hablar contigo y siempre estabas ocupada. Te envié una flor...

—Muy bonita, gracias; y el mensaje, enternecedor. No me extraña que todas suspiren por ti.

—¡No fastidies! ¿Una cuestión de celos?, ¿de orgullo?

—¿Dónde están tus sentimientos? ¿Escondidos bajo tu simpatía y tus bromas? ¿Alguna vez has compartido con alguien lo que sientes? ¿Te has detenido a pensar que algunas de las mujeres con las que has estado podrían haberte amado? Nos miras como si fuéramos únicas en el mundo, y así me miraste

a mí. —Se detuvo para tomar aire y con un gesto de la mano contuvo la réplica de Teo—. Desde niña te veía ir y venir por la calle, no eras como tus hermanos, más guapos y más estirados; tú irradiabas simpatía, te fijabas en las personas y, desde el día en que me recogiste en tu moto, te convertiste en mi príncipe azul. Una tontería de niña, lo sé, pero tenía quince años. No sé si empezó allí o en el prado, pero el día del faro me ha acompañado toda mi vida: al principio, grabado como el fuego en mi piel; luego se adormeció y yo creí que te había olvidado. Llegó Ramón y me enamoré, o eso pensé; ahora soy consciente de que me engañé. Era muy joven para discernir lo que era amor; de todas maneras, aunque lo hubiera sabido, no hubiera podido hacer nada porque tú ibas a lo tuyo, eras libre, tenías sueños, como todos. No te culpo por aquello que sucedió ni tienes que disculparte, porque eras tan crío como yo.

—Nunca en mi vida me han acusado de algo tan grave como de jugar con los sentimientos de los demás, y la última persona de quien lo hubiera esperado es de ti. Sin embargo, si lo dices, tendrás tus razones —reconoció seriamente Teo—. Como has dicho, éramos unos críos, ¿qué tiene que ver aquello con lo de ahora? ¿Me estás diciendo que aquellos sentimientos se despertaron en Francia?

—No —contestó Valvanuz y se abrazó como si tuviera frío—. El día que me negué a complacerlo me pegó —confesó Valvanuz con lágrimas en los ojos—, me tomó por la fuerza y me hizo todo el daño que era capaz de hacer, como un bestia... creí que me estallaba la cabeza, me dolía el pecho... y entonces te recordé, recordé tus manos suaves y cariñosas que me recorrían el cuerpo, recordé tu sonrisa, tus besos y esa amabilidad innata en ti. El recuerdo fue tan real, tan nítido que parecía que sólo había transcurrido un día, y resurgió con tanta fuerza que comprendí mi error, mi infierno. Entonces decidí separarme.

—Y viniste a Santander —continuó Teo.

—Pero no por ti. Eras mi amor de juventud guardado en mi pecho, adormecido, acunado, un imposible en el que me refugiaba en los momentos difíciles. Nunca soñé... hasta el día de la terraza. Tampoco aspiré a nada, seguías soltero y comprendí que no habías sido de nadie, que no habías cambiado: derramas tu simpatía como algo natural sin percatarte de los estragos que generas. La noche de Francia fue un tremendo error.

—Eso no te lo admito. Fue la noche más maravillosa de mi vida, un regalo inesperado y valioso. Si te defraudé hace tantos años y me sigues queriendo, todavía tengo una oportunidad para reparar el daño. Es curioso el retrato que has trazado de mí, nunca me había visto así, te lo digo de verdad. Soy más bien parco en palabras sobre mí, no lo niego, pero si supieras lo que me costó reflejar lo que sentía en la misiva y lo cursis que me sonaron mis propios sentimientos, comprenderías que prefiera guardar silencio a decir sandeces. Sin embargo, aquella noche en el molino, interpreté que nos lo dijimos todo con nuestra entrega. Para mí fue tan perfecto que, si hubiera abierto la boca, seguro que lo habría estropeado. Soy hombre de ciencia, no poeta, y carecía de palabras para describir lo que sentía. Tampoco las tengo ahora para expresarte lo que me he sobrecogido con tu relato y tu sinceridad o para abrir mi corazón y que puedas leer en él lo que te he echado de menos.

—¿Qué es lo que ha cambiado ahora? ¿Por qué yo?

—Yo he cambiado, y hay algo en lo que no estoy de acuerdo contigo. Hace años que no me miraba una mujer, de hecho, me insinué a una de mis enfermeras y me rechazó. Curiosamente, esa misma enfermera, cuando adelgacé y me puse en forma, se me acercó. Reconozco que me la llevé a la cama por venganza, estaba dolido y me hizo comprender que no encontraría ninguna mujer dispuesta amarme por mí mismo. Es bastante frustrante. Entonces entraste tú en escena: una bocanada del pasado, con muchos problemas a la espalda y tres hijas; pero resuelta a salir adelante, aunque tuvieras que fregar platos. No sé decirte cuándo empecé a sentir esto, pero la noche que me ofreciste

en Francia me abrió los ojos y encajaste perfectamente en mi alma. Desde aquel día no vivo sin ti. Mis amigos dicen que puedes hacer el amor mil veces, pero que sólo una mujer te hará llegar al cielo: ésa has sido tú.

Teo no esperó una respuesta, enrolló el plano, recogió las notas y se levantó. Valvanuz lo siguió por el pasillo en silencio, cavilosa; pero Teo había decidido no dejarla respirar ni buscar excusas, en una palabra: escapar.

Había jugado sucio con la tarjeta-llave del hotel y sabía de antemano que la de Valvanuz no funcionaría. Los hoteles no guardaban secretos para él. Llegaron a sus habitaciones que, por un extraño capricho del destino, estaban juntas. Valvanuz introdujo su tarjeta en la ranura y no funcionó. Teo abrió la suya e hizo amago de entrar.

—¿Qué ocurre? —se interesó.

—No abre.

—A ver, déjame a mí. —Repitió la operación un par de veces y se dio por vencido—. A veces pasa, se borran. Habrá que bajar a recepción de nuevo. Espera en mi habitación si quieres —dijo y acompañó las palabras con el gesto de abrir la puerta para que ella entrase y, como bailara la duda en sus ojos, se adelantó—. Dame tu tarjeta para que me la graben otra vez.

Valvanuz era consciente del peligro que entrañaba todo aquello. Le entregó la tarjeta como le había pedido y entró en la habitación de Teo. El olor de Armani la asaltó y la envolvió mareándola. Él entró detrás de ella y depositó el plano sobre la mesa en un gesto natural, como si dejara constancia con ese gesto de que sería absurdo bajar cargándolo de nuevo. Ella no dijo nada. Teo inició el paso para salir, con gran alivio de su parte, cuando se detuvo.

—Te he expresado mis sentimientos y conozco los tuyos; sin embargo, no te has manifestado al respecto y me tienes sobre ascuas.

—No entiendo. ¿Qué quieres que diga? Tengo responsabilidades, no soy libre para ir saltando de cama en cama como si tuviera veinte años.

—Ni yo te lo pido. Hemos hablado de amor, no de un cameo. —Volvió sobre sus pasos y abrió un cajón de la mesa del que sacó una cajita de terciopelo que le ofreció.

A Valvanuz le temblaron las piernas, se le cortó la respiración, los ojos se le abrieron de par en par y el cansancio del día se disipó en un suspiro. La mano se le adelantó con voluntad propia, porque ella no recordaba haberle dado una orden y, en medio del sueño, abrió la cajita y un solitario enorme refulgió a la luz eléctrica de la habitación. Impaciente, Teo le quitó la caja de las manos, sacó el anillo y se lo colocó en el dedo anular.

—Perfecto —dijo, y la palabra le devolvió el sentido a Valvanuz.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—No, ¡qué va! Esto es en pago por la noche que me vas a ofrecer.

Y sin aguardar una respuesta unió su boca a la de ella y se reconocieron como viejas amigas, las manos se escaparon ávidas de piel y calor, y los cuerpos danzaron al mismo ritmo, lento y repetitivo, del amor. Valvanuz sin prisas, porque lo sabía suyo, le desabrochaba la camisa, besaba su suave, cálida y blanca piel, consciente del momento, de la entrega. Teo disfrutaba de algo nuevo y recién estrenado, lo alargaba, la excitaba, se retiró para echarla encima de la cama y volvió, llevándola al borde del deseo, recreándose con la ansiedad hasta que, finalmente, la penetró de una vez hasta el fondo, arrancándola un grito de placer, un gemido, una rendición.

El ruido del teclado de un ordenador despertó a Valvanuz. Estaba totalmente desnuda en la cama y recordó que no se hallaba en su habitación. Se dio la media vuelta y tropezó con el cuerpo de Teo

que, cubierto por la sugerente sábana y sentado con el portátil sobre las piernas, tecleaba frenéticamente.

—Aguarda a que termine este mensaje para Alicia y te daré los buenos días como te mereces —dijo Teo, sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Un mensaje para Alicia? —se extrañó Valvanuz en medio de la modorra.

—Ya envié otro a María y a Blanca. Me exigieron que las tuviera informadas sobre cómo iba nuestro idilio.

—¡Informadas! ¡¿De nuestro qué?! —gritó Valvanuz, quien se incorporó de golpe.

—¡Eh! ¡Cuidado! Casi me tiras el ordenador —se quejó Teo, divertido ante la reacción de Valvanuz—. Le doy a enviar y ya está —dijo, cerró el portátil, lo dejó sobre el suelo a los pies de la cama y se volvió hacia ella rodeándola con su enorme cuerpo—. Échate y déjate querer.

—De eso, nada —respondió a la vez que trataba de quitárselo de encima en vano—. Explícame qué está pasando.

—Te juro que soy inocente de los cargos que me imputas en tu mente. Has sido tú misma la que ha ido pregonando su amor hacia mi persona a los cuatro vientos, y tus hijas no son sordas. Mi carta les encantó, aunque ya sé que no hizo mella en ti, y Alicia, ni corta ni perezosa, tomó la jefatura de la familia y me preguntó directamente mis intenciones para con su madre.

—¡No! —exclamó Valvanuz horrorizada.

—¡Sí! Y debo añadir que me gustó el gesto y la preocupación que mostró por ti. Dice mucho a favor de ella. Así que me fui a Madrid y hablé con ella, largo y tendido. Si hace un mes alguien me hubiera mencionado la posibilidad de que tuviera que pedir la mano de una mujer a su hija, me hubiera partido de risa.

—¡Qué bochorno! Dime que es una broma tuya.

—Lo lamento, pero la mentira no entra en mi naturaleza.

—No entiendo cómo han podido intuir lo que yo me negaba a reconocer.

—Eres transparente para ellas. Durante estos años han aprendido a leer en tus gestos lo que callabas. El cuerpo, la cara estúpida de enamorada y otros detalles te delataron —describió Teo, esquivando el cuadrante que le tiró Valvanuz—. Yo también he sido un libro abierto para mis amigos. Nuria, mi amiga enfermera, me ha leído la cartilla por no decirte que te quería en Francia.

—Pero... ¿lo sabe todo el mundo? —se asustó Valvanuz.

—Menos los interesados, todos —sentenció Teo.

—¡Qué vergüenza! ¡Y cómo me presento ahora ante tus amigos!

—Luciendo ese anillo que esperan descubrir en tu dedo como agua de mayo. Después de tantos años, no tenían mucha confianza en mi «sex appeal». ¿Por qué te crees que se han apuntado a este viaje? Para asegurarse de que no metería la pata como en Francia.

—¡No me lo puedo creer! Toda mi vida ventilada públicamente y yo en Babia —dijo Valvanuz, medio ahogada por el sofoco.

—Bueno, no toda —matizó Teo—. Los detalles íntimos están a buen resguardo.

Valvanuz se zafó de él, saltó fuera de la cama y en una carrera alcanzó el baño. Una vez dentro, mientras desaguaba, recordó que no había allí nada suyo; sin embargo, había dos juegos de toallas, así que decidió aprovechar para darse una ducha.

—Mientras me ducho, ¿podrías solucionar lo de mi llave? —le pidió a Teo en voz alta. No obtuvo respuesta, aunque lo oyó moverse por lo que abrió los grifos y, en cuanto el agua alcanzó la temperatura ideal, entró bajo el chorro.

—Gracias, muy amable —dijo Teo, haciéndose sitio junto a ella.

—¿No pensarás...?

—No te preocupes —se precipitó a aclararle Teo—; es para ganar tiempo. Queda bien en las películas, pero es incomodísimo, créeme. Las paredes son frías, los grifos se clavan por doquier y hay que mantener el equilibrio sobre una superficie resbaladiza. Te recomiendo que no lo intentes, y menos con una cama suave, mullida y cálida al lado.

Valvanuz rompió a reír y lo abrazó bajo el chorro de agua caliente.

Por primera vez en su vida llegó antes que nadie al comedor para desayunar. Había bajado a recepción y había anulado la habitación de Valvanuz para esa noche. Después la ayudó a trasladar las cosas a la suya y la dejó arreglándose. Cogió una mesa de cuatro y dejó la cazadora en el asiento. En ese momento entraron Rosa y Pedro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Pedro en cuanto lo vio—. Una noche perdida, si no, no estarías aquí tan temprano.

—Bueno, depende de cómo se mire —se justificó Teo.

—Sólo hay una manera de mirarlo —rebatía Rosa—. Aquí llegan los demás. Lucía, coge esa mesa, así estaremos cerca para los comentarios. Teo no lo ha conseguido.

—¿Ah, no? —se extrañó la aludida—. Entonces, ¿por qué han anulado la habitación de Valvanuz?

—¿Me habéis estado espiando? —se sorprendió Teo, pero se calló en cuanto distinguió a Valvanuz un tanto azorada.

La vista de las féminas buscó ávidamente el anillo en la mano de Valvanuz mientras entraba y, en cuanto vislumbraron su fulgor, se abalanzaron sobre ella para felicitarla.

—Por un momento has logrado despistarme —dijo Pedro, sentándose a su lado.

—Hombre de poca fe —rió Teo, contento como un chiquillo.

Teo recibió satisfecho los parabienes hasta que alguien realizó la pregunta inoportuna.

—¿Y cuándo será la boda? —dejó caer Emilio, que se había sentado en la mesa de al lado.

—No hemos hablado de eso todavía —contestó Teo y sonrió a Valvanuz, quien estaba tomando asiento frente a él y junto a Rosa.

—¡Cómo! ¿Vais a vivir amancebados? ¡En pecado! —soltó Mariano de pie con toda clase de aspavientos—. Si te viera el padre Alfonso: un chico educado en los Escolapios.

—¿No corréis mucho? —se mosqueó Teo.

—Pero para fornicar seguro que habéis sacado tiempo —acusó Mariano ante el pasmo de Valvanuz.

—¿A ti qué? ¿Te tiene a pan y agua? —preguntó Teo a Lucía, que aguardaba a su marido ya sentada a la mesa—. No hace más que predicar.

—¡La fecha! ¡La fecha! —apremió Mariano.

—¿Cuándo quieres? —inquirió Teo a Valvanuz.

—No sé... ¿En primavera? —titubeó Valvanuz.

—¡Imposible! Tengo guardia —atajó Pedro mientras untaba una tostada.

—Soy yo el se casa, cabeza de chorlito, y además ¿cómo lo sabes si no hemos dicho el día y el mes?

—Es igual, tengo guardia —insistió Pedro, chupándose un dedo que se había manchado con la mermelada.

—A vuestra edad no se puede esperar tanto —convino Mariano—. El puente de la Inmaculada, el siete de diciembre.

—Perfecto, no tengo guardia —asintió Pedro y atacó la tostada.

—¿Te parece bonito el Palacio de la Magdalena? —indagó Emilio.

Teo lo vio claro, cristalino, y se le subió la sangre a la cabeza. Sus amigos debieron reconocer el significado de su mirada, de su subida de color en el rostro, porque comenzaron a recular.

—¿Habéis planeado todo? ¿Incluso la fecha? Y por supuesto, el palacio ya está reservado para ese día. ¿Puedo decidir algo sobre mi propia boda? —exigió, fingiendo cólera.

—Bueno, en el menú no nos hemos puesto de acuerdo, así que eso os lo dejamos a vosotros —apuntó Emilio tímidamente—, y el número de invitados, y el diseño de las invitaciones... Como verás queda mucho por hacer.

—¿Dónde?

—¿No te gusta el Tenis? —sugirió Pedro inmerso en su desayuno.

—¡Por todos los diablos! ¡Menudo día que me estáis dando! ¡Menos mal que al menos yo he elegido a la novia!

—En eso te equivocas también —le corrigió Valvanuz tímidamente—. Yo te vi primero.

Teo dejó el volante a Mariano y el asiento del copiloto a Lucía y se sentó detrás con Valvanuz. El encargo de los muebles en Paços de Ferreira les llevó toda la mañana: modelos, medidas, barnizados y acabados de las maderas. Valvanuz se mostró desenvuelta y con las ideas claras sobre lo que quería y Teo actuó como secretario. Los demás aprovecharon el viaje y compraron algún mueble auxiliar, un capricho para aprovechar los portes que pagaría Teo por el traslado del pedido. Comieron en un pequeño restaurante, el Papaboa, en Guimaraes. Un edificio de piedra antiguo y modernizado en sus instalaciones, entre las que destacaba un jardín interior con una gran fuente de piedra en el centro. La ciudad estaba preciosa y preparada para recibir el título de ciudad cultural. Teo recorrió la población con los ojos de Valvanuz, a quien cogió de la mano y no permitió que se despegase de su vera. Regresaron a Oporto antes de que cerrasen las bodegas, entraron en las de Calem y compraron unas cuantas cajas que les llevarían al hotel. Cenaron por allí y regresaron al alojamiento ya de noche.

Teo dejó que Valvanuz entrase la primera en la habitación y, a su espalda, metió la tarjeta en la llave de la luz.

—¡Oh! ¿Es para nosotros? —exclamó admirada.

Habían limpiado la mesa y sobre un mantel de lino habían dejado una cubitera con champagne francés y dos copas, frutas tropicales y dulces variados.

—La boda no sé cómo saldrá, pero la parte de la seducción la domino bien —explicó Teo, aparentando seriedad.

Santander, noviembre de 2011.

Teo salió del quirófano cansado y feliz. Desde que había regresado de Oporto flotaba en una burbuja de optimismo. Hablaba mucho con Valvanuz y estaba aprendiendo a abrirse, a revelar sus sentimientos. Había conseguido que Valvanuz dejara el trabajo del hotel Santemar, con el razonamiento de que no era muy cómodo que la futura esposa de uno de los dueños de la competencia se dedicara a limpiar habitaciones. A cambio, le prometió más trabajo del que querría porque le iba a regalar el futuro hotel con los terrenos incluidos, de forma que las chiquillas pudieran heredarlo de su madre. Teo sonrió quitándose los guantes y la mascarilla, ¡qué fácil era convencerla en el momento en que las chicas entraban en juego! María llevaría la gestión en cuanto consiguiese el grado y aprendiera con Francisco; Blanca acudiría a la Escuela de Gestión de Empresas hoteleras de Santiago y, en un futuro se encargaría de la dirección que, por el momento, recaería sobre los hombros de Anselmo; Valvanuz, la decoración y los detalles que lo convertirían en un lugar con encanto, es decir, la supervisión.

Pero lo que le trastornaba era llegar a casa y ser recibido en la cocina por Blanca a los fogones, en pijama y junto a Grey, oír correr el agua de la ducha de María, encontrar a Valvanuz colgada del teléfono, hablando con algún proveedor. La casa había cobrado vida, no estaba solo. Blanca lo recibía con un beso, María con una sonrisa, todavía no había salvado la distancia y Teo lo respetaba, y Valvanuz con un cálido y acogedor abrazo. Sólo faltaba Alicia.

—¡Cómo has cambiado! —dijo Nuria a su lado—. Muestras la sonrisa tonta de los enamorados, que se les queda cara de bizcocho sin darse cuenta.

—He conseguido más de lo que me hubiera atrevido a soñar. Aunque debo reconocer que tanta felicidad me deja agotado —dijo y se agachó a recoger la mascarilla que se le había caído fuera del contenedor de residuos hospitalarios.

—¡Doctor! —llamó una enfermera—, González Recalde lo reclama urgentemente.

Pero Teo no escuchó más. En el instante en que se incorporó una opresión aguda y sofocante lo atenazó detrás del esternón, un dolor intenso se extendió por el brazo izquierdo y un vahído le hizo perder el equilibrio precipitándose al suelo. Sintió cómo Nuria lo retenía y amortiguaba el golpe, oyó instrucciones dadas a gritos y carreras a su alrededor, mientras tanto él, incapaz de pensar, se repetía incesantemente a sí mismo: «ahora, no, por favor, Dios mío, ahora, no».

Pedro abandonó el despacho de la jefatura de policía a escape. Había sido una suerte que Nuria avisara a Lucía antes que a sus hermanos a instancias de Teo. Lucía le había llamado a él inmediatamente y le había dicho algo de un infarto. Fuera lo que fuese, si Teo había pedido la presencia de Lucía, era grave. Pidió un chófer y se subió en uno de los coches oficiales. Llegó antes que Lucía, alguna ventaja tendría que tener el ser policía. En la UCI lo aguardaba Nuria.

—No era a usted a quien esperaba —se sorprendió la buena mujer.

—Ahora llegará. ¿Qué ha sucedido? Cuénteme todo lo que ha hecho hoy el doctor desde que entró a trabajar.

—¿Y qué importancia tiene eso? —se extrañó Nuria.

—Yo sé lo que me digo. —Quería asegurarse de que Amelia no andaba de por medio—. ¿Cómo se encuentra? ¿Está fuera de peligro?

—Estable, y creo que saldrá de ésta —vaticinó Nuria visiblemente emocionada—. Ha sido una suerte que estuviera a su lado cuando sucedió. Fue atendido inmediatamente. Si quiere detalles, el médico que lo atiende se los ofrecerá con más conocimiento que yo, aunque necesitará un permiso o una orden para convencerlo. Ahora lo llevaré con él. ¡Ah! Aquí está la abogada.

Nuria repitió saludo y el parte del estado del paciente y la acompañó a la cabina en la que se encontraba Teo, mientras que Pedro aguardaba fuera. Había decidido esperar y no precipitar acontecimientos que pudieran disparar alarmas innecesarias. Era mejor que las cosas se aclarasen por sí solas.

Teo no llegó a perder el conocimiento, notó la pastilla de nitroglicerina bajo la lengua y cómo le pinchaban un betabloqueante. Antes de que lo enmudecieran con la mascarilla de oxígeno consiguió pedirle a Nuria que llamara a Lucía, que cogiera su móvil para encontrar el teléfono de Cossío. Estaba empapado en sudor pero aguantó el dolor, no podía morir todavía. Su equipo, avisado por los gritos de Nuria, lo llevó volando por los pasillos a la UCI para monitorizarlo. Martín, el anestesista, se encargó de ponerle todos los cables ayudado por Nuria, no dejaron que nadie más lo tocara. El jefe de servicio de la Unidad, Rodríguez Valle, lo atendió en persona. Se desvivieron para estabilizarlo y comenzar a hacerle las pruebas. Perdió la noción del tiempo luchando contra el cansancio que lo invadía y que le producía terror. ¿Y si no volvía a despertarse? Nuria le sujetaba la mano sin dejar de repetir: «ya pasó, ya pasó».

Cuando vislumbró a Lucía entre las cortinas, respiró hondo, con alivio.

—Estoy aquí, Teo —dijo con el rostro lleno de preocupación.

—Escribe, rápido —apremió—. Tengo miedo de dormirme y de no despertar —le confesó—. La casa familiar de Los Castros, la de Pérez Galdós y la de Madrid para Valvanuz. El resto se dividirá entre mis tres hermanos y Valvanuz, respetando los legados del primer testamento. Mi hermana Amelia no recibirá nada.

Teo guardó silencio mientras oía a Lucía resoplar al tiempo que escribía.

—Nuria y el médico serán testigos de mi firma —añadió Teo.

—¿Qué ocurre con Amelia? —se interesó Lucía, un tanto alarmada.

—Los hijos son unos sinvergüenzas. No quiero que accedan a mi dinero. Y ella... me tiene hartos. No tengo edad para soportar sus desplantes y sus tonterías. ¿Está ya? Llama a esos dos, no quiero morirme sin firmar.

—Teo, esto no tiene gracia —lo reprendió Lucía.

—Necesito reírme, lo he pasado muy mal, Lucía. Sólo pensé en Valvanuz y en las chicas, en que las dejaba colgadas.

—Ahora vuelvo —prometió Lucía, y lo besó en la frente antes de retirarse.

Teo firmó ante Nuria y el doctor Rodríguez Valle, quienes los dejaron solos de nuevo tras la firma y le dio las últimas instrucciones a Lucía.

—Prepara con el notario un testamento en condiciones para cuando salga de aquí, y también los papeles de la casa familiar de Los Castros, una donación en vida a Valvanuz, para que puedan heredar las chicas sin que nadie ponga reparos. Al menos, les aseguraré el pan y el futuro.

—¿Lo sabe Valvanuz?

—Le comenté que se lo dejaría por las chicas, en caso contrario no hubiera aceptado; pero no habrá imaginado que sería tan pronto. Si pusiera alguna traba, convéncela, por favor.

Nuria volvió a asomarse.

—Teo, hay un buen revuelo ahí fuera. Están tus hermanos alborotando y exigiendo pasar a verte,

además de tus amigos, Valvanuz y las chicas.

—¿Los llamaste? —le preguntó a Lucía.

—Dejé el encargo a Bernardo. Lo siento si te ha disgustado —se disculpó Lucía angustiada.

—No importa, está bien; pero ahora tendrás que salir y decirles que no los recibiré hasta que me suban a la planta, y que no quiero una voz más alta que otra. Nuria, discretamente, cuando haya pasado la borrasca, cuela a Valvanuz.

Se fueron las mujeres y cerró los ojos fatigado. El betabloqueante que le habían administrado hacía su efecto, obligando al corazón a latir más despacio, y se entregó al descanso más aliviado al dejar todo solucionado. Ignoraba el tiempo que había transcurrido cuando notó que le acariciaban el brazo suavemente, sin prisa, y le besaban la muñeca y la palma de la mano y recordó la misma escena en un habitación de Le Moulin de Mitou. Si salía de ésta, volvería allí con ella. Los dos solos para hacer el amor todo el día, para disfrutarse, para quererse.

—No te preocupes por nada —dijo sin abrir los ojos—. Está todo arreglado. En caso de que sucediera lo peor, obedece a Lucía en todo lo que te indique. Prométemelo.

—No pienses en tonterías ahora, tienes que descansar —contestó Valvanuz.

—¡Qué poco te importo! Me estoy muriendo y eres incapaz de cumplir mi última voluntad.

Sintió que le cogía la cara con las dos manos y lo besaba. Abrió los ojos y se encontró con la mirada llorosa y la dulce sonrisa de Valvanuz.

—Gracias. Con ese humor tan melodramático me has confirmado que habrá Teo para rato —afirmó Valvanuz con valentía.

—Me decepcionas, no has prometido nada.

—Será porque es peligroso hacerte promesas.

—Cualquiera que te oiga deducirá que no confías en mí —reprochó Teo.

—Y así es. Todavía no has pronunciado el «sí quiero» y ya has intentado escaparte.

A Teo le entró la risa y se fatigó.

—Será mejor que lo deje descansar un buen rato —dijo el doctor Rodríguez Valle, quien se asomó en ese momento—. Entre unas cosas y otras, está demasiado agitado.

—Ya sé por qué me atrapaste: tu sentido del humor; no lo pierdas —dijo Teo a modo de despedida.

Valvanuz lo besó de nuevo y salió.

En uno de los ratos en que regresaba a la consciencia encontró sentado a su lado a un viejo amigo: el doctor Alfredo Matas, quien había ostentado la dirección del Hospital de Valdecilla durante una década, hasta que fue reemplazado por otro más joven y ambicioso.

—Bienvenido al mundo —saludó Alfredo—. He dispuesto que te suban a una habitación individual en cuanto lleguen los resultados. Rodríguez ha estado hablando con tu endocrino y creen que ha sido una suerte que hayas estado medicándote contra el colesterol porque ha quedado en una angina.

—Creí que me moría —confesó Teo—. No hace falta que guardéis consideraciones conmigo, aunque mis hermanos pongan el grito en el cielo.

—Lo sé, pero queremos tenerlas. Has trabajado duro en este hospital por no mencionar lo que tú y yo sabemos: las donaciones para operar fuera del país a gente sin posibles —atajó con un movimiento de la mano un comentario de Teo que murió en sus labios—. No lo he revelado, aunque sospecho que más de uno tiene conocimiento de que eres tú el donante anónimo. Una enfermera velará cada noche que pases en el hospital y, si te hiciera falta en casa, habría que repetir el sorteo.

—¿Qué sorteo?

—Había bofetadas por conseguir un turno junto a tu cama y los han rifado —le comunicó Alfredo riéndose.

—Esto es por la abdominoplastia. Te recomiendo una, ligas mogollón. ¡Fíjate! Se pegan por pasar una noche en vela.

—Eres increíble, Teófilo. Nunca te flaquea el ánimo.

—La procesión va por dentro, viejo.

Nuria llegó con los celadores que iban a subirlo a la habitación.

—¿No deberías estar en casa a las ocho de la tarde? —la reprendió Teo.

—Tus ladridos no hacen mella en mi coraza curtida de años —replicó Nuria.

—¿Me subís ya? —preguntó lo obvio, cuando los celadores comenzaron a manipular la cama—.

¿Hay alguien arriba?

—Todos —confirmó lacónicamente Nuria.

—Hazme un favor: adelántate y échalos. Sin ninguna consideración si se ponen burros —puntualizó Teo—. No me siento con fuerzas para enfrentarme a ellos.

—A la orden, jefe —sonrió Nuria, satisfecha con el encargo.

Cuando llegó a la habitación, sólo Nuria y Pedro lo aguardaban.

—No me he encontrado con nadie. ¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Teo aliviado.

—Les dije que te encontrabas mucho mejor y que probablemente te darían el alta y saldrías por tu propio pie de la UCI.

—¿Y se lo tragaron?

—Cebo, anzuelo y sedal, y porque no había más —replicó Nuria sonriente—, excepto aquí, el amigo —indicó con un movimiento de cabeza a Pedro.

—Soy perro viejo, y además, comisario —respondió Pedro.

—Vete a casa, mujer —apremió Teo a Nuria—. Llevas en danza desde las seis de la mañana.

Gracias por todo.

—No te preocupes, mañana no madrugo. Mi jefe está de baja y las operaciones se han suspendido porque no ha habido tiempo para reestructurar el castillo de naipes.

—¡Qué desastre! —suspiró Teo.

—Pues que se vayan acostumbrando y que empiecen a corregir esa inclinación a requerir tus servicios a cualquier hora. Bajarás el ritmo, si te dejan seguir trabajando —concluyó Nuria seria—. Lo siento, Teo, pero ¿no deberías plantearte la vida de otra manera?

—¿Y olvidarme de ti? —le sonrió Teo, y la mujer meneó dulcemente la cabeza sin contestar.

Nuria los dejó solos, contoneándose con los peculiares andares del personal sanitario calzado con unos zapatos anchos y blancos que le restaban todo atractivo.

—Amigo, ¡qué susto nos has dado! —dijo Pedro emocionado y le apretó el brazo.

—Es curioso, hace un año me hubiera ido al otro lado sin importarme nada; pero esta vez rogué a Dios que no me llevara. Lo pasé fatal.

—Me alegro de que Valvanuz te sea tan saludable. ¿Qué ha sido?

—Una angina, confirmado.

—¿En qué se diferencia de un infarto?

—En el infarto, la falta de oxígeno produce la necrosis de las células del corazón; mientras que en la angina, la falta de oxígeno es transitoria porque las arterias sólo están parcialmente obstruidas y no hay muerte de ninguna célula. Tuve la suerte de que me diera aquí. Fui atendido rápidamente.

Oyeron las voces de los engañados que se aproximaban por el pasillo a pesar de que la puerta estaba cerrada.

—Llega el pelotón de ejecución —anunció Pedro.

—Ponte en la puerta y que pasen de uno en uno, por favor. No me siento capaz de afrontarlos juntos. Divide y vencerás —sentenció con una leve sonrisa.

El primero fue David y Pedro se quedó en la habitación como quien no quiere la cosa. Teo lo dejó hacer.

—Esa enfermerucha de Nuria nos ha tomado el pelo —acusó encorajinado su hermano.

David presentaba un aspecto inusualmente desarreglado, con el cuello desabrochado y la corbata floja, cuando hacía de la pulcritud su tarjeta de presentación. El cabello, ligeramente despeinado a fuerza de pasarse los dedos por él, le daba un aspecto de alguien que hubiera pasado una borrachera; y la camisa arrugada lucía ciertas humedades que denunciaban una copiosa sudoración.

—Por favor, baja la voz —pidió Teo en un susurro desmayado al tiempo que, de soslayo, veía como Pedro se aguantaba la risa.

—¡Oh! Perdona, Teo. Es que llevo aquí todo el día sin poder llegar a ti. El médico de la UCI nos ha explicado lo ocurrido, dice que te recuperarás. Me alegro de veras. Cuando me lo dijeron esta mañana, pensé que no era justo. Ahora que habías encontrado tu media naranja... porque me han dicho que te casas con la panadera.

—No es panadera —rebató Teo pacientemente.

—Para nosotros es la panadera, Teo, pero debo admitir que las hijas están muy bien. Te deseo que funcione y que seas feliz —concluyó y echó un vistazo alrededor—. Está bien la habitación, es amplia y no hay nadie contigo.

—Creo que te lo debo a ti y a tus gritos, los intimidaste.

—Bueno, en algo tenía Nuria razón, estás bastante mejor ya que te prestas a la ironía —arguyó David sonriendo, visiblemente más aliviado.

—Le dejo la casa familiar a Valvanuz —le informó Teo.

—¡Oh! Bueno... imagino que estará en las manos adecuadas si has tomado esa decisión —aceptó David—. Me ha contado Francisco que la estás reformando para convertirla en un hotel. Me parece muy cabal de tu parte. ¡Qué rápido está cambiando esa calle! ¿Recuerdas el Candil y las largas partidas a la rana?

—Siempre nos ganaba papá con el dichoso molinillo —asintió Teo.

—Ya no están ni el Candil ni papá ni la rana. Ya no existe ese juego —se lamentó David.

—Puedo conseguir una mesa de rana, siempre y cuando te comprometas a jugar una partida dos veces por mes —propuso Teo.

—Si tú encuentras un rato, yo buscaré tiempo —aceptó más animado David.

—No me había dado cuenta de lo parecidos que somos —reconoció inopinadamente Teo.

—Lo que un huevo a una castaña —resopló David con prontitud y sin pestañear.

—Somos incapaces de decir lo que sentimos.

David lo miró con sus ojos claros embargados por la emoción, lo cogió de la mano y se la apretó al tiempo que le decía:

—Ponte bien, y no me vuelvas a asustar de este modo. No estoy preparado para ser el hermano mayor.

David salió más liviano y entró Amelia con cara compungida. Pedro continuaba en la habitación, silencioso para no llamar la atención, pero Teo lo sabía presente.

—Teo, cariño, ¡qué susto nos has dado!

—No sufras, Amelia, había testado —atajó Teo los aspavientos de su hermana.

—¿Ah, si? Pero no lo decía por eso, aunque ya que lo mencionas ¿cuándo lo hiciste?

—En la UCI, lo renové ante testigos.

—¡Pero si no dejaron pasar a nadie! —exclamó Amelia sorprendida.

—¿A qué viene tanto interés por mi testamento?

—Por nada, porque eres muy descuidado con tus asuntos. Sólo quiero que hagas bien las cosas, me preocupo por ti. He oído que te vas a casar con la panadera, que tiene tres hijas crecidas. Están en el pasillo. ¿No es un poco irresponsable? Seguramente van detrás de tu dinero, ¿por qué no te la beneficias como has hecho hasta ahora con todas? Será menos problemático cuando te canses de ella.

—Gracias, pero he tropezado con un pequeño inconveniente —replicó Teo, comenzando a irritarse.

—No te preocupes, yo te ayudaré. Para todo hay solución. ¿Qué inconveniente?

—Me he enamorado, estoy loco por ella, la sueño, la echo de menos y la necesito a mi lado todos los días que me queden de vida.

—¡Eres imposible! Siempre burlándote de todo y de todos. ¿No puedes hablar como cualquier persona normal?

—Acabo de hacerlo ¿Qué tiene de malo enamorarse? ¿No has estado enamorada nunca?

—Pues claro, de Antonio.

—Mentirosa. Antonio te vino bien porque te dice a todo amén.

—¿Por qué te metes siempre conmigo? Estoy dispuesta a ayudar. Escucha, Teo, asegúrate de que firme la separación de bienes y, como no tiene edad para tener hijos, no habrá problemas en el futuro. He oído que la casa familiar la estás transformando en un hotelito con encanto. Imagino que necesitarás a alguien que lleve las riendas, Roberto no se encuentra aquí, pero podría decirle algo si te decides a considerarlo.

—Frena un poco tu incontinencia verbal. Haré lo que me salga de las narices, como he hecho toda la vida, sin necesidad de tus consejos egoístas y manipuladores —rechazó Teo subiendo el tono.

—Si tanto te gusta la panadera y te vas a casar con ella —insistió Amelia sin darse por vencida—, les diré a Roberto y a Tony que llamen a las chicas y les presenten a gente de su nivel. Tengo entendido que vivían en Madrid y que aquí no conocen a nadie.

—Amelia, escúchame atentamente porque no volveré a decirlo: si alguno de tus hijos se acerca a menos de cien pasos de una de las chicas, le corto los huevos —jadeó Teo por el esfuerzo y el coraje que le había entrado—, y además les comunicas que ni su sombra figura en el testamento, y que tampoco sueñen con lo que pueda corresponderte.

—¿Me has desheredado? ¿Por qué? —preguntó Amelia atónita y con un hilo de voz.

—¿Y tú me lo preguntas? Hace poco declaraste que Juan era un vago y lo despachaste sin ningún tipo de remordimiento. Dime, ¿y tú qué has hecho? No has estudiado, no trabajas, no te ocupas de la casa porque comes en el hotel a mantel puesto y a la carta. Todavía me pregunto cómo te convenció Antonio para que le dieras tres hijos, a los que abandonaste según nacieron sin ocuparte de su educación, de infundirles unos valores. No soy ningún bendito, y lo mismo hago ahora yo contigo: tienes un hotel nuevo, a estrenar, ¿qué vas a hacer con él? Ponte un delantal y remángate, saca a tu familia adelante como estamos haciendo todos.

Pedro no dio opción de réplica a Amelia, quién, pálida, boqueaba como un pez sin que saliera una palabra de su boca. La levantó, tirando de un brazo, y la condujo a la salida, le abrió solícito la puerta y la dejó en el pasillo. Pedro detuvo con un gesto a Francisco y le cerró la puerta en las narices.

—Descansa un poco, estás muy agitado —recomendó Pedro.

—Gracias por sacarla de aquí. Descansaré cuando me lo cuentes todo. Nos aseguraste que no fue

el marido de Valvanuz, luego tienes alguna pista.

—En absoluto. Sigo con la investigación. El tal Ramón presenta una coartada sólida en Madrid, de donde no ha salido, por eso lo he descartado. Entre nosotros, no volverá a molestar y no me preguntes por qué —añadió Pedro, enfatizando la intención tanto con la voz como con la mirada.

—Gracias. Eres un amigo.

—De nada, para eso estamos —sonrió Pedro.

—Por favor, estoy cansado, no quiero ver a nadie más. Despídelos sin que se ofendan. Sólo Valvanuz y las chicas, quiero arrumacos y no discusiones o conversaciones llenas de obviedades.

Pedro lo saludó con una mano en la frente, como un soldado que recibe una orden, y salió al pasillo. Al cabo de un rato, entraron Valvanuz, quien se mantuvo aparte, y Blanca y María. Blanca abandonó su timidez y se abalanzó sobre él. Le dio un beso: fue el mejor momento del día.

Después de conversar un rato en el pasillo con familiares y amigos de Teo, que se habían personado allí, Pedro consiguió quedarse a solas con Mariano y Lucía.

—Será mejor que nos marchemos a tomar algo en Gambrinus —propuso Lucía nerviosa—. Aquí puede aparecer cualquiera en cualquier momento. Avisa al personal de planta y que ellos se encarguen de disuadir a la gente inoportuna.

Pedro se aprestó a ello y al cabo de media hora estaban sentados, compartiendo unas raciones y unas cañas, en el Gambrinus.

—Bueno, ¿qué ha sucedido concretamente? —entró en materia Mariano.

—La angina es real —dictaminó Pedro—. Amelia no anda de por medio en este caso.

—Me alegro —corroboró Lucía tensa—, pero Teo, si no se huele algo, ha actuado con mucho tino, demasiado diría yo.

—Lo sé, pero estuve presente durante la entrevista que mantuvo con Amelia. Creedme —les exhortó Pedro, al tiempo que se echaba hacia delante, para acercarse más a sus amigos sentados enfrente—, Amelia es exasperante y lo sacó de sus casillas. He estado hablando con Francisco, en el pasillo del hospital, y me relató la irrupción de Amelia en casa de Teo, cuando las chicas se trasladaron allí: resultó histriónica. Esa mujer está fuera de sí, por lo que no me extraña en absoluto la decisión de Teo de excluirla del testamento. Ella misma alucinó cuando Teo se lo expuso tajantemente en el hospital. Es una mujer que ha estado acostumbrada a salirse con la suya y estoy seguro de que todavía no ha asimilado la sublevación de sus hermanos. Si no fuera por la muerte de una mujer inocente, la compadecería.

—¿Qué piensas hacer respecto a eso? —indagó Mariano.

—Nada. La investigación sigue su curso aunque, sinceramente, no creo que se resuelva porque no hay pruebas que se puedan sostener en un juicio, son circunstanciales, y no creo que las lleguemos a encontrar. Son profesionales.

—¡Es increíble! Conocemos al culpable, pero no lo podemos decir —se lamentó Mariano.

—Si es así, debemos olvidarnos de todo esto —sugirió Lucía—. Hemos transgredido demasiados límites en el ámbito profesional. Quedará entre nosotros tres y moriremos con ello. Nuestro amigo es feliz y está a salvo, ya nada importa.

—Brindemos por ello —propuso Pedro y levantó su caña.

—¡Por la amistad! —acompañó Mariano, y Lucía a su lado elevó la copa.

Madrid, diciembre de 2011.

Ramón entró en el Vips de Julián Romea sobre las ocho y media. Era viernes y estaba lleno. Desde que se había quedado solo acudía allí a cenar. Tras muchas vicisitudes, había contratado a una mujer española que acudía tres días por semana para limpiar y planchar, mientras que las comidas las realizaba fuera de casa. Había aprendido a apreciar el ruido y el sonido de las conversaciones ajenas que contrastaban con el silencio casero y la cocina fría, oscura y vacía. La soledad lo devoraba. No comprendía la defeción de Amparo; no sólo no acudió a verlo ese día al hospital sino que, cuando se incorporó al trabajo, había sido trasladada de oficina. La había llamado innumerables veces, pero no se lo cogía. Nunca entendió aquello de la droga en su casa. No lo detuvieron; pero lo hicieron constar como causa probable en el expediente abierto por la paliza que había recibido, y el agente se mostró duro con él cuando su nombre salió a relucir en una denuncia por intimidación a una abogada. Le advirtió de que lo tenían fichado y que, por cualquier movimiento en falso, lo podían procesar. Aquello fue el colmo, había sido él el agredido y se había tragado el rapapolvo sin levantar la cabeza.

Se deslizaba entre las mesas hacia una libre en el fondo del local cuando las vio: Alicia y Teresa, quienes charlaban animadamente ante unos refrescos. Cambió el rumbo para llegar a ellas, que no lo vieron hasta que se presentó ante la mesa. Teresa lo observó inquieta; Alicia, con la mirada endurecida y dispuesta a luchar. Ramón trató de parecer tranquilo, cogió una silla cercana y se sentó con ellas pese a no haber sido invitado e, ignorando la presencia de la odiada abogada, se dirigió a su hija.

—Alicia, ¡cuántos meses! Estaba preocupado porque no tenía noticias vuestras. No sé cómo puedo comunicarme con vosotras a no ser por correo, pero me devuelven las cartas; también me han devuelto la pensión que le pasé a tu madre. Creí que había algún error, pero me han comunicado que había sido rechazada y que no hacía falta que siguiera enviando más dinero. ¿Qué ha sucedido?

—Si nos hubieras comprado un móvil, no habría problemas —replicó secamente Alicia.

—Tienes razón, podemos quedar mañana por la mañana y solucionarlo.

—Estoy ocupada y no busques otro día, también estaré ocupada.

—No comprendo esta hostilidad cuando soy yo el que debería estar enfadado. Ha muerto la abuela y no os habéis dignado a aparecer por aquí. Aun así, soy generoso y estoy abierto a la posibilidad de recibirlos en cuando os canséis de esa aventura nortea.

—No creo que a mamá le importe mucho tu «generosidad» —recalcó con intención Alicia—. Se ha casado la semana pasada, durante el puente de la Inmaculada. Es lo que le estaba contando a Teresa.

—¿Casado? ¿Cómo que casado? ¿Con quién? ¿Y se lo cuentas a una extraña antes que a mí?

—No creo que lo conozcas, con Teófilo Van Der Voost.

—¿Los rubios altos de los hoteles? Pero, ¡si son unos estirados! —exclamó Ramón, sintiendo que su seguridad se desmoronaba.

—Sí, aunque Teo es neurocirujano.

Sonó un móvil y Alicia sacó un iPhone 4.

—Ahora no puedo hablar, María, luego te llamo y te cuento —dijo y colgó.

—¿Por qué me pides un móvil si ya tienes uno? —inquirió Ramón incapaz de digerir todas las noticias—. Dame el número.

—No te lo he pedido y no quiero darte mi número.

—Aunque hayas cumplido veinte años —rugió Ramón—, me debes respeto: sigo siendo tu padre.

Alicia se volvió, echando llamas por los ojos.

—Mi padre está en Santander, es un hombre encantador que me llama todos los días para saber cómo me ha ido, con el que hablo sobre las cosas de clase y me aconseja, que me ha abierto una cuenta para mis gastos, me deja un piso, me compra el móvil y un ordenador para que pueda bajar los apuntes cómodamente desde casa, que me hace reír cuando estoy alicaída. Dime: ¿cuándo te has preocupado por mi bienestar?, ¿cuándo me has hecho reír? El ADN te dará la razón, pero yo no lo siento así.

—Ese cretino os ha comprado con su dinero. ¿Tus hermanas piensan igual que tú? —escupió las palabras llenas de resentimiento.

—Por supuesto. Son felices con él. Y ahora, si nos disculpas, seguiremos con nuestras cosas. Ésta no es tu mesa.

—Haré lo que me venga en gana, mocosa, aunque te fastidie, sigues siendo mi hija. Ningún ricachón va a robarme mi familia.

—Son mayores de edad para decidir por sí solas. Y nadie le ha robado nada, sencillamente, otro valoró lo que usted desechó —intervino descaradamente Teresa.

Ramón intentó fulminarla con la mirada, pero la abogada se la sostuvo desafiante. Finalmente, se levantó despacio, como a cámara lenta, y abandonó el local humillado, perdido, derrotado.

—Nunca imaginé que me compadecería de él —confesó Alicia—. Está más gordo.

—Come siempre fuera de casa, por lo que me han dicho —comentó Teresa—. Yo no me preocuparía, en cuanto reaccione se lanzará sobre otra incauta. Sigue contándome: ¿y el viaje de novios? —apremió Teresa.

—Será en agosto para que podamos ir todos. Ha invitado también a sus amigos con las familias. Teo paga el avión y el alquiler de los barcos, los demás se hacen cargo del hotel en Atenas y los gastos de comidas y gasolina. ¡Navegaremos por las islas griegas en dos veleros!

—¡Guau! ¡Qué fantástico!

—Dice que es porque ya no se va a casar más veces y quiere hacerlo a lo grande. Se ríe hasta de su propia sombra —aseguró Alicia complacida—. Estoy deseando volver. ¡Menos mal que las vacaciones de Navidad están a la vuelta de la esquina! Nos ha prometido ir de compras a Londres durante la semana de Reyes porque nuestro ropero es muy pobre. Será nuestro regalo de cumpleaños, el de María que fue el día seis de este mes y el mío será el cuatro de enero.

—¡Qué suerte! A mí me espera la mudanza. Ya está terminada la reforma del nuevo piso y, aunque los fines de semana vamos llevando cosas, la mudanza gorda la realizaremos aprovechando las fiestas.

—Pero no te ha vuelto a molestar ¿verdad? —preguntó Alicia preocupada.

—No, pero la decisión estaba tomada. Además, no resulta agradable encontrarlo con todo lo que ha sucedido. Es mejor así, me hace ilusión estrenar casa y barrio.

—Se hace tarde —advirtió Alicia consultando el reloj.

—¿Vives muy lejos? —indagó Teresa mientras recogía sus cosas de la mesa.

—En Santa Engracia. Un piso muy amplio y luminoso, decorado como un hotel. ¡Si lo viera mi madre! Está haciendo planes para transformar la casa de Teo en un lugar confortable, más hogareño,

según dice ella —informó riendo a la vez que se levantaba—. En julio sacaré el carné de conducir y me comprará un utilitario para moverme por Madrid, así que este año todavía me toca desplazarme en metro y en bus.

—¡Enhorabuena! Has cambiado mucho —le dijo Teresa y le dio un beso de despedida ya en la calle—, irradian felicidad y has perdido ese ceño fruncido.

Epílogo

Santander, diciembre de 2011.

Valvanuz salió vestida con el chándal para cumplir con el paseo diario por la playa. Eran las nueve y media de la mañana y había descubierto un gran placer en recorrer los arenales con Grey y los escasos paseantes madrugadores. Había recuperado el mar. Su infancia había transcurrido arrullada por un mar amable, con olor a yodo y sabor a sal. Bajo el fragor del estrépito de las rompientes, en un prado cercano al faro, había despertado inocentemente a las suaves caricias y a los sabrosos besos del amor. Pero abandonó el mar en pos de una quimera y la tierra, agreste, dura y fría, la envolvió con la cruel realidad del escarnio y la humillación. Como una barca vieja, rota y sin remos, se encontró de retorno al mar; pero el mar había cambiado, se había encrespado con múltiples borreguillos blancos que levantaba el viento, se había vuelto grisáceo y frío y amenazaba con ahogarla. Hasta que la mano grande, fuerte y segura del que encendió la hoguera del deseo, surgió entre la bruma para sostenerla frente a las inclemencias. Con una sonrisa le infundió seguridad; con una palabra, determinación; con un roce, calor a la piel. Y el mar perdonó su defeción: había vuelto a arrullarla como cuando era niña y tornó los sueños en hilachas de algodón rosa y dulce. El corazón prendió en llamas en cuanto reconoció a su amor adolescente un día de sur, a su amigo, a su amante.

Dirigió una última mirada a la playa desde arriba antes de cruzar hacia Pérez Galdós, con Grey ya sujeto de la correa. Era un día maravilloso, también de sur, cálido y acogedor, en el que el mar devolvía el color azul del cielo a quienes lo escrutaban, y el horizonte, envuelto en brumas, escondía la incertidumbre del más allá. Pero nada de eso inquietaba a Valvanuz porque, para ella, había merecido la pena vivir, por una sonrisa, por una caricia, por un beso.

Entró en casa y dejó la correa de Grey colgada detrás de la puerta de la cocina, oyó el aspirador que pasaba Rita en el cuarto de las niñas y se encaminó al de Teo, ahora también suyo. Echó un rápido vistazo al reloj y calculó que todavía se encontraría operando en algún quirófano del hospital. Se enfrentó al espejo antes de correr la puerta para cambiarse de ropa e, igual que le había sucedido algo más de un año atrás, no se reconoció. La piel había adquirido el color dorado de las arenas, los ojos la alegría y la viveza del mar y de la comisura de sus labios colgaba la felicidad.

Teo experimentó un *déjà vu* frente al espejo: las Navidades pasadas no consiguió vestirse adecuadamente por la operación. Se miró de perfil y disfrutó con su figura, ya no era un payaso, ya no había razón para avergonzarse; al contrario, era un cuerpo querido, lleno de besos y abrazos. Se acercó y observó su cara, ya no le parecía tan fea, no era que se hubiera vuelto guapo de pronto, no creía en los milagros; pero se miraba con otros ojos, con los de Valvanuz que todo lo pintaba de colores. En un par de semanas había redecorado el dormitorio porque decía que le parecía estar viviendo en un hotel. Lo había logrado con bastante acierto, moderno, pero no cursi ni recargado. Se gastaba un dineral en revistas de decoración y se las estudiaba literalmente, luego entraba en Arte España y Teo se sentaba en una silla y la observaba mientras escogía tejidos, colores y los combinaba con maestría, como si llevara años haciéndolo. La encargada ya los conocía y se desvivía en cuanto los veía atravesar la puerta. ¡Cómo para no hacerlo! Quedaba un hotel por decorar y la vendedora ya se habría informado al respecto.

Se alejó del espejo para ponerse los gemelos. Era Nochebuena y había invitado a David y a Francisco a cenar con sus respectivas familias; Amelia había sido borrada de la agenda y Juan se

hallaba desaparecido por Mallorca, o eso creían ellos. Había mantenido una conversación con David, quien le contó que Antonio había protagonizado una buena trifulca con Amelia cuando le pidió fondos para hacer frente a unos gastos del hotel y se encontró con la cuenta vacía. Teo decidió confiarle a David el acoso al que le había sometido Amelia por el dichoso testamento y la boda. David guardó silencio durante largo rato y, finalmente, le confesó que la idea de apartarlos de la sociedad, a él y a Juan, había partido de ella, aunque reconoció que eso no lo exculpaba porque la apoyó sin miramientos. E inopinadamente, David le abrió el corazón: que siempre lo había admirado como hermano; que había respetado sus opiniones y su vida; que el día que le comunicaron que se había derrumbado en el quirófano sintió que perdía suelo; que habría muchos más desacuerdos y discusiones entre ellos porque eran diferentes; pero que le estaría eternamente agradecido porque había solucionado aquel terrible entuerto con una lección de generosidad y entendimiento, por lo que él se comprometía a velar por Juan. Teo, por su parte, se sinceró también: que había excluido definitivamente a Amelia de su testamento. Por una parte, porque estaba cansado de aguantarla y que sólo deseaba vivir feliz sin escuchar sus admoniciones; y por otra, porque David tenía razón: la vida, cuando era muy fácil, no se valoraba, por lo que le había sugerido a Amelia que tirase de su familia y que dejase de buscar apoyo en los hermanos. En toda guerra se produce alguna baja: había perdido una hermana; pero se había asegurado el reconocimiento de sus hermanos como hombre cabal y cabeza de familia.

Como eran muchos esa noche, la cena había sido preparada por las cocinas del Ámsterdam, aun así, Valvanuz y las chicas habían trabajado duro para disponerlo todo. Alicia lo había llenado de orgullo, ella desconocía que había hablado con Teresa, quien le había relatado el encuentro con el padre: «mi padre está en Santander y es un hombre encantador que me llama todos los días». Eran las palabras que llevaba prendidas en la solapa de su vida, en el alma. La fueron a buscar al aeropuerto de Parayas y, por primera vez, no dejó que ella diera el primer paso, se adelantó y la estrechó entre los brazos. ¡Cuántos divorcios! ¡Cuántos hijos perdidos por la estupidez del padre! Sabía de casos en el hospital, de compañeros divorciados que habían dejado plantada a la mujer con los hijos sin volver la vista atrás, sin remordimientos. ¿Cómo se puede abandonar un hijo? No eran tuyas, y en pocos meses las había llegado a querer como a tales, se desvivía por complacerlas, por arrancar una sonrisa, una mirada cómplice, por conseguir un beso.

Oyó el timbre de la puerta de abajo, empezaban a llegar. Volvió a mirarse al espejo y se ajustó la corbata de nuevo. Nunca se había sentido tan vivo como cuando las piernas de Valvanuz se enredaban en su cuerpo exigiéndole hasta el último aliento para compensar todos los años perdidos; y nunca había sentido la presencia oscura, fría y siniestra de la muerte: «Ya no es ayer; mañana no ha llegado; hoy pasa, y es, y fue, con movimiento que a la muerte me lleva despeñado». Eran unos versos de Quevedo que le recitó un paciente y que se le quedaron grabados por lo gráficos que resultaban. Estaba nervioso, iba a dar cuenta esa noche a la familia de su decisión: abandonaba el Igualatorio y restringía su servicio en Valdecilla. No se atrevía a dejarlo completamente, demasiada vocación, lo echaría de menos y se arrepentiría. Había llegado a un acuerdo por el que lo eximían de las guardias. Lo preferían a prescindir de una reputación como la suya. Quería dedicarle a Valvanuz todo el tiempo y, egoístamente, a él también, se lo debía. Quería ayudar a las chicas a situarse, aconsejarlas. Se había perdido la infancia, la adolescencia y quería vivir sus bodas, sus maternidades, sus éxitos. Allí estaría él, a su lado, sosteniéndoles la mano en el día a día, acompañándolas al altar, enjugándoles las lágrimas cuando cayeran, endulzándoles los sueños.

Oyó la voz de Valvanuz, que recibía a los que llegaban, y se le vinieron a la mente los versos de una cantiga que tuvo que aprender de memoria de pequeño, uno de esos ejercicios que mandaban en

el colegio para estimular el aprendizaje que, aunque escritos en gallego, la traducción venía a decir así:

«Ésa que vos hicisteis parecer mejor
que cuantas conozco, ay Dios, hacédmela ver
si no, dadme la muerte».

¡Qué viejo era el amor! ¡Cuántos siglos moviéndose el hombre bajo la envidia, la avaricia, el amor o el odio! Se luchaba por un mundo mejor pero, lejos de ello, se repetían los errores, las inquinas, las pasiones. ¡Cuántas veces había hecho el amor! Con mujeres distintas, en sitios diferentes, en otro idioma, cambiando posturas y, al final, todo era lo mismo: se repetían los movimientos, los sentimientos, todo era viejo, inventado, usado. Sin embargo, el trovador medieval rogaba a Dios que le mostrara una mujer en concreto que le hiciera sentir algo único, algo que, para él, no había sido estrenado. Y Teo comprendió que el amor es nuevo para cada uno, es el descubrimiento que realiza uno mismo y esa búsqueda, lenta y repetitiva como una canción, es el motor de la vida. Se apoyó en la jamba de la puerta antes de abrirla y rezó con la misma pasión con que lo habían hecho los hombres durante siglos: «Por favor, Dios mío, no me deis la muerte ahora que me la habéis mostrado».

Table of Contents

[1](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)

[Epilogo](#)